

Selecta

Bel Diciembre

*Déjame
quererte*

Déjame quererte

Bel Diciembre

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Capítulo 1

El tráfico no era un problema con su flamante moto BMW que, aunque comprada de segunda mano, era bastante mejor que la de la mayoría de sus amigos. El rugido de su motor era casi música para él y su carcasa brillante, uno de los mejores reclamos para las miradas. Sin embargo, sabía que, esa vez, la atención la estaban captando el par de piernas impresionantes que tenía a cada lado y que ya lucían un fantástico bronceado gracias a la máquina de rayos UVA que sus padres le habían comprado aquella Navidad para su uso exclusivo.

La dueña de esas piernas, Mary, había utilizado la excusa de estar llegando tarde para que la llevara hasta el instituto y seguir haciendo creer a sus amigas que todavía salían juntos. Pero a Martin no le importaba demasiado. Lo cierto era que había roto con ella porque estaba un tanto harto de ese tipo de relaciones en las que no había más que coqueteo, apariencias y algo de sexo que no siempre era de buena calidad teniendo en cuenta que esas niñas de clase bien creían que, para excitar y agradar a un hombre, era suficiente ponerse el último modelo de Carolina Herrera. Sin embargo, no tenía un recambio, y la falta de esos pocos momentos de desahogo sexual lo estaba poniendo de un humor de perros por lo que, al final, eso era mejor que nada. Así que había accedido a llevarla al instituto y estaba maquinando cómo invitarla aquella noche a su casa sin que tuviera que mediar un compromiso que fuera más allá de esas horas compartidas.

En la puerta del instituto se congregaba un gran número de alumnas para la hora que era. Lo lógico habría sido que estuviera ya casi todo el mundo en el interior. Martin tuvo que aparcar la moto en la acera de enfrente, donde también estaba el grupo de amigas de Mary.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mary—. ¿Por qué está todo el mundo fuera?

—La Che Guevara otra vez —respondió una de sus amigas—. Está montando un buen numerito.

—¡Qué pesada! —exclamó Mary—, aunque esta vez se lo voy a agradecer. Gracias a ella no van a notar que he llegado tarde y puedo quedarme un ratito más con el campeón que me ha salvado y me ha traído hasta aquí.

Había dicho esas últimas palabras arrojándose más a Martin y quitándole el casco de la moto con gestos claramente insinuantes. Él se mantuvo bastante imperturbable respecto a Mary, pero la explicación sobre el retraso en la entrada de las alumnas le había despertado cierta curiosidad.

—¿La Che Guevara? —preguntó.

—Es una pesada —respondió con rapidez Mary—. Una niñata de noveno que está todo el día reivindicando cosas. Da lo mismo si quiere que le firmes un manifiesto a favor de las ballenas del Ártico o está recogiendo pasta para que los refugiados somalíes puedan venir de vacaciones a Estados Unidos; lo importante es que te ha de machacar haciéndote creer que llevas una vida simple y que solo tendrás la vida eterna si te dedicas a hacer el bien social.

—Tampoco me parece tan mal que, en tu fantástico instituto de niñas de casa bien, haya alguien con conciencia social y me parece que hasta a ti te queda muy mal que critiques a alguien porque quiera defender causas perdidas —le dijo Martin con una sonrisa irónica.

—No es por eso que la critico —replicó Mary un tanto ofendida—. Lo que no voy a tolerarle es que vaya dando lecciones de comportamiento.

—A lo mejor puede hacerlo —volvió a insistir Martin, que disfrutaba con el enfado que estaba generando.

—¡Oh sí! De boquilla todo lo que quieras, pero la niñata esa es la hija de

Victor Morton, el socio principal de la firma de abogados más importante de todo el país –gracias a que asesora a las principales empresas nucleares y petrolíferas–, que ocupa el puesto número diez de las firmas internacionales por sus acuerdos con Arabia Saudí, Omán y los Emiratos Árabes Unidos. Así que no es un dechado de comportamiento respetuoso con el medio ambiente.

Martin soltó una franca carcajada. Quizás era la primera vez que Mary articulaba un discurso coherente de más de diez palabras sobre algo distinto a la compra de moda y, pese a que sabía que estaba basado en la envidia, había demostrado tener ciertos conocimientos tanto de economía como de geografía.

—¡Mira! —dijo en ese momento una del grupo—. El director ha llegado. Ahora le va a caer la del pulpo.

Todos miraron hacia la puerta principal y vieron el efecto que producía la aparición de aquel hombre calvo, de media barba y aspecto amenazante, sobre la multitud que se había concentrado en la puerta y cómo se empezaron a dispersar hacia los lados.

Entonces fue cuando Martin la vio. Llevaba un megáfono en la mano. Vestía una falda estrecha y corta, de color gris, y una camisa blanca entallada que perfilaba unos pechos no demasiado grandes, pero claramente redondos. Atravesada sobre el tórax llevaba una bolsa de la que iba sacando octavillas con la mano libre y las iba repartiendo. Por peinado, una simple coleta cogida en la parte más alta de su cabeza, pese a lo que el pelo rizado y rojizo le llegaba por debajo de los hombros. Los ojos de un verde intenso sostenían una mirada vivaracha y tenaz. La boca perfilada en labios gruesos sonreía desafiante. Las piernas musculadas insinuaban la práctica de algún deporte. Era una criatura simplemente encantadora.

El director empezó a vociferar y la ira impedía que las palabras le surgieran con más coherencia o claridad. La chica parecía escucharlo entre divertida y paciente. El resto de las alumnas miraba la escena y en alguna esquina se empezaron a oír apuestas. Después de una serie de gritos y gesticulaciones, el director calló y la miró de hito en hito.

Martin se acercó un poco más al grupo. Quería oír lo que iba a pasar a continuación.

—Veamos, señor Kensignton. Si no me equivoco, su autoridad se concentra en el interior de ese edificio. Yo estoy en la calle y estoy ejerciendo dos derechos que ni usted ni nadie pueden conculcarme: la libertad de expresión y la defensa de lo que considero mis intereses.

—¡No! —volvió a gritar el director—. Usted no defiende sus intereses, está defendiendo, en todo caso, los de otras personas.

—Se equivoca de nuevo, señor Kensignton. Esas otras personas, por encima de todo, son seres humanos y yo me siendo muy identificada con los de mi especie, sobre todo cuando en ello les van la supervivencia y el derecho a algo tan básico como la comida diaria.

—No sea demagógica, señorita Morton. Nadie está privando a esas personas de su derecho a comer.

—¿Perdone? Usted ha denegado las becas comedor a cinco alumnas que están aquí gracias a unas becas de estudio y que solo tienen una hora de comer mientras que viven a más de diez kilómetros. Premisa A, Premisa B y Conclusión. Es pura lógica, señor director.

—Megan Morton, tiene dos minutos para disolver esta manifestación ilegal o voy a olvidar de quién es usted hija.

—Mire, señor Kensignton, yo creo que a mi padre habría que dejarlo fuera de esto; pero, si usted se empeña en citarlo y olvida de quien soy hija, me temo que su fantástico gimnasio, sobre cuya promesa se han matriculado unas cuantas alumnas, va a sufrir un serio revés.

Martin vio palidecer al director antes de que este mascullara algunas palabras inteligibles y se dirigiese al interior del instituto mientras el resto de las alumnas congregadas empezaba a abuchear envalentonadas por esa obvia retirada. La muchacha, sin embargo, estaba muy seria. Casi se diría que se había entristecido. Hasta que, al fin, alzó el brazo, conectó el altavoz y gritó:

—¡No! Que esto no os haga olvidar lo más importante. La batalla estará

ganada si mañana les demostráis de verdad que no vais a tolerar ninguna injusticia. ¡Recordad! Mañana ninguna de nosotras debe comer en el comedor escolar. Si a las becas no se les puede becar también la comida porque no tienen suficientes beneficios, les vamos a recordar cómo pueden perder todos esos beneficios. ¡Boicot al comedor! ¡Mañana nadie comerá!

En ese momento, el móvil de Martin sonó y para atender la llamada se alejó unos metros. Era su hermano, que le avisó que su madre había vuelto a tener un ataque epiléptico y se la llevaban al hospital. Aquello parecía que no iba a acabar nunca. El cáncer de pulmón le había hecho metástasis en el cerebro hacía ya dos meses y los médicos no parecían encontrar la manera de pararlo, aunque de forma continua la sometían a tratamientos experimentales que los estaban dejando en la más pura indigencia y a ella, agotada de fuerzas, pese a que se aferraba a la vida de manera increíble y parecía estar dispuesta a desafiar a la ciencia y a las estadísticas.

Se despidió de Mary abandonando la idea original de verse con ella por la noche y arrancó la moto con cierto estrépito. En el último momento, volvió a mirar a Megan Morton. Ella también lo estaba mirando y sus miradas se cruzaron permaneciendo unidas unos segundos hasta que ella apartó la vista segundos más tarde y él se colocó el casco.

Ya en el hospital, su hermano James le informó que los médicos habían estabilizado a su madre nada más llegar y que ya estaba relajada y tranquila gracias a unos sedantes. La dejarían una noche atendiendo a su delicado estado de salud, lo que sus hijos agradecieron porque, pese a que se turnaban los cuidados, no era fácil pasar la noche con alguien que necesitaba atención cada pocas horas puesto que requería de fuerte medicación y se la conectaba a un respirador que imposibilitaba que se levantase.

James había llegado en la ambulancia por lo que accedió, a regañadientes, a que Martin lo llevase en la moto. Los dos hermanos eran muy diferentes. No solo era que se llevaban doce años y eran de padres distintos, sino que el carácter de James denotaba siempre una excesiva prudencia, precaución y

resistencia a cualquier cambio. Según Martin, era, además, tradicional y aburrido. Mientras que la opinión que James, como hermano mayor, tenía de Martin era que, como poco, había que educarlo de nuevo y hacerlo madurar, y eso si no pensaba en más de una ocasión que era una bala perdida sin solución.

James había estado casado tres años, pero su mujer lo había abandonado por otro tipo y, desde entonces, vivía de nuevo con Martin y su madre; aunque el carácter se le había agriado un poco más, lo que hacía que las ya difíciles relaciones entre los hermanos hubieran empeorado de forma considerable. No ayudaba nada la carga que debían asumir ambos con su madre, aunque procuraban disimular delante de ella manteniendo las formas.

Cenaron en la cocina casi en silencio y después se dirigió cada uno a su habitación. Martin se tumbó en la cama y al cerrar los ojos se le apareció la imagen de la chica del instituto.

—Megan Morton —susurró, pese a que de inmediato se sintió ridículo por haberlo hecho.

Lo había impactado, sí, pero no sabía con exactitud por qué. Desde luego, tenía un buen cuerpo y una cara muy interesante, que más que guapa se hacía tremendamente deseable, sobre todo por aquellos labios carnosos. A lo mejor le había hecho gracia que esa figura tan pequeña fuese capaz de encandilar y mantener a su alrededor a tantas personas. Capacidad de liderazgo, quizás. Y por eso él también se había visto atrapado, pese a que era casi una niña. Según Mary, estaba en noveno, así que tendría unos catorce o quince años, aunque habiéndola visto allí, mientras desafiaba al director del instituto, podía parecer alguien mucho más mayor. En cualquier caso, era una cría en la que, a sus veinte años, no debía fijarse. Sin embargo, no podía quitársela de la cabeza.

Recordó la descripción que Mary le había hecho de su familia. A él no le había parecido la típica niña mal criada, pero en realidad la había visto solo unos minutos. Ese fue el detonante que lo hizo tomar una decisión. Iría al día

siguiente a comprobar si había conseguido convencer a sus compañeros y había evitado que fueran al comedor. Sería interesante verla gestionar ese pequeño fracaso puesto que –Martin estaba convencido– las alumnas del prestigioso instituto Winsor no iban a renunciar a la comida, ni iban a desafiar a la autoridad por algo tan lejano como unas becas.

Durmió de manera plácida hasta que sonó el despertador y se dirigió a la escuela técnica pública donde se había matriculado aquel año –después de haber estado otros cuatro sin estudiar– con el objetivo de obtener algún certificado que le permitiese trabajar en el ramo informático, que tanto lo apasionaba.

Él nunca se había caracterizado por ser un buen estudiante y no porque le faltaran capacidades, sino porque le fallaba la actitud, y de eso era muy consciente. No soportaba la disciplina de una clase ni el soporífero discurso de profesores escasamente motivados. Sus años en el instituto habían acumulado más expulsiones y expedientes disciplinarios en general que aprobados. Así que, cuando finalizó la etapa obligatoria, se lanzó a buscar trabajo esperando que aquello lo liberara. Sin embargo, la falta de contactos y un nivel insuficiente lo abocó a trabajar en categorías no solo de rango inferior, sino mal pagadas, y a dar más tumbos y cambiar más veces de empresa de la que hubiera sido aconsejable. No había ninguna oportunidad para un jovenzuelo que no respetaba la jerarquía y que parecía incapaz de respetar una jornada de trabajo.

Cuatro años más tarde, cuando la enfermedad de su madre se desveló como carísima de curar, Martin se dio cuenta de que debía encontrar un trabajo, sí, pero también formarse en algo que le permitiese ascender de categoría. Su hermano James sí había estudiado una ingeniería y estaba bien colocado en una empresa de logística; pero no lo iba a ayudar porque una vez ya lo había recomendado y, con toda probabilidad, había sido el puesto de trabajo en el que Martin había durado menos: dos horas.

Así que decidió volver a intentarlo y se matriculó en la Escuela Vocacional

para iniciarse en los conocimientos más académicos de lo que era su pasión: la informática. Llevaba solo un semestre y lo cierto era que había obtenido unas calificaciones muy altas en todas las asignaturas técnicas. Lamentablemente, también había otras materias mucho más formales, como Matemáticas o Literatura, con las que tenía más problemas. Sin embargo, al final, había conseguido aprobarlo todo y estaba en el segundo semestre.

A la hora del almuerzo ya estaba subido en su BMW y en pocos minutos había llegado al instituto Winsor. A distancia pudo observar que Megan Morton había triunfado.

Un gran número de chicas jovencitas estaba en la puerta con evidentes signos de nerviosismo, lo que le recordó las escenas de cuando los niños esperan ante la puerta del autobús que los ha de llevar de campamento. Eran de todas las edades y Martin pudo reconocer también a Mary con todas sus amigas del último curso en una posición un tanto más tensa y alejada. La saludó de lejos y se quedó apoyado en su moto con los brazos cruzados. Mary se acercó moviendo las caderas de manera un tanto exagerada.

—¿Has venido a verme? —le dijo sonriendo.

—Tal vez —contestó él con ambigüedad y añadió mientras señalaba al grupo formado en la puerta, como si no supiera nada—. ¿Os han dejado salir antes?

—Más o menos —dijo Mary—, si me das unos minutos, tal vez sí que pueda irme.

Martin asintió con la cabeza y Mary se dirigió de nuevo hacia el grupo de amigas. De pronto, las puertas del instituto se abrieron y del interior surgió Megan Morton con la expresión más arrebatadora que Martin hubiera visto en la vida. Los ojos le brillaban, la cara estaba sonrosada y la boca sonriente. Vestía el equipo deportivo, que consistía en una camiseta de tirantes blanca, con estampados rojos, y unos pantalones cortos de color rojo, con un calzado deportivo blanco. El pelo lo llevaba suelto y la ondulación de sus rizos caía sobre sobre su espalda como si fuera una capa protectora.

A su lado iban el director del instituto, que el día anterior la había gritado, con una expresión críptica y otro hombre, mucho más joven, de unos treinta años, que por su vestimenta debía ser el profesor de Educación Física y que, según pensó Martin, era muy consciente de su gran atractivo físico.

—¡Queridas alumnas! —Fue el director quien inició el discurso—. La escuela ha decidido continuar prestando asistencia a las cinco alumnas becadas de nuestra comunidad en lo que se refiere a la ayuda de comedor, al comprobar no solo que sus calificaciones están siendo de lo más convenientes, sino la circunstancia sobrevenida de la anulación de la línea 3 del autobús, lo que impide la posibilidad material de que puedan acudir a sus domicilios. Esta circunstancia nueva es la que ha provocado este cambio de criterio o, más bien, el retomar lo que esta escuela ha venido haciendo desde siempre, que no es otra cosa que...

Los gritos, aplausos y algún que otro abucheo apagaron el resto de la intervención del director. Megan seguía como extasiada y estaba siendo felicitada por cada vez más compañeras, que la abrazaban, le sonreían y la besaban.

El director optó por callarse al comprobar que era absurdo seguir hablando porque ya nadie lo escuchaba y, casi como huyendo, se dirigió hacia la puerta de entrada, pero en el último momento vaciló y se detuvo a esperar al otro profesor. Este había estado mirando a Megan con excesiva insistencia hasta que, alargando el brazo, la cogió por el codo, la hizo girarse y se acercó a su oreja para hacerse oír entre el cada vez mayor jolgorio que se había apoderado de todas las alumnas. Lo que le dijera a Megan la hizo sonreír. Martin pensó con acritud que el profesor parecía estar echándole los tejos y se sorprendió a sí mismo sintiéndose molesto, aunque en seguida lo atribuyó a que era francamente patético ver a un hombre babear por una jovencita a la que le doblaba la edad.

El profesor de Educación Física también acabó abandonando el atrio del instituto y aquel pareció ser el detonante para que todos los gritos y aplausos

se incrementaran. Ahora eran ya incluso las alumnas más mayores, las del grupo de Mary, las que se acercaban a saludar a la pequeña vencedora.

Megan se sentía pletórica. La discusión en el interior del instituto había sido larga y tensa. El director había intentado amedrentarla en diversas ocasiones y no había dudado incluso en alzar la voz de manera evidente. Pero tenía que agradecer la aparición de Peter Cuning, el profesor de Educación Física, que alertado por las voces se había presentado y había conseguido pacificar al energúmeno de director.

En el despacho Megan había llegado a entender qué era lo de verdad le había molestado al director de manera tan evidente. La empresa que tenía la concesión del restaurante del instituto lo había llamado y le había impuesto la solución inmediata al conflicto para evitar el boicot que se estaba haciendo sobre sus intereses. Al parecer, el tema se había filtrado por las redes sociales y el vídeo de veinte segundos que ella había grabado como protesta contra el trato discriminatorio hacia los becarios se había hecho viral. Así que el Winsor High School no había sido el único instituto que había padecido aquel día la desaparición de todos los alumnos de los comedores escolares y la empresa más afectada era, justamente, la Food School Enterprises, al tener la concesión no solo del Winsor, sino del setenta por ciento de los institutos de Massachusets.

Había sido un golpe de suerte, pero también la consecuencia de sus actos y, aunque sin duda se sentía feliz, sabía que aquello iba a tener, con toda seguridad, consecuencias en su casa. Su padre se iba a enterar. Las redes sociales eran algo que él vigilaba de manera constante porque, según él, los mayores delitos contra el honor, en los que su firma era especialista, se cometían sobre todo en aquel espacio. Le extrañaba, en realidad, que la Food School Enterprises no lo hubiera llamado ya para garantizar y asegurar el fin del boicot por todas las vías posibles.

Pero eso era algo a lo que se enfrentaría a la noche, cuando llegase a casa. Ahora quería disfrutar de aquel momento y sentirse feliz y satisfecha sabiendo

que luchar contra una injusticia tenía su recompensa. Le había puesto un mensaje de texto a Herder para que lo hiciese llegar a las demás chicas. Por fin podrían seguir estudiando allí sin ningún tipo de problema. Las había mantenido al margen de todo aquello porque le había parecido vil provocar que todas las miradas recayeran en ellas. Debía ser horrible sentirse siempre diferente, estar en un ambiente donde la capacidad económica parecía ser lo único importante y saber que eso era justo lo que no tenías. A nadie le importaba que fueran de las mejores alumnas. Ellas nunca podían invitar a nadie a pasar un fin de semana en su casa de campo, ni celebrar una fiesta con los chicos más ricos del condado. Ellas tenían siempre que soportar miradas de desprecio o de pena, jamás las de un igual. Y, sin embargo, ahí estaban, sonrientes, trabajadoras, respetuosas... Megan les dijo una vez que en el fondo las envidiaba porque ansiaba su coraje y su determinación, y porque, pese a todo, no la odiaban a ella ni a las que eran como ella por lo que representaban.

Seguía recibiendo felicitaciones, palmaditas en el hombro y los abrazos; pero vio cómo poco a poco aquella espontánea manifestación empezaba a disolverse, lo cual agradeció porque, de pronto, notó todo el cansancio de la tensión acumulada de los últimos días.

Su amiga Rita se acercó a ella y, mientras la miraba, sintió cierta incomodidad, como si estuviera siendo observada. Buscó a su alrededor y lo vio. Era el mismo chico del día anterior. La miraba de hito en hito con una postura entre retadora y curiosa. Apoyado en la moto, vestido totalmente de negro y luciendo unos brazos musculados y bronceados, era la viva imagen del chico descastado y marginado. No encajaba en absoluto en aquel barrio, ni entendía por qué la miraba con esa intensidad.

—¡Hey! —le dijo entonces Rita, que había llegado a su altura—. ¿Qué te ha dicho el profesor Cuning, pillina?

—Nada, malpensada.

—Por favor, no me hagas esto, mi imaginación adolescente y calenturienta lo va a suponer todo... todo.

—Serás... No me ha dicho nada, de verdad, solo me ha hecho una broma.

—Explícamela, por favor.

—Lo vas a sacar de contexto, te conozco.

—¡Dios! Si me dices eso, todavía soy capaz de imaginar más cosas.

—¡Qué pesada eres, por favor! Está bien. Me ha dicho que la próxima vez que decida hacer una revolución le avise antes, a ver si tiene suerte y puede captar en foto la segunda versión de *La Libertad guiando al pueblo*.

Como había imaginado, su amiga la miró con los ojos muy abiertos sin esconder un ápice por dónde iban todos sus pensamientos.

—¡Está ligando contigo!

—¿Qué dices, perturbada?

—¡Es genial! ¡Con el tío más bueno de todo el instituto!

—No te fastidia. En un instituto femenino y, con la media de edad de los profesores en cincuenta años, no es muy difícil ser el tipo más guapo. Pero deja ya de elucubrar. Me ha hecho una broma. Una simple broma.

—Megan, definitivamente eres tonta.

Megan se echó a reír y al hacerlo, sin apenas darse cuenta, desvió la mirada de su amiga y volvió a verlo a él. Seguía mirándola con la misma insistencia, tanta que la perturbó sin lugar a dudas y, sin entender por qué lo hacía, tomó a su amiga de los hombros y, como si de un baile se tratase, la hizo moverse ciento ochenta grados al tiempo que ella lo hacía. Así quedó ella de espaldas mientras que su amiga podía verlo.

—¿Qué haces? —preguntó Rita.

—Rita, por favor. Necesito que hagas una cosa por mí.

—¡Claro! Pero ¿qué te ocurre?

—Vas a tener que disimular. Te diga lo que te diga no quites la vista de mí.
¿Me has entendido?

—Chica, me estás asustando. Dime ¿qué ocurre?

—Prométeme que no vas a girarte.

—Prometido.

—Hay un chico... ¡Eh! Te he dicho que no apartes tu vista de mí. Hay un chico en la acera de enfrente y tú, con disimulo, vas a comprobar si sigue mirando hacia aquí. Pero disimula, por favor.

Rita sonrió comprensiva. Entonces la abrazó como habían hecho la mayoría de las compañeras en los últimos minutos y eso le permitió mirar como si lo hiciera hacia el infinito. Cuando deshizo el abrazo mantuvo las manos sobre los hombros de Megan y finado la vista en sus ojos le dijo:

—Sí. Sigue mirando. Más bien yo diría que sigue atravesándote con la mirada. Pero, Megan, escúchame bien, ese chico no te conviene.

—¿Lo conoces?

—Lo suficiente para saber que debes alejarte de él.

—¿Quién es?

—Si te lo digo, ¿te alejarás?

—Rita, tengo bastante con mi padre, por favor. Dime ¿quién es?

—Es Martin Grisham. Tiene veinte años y dicen que se ha tirado a medio Boston. Es un chico de los barrios bajos al que, sin embargo, le gusta cepillarse a chicas de clase alta. Su último *affaire* ha sido con Mary Trump, la delegada de decimosegundo. Una perla de mucho cuidado que, por cierto, ahora mismo se está dirigiendo hacia él como cualquier gata en celo. Así que es prohibitivo por partida doble. Porque él es un sinvergüenza y porque Mary es una arpía celosa.

Megan asintió pensativa. Tampoco era que tuviera ninguna intención, pero era verdad que la había perturbado un tanto. De manera súbita, se sintió ridícula. ¿Por qué aquel tipo tenía que provocarle aquel nerviosismo? ¿Por qué incluso la había hecho avergonzarse y sentirse intimidada? Ella no era cobarde y, sobre todo, no iba a ser como la típica niña de clase bien a la que se podía ligar con solo mirarla de manera insistente.

Decidió, por tanto, plantarle cara. Se giró con lentitud. Respiró hondo para serenarse e impedir que se sonrojase, lo que le pasaba demasiado a menudo, y cuando creyó estar lista levantó la vista y lo miró a los ojos con el firme

propósito de mantener el reto hasta que fuese él quien la retirase.

Se dio cuenta de que él advirtió el reto porque sus ojos se hicieron más grandes y su boca se curvó en una ligera sonrisa. Sin embargo, segundos más tarde aquello era imposible sin provocar un escándalo, puesto que Mary Trump, en efecto, había llegado a su altura y parecía estar hablándole. No tardaría mucho en tener que desviar la vista hacia su amiga o delatar su interés por ella. Optó por Mary Trump y Megan volvió a sentir con satisfacción que había ganado la segunda batalla del día.

Martin le dio un casco a Mary para que se lo pusiera como ella le había pedido. Estaba claro que aquella noche su abstinencia se rompería. Sin embargo, no se sentía demasiado feliz por ello. Subió a la moto y dejó que Mary también lo hiciera y lo abrazara más de lo que era necesario. Antes de darle al acelerador, no pudo evitar girarse otra vez. Y sí, aquella criaturita lo seguía mirando y la expresión de triunfo en su cara era tan clara como para no pensar que él iba a cobrarse la revancha.

Capítulo 2

Había estado buscando por Internet y lo sorprendió que, pese a la edad que tenía, fuera bastante celosa de su privacidad. En las redes sociales en las que podía limitar la visibilidad de su cuenta, las tenía absolutamente restringidas y, en las que no, apenas podían verse imágenes u obtenerse datos.

Encontró, sin embargo, una referencia a sus actividades en la web de una organización defensora de los derechos humanos: colaboraba en un proyecto en contra de la deportación de emigrantes. Así pudo saber que el domingo iban a participar en una recogida de firmas en el Boston Public Garden.

No podía estar seguro de que ella también fuera a ir, pero no perdía nada con intentarlo. Así que aquel domingo después de comer, se duchó, se vistió y salió a la calle sin tener muy claro por qué o para qué hacía aquello; pero sintiendo en su interior que tampoco podía evitarlo.

Circuló con su moto por la Charles Street y la aparcó más o menos en su parte central. Hacía calor para ser todavía el mes de mayo, pero reconocía que el olor de las flores que impregnaba todo el ambiente era muy agradable. Echó a andar hacia el lago confiando en su instinto. Si tenía que recorrer todo el parque, acabaría empapado de sudor. Sin embargo, pronto descubrió que su intuición no había fallado. En medio de la hierba verde vio una gran pancarta con las siglas del proyecto pro derechos humanos, flanqueada por el anagrama del Boston College. Alrededor, una serie de personas parecía rebosante de actividad. Algunos organizaban refrescos, otros inflaban globos de color

morado y otros más allá se preparaban con unas bicicletas para repartir unos folletos publicitarios.

Por un momento temió que Megan Morton no estuviera, sin embargo, segundos más tarde su mirada se clavó en ella con la fuerza de un imán. Allí estaba con unos cinco o seis jóvenes más. Vestía un pantalón tejano cortado por la mitad de sus muslos, una camisa blanca sin mangas, pero ancha, que le llegaba hasta las caderas, y calzado deportivo blanco. El pelo suelto se lo intentaba contener detrás de las orejas mientras recogía una serie de papeles y una carpeta con los colores de la organización. Se colgó también una especie de identificación al cuello y cogió uno de los globos atados a una cuerda. Entonces, se despidió con alegría de sus compañeros y se alejó unos metros de la pancarta central.

De inmediato, se dirigió a unos transeúntes que pasaban con un carrito de bebé y empezó a hablar con ellos. La veía gesticular, sonreír, señalar el papel que llevaba en la mano y, al final, consiguió que dejaran algunas monedas en la hucha que también portaba.

Se situó por detrás de un árbol a unos cien metros y la siguió observando durante casi una hora. No tenía problemas en parar a cualquier persona que se encontrara. Parecía amable y respetuosa, pero no se conformaba con rapidez. Utilizaba la sonrisa menos que los argumentos, que Martin no podía oír, pero se podía imaginar. Casi todos los que detenía primero la miraban recelosos, aunque, en pocos segundos, transformaban esa actitud en una mucho más amable y atenta.

Al final, no esperó más. Estaba informando a un grupo de chicos y chicas de unos veinte años —que la miraban con cierto interés, aunque sin despertar excesivas muestras de colaboración—, y aprovechó para acercarse.

—No tenemos cuenta bancaria propia para hacer esa contribución —estaba diciendo en ese momento una de las chicas del grupo.

—De acuerdo —respondió Megan, abandonando la tarea—, pero al menos sí vais a poder dejar algunas monedas en esta hucha, ¿no es así? Recordad lo

que os he explicado. Puede tratarse de un amigo vuestro, de un vecino, de la hija de vuestra asistenta...

Martin vio cómo uno de los chicos echaba mano del bolsillo y eso fue el detonante para que los demás también lo hicieran. El sonido de las monedas que resonó en el interior de la hucha indicó que había conseguido también bastantes más.

Cuando todos acabaron de poner dinero, los saludó con amabilidad y, al girarse, se topó de bruces con Martin.

Megan se sonrojó solo con verlo, lo que le indicó a Martin que lo había reconocido, y también pareció que estaba dudando sobre qué debía hacer.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Megan.

—Paseaba. ¿No se puede? ¿Hay alguna prohibición que deba conocer?

—No... no... claro que no... Es que... no sé... me ha sorprendido.

—¿Por qué? ¿Nos conocemos?

Megan reparó entonces en que, en verdad, en ningún momento habían sido presentados ni habían cruzado ninguna palabra. Tendría que haber hecho ver como si no lo reconociese. Sin embargo, reaccionó con aplomo.

—No te hagas el tonto. Nos vimos el martes en la entrada del instituto Winsor. Tu habías ido a buscar a Mary Trump.

—¡Vaya! Es una sorpresa muy agradable saber que reparaste tanto en mi presencia.

—Tal vez fuiste tú quién lo hizo y no yo.

—¿Perdona? Yo todavía no he admitido que te conozca de nada.

—No creo que tengas la costumbre de fijar la mirada en cualquiera durante tanto tiempo que podrías haberme taladrado.

—Me alegra que confieras a mi mirada esos poderes sobrenaturales. ¿Tal vez crees que soy Súperman?

—No. A lo mejor solo creo que eres un insolente maleducado.

—Bueno, bueno, bueno... Apareció la señorita de clase alta sintiéndose molesta.

Megan volvió a enrojecer, pero mordiéndose el labio inferior optó por no responder. Lo cierto era que se había metido en una pequeña trampa con aquella discusión e hizo lo más inteligente que se le ocurrió: callar para ganar tiempo y terreno. Se giró dispuesta a seguir con su tarea.

—¿A mí no me intentarás convencer de hacerme socio de algo?

Se giró con lentitud y lo miró de arriba abajo. Martin podría haberse sentido intimidado si no hubiera sido porque lo excitaba sobre manera esa mirada curiosa y reticente a la vez.

—No tengo claro que seas un objetivo.

—¿Qué ocurre? ¿Los defensores de los derechos humanos tienen, tal vez, el pelo rubio o es que visten de otra forma?

Ella volvió a mirarlo, esa vez más escrutadora, fijando sus ojos en los de él como si así pudiera extraer la verdad de su interior.

—¿Conoces la actividad que desarrollamos?

—Algo sé. Pero no demasiado. Confiaba en que tú me lo explicarías.

—Está bien. —Y, acercándose a muy escasos centímetros, le mostró imágenes de familias con niños que estaban siendo conducidos entre llantos hacia aviones—. Nuestra lucha es en contra de las deportaciones...

Megan siguió hablando sobre el número de deportaciones que se producían cada día y dio datos sobre cómo eso significaba la separación de familias establecidas durante años en Estados Unidos. Martin notó que, al principio, su voz estaba más tensa. Sin embargo, a medida que fue adentrándose en el discurso, se templó y los ojos adquirieron un brillo especial. Algunos de los ejemplos que explicó suponían la pérdida para esas familias de todo el sustento, en la medida que se deportaba a la única persona que podía llevar un salario, lo que condenaba al resto a subsistir en el mercado negro.

Era tremendamente convincente, no solo por lo que explicaba, sino por cómo lo explicaba y por el convencimiento con que lo hacía. Empezó a sentirse muy ruin puesto que él tampoco tenía una cuenta bancaria desde la que realizar ningún tipo de contribución y solo llevaba en el bolsillo cinco dólares. Así

que la detuvo y le confesó la verdad.

—Me lo imaginaba —respondió ella—. Pero te iba a ir bien una pequeña lección de historia y sociología, a ver si empiezas a darte cuenta de que el mundo en el que vives no se limita a tías buenas con las que poder darte un buen revolcón.

—¡Pero bueno! —La sorpresa de Martin no era fingida—. ¿De verdad te crees que tú puedes darme lecciones a mí de derechos humanos?

Ella lo miró con cierta soberbia, aunque, al mismo tiempo, divertida.

—No tengo la menor duda.

—Oye, niña. Si yo me lo propongo, doblo el dinero que has conseguido tú o que puedas conseguir de aquí al final del día.

—¿Sí?

—Pruébame.

—¿Y qué gano yo probándote?

—No es lo que tú ganes. Se trata de recaudar dinero para los pobres deportados, ¿no?

—Se ha de hacer un curso de formación para poder estar aquí.

—Tú me lo acabas de dar. ¿No confías en tus capacidades pedagógicas? ¿O te da miedo que te demuestre que lo hago mejor que tú?

—Ni por un momento creo que puedas hacerlo mejor.

—Si doblo la cantidad que tengas en esa hucha al finalizar el día, tendrás que cenar conmigo esta noche.

Megan pareció dudar, pero lo miró de reojo y sonrió.

—Tener que cenar contigo es un precio muy alto y un castigo muy desagradable; pero estoy convencida de que no lo conseguirás.

Entonces lo tomó de la mano y lo arrastró hasta la pancarta central, donde había más personas.

—Tenemos un nuevo colaborador —dijo al llegar.

Los demás la miraron con extrañeza, pero la dejaron hacer. Ella tomó una acreditación y garabateó el nombre de Martin Grisham. Luego se la colgó al

cuello y le dejó en las manos una hucha y una carpeta con formularios de inscripción a la Asociación de Ayuda a las Familias de los Deportados.

Martin levantó la acreditación y miró su nombre inscrito en él. No quiso perder la oportunidad de perturbarla un poco más.

—¿Cómo sabes mi nombre, florecilla?

Megan volvió a sonrojarse, aunque esa vez de forma débil. Lo miró a los ojos y, en ese momento, fue Martin quien se sintió algo azorado.

—Cuando se busca a alguien por Internet se deja rastro, ¿no lo sabías? —dijo ella con aspecto triunfante.

—¿Cómo?

—Has estado investigando sobre mí en las redes sociales. —Y con cierta insolencia manejó un segundo el móvil para después mostrarle la pantalla, donde aparecía «Martin Grisham ha visto tu perfil».

De nuevo él volvió a sentirse intimidado y más todavía cuando ella lanzó una carcajada. Entonces, sin darle tiempo a reaccionar, lo tomó de nuevo de la mano y lo condujo unos metros hasta llevarlo a un cruce.

—Tú te dedicarás a ese camino de allí y yo al de aquí. Tienes dos horas para doblar la cantidad que haya en esta hucha cuando acabe la jornada.

En cuanto Megan vio que Martin se dirigía donde ella lo había enviado, se giró para buscar más transeúntes. Pasase lo que pasase, no debía consentir que aquel muchacho insolente le ganase la partida. Así que puso toda la carne en el asador y echó mano de todas las armas que se vio capaz de utilizar. Más argumentos demagógicos y sensibles con las mujeres, más apelativos a la capacidad y competencia en los hombres.

De vez en cuando, de manera disimulada, miraba hacia donde había dejado a Martin. Veía que también paraba a gente, pero procuraba no entretenerse mucho para que él no se diese cuenta.

Cuando ya llevaba un buen rato, se dirigió hacia el puesto central para que le diesen agua pues estaba sedienta, y aprovechó mientras bebía para mirar durante más rato a Martin. Estaba rodeado de tres o cuatro chicas y parecía

más que estaba ligando que buscando asociarlas en ningún sitio.

Sintió cómo le hervía la sangre. Aquel imbécil estaba aprovechando la excusa de la asociación para tirarle los tejos a cualquier mujer y, a juzgar por aquel grupito, estaban encantadas de atenderlo. Pasado un rato vio cómo echaban dinero en el interior de la hucha mientras Martin les sonreía. Una de ellas, una rubia teñida de piernas largas y zapatos de tacón, le metió también algo en el bolsillo del pantalón. La mirada de él se entretuvo más tiempo en ese fantástico cuerpo mientras se alejaba y, por desgracia, eso provocó que se diera cuenta de que ella lo estaba observando.

Se giró rápida e instintivamente, pero lo cierto era que el mal ya estaba hecho porque la había visto. Así que optó por afrontar las consecuencias de aquello y explicarle qué era lo que le estaba pareciendo esa actitud.

Se dirigió hacia él decidida mientras él, percatándose de todo, adoptaba una postura de espera y vio en sus ojos la ironía y la curiosidad.

—Eso no vale —le dijo al llegar a su altura.

—¿Qué es lo que no vale?

—No estás buscando adeptos ni recaudación, estás ligando.

Martin miró en el interior de la hucha con afectación y luego revisó los formularios levantándolos página a página, con lo que Megan pudo advertir que había conseguido unos cuantos asociados y se mordió el labio inferior pensando que, tal vez, se había precipitado.

—No sé... yo diría que el objetivo inicial se está cumpliendo... aunque, si me dejas husmear en tu cepillo, voy a decirte quién ha perdido más el tiempo ligando...

Se intentó acercar a su recipiente y ella lo apartó de un manotazo. Definitivamente, se había equivocado. Si por lo que fuera él conseguía más dinero, encima quedaría como que había perdido el tiempo coqueteando.

—Te he visto. Lo que haces es utilizar tus encantos para que te pongan más dinero. No estás convenciendo de verdad.

—La apuesta no consistía en buscar convencidos, sino dinero. Y ahí vale

todo.

—¡No! No vale todo. Tú juegas con ventaja.

—¿Perdón? —La expresión de Martin era cada vez más divertida.

—Que juegas con ventaja. Tú ya lo sabes.

—No te entiendo, de verdad. —Pero la sonrisa de su boca lo delataba.

—Eres guapo y estás bueno. Estás aprovechándote de eso.

—¿Estás diciéndome que tú me ves guapo?

—¡No! Bueno, sí. No solo yo. Tú sabes perfectamente que lo eres.

—No lo tengo claro. Lo que sí que tengo claro es que me gusta oírtelo decir.

Pero ¿en eso de la guapura no estamos en bandos muy similares? Utiliza tus capacidades, nena.

—Mira, Martin, no es ni mucho menos comparable. Yo soy del montón. Ni guapa, ni fea, ni gorda ni delgada. Hasta el pelo es un ni fu ni fa porque no es ni rizado ni liso. Sin embargo, tú eres el tío bueno por excelencia y no lo puedes negar: te remueves el pelo cada cinco minutos para darle ese aire medio revuelto, miras de reojo para hacerte el interesante y te pones una camiseta por debajo de tu talla para marcar chocolatinas y bíceps.

Al decirlo Megan le había puesto su dedo índice sobre el tórax y en el brazo. Solo un dedo. Sin embargo, Martin sintió una hubiera descargado electricidad. La miró como si la estuviera viendo por primera vez. Él pelo por detrás de la oreja indicaba que prefería la comodidad a que se viera suelto y sedoso sobre su cara. No se pintaba, aunque aquellos labios rojos no necesitaban de ningún tipo de carmín. La ropa ancha no marcaba nada de su figura, aunque Martin sabía ver e intuir lo que se escondía debajo. De manera definitiva, era cierto: Megan no sabía que era preciosa.

Le puso una mano a cada lado de sus caderas y la atrajo hacia él. Megan abrió mucho los ojos, pero la sorpresa le impidió quejarse o evitarlo. Entonces cogió su camisa y empezó a desabrocharle los botones inferiores hasta la altura de su pecho. Cuando la tuvo así hizo un lazo con cada lado de la camisa justo por debajo de los senos y le dejó la cintura al aire. Le retiró el

pelo de detrás de la oreja y se lo ahuecó con la mano. Por último, le pasó un dedo por los labios y la obligó a separarlos solo un poco.

—No cierres los labios —susurró—. Y ahora, lánzate hacia aquellos dos.

Había señalado a dos hombres trajeados que estaban en un banco comiendo un sándwich. Casi con toda probabilidad, ejecutivos de alguna oficina, que habían escogido el parque como refugio para dejar de recibir llamadas.

Vio cómo Megan se dirigía hacia ellos tal y como le había pedido él hacía unos segundos. Todavía sentía el tacto suave de sus labios en su pulgar casi como si lo quemase y, por un momento, se imaginó besándola y sintió cómo se excitaba. Se recolocó el pantalón, inquieto por si se le notaba, y echó en falta una camiseta una talla más grande para que pudiera cubrirlo. Megan tenía razón, escogía las camisetas que sabía que iban a marcarle mejor lo que parecía que todas las mujeres buscaban de él. Pero oído en boca de ella no tenía muy claro si sonaba ridículo o excitante.

Megan ya había llegado a la altura de los hombres trajeados y pudo ver cómo había impactado su presencia. Uno de ellos se había levantado y el otro parecía babear desde su asiento. Megan tardó poco más de tres minutos en conseguir que le dieran sus datos para el formulario. Además, los dos pusieron dinero en la pequeña hucha. Al final, Martin vio cómo ella tomaba su móvil en las manos y tecleaba un número frente a ellos, sonriendo. Por los gestos parecía que le estaba haciendo a uno de ellos una llamada, hasta que todos movieron la cabeza como si estuvieran asintiendo.

Megan se volvió hacia él con una risa encantadora en la cara y señaló los formularios indicando que había conseguido dos nuevos asociados.

—Es increíble —dijo al llegar a su lado—. Estaban ya convencidos. No les hacía falta ninguna explicación.

—¿Por qué les has dado tu móvil?

—¿Mi móvil? No se lo he dado.

—Le has hecho a uno de ellos una llamada

—Sí. Porque al parecer no se acordaba bien del número. Aquello de que

como no te llamas a ti mismo... Lo estábamos comprobando para ver si me lo había dado bien.

Martin le había puesto una mirada entre divertida y sorprendida. ¿Cómo podía ser tan absolutamente ingenua? Megan pareció en ese momento reparar en lo que había pasado.

—Es un viejo truco, Megan —dijo él.

La evidencia de lo que había pasado le transformó el rostro. Entonces, decidida, dejó la carpeta con los formularios y la hucha sobre una papelerera cercana y empezó a desabrocharse con furia el lazo que le había hecho él minutos antes.

—¡Estarás contento! Has conseguido rebajarme a lo que tú eres.

—¡Eh! ¡Eh! No te enfades.

Megan estaba furiosa. Los ojos le brillaban y se había sonrojado. Martin la miró y se sintió cada vez más maravillado por aquella jovencita. Haberse deshecho el lazo y dejarlo suelto provocó que fuera todavía más sugerente ver la camisa tan solo unida por el botón central a sus senos.

—¡Eres...! ¡Eres...! ¡Eres un ser despreciable!

—No he pretendido incomodarte, Megan. De verdad. Solo quería ayudarte.

—Dios nos libre de la ayuda de los ignorantes.

Y se giró para irse, pero él la tomó del brazo y la detuvo.

—¿Qué quieres? —le preguntó furiosa.

—¿No pretenderás irte así? —dijo señalándole la camisa abierta—. Si lo haces, medio parque va a suplicarte que lo hagas socio.

Megan se percató en ese momento y empezó a abotonarse los botones. Sin embargo, estaba tan furiosa y los ojales eran tan pequeños que no atinaba bien.

—Espera, espera —le dijo él—, déjame ayudarte.

—Sí, será lo mejor —contestó ella todavía furiosa—. Supongo que en esto de abrochar y desabrochar botones sí que eres todo un experto.

Martin, con la camisa entre sus manos, se detuvo. La miró a la cara. La tenía tan cerca que hubiera sido muy fácil darle un beso en aquellos labios que

ahora apretaba mostrando enfado.

—Megan, perdóname.

Había sonado sincero porque de verdad era lo que sentía. Ella lo miró algo sorprendida y abrió un poco la boca.

—Te aseguro que no pretendía avergonzarte. Creí de verdad que te ayudaba. No tanto a conseguir nuevos socios, sino a darte cuenta que eres cualquier cosa menos una chica del montón. Yo diría más bien que eres preciosa.

Ella se sonrojó y bajó la mirada. Martin siguió abrochándole los botones sin decir nada más. Cuando acabó se quedó con las manos muertas a los lados, sin atreverse a hacer lo que le hubiera gustado: tomarla y levantándola darle un beso en aquellos labios.

—¡Megan!

La voz había sonado lejos, pero contundente. Era de uno de los dirigentes de la organización.

—Estamos recogiendo ya. ¿Cómo os ha ido?

Ambos se dirigieron hacia la carpa central y entregaron tanto las carpetas con los formularios como los recipientes que habían actuado a modo de huchas. Otros también lo estaban haciendo mientras dos mujeres empezaban el recuento.

Megan se había sentado en un banco y Martin optó por hacerlo a su lado. Pasados unos minutos, una de las mujeres se dirigió hacia donde estaban ellos.

—¿Eres el nuevo? —le preguntó a Martin y, después de verlo asentir con la cabeza, continuó diciendo—. ¡Felicidades! Debe ser la suerte del novato, pero has hecho doce suscripciones y trescientos dólares de recaudación. Has sido el número uno.

—¿Y yo? —preguntó Megan.

—Oh, cariño. No te preocupes. Hoy no has podido ser la mejor, pero ya sabes que llevas una gran ventaja.

—No, tranquila, no es eso. Pero quiero saber cuánto he hecho.

—Ocho suscripciones y ciento cuarenta dólares

—Gracias.

Esperaron a que la mujer se fuera. A Martin, el corazón le iba a mil por hora. Era el momento de cobrarse su apuesta, pero no estaba seguro de si ella seguía enfadada.

—No has conseguido doblarme en todo —dijo entonces ella mirando todavía al frente.

—¿Tenía que ser en todo? —Tampoco él se giró para contestarle.

—Yo diría que sí.

—Era en el dinero.

—No solo.

—Si no hubieras hecho las suscripciones de los dos últimos tipos, te hubiera doblado en todo.

Entonces ella lo miró y esperó unos segundos a que él también lo hiciera. Martin pensó que había sido un estúpido por haber dicho aquello hasta que ella sonrió.

—¿Dónde me vas a llevar? —preguntó Megan.

Martin soltó el aire que en ese momento se dio cuenta de haber contenido esperando su respuesta.

—Te voy a pedir una cosa —dijo y, al ver que ella levantaba una ceja, continuó—: Déjame que me cobre mi apuesta mañana.

—¿Mañana?

—Sí, mañana

—¿Por qué no hoy? ¿Te has acordado de repente que tienes algo más importante que hacer?

—No. —Y sonrió—. No habría nada más importante; pero prefiero hacerlo mañana. Ya te lo explicaré.

Megan se encogió de hombros y luego se levantó.

—Como quieras. ¿Dónde quedamos?

—¿A las siete de la tarde aquí mismo?

—Me parece bien. Hasta mañana entonces.

Y la vio irse y le pareció que era lo más terrible del día. Aquella chica iba a volverlo loco. Nunca había sentido nada parecido por nadie y se notaba extraño y al mismo tiempo eufórico. Pero si algo tenía claro era que no iba a dejarla escapar.

Capítulo 3

Faltaban quince minutos para las siete de la tarde y ya estaba esperando en el punto de encuentro. Estaba más nervioso de lo que le hubiera gustado reconocer. Ni siquiera había dormido bien aquella noche puesto que se había despertado tres o cuatro veces sintiendo cierto grado de ansiedad. Era absurdo, teniendo en cuenta que había quedado con una cría y él era alguien mucho más experimentado. Sin embargo, no podía evitarlo y todavía en esos momentos seguía debatiéndose entre su deseo de volver a verla y su mente, que le indicaba que se alejase.

Decidió entretenerse con algún juego del móvil y así tener siempre a la vista el reloj, sin embargo, antes de empezar a jugar oyó su voz melodiosa.

—¡Hola! Creía que llegaba demasiado temprano.

Allí estaba, reconociendo sin ambages que había llegado antes de la hora prevista con una franqueza y una simplicidad extraña para una niña de su edad o, tal vez, justo por eso.

—Y lo haces —respondió Martin—. Pero yo también, así que podríamos hacer como si no nos hubiéramos visto y esperar hasta que se hagan las siete en punto o aprovechar.

—Aprovechemos —respondió Megan con una carcajada—. Lo que no recordé preguntarte fue dónde íbamos a ir y no sé si voy vestida de forma adecuada.

Martin la miró de arriba abajo con total descaro. Megan vestía una camiseta

blanca de raso brillante y tirantes finos pegada a su cuerpo, una chaqueta de media manga y una falda amarilla, corta y acampanada, que realzaba mucho más el bronceado de su piel. En los pies, unas sandalias blancas con algo de tacón. Por su físico podías olvidarte de la edad que tenía y ponerle dos o tres años más. No había duda de que su desarrollo había sido temprano y espectacular, pero eso mismo fue lo que provocó de nuevo ciertas incertidumbres en su interior.

—Vas vestida de forma muy adecuada —le respondió con un tono irónico en la voz.

—Te estás burlando de mí.

Megan lo miró de medio lado mientras lo decía y parecía dudar de si quedarse o irse.

—¡Oh no! Ni mucho menos. Te aseguro que estás adecuada y preciosa.

La respuesta no disipó sus dudas e incluso provocó que se ruborizase de manera ostentosa. Martin pensó que lo mejor era que se marcharan ya de allí para evitar que se arrepintiese, así que, sin darle tiempo a nada más, le dio uno de los cascos que llevaba y él empezó a ponerse el suyo.

—¿Vamos muy lejos?

—No. Tranquila. A unos treinta minutos.

—Tengo que estar en casa a las once —volvió a insistir.

—Estarás. Te lo prometo.

Megan lo miró de nuevo, todavía indecisa. Martin aguantó la respiración hasta que, por fin, vio cómo ella se ponía el casco y pudo soltar el aire contenido agradeciendo que él ya lo llevara puesto y no había podido mostrar su expresión de terror ante la posibilidad que ella quisiera irse. ¡Tenía hora de llegada a casa! Ya no recordaba lo que era que los padres pusiesen una hora límite.

Arrancó la moto y esperó a que ella se subiese. Se notó que no tenía mucha costumbre puesto que intentaba evitar cogerse de él, pero al mismo tiempo tuvo que lanzar su cuerpo dos veces hasta conseguir bordear con sus piernas el

asiento. Martin, además, imaginó que su apuro venía del hecho de vestir con falda corta, lo que podía provocar alguna indiscreción al levantar la pierna. Cuando le pareció que estaba bien afianzada detrás suyo, entró la primera marcha y salió a la carretera. Ella había puesto las manos a ambos lados de él sin llegar a agarrarse, solo lo suficientemente cerca como para hacerlo si lo necesitaba.

—¿Te da miedo la moto? —le preguntó alzando la voz para que lo oyese pese al casco y el propio ruido de la motocicleta.

—No especialmente. Pero la velocidad, sí —respondió.

—No correré —le aseguró.

Mantuvo una velocidad bastante moderada pese a que ya habían salido a Tremont Street y el tráfico era muy fluido; sin embargo, en la confluencia con Massachussets Avenue, el semáforo cambió a naranja y el coche que tenía delante se detuvo con brusquedad. Martin también tuvo que frenar y notó que el cuerpo de ella se abalanzaba sobre el suyo y sus manos le apretaban los costados con fuerza.

—Lo siento —le dijo—, ha sido el coche de delante.

—Lo he visto. Tranquilo.

—¿Qué te parece si vas más cogida?

Y mientras lo decía le tomó las manos y las hizo reposar en su estómago enlazadas. Megan pareció decidir que aquello era lo mejor y reposó su barbilla sobre el hombro de él. Notar su abrazo le resultó más agradable de lo que le hubiera gustado reconocer y un cosquilleo le pasó por el cuerpo.

Tal y como había predicho, en unos treinta minutos ascendía por la Forest Hills y llegaban al puente confluencia con la Jewish War Vets Drive. Aparcó la moto en un recodo del camino para descender, tomarla de la mano y dirigirla hacia el lado opuesto al Scarboro Pond e introducirse en el pequeño bosquecillo.

Entonces silbó y apareció el pequeño Peter, con la cara sonrosada y arrastrando una bicicleta.

—¡Hola, Martin! —dijo con alegría—. Está todo como lo dejaste y acaba de llegar el encargo.

—Te lo has ganado entonces —le respondió él y, echando mano de un billete de cinco dólares, se lo dio—. Ten cuidado ahora con la bicicleta para volver a tu casa.

—Lo tendré —dijo y desapareció en unos instantes.

Megan estaba callada, pero Martin supo ver en su cara cierta expresión de intriga. La volvió a tomar de la mano aprovechando su absoluto desconocimiento de hacia dónde se dirigían y caminó unos pasos más por un sendero muy estrecho rodeado de árboles. Hacia el final, en lo que parecía lo más denso de aquel bosque, apareció una pequeña construcción semiabandonada que tal vez correspondía a la primera estructura de una vivienda. Martin la introdujo en su interior para salir por el otro lado a lo que podría haberse ideado como jardín privado.

Y allí, en medio de una vegetación de flores silvestres, había colocado una mesa y dos sillas, y la había vestido con unos manteles de papel de color azul marino, platos y vasos de plástico, una vela larga de color azul y la caja de lo que podía ser comida italiana y cuyo aroma despertó todos los instintos de Megan.

Martin se detuvo y mirándola comprobó que, como esperaba, ella estaba muy sorprendida. Encendió la vela y le pidió que se sentara en una de las sillas. Megan seguía sin formular palabra y se palpaba su timidez. Entonces abrió la caja y le enseñó su interior: una gran pizza.

—Espero que te guste. Con sinceridad, no sabía qué hacer de cenar.

Megan lanzó una sonora carcajada.

—¡Estás loco! —le dijo—. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿Cuándo has preparado todo esto?

—Se me ocurrió ayer. Por eso te pedí que lo dejáramos para hoy. Lo he estado preparando hace un rato.

—¿Ayer? Yo creí que no cenamos ayer porque querías llamar a la guapísima.

—¿A quién?

—A aquella chica guapísima que te dejó su teléfono.

Martin la miró extrañado. ¿Se había fijado? ¿Hablaban de ello sin problemas? No reconocía en su tono ni una sola pizca de envidia. Definitivamente, no entendía a esa chica. Cualquiera estaría pensando que lo que transcurría entre ellos era una cita; pero Megan parecía que no lo veía así y era como si, en verdad, fueran solo un par de amigos que iban a cenar. Eso lo estaba turbando demasiado.

—Tiré el teléfono. No me interesaba en absoluto. ¿Cómo pudiste creer que fuera por eso?

—No sé. Me pareció lo más normal, con tus antecedentes...

—¿Mis antecedentes?

Megan dudó sobre si dar una respuesta o no. Tomó un trozo de pizza y empezó a comer. Él hizo lo mismo, pero levantando las cejas le indicó que todavía esperaba una respuesta.

—Bien, se puede llegar a saber mucho de una persona si se busca de forma adecuada y sin dejar rastro. —dijo recordándole que ella había detectado su burda búsqueda.

—¿Quiere decir eso que sabes cosas de mí?

—Unas cuantas.

—Como... ¿por ejemplo?

—Pues que Mary Trump es la última de unas cuantísimas de las que es imposible llevarte la cuenta, pero que pasan por Rosalynne Douglas, Francis Smith, Eve Richardson, Carla Brighton, Rizzo Jason, Mary Flannagan o Jessica Emerson, y eso por mencionar solo las de los últimos meses. Es decir, todas chicas número uno, reinas de la fiesta o las mejores *cheerleaders*.

—Yo no he publicado nada de eso en Internet —dijo Martin extrañado.

—No hace falta que lo publiques tú. Basta con que lo hagan ellas. Y, si te etiquetan, solo me han facilitado el trabajo; pero, aunque no lo hicieran, podría haberte encontrado.

—O sea que, según Internet, soy un obseso sexual.

—No he dicho eso. —Megan rio—. También sé que estás estudiando en el Vocacional de Madison, donde te matriculaste este curso en algo relacionado con la informática y perdóname la inconcreción porque me pierdo entre tantas especialidades. Te ha ido bien pese a que habías dejado de estudiar cuatro años.

Martin empezó a sorprenderse más de lo que le hubiera gustado, aunque en paralelo se sentía halagado.

—¿El instituto también publica fotos mías?

—No. El instituto debe publicar la lista de los admitidos cada año. —Abrió los brazos mostrándose a sí misma como si fuera evidente lo que acababa de decir—. Y lo de que te ha ido bien lo he inferido del hecho que sigues estudiando. La normativa en materia de educación establece que una persona mayor de edad puede seguir en el sistema educativo público si saca una media de siete cada semestre.

—Cada palabra que sale por tu boca me deja más alucinado. ¿Todavía sabes más?

—Sí. Sé que trabajas por horas en MRW y que antes has pasado por un Pizza Hut y también por la Teradine. Aquí hay menos información, así que tengo la impresión de que has pasado por más trabajos, pero demasiado precarios como para poder dejar rastro o bien has tenido algún que otro percance. Lo del Pizza Hut y Teradine también está en Internet. Son empresas que publican cada año memorias con sus organigramas.

—¿Y lo de MRW? Llevo solo diez días trabajando.

—Eso lo conseguí preguntando.

—¿Preguntando?

—¿Tú no sabes que entre tú y cualquier ser humano del planeta hay un máximo de seis personas? Pues imagínate lo fácil que es encontrar alguien a quien puedas conocer y que te conozca en Boston.

—Sigue, por favor.

Megan se mordió el labio inferior en un gesto que erizó toda la piel de Martin. Verla hacer eso lo hacía pensar en lo maravilloso que sería hacerlo él en su lugar. Sin embargo, detectó también el brillo de la duda en sus ojos.

—Tengo la sensación que sabes bastante más de mí y no me lo quieres decir.

Ella lo miró unos segundos, pero retiró de inmediato la vista. Mordisqueó la pizza y respiró en profundidad.

—Si te incomoda, me detienes —dijo.

Martin solo asintió con la cabeza. Estaba francamente muy intrigado.

—Sé que vives con tu hermano, que es bastante mayor que tú, y con tu madre, que está muy enferma. —Se detuvo un momento observándolo—. Esto también me lo han explicado, pero no me han dado más detalles. Solo que salí muy a menudo en ambulancia de casa.

—Continua.

La había incitado a continuar, aunque no le gustaba el cariz que estaba tomando la conversación. Aquella chiquilla lo sabía casi todo de él y era él quien se creía que ella era la inocente.

—Y, por último, sé que tu padre trabajaba en la Farmacéutica Silcon y que murió por un accidente que la empresa no quiso reconocer para no tener que pagar la indemnización y lo achacó a una manipulación incorrecta.

Megan volvió a callar escrutando el rostro de Martin para poder reconocer algún tipo de emoción que la instase a callar; pero él se había quedado hierático mirándola y no podía estar segura de si se había enfadado, aunque su mirada parecía haberse oscurecido.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Nadie. Tu única foto de tu perfil de Facebook es de cuando eras niño. Pese a que la has recortado se nota que estás sobre alguien que lleva un mono de trabajo con el logo y el anagrama de Silcon y busqué noticias de esa empresa. El accidente en el que tu padre murió fue, por desgracia, objetivo de los diarios del momento porque fueron siete los muertos y treinta y cinco los afectados de una manera u otra. A partir de ahí, lo único que tuve que hacer fue

acceder a la base de datos de jurisprudencia de mi padre. No es pública porque requiere suscripción, pero un accidente de esas características tenía que haber generado un juicio casi con toda seguridad y por eso lo hice. En términos generales, no se sabe, pero, como dice mi padre, a lo largo de su vida, cualquier persona ha tenido que recurrir a un abogado un mínimo de dos coma cinco veces, por lo que las posibilidades de que su problema se haya resuelto en los tribunales es muy alta y no hay mejor relato de los hechos que una sentencia. Es una buena fuente de datos.

»El caso es que yo no entiendo mucho de derecho, pero, con sinceridad, creo que los argumentos de la defensa de tu padre y del resto de los trabajadores eran irrefutables; aunque el juez se plegó a las amenazas veladas de la farmacéutica. Es obvio que, si mi padre me oyera decir esto, se pondría hecho una furia. Para él la palabra de un juez es como la palabra divina y mucho más si le ha dado la razón a la empresa.

Martin apartó la vista de Megan al tiempo que soltaba sonoramente el aire por la nariz. Megan pensó que, en efecto, se había extralimitado. El enfado de él debía ser mayúsculo si reaccionaba de aquella forma.

—Lo siento —susurró—, no debería...

—¡No! Tranquila.

Sin embargo, se levantó de la silla y caminó un poco hacia el Oeste, donde el sol tras desaparecer hacía poco había dejado un cielo anaranjado. Martin creía tener esos hechos muy lejos de su presente y allí estaba aquella niña sacándolos a la luz como si no fueran a doler. El recuerdo de los días de llantos volvió de manera nítida a su mente, aunque habían pasado cinco años. Rememoró el impacto del anuncio, tan sorprendente e increíble que, durante varios días, no pudo más que mirar a la puerta y esperar que su padre apareciese. Pese a ello, lo peor estaba por llegar: cuando acusaron a su padre de haber sido el culpable por el alcohol en sangre que le encontraron.

—Había bebido. De eso hubo pruebas más que evidentes. Debe salir en la sentencia —dijo sin atreverse a mirarla a la cara.

—Sí, pero estamos hablando de un cero coma cuatro. Es obvio que toda dosis de alcohol es tóxica, pero ese nivel es tan bajo que resulta patético.

Martin se giró y la miró. «Qué sabrá esta niña de las consecuencias del alcohol en sangre», pensó con cierta inquina. Pero estaba allí sentada mirándolo con cierta preocupación y estaba tan bonita... Volvió de nuevo a la mesa. Megan pensó que la mirada de él había vuelto a cambiar y se había suavizado un poco. El pelo se le había alborotado como efecto del viento que soplaba más fuerte en la zona donde había estado, fuera del abrigo de la casa, y por un momento a ella le hubiera gustado peinárselo con los dedos. Aquel chico le producía un sentimiento muy extraño. Por un lado, la cohibía. Era mucho mayor y estaba acostumbrado a ir con chicas mucho más guapas, listas y experimentadas que ella. Pero, por el otro, le generaba una ternura increíble y, sin duda, tampoco podía olvidar que sus facciones casi perfectas la atraían.

—No me gustan esos recuerdos, pero no estoy enfadado. Lo que estoy es sorprendido —dijo entonces él.

—¿De verdad? Hablo más de la cuenta la mayoría de veces y...

—Megan. Eres increíble. Pero no me voy a conformar. Tú lo sabes todo de mí y, sin embargo, yo no tengo ni idea de ti. El precio por tu indiscreción es que me lo expliques. Yo sería incapaz de sacar toda esa información por mi cuenta.

Megan se echó a reír con fuerza y Martin pensó que estaba maravillosa cuando lo hacía.

—Pero ¿qué quieres saber?

—Pues todo. Cuántos años tienes, qué quieres estudiar, qué notas sacas, cuáles son tus *hobbies*, con cuántos chicos has salido... No sé, lo habitual.

Se preparó para realizar el discurso que Martin le había pedido, aunque antes de iniciarlo tomó otro trozo de pizza y se lo comió con cierta mirada pícara.

—Tengo casi quince años...

—Empezamos mal. —Martin rio—. ¿Qué significa «casi»?

—Pues... casi es casi... Los cumpla el 1 de septiembre.

«Quince». El número resonaba en la cabeza de Martin como si se tratase de una ofensa.

—Nací en Nueva York, pero no conozco la ciudad porque mi padre se vino a vivir a Boston solo un año más tarde y todavía no he podido ir. Me quedé sin madre a los cinco años así que... no la recuerdo. No recuerdo ni su cara, ni su olor, ni su tacto... No recuerdo nada de ella. Creo que fue un ictus, pero mi padre habla poco de ella. Cuando me lo dijeron no quise creerlo y me inventé que nos había abandonado. Estuve tanto tiempo refugiándome en esa mentira que todavía hoy en día tengo momentos en los que dudo de si se fue o se murió. No sé por qué me inventé aquello. Creo que pensar que se había ido me permitía tener la esperanza de que volvería.

Calló unos segundos para reiniciar la conversación con la voz más definida. Lo miraba de frente, abriendo mucho aquellos ojos verdes.

—Mi padre después de aquello ha tenido unas diez novias que yo haya conocido. Eso lo mantiene entretenido lo suficiente para que se ocupe de mi día a día muy poco. Es un abogado de gran prestigio y debe atender a todos sus clientes. Yo soy un tanto molesta si pensamos en términos de dar cariño, aunque sin duda alguna y a su manera se ocupa de mí.

Desvió la vista hacia el paisaje que tenían delante como si tomase fuerzas. Martin continuó callado. Le gustaba oír su voz.

—Todavía no sé qué me gustaría estudiar, son muchas las cosas que me interesan. Pero eso no tiene importancia porque yo seré abogada. Me guste o no. Forma parte del tipo de cosas sobre las que mi padre ejerce sus derechos y sus expectativas.

»Me encanta leer y el cine clásico. Mi película favorita es *Lo que el viento se llevó* y no por la parte romántica, sino porque me encanta la fuerza del personaje de Escarlata O'Hara. Yo quiero ser así.

»He tenido algunos novios. Cuatro... no, cinco. Mi amiga Rita dice que, si sigo así, seré una pendona; pero me he propuesto ser más firme en este punto.

—¿Perdona? ¿A qué te refieres? —la interrumpió porque aquello le había parecido divertido.

—Bueno... es que... a los cinco chicos los he conocido en los dos últimos meses... Bueno, a alguno ya lo conocía antes. Quiero decir que hemos salido en los dos últimos meses.

—Entonces, ¿son relaciones breves?

Megan lo miró con la cara todavía sonrojada por la vergüenza que le producía hablar de esos temas. Martin parecía disfrutar de lo lindo con su azoramiento.

—No te burles de mí de nuevo.

—No me burlo, Megan. Solo constato un hecho. —Pero el tono de su voz delataba lo contrario.

—Es que, cuando llega la hora de la verdad, todo se tuerce.

—¿La hora de la verdad? ¿A qué te refieres? ¿No eres virgen? —Martin había hecho la pregunta a bocajarro, sin pensar demasiado en las consecuencias de hacérselo a alguien tan joven.

—Sí lo soy —respondió con rapidez y con cierto enfado—. No estoy hablando de eso. Me refiero a cuando me besan.

—Perdona, Megan —dijo Martin hablando muy poco a poco—, pero eso vas a tener que explicarlo de nuevo.

—Quiero decir que me gusta mucho un chico. Mucho, mucho. Me paso unos días babeando hasta que se da cuenta de que existo. Me piden salir y brinco de alegría. Pero en el momento en que me dan un beso... yo... No sé cómo explicarlo... me dicen que es cosa mía... Rita dice que tengo mal una neurona. El caso es que cuando me dan un beso, justo en ese momento, todo aquello que sentía desaparece, se difumina, se volatiliza. Puff

Al hablar había gesticulado con los brazos y su aroma había llegado hasta Martin y se le había colado directamente en el interior. Se sentía confuso. Aquella chica hablaba de sus antiguos novios como lo estaría haciendo con cualquier amiga. Confesando sentimientos que jamás se explican en una

primera cita. ¿Qué hacía ella allí? ¿Cuáles eran sus expectativas? Aunque no sabía por qué se estaba preguntando por las expectativas de ella si ni siquiera tenía claro cuáles eran las propias. Por qué o para qué había quedado con aquella chiquilla que de manera evidente no le convenía. Pero, al mismo tiempo, cuando ella había hablado de los besos que se había dado con otros, había mirado aquellos labios y todo su cuerpo había reaccionado, sobre todo la entrepierna, e incluso había sentido algo parecido a los celos al imaginárselos entre la boca de otro. Y lo peor de todo, por lo que se sentía absolutamente airado en su interior, aquella confesión, más que un reto para él, le había generado una tremenda inseguridad. Si en algún momento él la besaba, ¿le ocurriría lo mismo? ¿Acabaría siendo él el chico número seis de aquella estadística?

—No creo que sea un problema neuronal —respondió Martin—. Tal vez solo sea que esos chicos no sabían besar.

Tal cual lo dijo, Martin se arrepintió. Ahora todavía había puesto más alto y difícil el reto. Ahora, si él iba a acabar siendo el número seis, además, no sería porque no se había generado suficiente química entre ellos o, mejor dicho, por no haber conseguido enamorarla; sino porque él mismo había diagnosticado que sería un error de quien besa. Perfecto.

—No lo sé. —Ella contestaba casi susurrando, de verdad preocupada por «su defecto»—. El caso es que, cuando veo en las películas esos maravillosos besos, siempre pienso que, tal vez, el problema es que no haya música de fondo.

A Martin se le escapó una sonora carcajada. Tan pronto hacía comentarios de alguien mayor como soltaba comentarios tan inocentes. Decididamente, Megan era distinta a cuantas había conocido.

—A mí también me gusta el cine clásico, pero me temo que nunca me había fijado en esas escenas. ¿Será que soy más amante de James Cagney que de Clark Gable?

—¿Sí? ¿Te gusta el cine clásico? —Los ojos de Megan brillaban alegres—.

Yo he visto un par de veces *El enemigo público*. Pero, como mafioso, casi prefiero a Edward G. Robinson.

Siguieron hablando de cine durante un buen rato. Martin se sintió más relajado con aquella conversación impersonal, aunque eso lo alejara más de cualquier opción con Megan. En cualquier caso, descubrió también a través de eso que era una experta en lo que para él también era una pasión y se sintió extrañamente a gusto comprobando cómo coincidían en la mayoría de opiniones.

Tan relajado estaba que los minutos y luego las horas pasaron con suma rapidez y hasta que no oyó el sonido de un mensaje en su móvil ni siquiera se acordó de que lo llevaba o que existía. Al mirarlo, sin embargo, su corazón dio un vuelco.

—¡Megan! ¡Son las once!

Ella le sonrió con timidez.

—Lo sé. No te preocupes. Vámonos ahora, pero no padezcas. Te mentí. La hora de llegada son las doce. —Se sonrojó—. Sí, no lo digas, como Cenicienta.

—No lo iba a mencionar —masculló—. Pero ¿por qué me habías asegurado las once?

—Por si no respetabas el acuerdo, al menos tendría tiempo de llegar a casa.

—O sea que, si no respeto el horario que te han puesto y, por tanto, no te dejo ir, ¿lo único que te preocuparía es no llegar tarde? ¿No que te hubiera raptado? ¿O que te hiciera daño?

—Es que tú no conoces a mi padre cuando llego tarde.

Lo dijo riéndose, pero Martin pensó que le tenía excesivo miedo o devoción a su padre.

La llevó en moto hasta su casa en Beacon Street, pero, tal y como ella le indicó, se detuvo en la esquina con Dartmouth.

Ella bajó de la moto y le entregó el casco. Él también se lo quitó y se apeó para guardar el de Megan en el portaequipaje. Ella se había quedado allí

mirando cómo lo hacía, aunque mientras tanto se ahuecó el pelo para quitar el efecto del casco.

Cuando Martin cerró el compartimento se giró hacia ella. Se sentía nervioso como si fuese un jovencito. No sabía cómo actuar. ¿Adiós y basta? ¿La volvería a ver? Necesitaba una excusa y rápido si quería hacerlo.

De pronto ella hizo algo que lo dejó petrificado. Se acercó mucho a él y muy poco a poco le pasó las manos por el pelo, como si hubiera decidido que él también debía arreglárselo y se lo estuviera peinando, pero con tanta suavidad que a Martin le pareció más una caricia.

La tenía a tan solo unos pocos centímetros. Con la mirada puesta en su pelo y la barbilla algo levantada. Oía su aroma, que era como de flores frescas. Y, sobre todo, con aquellos labios a la altura adecuada. Y, sin poder retenerse ni un minuto más, la besó.

Primero puso solo sus labios sobre los de ella, notó su textura, su suavidad y su calor. Pero, al hacerlo, un instinto casi salvaje se apoderó de él y, cogiéndole la cara con ambas manos sin dejar de mirar aquellos labios carnosos y tentadores, volvió a besarla, esa vez abriendo su boca y dejando que su lengua se adentrara a investigar. Percibió cómo la boca de ella también reaccionaba y lo acogía y, cómo su cuerpo se amoldaba al suyo de manera perfecta.

El cuerpo de Martin también reaccionó y su miembro se endureció con tanta fuerza que casi le dolió. Pensó que ella lo notaría y en parte se avergonzó. Pero nunca había sentido un deseo tan fuerte por nadie. Recordó que ella solo tenía quince... no, catorce años. Así que se detuvo de forma brusca y separándola de su cuerpo intentó recuperar la respiración mientras miraba al suelo, pero jadeando todavía con fuerza.

Se acordó de los comentarios de ella sobre los besos y sintió la punzada del miedo en su interior. Tendría que haberse contenido, esperar que fuese ella quien se lo pidiese. Al fin, se atrevió a levantar a vista hasta ella y lo que vio le dejó todavía más maravillado.

Megan tenía las mejillas sonrosadas y un brillo especial en la mirada. Su boca estaba semiabierta entre una sonrisa y el jadeo que también indicaba que estaba sintiendo sus mismas palpitaciones.

Entonces, fue ella la que se acercó a él y empezó, con suavidad, a depositar pequeños besos sobre los labios de él, buscándolo, incitándolo. De nuevo, él se abalanzó besándola y mordisqueándole el labio inferior. Hasta que haciendo un esfuerzo sobrehumano volvió a separarla.

—Megan... no... Megan... no sabes...

Pero ella hizo caso omiso y volvió a buscarle la boca y le acarició el pelo y la espalda y los hombros... Martin creyó que se iba a volver loco. Debía ser fuerte y contenerse. Estaban en plena calle, a escasos metros de su casa y tenía solo catorce años. Esa maldita faldita amarilla lo estaba volviendo loco.

Por fortuna, en ese momento fue ella quien se detuvo, aunque siguió muy cerca de él. Le buscó la mirada. Él vio de nuevo aquel potente brillo. Ella sonreía. Parecía tan feliz. Y sin decir nada más inició muy poco a poco el camino hacia su casa sin dejar de mirarlo.

A Martin el corazón le iba a mil. Cuando la vio en la esquina, recordó que ni siquiera sabía cómo contactar de nuevo con ella.

—¡Espera! ¿Quedamos mañana? Dame tu número de móvil.

Ella profundizó la sonrisa y, sin decir nada, cogió su móvil del bolso y lo manipuló hasta que él notó la vibración de su dispositivo en el bolsillo. Lo sacó extrañado y vio un número de teléfono en la pantalla. Entonces la llamada se cortó.

—Ya lo tienes.

—¿Cómo...? —Pero no acabó de formular la pregunta.

—Mañana a las siete otra vez en el parque y te explicaré cómo tengo tu número.

La carcajada de ella fue sonora, pero casi de inmediato giró la calle y se apartó de su vista. Martin sintió un pequeño dolor de abandono y se precipitó hacia la esquina para verla caminar hasta que llegó a un punto medio.

Entonces, se giró. Parecía convencida de que él la estaría mirando. Levantó un mano a modo de saludo y desapareció.

Capítulo 4

Después de la tormenta tropical, las temperaturas habían bajado en picado. Todo apuntaba a que, aquel año, el otoño iba a pasar desapercibido y se iban a adentrar directamente en el invierno sin dar un solo respiro.

Martin volvió a mirar la hora. Megan se estaba retrasando y en el punto del parque donde siempre quedaban no había dónde guarecerse; pero no era eso lo que le preocupaba, sino su retraso.

Llevaban cuatro meses viéndose casi a diario y Megan nunca había llegado tarde. Muchas veces, incluso estaba allí antes de que él llegase, esperándolo con su sonrisa y aquellos ojos, que siempre brillaban. Entonces, dedicaban las tres o cuatro horas de que disponían a pasear, hablar y sentarse en un rincón escondido para besarse una y otra vez.

Martin nunca había pasado tanto tiempo sin sexo, pero aceptaba aquella situación. Megan era demasiado joven y, aunque era muy fogosa, en realidad, también era inocente. Hacía bien poco que las caricias habían empezado a adentrarse por debajo de la ropa y todavía notaba su azoramiento.

Las manos de ella intentaban aprender de las caricias de él y, si él buscaba su pecho a través de su blusa, ella lo seguía levantándole la camiseta y sintiendo la calidez de su tórax. Fue más precavida cuando él subió la caricia de su muslo más arriba de lo que nunca había llegado, aprovechando que ella llevaba puesta una falda corta. Las manos de ella quisieron también imitarlo, aunque se quedaron en la cadera de él, dudando.

Martin no la quería forzar a nada y no lo haría nunca, aunque ella algunas veces parecía preocupada y dudosa sobre si debían hacerlo.

—Habrà tiempo —le había dicho—, y te aseguro que se pueden hacer muchas cosas con las que disfrutarás mucho antes que con eso.

Ella se había sonrojado, pero sabía que eso suponía que ella le tuviese más confianza. La diferencia de edad y lo dispares que eran sus respectivas vidas podían convertirse en un abismo. La construcción del puente que debía unirlos exigía paciencia. Megan le importaba y no quería perderla. No sabía qué tenía aquella chica, pero lo que sentía por ella jamás lo había sentido y era superior a lo que había imaginado.

Era la persona más increíble que había conocido nunca. Siempre parecía alegre y dispuesta a dar alegría. Cuando la veía así, veía a la jovencita de quince años. Sin embargo, tenía también un sentido del humor rápido y ácido, que demostraba una inteligencia superior a la de cualquiera de su edad. Su curiosidad por cuestiones que iban más allá de sus intereses personales, la preocupación por los demás y por colaborar en todo tipo de organizaciones la convertían en una persona más madura, alguien con quien se podía hablar de cualquier tema y que demostraba además unos conocimientos que muchas veces superaban los propios. Y era que aquella criatura, además, era casi un genio en los estudios y había acabado el curso anterior con matrícula de honor sin que pudiera decirse que hubiera ningún tipo de ámbito que le resultara difícil. Tan fácil le resultaba el peor de los problemas matemáticos como el comentario literario de Henry James. Y, sin embargo, no parecía abusar ni presumir de esa capacidad superior. Martin la había visto esforzarse en la época final de exámenes y habían destinado varias de las horas en la que habían quedado, para que ella pudiera estudiar.

Al mismo tiempo, Megan era capaz de preguntarle las cosas más inverosímiles, con un desconocimiento de la vida real que lo pasmaba, sobre todo, de lo que tenía que ver con las relaciones entre personas. Era como si ella no pudiera captar la maldad ajena, como si su mente fuese incapaz de

asimilar la hipocresía o la mentira. Y ante los juicios de él sobre cómo enfrentarse a una situación real, siempre lo escuchaba con atención, absorbiendo sus palabras con un interés que lo hacía creerse grande cuando en realidad, si lo pensaba con más lentitud, no debería más que sentirse cohibido.

No entendía cómo una criatura que era perfecta había podido fijarse en él. Cómo podía querer seguir con él. Cómo era posible que lo mirarse como ella lo miraba. Aquello, quizás, iba a tener que acabar en algún momento. Ella se daría cuenta de que él no era más que un macarrilla de tres al cuarto, con más cuerpo que cabeza y con un futuro mediocre en cualquier empresa. Además, estaban sus escauceos con las drogas. Se trataba sobre todo de marihuana y alguna que otra esnifada de cocaína. Nada de importancia. Pero le era muy difícil decir que no cuando todos sus amigos insistían. Ciertamente que había vuelto a estudiar hacía poco; pero, pese a que no tenía malos resultados, tampoco era un genio y en el mundo de las telecomunicaciones había mucho genio suelto. Mientras que ella era guapa, inteligente y, para colmo, hija de una de las mayores fortunas de la ciudad.

Volvió a mirar el reloj de su móvil al tiempo que así comprobaba si tenía algún mensaje de ella o no. Ya habían pasado veinte minutos. Aquello no era normal. Decidió enviarle un mensaje y esperar. Sin embargo, cuando después de quince minutos seguía sin dar señales de vida, sin pensarlo se decidió a llamarla.

—¿Quién es?

La voz que había surgido del aparato era una voz de hombre y el tono, el de alguien sumamente autoritario. Martin imaginó que era el padre de Megan y dudó por unos segundos.

—¿Quién es? —volvió a gritar el hombre al teléfono.

—Quería hablar con Megan —respondió él.

—Eso ya me lo imagino puesto que está llamando a su móvil, pero no ha contestado a mi pregunta. Dígame ¿quién es?

—Soy Martin. Un amigo de Megan.

—¿Qué clase de amigo?

—Solo un amigo, señor. —Y harto ya de aquel interrogatorio continuó—: ¿Le ha pasado algo a Megan?

Hubo un primer silencio que a Martin le pareció aterrador. Notó como si el corazón se le detuviese y contuvo la respiración.

—No. Megan está castigada.

Soltó el aire que había estado conteniendo y casi se sintió feliz de saberla castigada, aunque la duda lo embargó. ¿Qué podía haber hecho ese ser cuasi perfecto para recibir aquello?

—¿Significa eso que no puede ponerse al teléfono, señor?

—Sin duda —respondió con un grito su interlocutor—. Así que no se le ocurra volver a llamar. —Le colgó el teléfono.

Martin se dirigió hacia la moto. Aquel día no podría verla y eso lo fastidiaba mucho más que en cualquier otro momento porque era la última vez que podrían disfrutar de una tarde entera. Él había encontrado trabajo en una cervecería después de que no le hubieran renovado el contrato en la empresa de mensajería. Pero el horario exigía tener que ir todas las tardes después del instituto más todos los fines de semana, lo que suponía que solo podría ver a Megan en algunos momentos muy breves durante la semana y, como mucho, las mañanas de los sábados o los domingos.

Circuló con la moto por la Beacon Street en lugar de dirigirse hacia su casa en el West End y en tan solo diez minutos había llegado a la esquina donde siempre dejaba a Megan. Sabía que estaba haciendo una tontería, pero la frustración de no verla era más fuerte que su conciencia.

Aparcó la moto y se dirigió andando hacia su casa. Había estado ya en otras ocasiones, aunque nunca se lo había dicho. Pasaba por delante con la ilusión de que, tal vez, ella saliese en ese momento y se encontrasen. Nunca había pasado. Ahora volvía a estar allí y, en aquella ocasión, sus deseos de verla no eran el producto de una vaga ilusión, sino el resultado de la frustración que producían las expectativas no cumplidas.

Pasó de largo intentando disimular mientras pensaba cómo podía acceder a la casa. Subió por Clarendon Street y en muy pocos metros se encontró con el callejón Public. En ese momento lo recordó. Todas las mansiones del Back Bay tenían dos accesos. El principal y el secundario por el callejón posterior.

En los tiempos en los que se construyeron aquellas casas victorianas, estaba claro que ni el servicio ni todos los suministros debían ser vistos por la entrada principal. Así que siempre dejaron, entre calle y calle, un callejón más estrecho y de circulación restringida.

El único problema era que, aunque era de acceso público y sin limitaciones de movilidad, no era muy común ver a nadie por aquellas callejuelas salvo que fuera algún repartidor a domicilio. Y era que las buenas costumbres de la clase alta bostoniana no se habían perdido ni muchísimo menos.

La ropa de Martin delataba, sin lugar a dudas, que él no era oriundo de aquel barrio; así que debería buscar alguna excusa por si alguien lo detenía. Miró a su alrededor y, con rapidez, detectó su coartada. Allí mismo había un contenedor de basura con bolsas alrededor, debido a la huelga del personal de limpieza municipal que se había producido en los últimos días y entre la basura vio una caja de pizza.

La cogió y, adentrándose en el Public Alley, la llevó en una mano procurando adaptar el paso vivaracho y desenfadado de la mayoría de pizzeros que se dedicaban a ir arriba y abajo con sus pequeñas motos.

Cuando llevaba andados unos metros reconoció el color rosa pálido de la piedra con la que estaba hecha la casa donde vivía Megan. Se distinguía de las demás en que habían construido con ladrillo visto un garaje, lo que permitía poner como mínimo un coche a resguardo. Sin embargo, plantearse acceder no iba a ser fácil puesto que, aunque podía alzarse hasta el primer piso, desde allí no tenía demasiadas opciones y si algo sabía de la disposición de la casa de Megan era que su habitación estaba en el tercer piso.

Al alzar la vista vio que la finca de al lado disponía de unas escaleras de incendio que comunicaban todos los pisos y, sin duda alguna, aquel era su día

de suerte porque, justo a la altura del tercer piso, ambas mansiones compartían la barandilla y el pequeño balcón de hierro.

Miró a su alrededor y no vio a nadie. En aquellos días fríos en los que a esas horas ya había anochecido, casi nadie se planteaba salir a la calle a dar un paseo. Como mucho, cogían el coche y se desplazaban a algún restaurante del centro de Boston.

Dejó la caja de pizza en un lado y subió a una estructura de acero inoxidable que tal vez cubría alguna sala de gimnasio –que tanto se había puesto de moda entre los ricos del lugar– e, intentando no hacer ruido, se encaramó a la escalera de incendios agradeciendo encontrarse en plena forma puesto que tuvo que auparse a pulso unos cincuenta centímetros.

A partir de ahí, solo debía seguir la senda de las diferentes escaleras que comunicaban un piso con otro hasta que llegó al tercero. Desde allí, tuvo que atravesar la separación en las galerías de hierro y tuvo frente a sí una de las cuatro ventanas del tercer piso.

Se había agachado para que su silueta no le delatase. Por fortuna, no había cortinas en aquella ventana. Miró al interior y vio una habitación que parecía más bien una pequeña sala de estar. Accedió entonces a la siguiente ventana y asomándose con cuidado lo que encontró fue una especie de despacho con estanterías llenas de libros y cajas de archivo, y una mesa escritorio en el centro.

Llegó a la tercera ventana y, justo en el momento en que iba a mirar con disimulo, la luz del interior se encendió y Martin pudo ver con claridad la figura de Megan cubierta escasamente con una toalla desde el pecho hasta el inicio de sus largas piernas. Se sujetaba el pelo con otra toalla en la cabeza.

Megan abrió la puerta del armario y se la veía dispuesta a buscar algo de ropa para vestirse. Martin estaba tan sorprendido por haberla encontrado, pese a que era el motivo por el que estaba allí, que no supo cómo reaccionar.

Vio cómo ella cogía lo que parecía un camisón de color blanco –que imitaba la ropa interior del siglo xix– con unos tirantes, fruncido justo bajo el pecho y

que caída hasta una altura que no creía que pudiera llegar a cubrir la mitad de sus muslos.

Sin que Martin tuviera tiempo de reaccionar, Megan se quitó la toalla y la vio en toda su desnudez, y su cuerpo reaccionó de manera inmediata con una erección fuerte y poderosa. También se quitó la toalla del pelo y este cayó sobre los hombros como un manto rojo y con las ondulaciones y rizos finales.

Entonces, Megan colocó el camisón sobre la cama y, con un movimiento que le pareció muy lento y que todavía lo excitó más, lo cogió del final e introdujo sus brazos bajo él y después la cabeza, y Martin vio cómo aquella tela suave bajaba por los pechos de Megan, por su cintura y por sus nalgas hasta cubrirla, sin que por ello dejara de estar impresionantemente hermosa.

Vestida con aquello volvió a salir de la habitación, pero dejó la luz encendida. Martin imaginó que volvería y aprovechó esos minutos para intentar calmarse. Si entraba en la habitación tal y como se sentía en ese momento, dejaría de actuar con ella recordando que era solo una niña de quince años.

Pasados unos pocos minutos, Martin volvió a verla entrar. Esa vez, Megan cerró la puerta y le agradó ver que lo hacía con llave. Menos posibilidades de que los sorprendieran. Entonces, antes de que ella se introdujese en la cama como parecía ser su intención, él tocó quedamente los cristales con sus nudillos y, en seguida, los maravillosos ojos verdes repararon en su presencia.

Megan le sonrió, aunque no era la sonrisa suya taimada y relajada. El labio inferior le había temblado y su expresión delataba la sorpresa.

Se dirigió a la ventana y la abrió. Martin percibió el calor del interior y se dio cuenta entonces de lo fría que se había puesto la noche. Ella también acusó el cambio de temperatura porque su piel se erizó toda. Aunque solo fuese por eso, él no esperó un segundo más y entrando en la habitación cerró de inmediato la ventana.

Al girarse de nuevo, ella ya lo estaba abrazando. Martin notó cómo el cuerpo de ella se aplastaba contra él y le echaba los brazos al cuello para atraparlo en

un beso que le calentó sus labios y provocó que su sangre circulase de forma vertiginosa, mientras que le susurraba sobre su boca:

—Estás loco.

Cuando se separaron él le susurró:

—¿Qué has hecho para que te castiguen, princesa?

Ella se tensó y su cara reflejó el enfado y la ira.

—Es un imbécil —dijo por toda respuesta— y lo odio.

—Shhh. No digas eso, corazón.

Ella se sentó en los pies de la cama e hizo que él se sentara a su lado. Entonces puso sus piernas sobre las de él y cogiéndole la cara volvió a besarlo.

—Hemos tenido una discusión —habló ella al separarse— y, como no ha podido soportar no tener la razón, ha reaccionado como lo que es, un tirano dictador. Ya le he dicho que el título de abogado que tiene es de pacotilla porque si algo no sabe respetar son los derechos de los demás, sobre todo los que son fundamentales.

Martin sonrió. Ella estaba enfadada de manera evidente. Tenía veneración por su padre y lo sabía, pero eso no le impedía ser como era, una eterna inconformista

—Y ese ataque imprudente que has tenido con tu autoritario padre, dime, princesa, ¿son muchos días de castigo? Es por saber cuántos días más voy a tener que jugarme el partirme la crisma para verte.

—Según ha dicho, toda la semana —respondió ella—. Pero creo que mañana o pasado ya lo habrá olvidado o, más bien, hará ver que lo ha olvidado para levantarme el castigo sin tener que reconocer que yo tenía la razón o, como mínimo, el derecho a expresarme.

Él no podía dejar de mirar a sus labios mientras hablaba y, aunque en verdad estaba intentando procesar lo que sus palabras decían y que les iba a suponer un verdadero calvario para verse, otra parte de su ser quería acallarla con su propia boca y besarla hasta que ya no pudiera más.

Antes de que él decidiera decidir cuál de sus dos conciencias ganaba la batalla, fue Megan la que tomó partido y acercó muy poco a poco los labios a él y lo besó. Martin sintió cómo todo su cuerpo reaccionaba y, aunque por unos segundos se contuvo y dejó que ella llevara toda la iniciativa, con rapidez se lanzó él también a besar aquellos labios carnosos, suaves y calientes.

Primero fueron toques suaves y delicados. Casi una caricia de los labios, aspirando su aroma y dejando que las sensaciones fluyesen. Luego introdujo su lengua para encontrarse con la de Megan y el beso se hizo más intenso abriendo ambos las bocas como si estuvieran hambrientos.

Él le había cogido la cabeza con ambas manos y enredaba sus dedos entre el pelo sedoso de ella, que olía a jabón. Ella masajeaba sus brazos hasta llegar a sus hombros y al descender por la espalda, acortando la poca distancia que los separaba, se unió más a él y, al hacerlo, una de sus piernas rozó la entrepierna de Martin, que no podía estar más excitado.

Sin dejar de besarlo, ella acabó recostándose en la cama y él la siguió. La besaba y la besaba como si se acabase el mundo si dejaba de hacerlo. Ella volvió a hacer un acercamiento de tal manera que el cuerpo de él ya estaba del todo pegado al de ella.

Martin pensó que ella podría notar su excitación a través de la ropa y se sintió algo cohibido, pero —o por eso o como consecuencia de su inocencia— Megan, en lugar de alejarse, todavía se acercó más, como si quisiera también que cualquier poro de su piel estuviese en contacto con la de él.

Él detuvo un momento el beso para intentar serenarse y respirar. La miró a la cara. Tenía los ojos de un verde intenso, las mejillas sonrojadas como si hubiese hecho un deporte en los últimos minutos y los labios semiabiertos e hinchados producto de los besos apasionados que acababan de darse.

Continuó deslizando la vista hacia abajo. El camisón de tela tan blanca y tan fina la hacía parecer más niña de lo que era y Martin recordó entonces porqué había evitado sitios demasiado íntimos y cómodos. Estar allí sobre su cama y

tener que retener todos sus deseos y sus impulsos era peor que una tortura.

Megan empezó a respirar mucho más fuerte. La mirada de él la había excitado, lo cual no era de extrañar. Martin no pudo dejar de mirar aquel pecho como si hubiera quedado atrapado y después, con mucha lentitud, quiso poner primero sus mejillas y luego la besó a través del camisón. Megan dio un pequeño respingo, pero al mismo tiempo dirigió sus manos hacia allí y desanudó el lazo del camisón de manera que quedó a la vista el inicio de los senos.

Él respiró hondo antes de volver a cubrir lo que había quedado a la vista, aunque aprovechó para acariciarla a través de la ropa como si fuera por descuido. Aquello era peor que una tortura.

Megan volvió a pegarse a él buscando su boca y mientras lo besaba levantó una de las piernas sobre las de él. Cuando Martin posó su mano en su cadera se dio cuenta de que el camisón también se había levantado y rozó la piel suave y tersa recordando, al mismo tiempo, que no llevaba ropa interior.

Con cualquiera de sus antiguas conquistas no hubiera perdido ni un segundo y se hubiera colado a través de la ropa para llegar a la parte más íntima y hacerlas jadear. Pero ella era Megan. Una dulce y deliciosa criatura que tan solo tenía quince años. Demasiado niña. Pese a que, a veces, considerase que tenía mucha más madurez e inteligencia que él mismo, no podía olvidar que todavía era demasiado ingenua y que, por mucho que le doliese, la posibilidad de que ella se arrepintiese de entregarle su primera vez a un tipo tan poco presentable como él era demasiado alta.

Retiró la mano y la subió hacia su espalda. Una zona menos peligrosa, aunque los besos de ella seguían siendo insistentes. Megan, cuando notó su contención, se movió hasta quedar sobre él de manera que, si no hubieran estado vestidos, la intimidad de su unión sería casi un hecho.

Detuvo los besos y la apartó un instante.

—Me estás volviendo loco.

—No dejes de besarme —susurró ella.

Se había movido de manera que, pese a la ropa, era evidente qué partes de su cuerpo estaban en contacto.

—Detente, amor.

—Es que... siento un cosquilleo y... no sé por qué... estoy tan mojada...

Martin sonrió. ¿Cómo era posible que no supiera aquello?

—No te preocupes, amor. Esta humedad es normal. Todo lo que sientes es normal. Significa que me quieres. Pero debemos esperar.

Megan asintió con la cabeza, pero volvió a moverse de una manera inequívoca. A Martin la tensión lo estaba destrozando. Permitted que ella lo besara y le acariciara al mismo tiempo el pelo, pero su cabeza solo podía pensar en el desplazamiento de las caderas de ella y el ritmo tan evidente que estaban alcanzando.

La respiración de ella se volvió más profunda y su rozamiento más certero, abandonó el beso, levantó la cabeza con los ojos cerrados y entreabrió la boca. Su cuerpo se retorció bajo sus manos y Martin no pudo más que admirarla desde abajo pensando que era la imagen más bonita que había visto en su vida. Puso sus manos sobre su cadera y dejó que ella hiciera el resto.

Se sentía feliz viéndola disfrutar de aquella manera. Si seguía así, iba a tener un orgasmo y, o mucho se equivocaba, o casi con toda seguridad iba a ser el primero. Quizás no era la mejor manera ni las circunstancias eran las adecuadas, pero se la veía tan entregada.

—Así, mi niña, así... disfruta, princesa; disfruta, mi amor.

En ese instante notó cómo el cuerpo de ella se tensaba y profirió un grito que él de inmediato ahogó con un beso. Permaneció unos segundos más con su boca muy pegada a la de ella, esperando que la respiración se restableciera. Después se apartó lo suficiente para liberarla, pero continuó a su lado.

Megan abrió entonces los ojos y lo miró con tal intensidad que Martin pensó que aquello era suficiente recompensa, pese a que su erección era ya dolorosa.

—¿Esto ha sido...? —Tenía las mejillas sonrojadas y había tanto de pasión como de azoramiento.

—Sí, preciosa. Eso ha sido un orgasmo.

—¡Dios! —Suspiró—. Es increíble.

Martin se echó a reír. El tono de ella era tan inocente.

—Confirmando que es el primero, ¿no es así, señorita Morton?

—Había sentido algunas veces cosas, pero... no sabía... —De pronto, lo miró algo inquieta—. ¿Y tú? Tú no has podido... ¿Cómo puedo...?

—Shhhh. Tranquila, mi niña. Eso ya se solucionará. Hay tiempo.

—¿Tiempo? Ahora nos veremos menos. Tú también necesitas...

—Yo solo te necesito a ti, ¿de acuerdo, amor? Ahora vas a descansar y dormir como nunca lo has hecho. Esto ha sido un servicio de relajación a domicilio, ¿de acuerdo?

—¿Y no puedo pagarle por sus servicios? —continuó ella la broma.

Martin la miró con la ferocidad y oscuridad del deseo. Esa chiquilla lo volvía loco.

—Lo harás, mi niña, pero hoy no.

—¿Es que no aprendo suficientemente rápido? —siguió ella insistiendo.

—Demasiado rápido. —La voz de él empezaba a turbarse más de lo debido.

Entonces, él se separó y se levantó de la cama. Si seguía allí un minuto más mientras ella se le insinuaba de forma tan clara, no iba a poder contenerse y si algo tenía claro era que con Megan quería ir sobre seguro, no espantarla.

Ella se lo quedó mirando mientras se enderezaba un poco apoyándose en los codos. Él se dirigió hacia la ventana y al abrirla notó el frío exterior. Aquella temperatura le iría bien para calmarse.

—Martin —dijo ella—, tampoco soy tan cría. ¿O es que no te gusto lo suficiente?

—Princesa, yo...

Quería decirle que la amaba, que la amaba con tanta intensidad que haría lo que fuese para tenerla, pero que debían ser cautelosos. Sabía que ella quería, pero también que tenía muchas dudas. Lo notaba en la reacción de su cuerpo cada vez que avanzaba un paso más. Así que los pasos debían ser uno a uno.

Todo necesitaba su tiempo. Ella tomaría algún día la decisión, pero lo haría con todas sus consecuencias y con plena libertad. Pero no sabía cómo explicárselo

—Perdona, ¡no! No es eso. Me he equivocado —dijo ella—. Sé que te gusto. Pero también sé que estás acostumbrado a otro tipo de mujeres mucho más... Vamos, que yo no soy tu prototipo. Por eso no entiendo qué haces conmigo y por eso a veces dudo. Porque si estoy contigo y luego te vas, que es lo que va a pasar, entonces yo...

—Yo no tengo prototipo, Megan —la interrumpió Martin— y no tengo tampoco ninguna prisa. Esto que estamos construyendo es más sólido que un simple revolcón, ¿de acuerdo? Así que no te preocupes y no pienses. Todo llegará.

—Y mientras tanto ¿tú?

—Tranquila. Sé controlarme.

—Si necesitas estar con otra, yo...

—¿Qué dices, Megan?

—Que lo entenderé, que no pasa nada, aunque... Prefiero que no me lo expliques.

—¿Estás loca, princesa?

—O, tal vez, prefieres ir con una profesional...

La carcajada de Martin apareció de golpe y más sonoramente de lo que ambos hubieran querido. Contuvieron por un momento la respiración esperando a ver si había reacciones. Como el silencio continuaba, Martin se acercó a su cama y se arrodillo frente a ella.

—Tú no piensas con claridad, mi niña. ¿Qué te hace creer que soy un... un putero?

—No, no es eso. Es que tú estás acostumbrado a... ¡Buff!! ¡Qué difícil me lo pones!

—Mira, cielito, si algo tengo claro es que nunca me acostaría con una prostituta. Nunca lo haría con alguien que no quiere hacerlo conmigo. Creo

que ni siquiera se me levantaría

—Bueno, ellas sí quieren.

—No. Ellas no quieren. Ellas lo hacen porque no tienen más remedio que hacerlo. Porque tienen que ganar dinero. A todos los efectos, para mí es como una violación. Sería incapaz. Y ahora, princesa, póngase usted a dormir que, si no, voy a tener que relajarla otra vez.

Ella le sonrió con timidez, pero se deslizó por la cama hasta la cabecera y desplegó las sábanas.

—Ya me gustaría —dijo con un gesto pícaro.

—Se está volviendo muy exigente, señorita Morton.

—No lo sabes bien —le contestó ella.

Entonces, Martin se acercó y le dio un beso tierno en la frente.

—Descansa, mi cielo. Mañana intentaré volver.

Capítulo 5

—Solo has tenido una serie de contusiones y una pequeña luxación en el hombro. Puedes considerarte una persona con suerte. Con accidentes mucho menos aparatosos ha habido peores resultados.

Martin asintió con la cabeza. Se sentía en verdad dolorido y, sobre todo, avergonzado. Aquel accidente de moto no hubiera ocurrido si no hubiera actuado como un auténtico idiota cayendo de cuatro patas en la provocación de sus amigos, y no hubiera intentado demostrar que sí era capaz de saltar la distancia entre el Long Wharf y el Harborwalk, y no atender a que el pavimento estaba helado como consecuencia de la última nevada de aquel mes de diciembre.

—Martin —siguió el doctor—, la dosis de alcohol y estupefacientes en tu organismo era suficiente para dar parte a la policía, cosa que no he hecho porque, esta vez, solo has puesto tu vida en peligro, pero estas tendencias autodestructivas e imprudentes acaban teniendo daños colaterales. No lo voy a hacer por atención a tu madre, que espera fuera sentada en una triste silla pese a su estado de salud. Pero te aseguro que, si vuelvo a verte por aquí, no lo dudaré.

Volvió a agachar la cabeza. Era cierto. Había estado bebiendo cervezas en el bar Harbourside durante más de cuatro horas y, cuando tendría que haber aparecido su sentido común, la invitación de Harry a una raya de cocaína fue más fuerte que él y, a partir de ese momento, todo se desbocó.

Aunque lo cierto era que todo había empezado por la mañana, cuando el déspota de su jefe en la cafetería lo echó a la calle. Había perdido la cuenta de las veces que lo habían despedido y casi siempre era por lo mismo. Martin no soportaba que le faltasen el respeto. Ya podía ser su jefe, su profesor o cualquier otra persona. No soportaba que lo trataran con esos aires de suficiencia. Y aquella mañana, cuando su jefe lo había llamado gandul porque no había recogido a tiempo una de las mesas, se hartó y lo llamó tirano mientras le tiraba el trapo a la cara.

Lo cierto era que, al principio, se había alegrado del despido. Estaba trabajando sesenta horas a la semana. Llegaba al instituto destrozado y sabía que su rendimiento había decaído por ese motivo. Y, para colmo, no podía ver a Megan más que cinco o diez minutos entre semana y algún rato más el fin de semana, siempre y cuando ella fuese a la cafetería y permaneciera allí hasta que a su jefe le diese por permitirle que se fuera. Y a veces eso pasaba con el tiempo justo para poder acompañarla a su casa.

Aquello no era vida y todo por un salario pésimo. Pero lo cierto era que cada vez le costaba más encontrar trabajo y haberse quedado en paro de nuevo suponía dejar de contribuir en casa y ya no poder invitar a Megan ni siquiera a una triste pizza.

Su hermano condujo el coche en total silencio hacia su casa y su madre quiso sentarse a su lado en la parte de atrás y le tomó solo de la mano sin tampoco pronunciar una palabra. Quizás aquel silencio era todavía más abrumador que las palabras del médico. Se sentía ruin y mezquino, y una rabia interior lo estaba corroyendo. Tal vez su hermano James tenía razón. Tal vez era un cero a la izquierda. Alguien que nunca podría ser nada en la vida y cuyo futuro no deparaba más que volverse un camello de maría en cualquier esquina, dedicación que ya le habían ofrecido y que cada vez lo tentaba más.

Al llegar a casa se tumbó en la cama y cerró los ojos esperando que el sueño apareciese lo más rápidamente posible. Sin embargo, oyó el timbre de la puerta y, segundos más tarde, la voz de su hermano.

—Martin, tienes visita.

Se extrañó, pero se demoró un poco en ver quién era para pasar antes por el cuarto de baño a lavarse la cara porque se sentía todavía embotado. Al llegar al comedor la vio. Era Megan, estaba sentada al lado de su madre y le tenía una mano cogida entre las suyas y le estaba sonriendo.

—Martin —dijo al verlo, levantándose de inmediato, se dirigió hacia él—. Qué susto me he llevado cuando me lo han explicado.

—¿Có... cómo te has enterado?

—Harry, tu amigo, se lo dijo a Flin, el hermano de Rita, y Rita... Pero ¿estás bien? ¿No deberías estar en la cama? Tu madre me estaba diciendo que...

—¿Cómo supiste dónde vivo?

Megan se tensó primero y después se mordió el labio inferior como si hubiese sido pillada en falta. Tragó saliva.

—Perdona —susurró—. Tal vez no debería haber venido. Lo siento si...

—Pero ¿qué dices, criatura? —Fue su madre quien habló—. Yo ya tenía ganas de conocerte. Sabía que a mi Martin le rondaba alguna cosa por la cabeza y me alegro de que seas tú.

James, a su espalda, chasqueó la lengua con evidente signo de desaprobación. Megan lo seguía mirando asustada. Martin no sabía cómo reaccionar. No había planeado presentarle a su familia y no estaba muy seguro de que aquello fuera conveniente. La reacción de su hermano era la que esperaba. Con su madre no había estado muy seguro, aunque no le sorprendía verla tan amable. A fin de cuentas, Megan era la única chica que había subido a su casa. Pero verla allí lo hacía sentirse demasiado vulnerable. Si no era suficiente con las evidentes diferencias que había entre ellos, introducirla en el ambiente de su familia iba a ser el detonante para que esas diferencias se transformasen en un abismo imposible.

Megan pareció entender todo aquello con su mirada y se giró buscando su abrigo, que había quedado en el sofá junto a su madre.

—Ha sido un placer conocerla —le dijo—, pero ahora tengo que irme. Ya he

visto que Martin estaba bien y...

—No hace falta que te vayas —interrumpió él.

—Tranquilo, yo... debí preguntar antes...

—No, no. Está bien. De verdad. Ven, vamos a mi habitación. Estaremos más tranquilos.

—Claro, claro, hijita —dijo entonces su madre—. Haz que Martin se estire. El médico nos ha dicho que tiene que reposar.

James volvió a generar un sonido —esa vez, un resoplido que indicó su absoluto desacuerdo con aquello—, pero no dijo nada.

Martin la tomó de la mano y la hizo caminar por el pasillo interior, que conducía a su habitación. En ese momento fue consciente de todos y cada uno de los defectos de su casa. Se dio cuenta de la humedad de la pared y del olor que se colaba a través de las ventanas del tragaluz y que anunciaba guisos baratos y productos de limpieza cáusticos.

Al llegar a su habitación no pudo más que recordar la amplitud de la habitación de Megan y la absoluta elegancia de su decoración. La suya era tan pequeña que solo había un espacio de unos treinta centímetros entre la cama y la pared, sin posibilidad siquiera para un escritorio, motivo por el cual él siempre estudiaba en el comedor.

Martin hizo que se sentara en la cama y él lo hizo a su lado. Ella no lo miraba a la cara, pero tampoco parecía querer mirar a su alrededor. ¿Qué estaría pensando en ese momento? Al fin, alzó la vista y clavó aquellos preciosos ojos verdes en él.

—Me he asustado mucho —le confesó.

—No tenías porqué, cariño —dijo él sonriendo—. Mírame. Mala hierba...

—No digas tonterías. Ya es bastante con que las hagas.

Lo estaba regañando. ¿Cuánto sabía ella de lo que había pasado? Ahora se sentía de nuevo avergonzado, pero ya no por la pobreza de su casa, sino por su conducta. Tal vez no podía cambiar el hecho de no tener dinero, pero sí que debería poder cambiar su conducta y hacerse un poco más merecedor de ella.

—¿Qué te han dicho?

Megan cogió aire y lo expulsó poco a poco sin dejar de mirarlo. Le puso una mano en la mejilla con una caricia suave que hizo que él se derritiese.

—Tumbate. Ya has oído a tu madre.

Él obedeció. Era bueno sentirse cuidado de esa manera, con esa delicadeza. Cerró los ojos y se relajó. Entonces, sin poder evitarlo, un auténtico sopor se apoderó de él y se durmió. Soñó con ella. Lo miraba desde la distancia. Su mirada era triste. Se parecía a la mirada de su madre, pero él no podía hablarle, no podía acercarse a ella... y poco a poco se difuminaba entre una niebla que no lo dejaba ver nada.

Cuando se despertó ya era el día siguiente. Le dolía la cabeza, el típico síntoma de la resaca, y dudó de si realmente Megan había estado allí o no hasta que vio sobre la mesita de noche un DVD de *Los turbulentos años veinte* y un *post-it* en el que se leía «Para que no te aburras en tu convalecencia».

Pese a que se levantó un rato, pasó casi todo el día tumbado en la cama o echado en el sofá. Su madre no le hizo ningún comentario. James, sin embargo, se limitó a preguntarle por la edad de Megan y, aunque estuvo a punto de enviarlo a freír espárragos, al final se lo dijo y recibió una mirada heladora por toda respuesta.

Al atardecer volvió a oír el timbre de la puerta y su corazón empezó a golpear con fuerza. En efecto, era ella. Apareció con una sonrisa que le iluminaba toda la cara, pero antes de saludarlo se dirigió hacia su madre y le dedicó los primeros minutos. Se interesó por su salud, le trajo un vaso de agua y le acarició la mano de nuevo.

Martin no podía creer lo que estaba viendo. ¿Por qué había tanta conexión entre aquellas dos personas? Le daba miedo, aunque también lo reconfortaba. Su madre parecía encantada y, pese a que él estaba convencido de que Megan en algún momento lo dejaría, lo cierto era que, tal vez, no lo haría antes de que su madre desapareciese y lo hiciese creyendo que él había sentado la cabeza.

Los siguientes dos días, en los que él se sintió débil para salir e ir al instituto, se reprodujo la escena; pero al tercer día ya decidió que no podía faltar a las últimas clases del trimestre, ya que iba demasiado justo como para poder permitirse más faltas.

Se inició así una rutina que rompió con los paseos por el parque, lo cual era de agradecer en aquel invierno que estaba siendo especialmente frío. Al no tener trabajo, tenía más tiempo para verse con Megan y, de una manera natural, lo hacían cada día en su casa. Se estiraban en la cama los dos juntos y se pasaban un rato escuchando música, estudiando para los exámenes de final de trimestre o besándose y acariciándose el uno al otro cuando sabían que tanto James como su madre no estaban en casa.

Cierto era que para Martin cada día se le hacía más difícil la contención. Estar sin sexo era ya una circunstancia extraña para él, pero vivir en esa continua excitación que ella le provocaba suponía demasiados momentos en los que debía aliviarse en soledad.

Pese a ello, todo parecía perfecto. Vivían en aquella burbuja de amor. Era la primera vez que él sentía algo así por nadie y Megan parecía estar también en un permanente estado de alegría desbordante. Sin tener que preocuparse por nada. Como si el mundo a su alrededor no existiese más que para ellos dos. Martin había dejado de ver a sus amigos, pese a que más de una vez habían manifestado su enfado. Pero no le importaba. Con ella se sentía completo y no necesitaba de nada más.

La Navidad llegó y Megan le regaló la colección completa de los libros de Sherlock Holmes porque él siempre la comparaba con aquel detective y su capacidad de descubrir hasta los más íntimos secretos de todo ser con el que se cruzase. Él le compró una caja de música con el *Nocturnes, Op. 9*, de Chopin, porque la vio llorar con esa música mientras veía *El pianista*.

El mismo día que reanudaban el instituto pasadas las vacaciones, Megan le trajo la referencia de una empresa de informática en la que requerían un dependiente. Él se sintió, al principio, un poco cohibido. No habían hablado

nunca de si él necesitaba o debía trabajar. Pero lo aceptó sin hacer preguntas y se dirigió hacia allí sin demasiadas esperanzas. A fin de cuentas, no tenía experiencia en ese tipo de trabajo.

El dueño lo atendió con amabilidad. Le explicó cuáles eran las condiciones de trabajo, ocho horas diarias con un descanso de tres horas al mediodía, lo cual le iba a resultar difícil de combinar con el instituto. Pero parecía dispuesto a contratarlo de inmediato si aceptaba un salario un poco más bajo de lo que era habitual. La tienda acababa de abrirse y todavía no daba los suficientes beneficios.

Martin se mostró conforme con todo y, casi sin habérselo propuesto, se encontró con una propuesta en firme para empezar a trabajar al lunes siguiente.

Estaba eufórico de contento. Hasta entonces, los trabajos que había tenido no eran peores en cuanto a salario y condiciones, pero siempre estaban muy alejados de lo que él quería. Trabajar allí le permitía, cuando menos, hacer algunas prácticas puesto que, además de un establecimiento de venta, también ofrecía la posibilidad de reparar dispositivos siempre que no estuvieran en garantía, y el propietario le había prometido que le enseñaría.

Como estaba muy cerca del instituto Winsor y era casi la hora en la que finalizaban las clases, decidió acercarse para ver si podía explicárselo a Megan.

Llegó justo cuando todas las alumnas estaban saliendo y se colocó en frente, detrás de los coches de algunos de los padres que recogían a sus hijas. Martin recordó que la última vez que había estado allí había sido el día en el que Megan había ganado su particular batalla contra el director y sus medidas tiránicas. También había sido la última vez que tuvo una relación con Mary Trump. Por fortuna, ya no estaba allí porque ese año había empezado sus estudios en el preuniversitario y se alegró de no tener que dar ninguna explicación. Lo cierto era que, pese a no haberse propuesto mantener su relación con Megan en secreto, tampoco la había hecho pública y casi que prefería que fuese así. En ese momento se dio cuenta de que su presencia allí

podía ser demasiado delatora. Aunque Mary no estaba, sí cursaban sus estudios algunas de sus antiguas relaciones y, al final, pese a vivir en una gran ciudad, la capacidad que tenían las noticias de volar entre todos los de su generación era brutal.

Dudó si no debía echar a correr antes de que lo viese más gente, pero en ese instante la vio salir. Vestía unos pantalones tejanos que se ceñían a sus piernas y le hacían un culito precioso. También llevaba puesta una chaqueta azul hasta la cintura, unos botines y un gorro del mismo color, que le realzaban el color rojizo de su cabello. Caminaba mirando a un lado, sonriendo. Entonces Martin se dio cuenta de que quien tenía al lado era el «musculitos», aquel profesor de gimnasia que había visto la vez que Megan había incitado la huelga.

No se produjo ningún gesto que pudiese denotar algún tipo de relación extraña, pero Martin no pudo dejar de sentir celos por aquella cercanía. Mientras lo pensaba, Megan se giró y lo miró de hito en hito como si hubiera notado su presencia o como si algún imán extraño la hubiese atraído. Sin embargo, la sonrisa de su cara se congeló y Martin supo, de inmediato, que había sido un error ir allí.

Se quedó muy quieto y, tras el primer momento de sorpresa, ella empezó a caminar hacia él no sin antes despedirse de sus amigas quienes, extrañadas por la reacción de ella, siguieron su vista y se dieron cuenta de que el motivo de esta había sido su presencia. Pocas veces se había sentido tan incómodo por aquellas miradas escrutadoras. Más que incomodidad era absoluta inseguridad. Saberse fuera de lugar. Y esa sensación lo hizo sentir una ira desmedida. Cuando Megan llegó a su lado volvió a sonreír, pero esa vez fue más una mueca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con suavidad.

Martin pensó que la pregunta, pese a ser cortés, revelaba muchas cosas. Desde luego no esperaba que ella lo viese y se tirase a sus brazos, pero hubiera sido mucho más acertado decir algo como «Me alegro de verte» o «Qué fantástica sorpresa el que hayas venido».

—He estado en la tienda de informática —contestó él, aunque no estaba muy seguro de querer responder de esa manera o darse media vuelta y salir corriendo de allí.

—¿Y? —dijo ella, que seguía a veinte centímetros de él guardando unas excesivas distancias, imponiendo con ese espacio una frialdad sorprendente.

—Me han contratado.

Megan abrió un poco la boca como si quisiera decir algo, pero al final solo apareció una ligera sonrisa. Los ojos, sin embargo, no le paraban quietos. Lo miraba a él, pero también miraba de manera continua a su alrededor. Estaba claro que no se sentía en absoluto cómoda con aquella situación y con el hecho de ser vistos en público.

Martin odió no tener su preciosa moto en ese momento. Con ella se sentía más seguro y, al mismo tiempo, más temido o envidiado. Pero allí quieto, de pie, frente a Megan y todas aquellas niñas de casa bien que detrás de ella no se perdían un solo detalle de lo que pudiera estar pasando, era un ser minúsculo absurdamente feliz por haber obtenido un trabajo de triste dependiente por el que cobraba ciento treinta y cinco dólares a la semana. Todo en su conjunto era más bien patético.

—¿Martin?

La voz aflautada provocó que él desplazara la vista y, por un momento, le costó reconocerla, aunque con rapidez recordó que se trataba de Helen, una de las amigas de Mary Trump.

—Hola, Helen —le contestó él.

—Cuando le cuente a Mary que te he visto aquí se va a poner más furiosa contigo. Dice que desde Navidad no le contestas ninguno de sus mensajes —dijo ella con una sonrisita.

Aquel «desde Navidad» hizo que su estómago se pusiera del revés. Miró a Megan para comprobar si ella se había percatado del detalle. En verdad, Mary y él habían continuado manteniendo algún que otro contacto por mensajes de texto. Más bien había sido Mary quien le había escrito y él, la mayoría de las

veces, había contestado rechazando todas las invitaciones que le había ido haciendo, hasta que, en efecto, dejó de hacerlo porque nunca aceptaba un «no» por respuesta.

La expresión de Megan no parecía reflejar que se hubiera dado cuenta de lo que entrañaban aquellas palabras. Aunque había mirado a Helen de reojo y después lo había mirado a él de nuevo, pero seguía más pendiente de quién podía haber alrededor de ellos.

—Me voy a ir —dijo entonces Martin—. Tengo algo de prisa.

—¿Le digo algo a Mary? —siguió insistiendo Helen.

—Dale recuerdos —respondió él.

Y, mirando de manera directa a Megan, levantó una ceja al tiempo que movía la cabeza en señal de despedida. Ella solo asintió con la cabeza.

Empezó a andar atravesando el parque que había frente al instituto. La rabia lo corroía por dentro. Se sentía ridículo por partida doble. Por el papel que había hecho ante Megan, que no era más que una niña de quince años que se había permitido el lujo de distanciarlo con la facilidad que los de la alta cuna lo hacían con los sirvientes; y, también, porque lo había visto Helen y eso significaba que en cuestión de minutos los comentarios iban a volar por los móviles y las redes sociales.

En ese momento escuchó el típico sonido que le indicaba que le había entrado un mensaje de texto. Se detuvo un momento para sacarse el móvil del bolsillo y mirarlo. «Esta tarde voy a tu casa». Era de Megan.

Se giró porque no estaba a demasiada distancia todavía del instituto y, si ella no se había movido, podría verla. Sin embargo, no la vio o no podía distinguirla. Había todavía una gran cantidad de alumnas que salían y vehículos en la puerta que las recogían, pero no la veía.

«No lo hagas. No voy a estar», le contestó y justo cuando le dio al comando de enviar se arrepintió.

Siguió caminando a paso vivo, mientras la cabeza no dejaba de darle vueltas en torno a la misma imagen de Megan, distante e incómoda. Cuando llegó a su

casa estaba sudando pese al frío que hacía fuera, así que se dio una ducha. Su madre aquel día se encontraba mal y no se había movido de la cama. Sabía que lo correcto era quedarse un rato con ella y hacerle compañía, explicarle que ya tenía trabajo y que, pese a que le iba a suponer cierto esfuerzo, no dejaría de estudiar; pero la rabia seguía en su interior. Así que llamó a Harry y quedó con él.

Seis horas más tarde entraba borracho en su casa. Tenía la boca pastosa y era incapaz de guardar el equilibrio. Se sentía mal, física y mentalmente. Había sido un idiota. Había estado bebiendo sin parar, intentando aparentar delante de sus amigos que era el tipo duro y ligón de siempre y, al final de la noche, se habían dedicado a romper papeleras y señales de tráfico hasta que tuvieron que salir corriendo perseguidos por la policía. Había recibido tres llamadas de Megan, que no había atendido, y había visto hasta cinco mensajes de ella. «Lláname», «Tenemos que hablar», «Dime dónde estás», «Te has enfadado. Lo sé. Déjame hablar contigo», «Por favor».

Dejó las llaves sobre la mesa sin encender la luz, pero en seguida detectó que había alguien en el comedor. Al levantarse del sofá lo reconoció. Era su hermano, James.

—No me digas que no te has dado cuenta de que mamá no se encontraba bien antes de irte porque no me lo creo —dijo con un tono que delataba su rabia contenida.

—No estaba tan mal —respondió Martin.

—Por lo que me ha dicho, ha estado vomitando más de cinco horas. Hace solo media hora que ha podido conciliar el sueño.

—¿«Por lo que me ha dicho»? ¡Vaya! Al parecer tú tampoco estabas aquí

—He tenido que trabajar más horas.

—¡No! ¡No te engañes a ti mismo! —Martin estaba borracho y tal vez por ese motivo decidió que no iba a dejarse amedrentar de nuevo por su hermano —. El trabajo para ti es una excusa. Es tu justificación para no estar aquí y de paso acumulas más y más dinero que solo ves tú, mientras vives en esta casa a

costa de nuestra madre.

—Si no cierras esa mierda de boca, te juro...

—¡Me juras qué! Vete tú a la mierda. No te soporta ni la zorra de tu exmujer y vienes aquí a darme lecciones de...

James se abalanzó sobre él y, cogiéndolo del cuello de la camisa, lo empotró contra la pared. No era más fuerte que Martin, pero ser el hermano mayor y estar sobrio tenía su importancia en aquella situación.

—Hueles queapestas —le dijo James—. Eres un borracho y una mierda de hombre.

—Casi es un honor ser insultado por ti —dijo Martin riendo.

—Por favor, no sigáis. Vais a despertarla.

Martin se quedó helado. Era la voz de Megan. ¿Qué hacía allí a aquellas horas? ¿Qué estaba ocurriendo? James lo soltó, aunque antes aprovechó la sorpresa de él para golpearlo una vez más contra la pared.

Martin miró hacia donde había oído la voz y, en efecto, la vio allí de pie. Temblaba ligeramente y tenía una expresión de miedo en su rostro que le resultó enternedora.

—Lo siento —murmuró su hermano al pasar por su lado—. ¿Quieres que te lleve ahora?

—De acuerdo —respondió ella—. ¿Me das cinco minutos?

James asintió con la cabeza, se giró para mirarlo a él con odio.

—Que sepas que ha sido ella quien la ha estado cuidando. No te la mereces —dijo su hermano y salió del comedor.

Martin notó que tenía la visión borrosa y la cabeza embotada. Debería preguntarle muchas cosas, pero temía que la voz sonase demasiado ebria, lo que sabía que era bastante ridículo.

—¿Cómo estás aquí? ¿No tienes hora de llegada? —le preguntó.

—Mi padre cree que estoy durmiendo en casa de Rita y Rita... Bueno, Rita, si no estoy allí en máximo veinte minutos, empezará a ponerse nerviosa. —Miró hacia la puerta, inquieta, antes de continuar—. Sé que te has enfadado

por lo de esta tarde, pero tienes que entenderlo, Martin. Nadie debe saber que estamos juntos. Ni siquiera puedo confiar del todo en Rita...

—¿No? ¿Y se puede saber por qué no? ¿Tanto te avergüenza que se sepa? — Él sabía que debía callar. Que con esas preguntas todavía evidenciaba más sus celos, pero no podía evitarlo.

—No digas tonterías, Martin. Si mi padre se entera, se acabó, ¿lo oyes? Se acabó. El instituto está a rebosar de arpías que tienen unas ganas tremendas de cotillear y si alguien hace algún comentario en el sitio equivocado...

—¡Y una mierda! Te he visto, Megan. He visto la vergüenza en tus ojos.

—Martin, ¡por favor! No seas absurdo. Tú no conoces a mi padre. Es capaz de enviarme a Siberia si se entera.

—¿Si se entera? Si se entera de que su niñita está saliendo con un pobre desgraciado como yo, ¿no es así?

—Yo no he dicho eso.

—Pero es lo que pensaría tu padre, ¿no es cierto?

—Martin. —Respiró intentando ordenar las palabras—. De acuerdo, no eres lo que mi padre espera para su hija. Pero a mí no me importa. ¿Estamos? Y soy yo quien está contigo.

—Si de verdad quieres estar conmigo, ¿por qué no se lo dices?

—Pero ¿para qué? ¿Para que no me deje salir a la calle nunca más? ¿Para que busque un internado lo más lejos que pueda de Boston y me lleve allí?

—No lo hará.

—¿No lo hará? Tengo quince años, Martin. Yo no soy nada en casa. Nada. Y tú no conoces a mi padre.

—No. No lo conozco y al parecer no lo conoceré nunca, ¿no es así, Megan?

—No lo sé, Martin. No sé lo que pasará en el futuro. No puedo saberlo. Tenemos solo que pensar en el aquí y en el ahora. ¿No lo entiendes? Yo no soy autónoma ni tengo capacidad de serlo en mucho tiempo.

—Te engañas, Megan. Aunque tengas la excusa perfecta, es solo eso, una excusa. Y si no, dime, ¿por qué ni siquiera me has presentado a tu fantástica

amiga Rita? ¿También ella te delataría?

—¿Y tú, Martín? ¿Por qué nunca estamos con tus amigos? ¿Por qué no me los has presentado? ¿Saben siquiera que existo?

Martin se sintió perdido. Era verdad. Nunca les hablaba a sus amigos de Megan. Ella era demasiado perfecta, demasiado maravillosa para compartirla con nadie. Sus amigos eran todos unos cafres y solo la insultarían con sus comentarios.

—Eso es diferente —murmuró.

—¿Diferente? —contestó ella—. ¿Ahora quién se está engañando, Martín?

Se quedaron ambos en silencio, mirándose en la penumbra gracias al alumbrado de fuera. Martin sintió como si el corazón le hubiese hecho explosión en mil pedazos. Estaba discutiendo con Megan y el riesgo de perderla era demasiado doloroso. Dio un paso hacia adelante, lo suficiente para tenerla mucho más al alcance de la mano y, sin saber bien por qué, tocó uno de los rizos que le caían por la cara hasta ponérselo por detrás de la oreja. Megan tembló al sentir su contacto. Entonces, le acarició la cara. Era tan bonita. Megan se abalanzó sobre él y lo abrazó y buscó su boca.

—He bebido demasiado —susurró él.

—Lo sé. No me importa.

Lo besó. Lo besó tan tierna y apasionadamente que él pareció derretirse por dentro.

—Me tengo que ir —dijo de nuevo ella.

—Ya te acompaño yo.

—¿Cómo? No tienes moto y no estás tampoco en situación de conducir nada. Tu hermano se ha ofrecido.

Su hermano. Tenía que ser él quien la llevase. El perfecto de su hermano. Pero esa vez tenía razón. Él era un idiota. Estaba borracho. Había abandonado a su madre pese a saber que se encontraba mal y se había enfadado con aquella dulce criatura por algo que escapaba a su capacidad.

—Lo siento, Megan, yo...

—Shh. Calla. No digas nada. Duerme y mañana hablamos.

Entonces le dio un beso tierno en la mejilla y salió hacia el pasillo, donde James ya estaba poniéndose el abrigo. Tenía que cambiar, se dijo a sí mismo. Tenía que hacerlo por aquella preciosidad.

Capítulo 6

Aquel día hacían su primer aniversario juntos. Había estado ahorrando durante los meses desde que obtuvo su primera paga en la tienda de informática y había destinado casi todo el sueldo a comprarle un anillo de plata en el que había grabado su nombre y el de ella.

La esperaba en casa. James había llevado a su madre a la visita con el oncólogo y a la sesión de terapia que le habían iniciado hacía poco tiempo de manera experimental y que, al parecer, estaba dando resultados muy positivos.

Todo parecía sonreírle. Se sentía feliz.

A la hora señalada, puntual como un reloj, Megan llamó a la puerta. Se había puesto con un vestido corto a cuadros blanco y negro, de cuello redondo, manga larga y cintura estrechada con un cinturón. Cubría sus piernas con unas medias de color negro y, al final, unos zapatos negros de talón fino.

—¡Guau! Estás preciosa.

—¿Te gusta? —dijo ella un tanto emocionada—. Me da un poco de vergüenza que se me vea como la típica criaja que pretende vestir de mayor.

—Cariño, tú no eres una criaja y cualquiera que lo piense es porque no se ha batido en duelo con tu cabecita. Estás para que te piropeen en cualquier sitio.

Megan volvió a sonreír con cierta timidez y Martin le tomó con ternura la cara y la besó en los labios con dulzura.

—Ven —le dijo entonces cogiéndola de la mano y la llevó a su dormitorio—. Tengo una sorpresa para ti.

Cuando llegó a su habitación la hizo sentarse en la cama y cerrar los ojos. Abrió el cajón de su mesita de noche y, sacando la caja del anillo, la dejó encima de su mano. Megan abrió los ojos cuando se lo pidió, muy lentamente, y al ver la pequeña cajita de terciopelo rojo también abrió la boca de forma desmesurada.

—¿Qué has hecho?

—Ábrelo.

Megan lo tomó entre sus dedos casi acariciándolo y como si no se atreviese a abrirlo.

—¡Me dijiste que no te gustaban las celebraciones ni los aniversarios!

—Y no estoy celebrando nada. ¿Aniversario? ¿Qué aniversario? No recuerdo en el día que estamos...

—Pero ¡yo no te he comprado nada!

—¿Me lo tendré que cobrar de otra manera, entonces?

Megan negó con la cabeza mientras se reía.

—¡Venga! Ábrelo ya o tendré que devolverlo.

Cuando lo hizo, sus ojos resplandecieron. Lo cogió como si tomara un tesoro y lo miró con tal intensidad que no tuvo necesidad de señalarle la grabación interior. Ella se dio cuenta y llegó hasta a sonrojarse cuando vio sus dos nombres. Lo miró emocionada y Martin pensó que daría cualquier cosa para mantener aquella mirada en él. Entonces, se lo puso en el dedo corazón mientras él aguantaba por un momento la respiración. Le encajaba a la perfección. Su memoria no había fallado. Había memorizado el grosor de sus dedos desde que había decidido comprarle aquel anillo, pero tenía sus dudas.

Se echó en sus brazos y empezó a llenarle la cara de besos. Sentir sus dulces labios era como sentir terciopelo. Su pene reaccionó con rapidez y sin poder evitarlo lanzó sus manos hacia sus pechos y los acarició a través del *tweed* del vestido. Ella lo tomó de la nuca y lo arrastró estirándose en la cama. Los besos dejaron de ser aquellos tiernos toques de los labios para convertirse en algo más sobre sus bocas, entrelazando sus lenguas e incrementando el ritmo

de la respiración.

Megan lo cogió de las caderas y lo acomodó a su pelvis. El juego del frotamiento empezaba a ser frustrante y aquel tejano que él llevaba era demasiado áspero, así que se lanzó hacia el cinturón y la cremallera de su propio pantalón y se bajó un poco la prenda.

Ella no pareció asustarse y continuó moviéndose de manera que la falda se le subió y él, en un movimiento involuntario, rozó sus piernas y se percató de que las medias no eran aquellos *pantys* tan complicados de bajar sin que se rompieran, sino que se trataba de unas medias de verdad unidas con un ligero a su ropa interior. Lo palpó primero con los dedos y, como nunca había visto uno en directo, detuvo los besos y la colocó de espaldas en la cama para después desviar la mirada hacia sus piernas y ver lo que había notado.

En efecto, se trataba de un ligero negro, que pinzaba la tela sedosa de unas medias también negras. El contraste de la blanca piel de ella era tan provocador que, sin saber bien cómo, acabó levantando el resto de la falda y vio que llevaba unas braguitas de encaje también negras.

Aquella imagen era tan excitante y tan morbosa que tuvo que apelar a toda su fuerza de voluntad para apartarse y, sentándose en la cama, empezó a masajearse la cabeza buscando la tranquilidad.

Megan, a su espalda, se había quedado muy quieta, pero oía su respiración todavía cargada de la pasión que los había dominado. Giró la cabeza y la miró. Sus ojos brillaban, la piel de sus mejillas está arrebolada, los labios semiabiertos y mojados. Su imagen era puro sexo.

Megan entonces se incorporó y cogiéndolo del brazo lo empujó un poco para que se tumbara sobre la cama a su lado. Entonces desplazó sus besos de su boca a su barbilla y bajó a su cuello y mientras descendía fue desabrochando uno a uno los botones de su camisa. Siguió dándole pequeños besos por el centro de su tórax y en el punto exacto donde debía estar su estómago y en su vientre plano y en el agujero del ombligo.

A esas alturas, Martin estaba ya deshecho por dentro, licuado del todo, y

tuvo que recurrir a toda su contención para no tener un orgasmo en ese momento. No sabía hasta qué punto ella era consciente de lo que estaba haciendo o insinuando con sus caricias. Pero ya llevaban mucho tiempo juntos, habían hablado del tema, ella le había hecho miles de preguntas que incluso lo habían ruborizado, pero que había contestado con toda la honestidad de la que había sido capaz, ya tenía casi dieciséis años...

La detuvo sosteniéndole la cabeza y la levantó hacia él. La miró a los ojos, atento a sus reacciones, expectante ante la posibilidad.

—Tengo preservativos —le dijo.

Un brillo oscuro pasó por los ojos de Megan. Martin dudó, pero algo le decía que no era buen momento. Vio cómo se mordía el labio inferior.

—¿No quieres? —volvió a preguntar.

Ella se ruborizó y apartó la vista. No le hacían falta más señales. No quería. Era obvio.

—No te preocupes. —Le dio un beso dulce en los labios—. No pasa nada.

—Es que... —balbuceó—. No sé... no estoy segura...

—Tranquila, pequeña. Ya lo estarás. Tiene que ser algo que tú quieras.

—Es que quiero, pero... no sé cómo decirte... me da miedo.

—¿A qué le tienes miedo?

Estaba muy tensa e incómoda. Martin se arrepentía de haber interrumpido aquel momento. Quizás debería haber esperado a que algún día ella se lo pidiese.

—Tengo miedo de que cuando lo hagamos desaparezcas de mi vida.

Lo soltó como un exabrupto y Martin se quedó boquiabierto. Nunca hubiera esperado esa respuesta.

—No te entiendo, ¿cómo que desaparezca? ¿Crees que esas son mis únicas intenciones? ¿Después de un año?

Ella se quedó callada, pero seguía sin mirarlo a la cara.

—Megan, mírame —le pidió él.

Ella levantó los ojos y los fijó en los suyos. El verde se había oscurecido y

había cierta tristeza.

—¿Qué ocurre, pequeña? ¿Por qué has de pensar así de mí?

—No es solo de ti —dijo entonces ella.

—¿Perdona?

—Martin, lo nuestro... lo nuestro es algo extraño. Yo... yo siento como si no pudiera respirar si no te tengo, pero también tengo siempre la sensación de que está a punto de romperse. Es como si fuese un sueño y... y... en algún momento despertaremos y todo desaparecerá. No veo futuro... no sé... es que no sé cómo explicártelo, pero si intento pensar en un mañana... te tengo miedo... tengo miedo a que mi corazón desaparezca... Y... y... lo siento, pero prefiero preservarme, poner algo de distancia, mantener algo intacto de ti... ¡Dios! No sé qué decirte, yo...

Martin se retiró unos centímetros. Lo que Megan le había dicho lo había golpeado como si hubiese sido un puñetazo. No acababa de entenderlo, pero sí traslucía una total desconfianza. Las diferencias entre ellos eran obvias, pero hasta ese momento creía que solo era cuestión de capacidad económica y en pleno siglo xxi se había hecho absurdas ilusiones de que eso, tal vez, no fuese definitivo. Sin embargo, esas palabras la situaban a ella en otra esfera. Muy, muy lejos de allí. No sabía cómo interpretarlo, pero esas prevenciones solo podían significar que ella no lo quería o, al menos, no lo amaba como él a ella.

—¿Te enfadas? —preguntó ella.

—No, no.

Sin embargo, se apartó un poco más hasta sentarse del todo en la cama y apoyó su cabeza sobre las manos.

—Martin... mírame

—Tranquila. Lo entiendo. —Y lo dijo esforzándose en mirarla de forma directa a los ojos y aparentar absoluta indiferencia.

—Necesito ser sincera contigo, yo...

—No insistas, Megan. Lo he entendido.

—No sé...

Ella levantó una mano y empezó a acariciarle el brazo hasta llegar al hombro para después volver a bajar. Seguía estirada en la cama e hizo el ademán de volverlo a tumbar sobre ella. Martin se sentía desubicado como pocas veces lo había estado hasta entonces. Había estado con muchas mujeres desde que tan solo con dieciséis años había tenido una relación sexual completa con una mujer diez años mayor que él, pero siempre le había parecido que él llevaba las riendas e imponía el ritmo. Sin embargo, con Megan todo parecía diferente. Ella marcaba la pauta, era reina de la situación y él, solo un títere.

Tragó saliva. No quería que ella fuese consciente de cómo se sentía. Él tenía seis años más que ella. Debía mantener la imagen de alguien a quien no debía afectarle lo que ella le dijese. La inseguridad de ella podía deberse solo a la edad, pero lo que estaba claro era que no sentía el mismo enamoramiento loco y apasionado.

Se incorporó un poco para poder mirarla mejor. Ella lo observaba con cierta expectación. Martin le acarició la cara, ese perfil suave, esa barbilla con un gracioso hoyo en la parte central, esos labios que desde el primer día habían sido su perdición.

Pasaría sus días y sus noches solo contemplándola, pero estaba claro que había que cambiar esa relación. Se estaba volviendo peligrosa para él.

—¿Sabes qué? —dijo entonces él—. Este vestido no puede quedarse entre estas cuatro paredes. Vamos a salir y vamos a ir al Sound Waves.

—¿Al Sound Waves?

—¿No lo conoces? Es un bar musical donde sirven unos *gin-tonics* impresionantes.

—Pero, tú... tú no has podido...

—Cielo, tampoco estoy tan desesperado —mintió—. Hoy de lo que tengo ganas es de bailar y el Sound Waves es el antro más de moda en este momento.

—¿Me dejarán entrar?

—¿No tienes ninguna tarjeta de identificación falsa?

—¿Perdona? —La expresión de Megan era de absoluto terror y Martin no pudo más que reírse.

—¡Por Dios, Megan! No pongas esa cara. No me puedo creer que no hayas hecho nunca lo que hace el noventa por ciento de las quinceañeras... Entrar en una discoteca con un carnet falso.

—Pues no... nunca. —Y lo dijo mordiéndose el labio inferior.

—Esto... empecemos por el principio, ¿has ido alguna vez a una discoteca?

La expresión de Megan era suficientemente elocuente sin que hiciera falta que pronunciase ninguna palabra. Por si fuera poco, se había ruborizado, lo suficiente como para detectar cierta vergüenza.

—¿De dónde se supone que voy a conseguir un carnet falso? —preguntó entonces ella.

—Es muy fácil, corazón. Solo tienes que conseguir uno de alguien que tenga la edad que tú quieres tener. Entonces, haces una fotocopia a color en el que, por un lado, estén tus datos y tu fotografía y, por el otro lado, los de esa otra persona donde consta la fecha de nacimiento. Lo plastificas y... no debes entregarlo nunca a un policía, pero en las discotecas cuela.

—Muchas veces me han echado dieciocho años, ¿no es suficiente?

—No. Y en los últimos tiempos, menos. Los dueños de las discotecas han tenido que pagar fortunas en multas y no se arriesgan.

—Pues, lo siento... si te apetece, ve tú.

—¡Qué tontería! ¿Cómo voy a ir yo solo? Pretendía que lo pasáramos bien, eso es todo.

—Yo lo entiendo... Me iré a casa... Yo...

—Por favor, Megan, ¡no! Ven, vamos a ir y, si hay algún problema, siempre podemos dar una vuelta por Winthrop, está haciendo un mes de mayo muy cálido, hay una luna llena descomunal y el paseo por la playa es muy agradable.

En cuestión de minutos habían llegado a la zona y vieron cómo en la puerta de la sala de baile se iniciaba una larga cola de gente que esperaba entrar.

Martin dudó. Era la primera vez que salían a un lugar público juntos. Había muchas probabilidades de que se encontrasen a alguien o del entorno de Megan o del suyo propio y, entonces, ¿cómo iban a reaccionar?

No quería verse en una situación tan incómoda como la que había tenido lugar en frente del instituto, ni estaba dispuesto a soportar el rechazo de ella a que los viesen juntos.

Soltó un soplido. Todo su buen humor se había evaporado. ¿En qué había estado pensando cuando la había llevado hasta allí? La miró. Su expresión traslucía curiosidad, pero también cierto temor. ¿Sería a que los viesen juntos? —¡Martin! ¡Eh! ¡Martin! ¡Aquí!

La voz ruda y grave era la de Harry. Cuando se giró advirtió que no solo estaba él, sino que estaban todos sus amigos. Eran un grupo de unos quince, vestidos de cuero negro, señal inequívoca de que habían ido con sus motos, aunque por un momento Martin lo vio todo un tanto ridículo. Se acercó a ellos y notó cómo Megan lo seguía a corta distancia. No la llevaba de la mano. No quería que nadie viera demasiada relación entre ellos dos, aunque no tenía muy claro si lo hacía por ella o por él. Sintió, sin embargo, cierta sensación de vacío en su mano y en el último momento se giró para cerciorarse de que estaba allí y de que estaba bien.

La vio pequeña, pese a aquel vestido que, en efecto, podía suponer que le echaran más edad. Pero su expresión continuaba teniendo esa reminiscencia de temor. El corazón se le enterneció, aunque, en seguida, recordó aquellas palabras que habían intentado parecer suaves y que habían sido muy contundentes: «No veo futuro».

—¿Qué haces por aquí, tío? —volvió a hablar Harry dándole un palmetazo sobre el hombro a modo de saludo cuando lo tuvo a su alcance—. Hace mil que no te vemos.

—Pues aquí estoy —respondió él sin querer dar más explicaciones

—Bien acompañado, por lo que veo —dijo entonces Ralph, otro de sus amigos, mientras miraba a Megan de arriba abajo sin ningún tipo de

discreción.

—Os presento a Megan.

La voz de Martin había sonado precipitada como si así pudiera evitar que Ralph siguiera mirándola a ella de esa forma que le entraban ganas de sacudirlo. Megan se acercó los dos o tres pasos que la distanciaban y fue dando, uno por uno, besos a todos sus amigos. Martin estaba tenso. No sabía si era mejor desaparecer en ese momento o quedarse con ellos.

—¿Vais a entrar? —dijo de nuevo Harry.

—No lo sé —respondió Martin—. Megan se ha dejado el carnet falso.

—No te preocupes —intervino de nuevo Ralph—, hoy está de segurata mi primo George. Me la cuelgo yo del brazo y pasa en seguida. ¿Te parece, corazón?

Las últimas palabras las dijo ya colocando su brazo por encima de los hombros de Megan sin pedir permiso. Ella parecía divertida porque lanzó una sonrisa y Martin se dio cuenta que con ese gesto había encandilado a Ralph, quien si era conocido por algo era por su capacidad de enamorarse cada tres metros y por su continua obsesión por las mujeres, aunque fueran las compañías de sus amigos.

—Ralph...

Era Harry quien había pronunciado su nombre a modo de aviso antes de que a Martin le hubiera dado tiempo de decidir si lo avisaba él o le daba directamente un puñetazo en el estómago. Eso le confirmó que su expresión debía estar delatando todo lo que pensaba y se sintió más incómodo todavía con la situación.

Ralph había aflojado el abrazo, pero no había movido el brazo de la espalda de Megan. La cola siguió avanzando y Martin optó por ponerse delante de ellos y no mirarlos, aunque tenía todos los sentidos atentos a lo que pudiera estar pasando a su espalda.

—Van a venir también el grupo de las perlititas —dijo Harry—. Lo mismo ya están dentro.

El grupo de las perlitas, como Harry las había llamado, eran Mary Trump y sus amigas, y Martin agradeció el aviso. Podía complicarse la noche. Mary y él se habían estado mensajeando en ocasiones y él nunca le había hablado de Megan, pese a que después de su visita al instituto Mary había insistido en saber quién era su nueva conquista y la causa de que hubiera ido allí. Ese secretismo lo había mantenido para proteger a Megan de los comentarios que pudieran llegar hasta su padre, o eso al menos se había dicho a sí mismo. Sin embargo, también era cierto que algunos de los mensajes habían subido de tono y no habían sido demasiado explícitos en cuanto al fin de la relación que los había unido hacía más de un año.

Cuando Martin accedió al interior del local quiso detenerse un momento para comprobar si Megan de verdad podía entrar. No era habitual hacerlo porque eso podía suponer delatar que había algún problema de acceso y porque era una práctica común que, si uno no entraba, los demás del grupo no tenían por qué estropear su salida y era siempre un «sálvese quien pueda».

Harry se dio cuenta de su titubeo y lo tiró de un brazo hacia el interior.

—Calma amigo. Entra seguro.

Segundos más tarde, cuando Martin había llegado a la barra con el resto del grupo, que ya estaba pidiendo los combinados, apareció Megan riendo y cogida de la mano de Ralph. Era una broma, una simple broma, se dijo a sí mismo Martin. Pero eso no hizo desaparecer los celos que se le habían instalado en el estómago. Ralph y Megan llegaron a la altura de la barra.

—¿Qué tomarás, preciosa? —preguntó Ralph a Megan.

—Mmmmm... No sé... Un *gin-tonic*.

—Un *gin-tonic* para la dama y un cubata de Ron para mí —dijo Ralph girándose hacia el camarero.

Megan seguía ajena a lo que recorría a Martin por el estómago y por la espalda. Estaba absolutamente asombrada con el interior del local y parecía querer absolverlo todo con cierta devoción. Las luces de colores, la pista circular que se movía y de la que surgía vapor, la música alta, el ritmo de la

gente que ya sudaba por el baile...

Ralph le tendió el *gin-tonic* y ella dio un trago largo a través de la caña. Martin se preguntó si ella estaría acostumbrada, ya que no había puesto ninguna expresión extraña al notar el sabor de la ginebra y, en ese momento, se dio cuenta de dos evidencias importantes: él nunca la había invitado a tomar algo y desconocía casi por completo muchos de aquellos detalles de Megan. ¿Dónde había empezado a tomar combinados? ¿Bebía mucho? ¿Lo hacía a escondidas de su padre, también?

—¡Ahí están! —gritó Harry por encima de la música y señalando a un extremo de la pista de baile.

En efecto, Martin pudo ver a Mary Trump vestida con un impresionante vestido plateado del todo ajustado a su cuerpo y tan corto que casi con toda seguridad en cualquier momento se le podría ver la ropa interior (si era que llevaba porque era habitual en ella no ponerse cuando calculaba que podía tener una noche comprometida).

Todo el grupo se movió hacia allí al tiempo que ellas también se percataron y les dieron la bienvenida con abrazos y risas.

Mary, al verlo, se le tiró definitivamente al cuello y acercando su boca a su oído le susurró:

—Hoy iremos a la playa cuando salgamos de aquí.

Martin sabía qué significaba aquella insinuación. Era habitual acabar en la playa y tener allí relaciones sexuales. Podía decirse que la playa de Winthrop era el mayor picadero de la ciudad. Miró nervioso hacia Megan. Estaba apoyada en una columna hablando con otro de sus amigos. Parecía no haberse percatado de nada y Martin expulsó el aire que había guardado en su interior.

—¿No me dirás que has venido con esa mocosa?

Había estado demasiado pendiente de evitar que Megan se diera cuenta del saludo de Mary para percatarse de que eso lo había delatado al revés. Era Mary quien se había dado cuenta de cómo miraba a Megan. Sin embargo, no se dejó intimidar. Mary no era nadie para decirle con quién iba o dejaba de ir.

Nunca se lo había permitido y mucho menos la iba a dejar ahora que ni siquiera tenían una relación.

—Métete en tus asuntos —le dijo cortante y la dejó allí mientras él se desplazaba unos metros hacia la zona donde estaba Megan sin llegar a importunarla, como dejando claro que ella era libre de mantener conversaciones con quien quisiera.

Harry se le colocó al lado y le ofreció de su bebida, aunque Martin la rechazó.

—¿Te he metido en un lío? —le preguntó haciendo un ademán con la mano ocupada con la copa, pero señalando con disimulo tanto a Mary como a Megan.

—No —respondió Martin—, o en nada que no pueda resolver yo solito.

—Pero... ¿estás con esa tía o sigues con Mary?

—¿Te importa? —El tono de Martin empezaba a sonar molesto.

—Tal vez. Tengo una cuerdecita en la moto y espero que Mary sea tan sado como me han explicado.

Martin miró a su amigo. Sabía a qué se refería. A Mary le gustaba que la atasen y le gustaba tener sexo aparentemente duro. Se echó a reír. Por un momento había creído que el interés de Harry se centraba en Megan.

—Pásatelo bien, amigo —le contestó—. Pero ten cuidado. Es menos salvaje de lo que te crees.

Se movió entonces hacia Megan, quien en cuanto lo vio le dirigió una sonrisa. Carl, el amigo con el que hablaba, se percató de a quién miraba ella y se retiró. Sonaba en ese momento el último éxito de Rihanna. Megan empezó a moverse insinuante y levantó los brazos. Cerró por un momento los ojos y entonces se apreció que sus movimientos se relajaban y se compenetraban con el ritmo, como si su cuerpo solo estuviera hecho para aquello. Estaba absorta en la música, disfrutando, relajada, feliz... la vio entreabrir los labios y sonreír para sí misma. ¡Dios mío! Aquello era tan excitante como cuando la tenía bajo él. Ese pensamiento le provocó una erección y le recordó que

aquella tarde no había podido acabar lo que había empezado en su cama.

Se giró y vio cómo varios de sus amigos también miraban a Megan con lo que tal vez se definiría como lujuria. Lo cierto era que verla bailar era un espectáculo de insinuaciones. En su interior apareció algo parecido a la ira. Se preguntó a sí mismo si serían celos y se sintió todavía peor.

Había sido un tremendo error ir allí con ella y tenía que remediarlo. La alcanzó en dos zancadas e interrumpió su baile cogiéndola del brazo quizás con más fuerza de la debida.

Ella abrió los ojos asombrada y su mirada hizo todas las preguntas en silencio.

—Nos vamos —dijo él.

—¿Cómo?

—Que nos vamos

—¿Por qué?

—Porque ya tengo bastante.

—Tal vez tú sí, pero yo no.

—¡Oh! Sí, te lo aseguro. Tú tienes bastante.

Y sin dejarla pronunciar otra palabra la arrastró hacia la salida sin despedirse de nadie. En el exterior, ella se desprendió de la mano de él con un fuerte tirón. Cuando la miró vio tanta rabia en sus ojos que tuvo dudas de si no se había extralimitado.

—¿Se puede saber qué narices te pasa? —le preguntó ella sin alzar la voz, pero con cierto silbido que delataba su enfado.

—No me ha gustado lo que he visto allí dentro —respondió Martin con ciertos remordimientos.

—¿A qué te refieres? ¿A lo amables que han sido tus amigos mientras tú me ignorabas o a cómo se te ha restregado Mary Trump mientras te susurraba al oído?

Martin la miró sorprendido. Así que sí se había dado cuenta de lo que había pasado con Mary. Pero él no iba a reconocerlo.

—¿No me dirás que vas a montarme una escenita de celos?

—¿Celos? No, Martin, estás muy equivocado. Lo único que yo quiero es respeto. Puedes hacer lo que quieras con tus amigas, ya te lo dije una vez, pero si me has traído aquí, a tu ambiente, con tus amigos, no me dejes tirada como una colilla.

—Yo no te he dejado tirada. Has sido tú, que has empezado a poner cachondo a Ralph cuando te ha hecho de acompañante y a todos los demás mientras te marcabas el bailecito.

—¿Qué estás diciendo?

—¡Pues eso! Que te va mucho lo de poner calientes a los demás y luego dejarlos tirados. A fin de cuentas, es lo que has hecho conmigo esta tarde, para después decirme que no querías que te follara. Así que, si tengo que desahogarme, como te encargas de repetirme de forma constante, lo haré con Mary o con cualquiera de las que hay allí dentro y, si quieres mirar, a lo mejor aprendes.

Megan lo examinó entrecerrando los ojos. Abrió un momento la boca como para contestar, pero la volvió a cerrar. Martin sintió náuseas en el estómago. No sabía por qué había dicho aquella sarta de barbaridades.

Y en ese inoportuno instante, un taxi se detuvo en la puerta y tres jóvenes gritones se bajaron justo a su lado.

Megan lo observó por un momento y sin darle tiempo a reaccionar se subió al taxi. Martin se quedó contemplando cómo se iba. Dudó si salir corriendo detrás de ella, pero al ojear a su alrededor no encontró ningún otro taxi que tomar.

—¿Te han abandonado, corazón?

Era Mary quien estaba allí de pie, mirándolo, con su vestido plateado, sus piernas largas y su sonrisa.

Capítulo 7

Megan no había dormido bien. Se sentía dolida con Martin, pero, por encima de todo, sentía que ella le había fallado también. Martin era orgulloso, aunque también inseguro. Tal vez hubiera entendido mejor su rechazo a hacer el amor si no hubiera pretendido dar aquellas absurdas explicaciones. Lo había confundido. Le había hecho pensar que no creía en su relación. Pero eso no era excusa para lo que había dicho. Había sido cruel, muy cruel.

Pasó el día tumbada en la cama después de haberle hecho decir a su padre que le dolía la cabeza. Rita la llamó un par de veces y no le cogió el teléfono. De Martin, ni una llamada, ni un mensaje. El servicio le trajo una bandeja a la hora de la comida. Picoteó algunas cosas y después lo dejó. No tenía el estómago para nada.

Intentaba dormir y no podía relajarse. Intentaba leer y era imposible concentrarse. Puso varias veces la televisión, buscaba por todos los canales y al final la apagaba.

Sabía que solo había una solución para sus sentimientos. Tenía que enfrentarse a lo que había ocurrido. Ir a hablar con Martin y ver qué quedaba de su relación y qué se había estropeado.

Se vistió con unos tejanos grises y una camisa blanca con estampados violeta, y salió con precaución, intentando que su padre no se diese cuenta y no la acribillase a preguntas. A la asistenta sí le dijo que se le había pasado el dolor de cabeza y que daría una vuelta para que le diese el aire.

Cogió un taxi para llegar al East End, donde Martin vivía, porque en autobús hubiera sido una odisea. Sus barrios no estaban bien comunicados. Se diría que, hasta en eso, se notaban las distancias entre ambos.

Cuando llegó al edificio adoquinado, miró al tercer piso donde Martin vivía y tuvo dudas. Llamó al interfono y esperó unos segundos hasta que su madre contestó y le abrió la puerta. Subió las escaleras con el corazón en un puño. Al llegar al rellano, la puerta de su casa estaba entornada pero abierta.

—Pasa, niña —se oyó débilmente la voz de la madre de Martin

—Señora Grisham, ¿no se encuentra bien hoy? —le dijo con suavidad cuando se colocó a su lado y la vio tumbada en el sofá.

—No mucho, niña; pero James ha ido a buscarme la medicación. Es que me quedé sin ella ayer y no me acordé de pedirla.

Megan le acarició la cabeza con ternura. Aquella mujer era tan delicada. En ese momento, la puerta se abrió y apareció James con una bolsa en las manos.

—Hola, Megan —le dijo.

—Hola.

Entre ellos nunca había habido buena relación. Él parecía rechazarla como hacía con todo lo que tuviera que ver con su hermano. Megan sabía que el modo en el que la trataba no era más que un efecto colateral de la malísima relación que había entre ellos.

—Mi hermano está durmiendo la mona todavía —le dijo a bocajarro—. Tampoco me extraña teniendo en cuenta que ha llegado a las ocho de la mañana. Supongo que contigo no estuvo, ¿no?

No esperaba respuesta. Lo había dicho sabiendo claramente que ella no lo había acompañado y con la clara intención de que ella pensara mal de Martin. Sin embargo, para Megan era un consuelo saberlo dormido. Eso explicaba por qué no la había llamado ni le había enviado ningún mensaje y desmentía lo que había estado imaginado sobre que no había querido hacerlo.

Se levantó del sofá dando un beso tierno a su madre en la cara y se dirigió hacia la habitación de Martin.

Empujó la puerta y desde el primer momento notó el olor. Martin había bebido y mucho aquella noche. Él estaba dormido, tumbado en la cama con los pantalones tejanos todavía puestos, aunque sin ninguna camiseta. Megan ya lo había visto dormido en otras ocasiones y siempre le recordaba a un niño. Toda aquella apariencia de virilidad, fortaleza y testosterona que ofrecía mientras estaba despierto se desvanecía cuando su expresión se relajaba y se abandonaba a lo que era él en realidad.

Abrió la ventana para que entrara el aire, sin poder evitar hacer ruido y provocar que él se despertase. Al verla allí, abrió mucho los ojos y pronunció su nombre. Lo hizo de una manera especial, como si la hubiera echado en falta, aunque ella sabía que no podía ser cierto puesto que había estado durmiendo.

—Hola —le dijo ella casi susurrando.

—Megan —volvió a decir él.

Ella notó de nuevo aquella angustia en su voz y lo miró a los ojos y vio una tristeza infinita que le partió el corazón. Algo había ocurrido. No solo era la discusión que habían tenido, por muy fuerte o dura que hubiera sido. Él se sentía destrozado, se le notaba. Se sentó en un lado de la cama y percibió cómo él temblaba ligeramente.

—¡Oh! ¡Megan! Yo...

Los ojos de Martin brillaban. Se incorporó y la abrazó. Lo hizo como si hubiera pasado mucho tiempo en el que se habían visto o como si se estuvieran despidiendo por mucho tiempo. No había nada de sexual en ello, pese a que la respiración de Martin se hizo más intensa. Colocó su cabeza encima de su hombro y hundió la nariz en su pelo y siguió abrazándola con tanta fuerza que por un momento Megan pensó que se quedaría sin respiración, así que tuvo que apartarlo un momento y aprovechó para volver a mirarlo a la cara.

Martin la miró también, pero solo unos segundos se mantuvo en sus ojos. Recorrió el perfil de su cara y notó cómo se paraba en sus labios. Entonces ella fue a darle un beso y él se retiró. Se apartó de ella y se levantó de un salto.

—¿Dónde vas? —le preguntó Megan.

—Espera —respondió él—, voy un momento al lavabo.

Desapareció. Megan se quedó allí sentada y notó cierta frialdad en su interior pese a que la temperatura de aquel día también estaba siendo muy alta. Estaba convencida de que había ocurrido algo. Algo mucho más grave que una discusión de palabras altisonantes en la puerta de una discoteca.

Miró a su alrededor, nada pareció hablarle de lo que hubiera pasado. Volvió a recordar todos y cada uno de los momentos. Él se había puesto celoso. Ella también. Ella había bailado y sí, había coqueteado un poco. Se había sabido observada y evaluada por todos aquellos amigos de Martin y había querido dar una imagen de persona desenfadada y abierta, ya que no podía competir con la vestimenta absolutamente arrebatadora de Mary Trump y sus amigas.

Martin tardaba mucho. Megan se incorporó y por intentar entretenerse hizo la cama y colocó la camiseta de él sobre la mesita de noche. Después se asomó a la ventana y dejó volar su imaginación mientras veía cómo pasaban los vecinos por aquella calle siempre tan transitada.

Siguió pensando en todos y cada uno de los detalles de la noche anterior y volvió a aparecerse la imagen de Mary, de su sensacional vestido plateado, de su sonrisa arrebatadora y de su cuerpo espectacular.

Cuando ya estaba a punto de salir para ver qué le había ocurrido a Martin, apareció en la puerta. Se había mojado el pelo y también la cara. Había intentado adecentarse, pero lo cierto era que tenía peor expresión que cuando se había levantado, con los ojos muy enrojecidos. Megan pensó que no los tenía así cuando lo había despertado, por lo que no podía ser consecuencia de la resaca. ¿Había llorado? Lo parecía y eso hizo que el corazón de nuevo se le acelerase.

Para colmo él no la miraba a la cara o no lo hacía con la franqueza y transparencia que siempre acostumbraba. Ahora solo se detenía unos instantes en sus ojos y después, con rapidez, los desviaba. No parecía demasiado dispuesto a hablar y aquella era una situación muy incómoda, como nunca le

había pasado hasta ahora. Entonces, decidió enfrentarse al problema sin ambages, como solía hacer siempre.

—Esto no es por la discusión, ¿no?

Él la miró de nuevo por unos segundos y volvió a apartar la vista no sin antes haber notado ella que él había temblado un poco.

—Martin, mírame.

Después de esperar brevemente él alzó la vista y esa vez sí, la mantuvo. Megan quiso introducirse en su interior a través de sus pupilas, aunque sabía que era imposible.

—¿Qué ocurrió anoche después de irme, Martin?

Se lo preguntó muy poco a poco intentando que, de esta forma, no le fallara la voz. Martin fue a responder, pero el temblor de sus labios delató que no pudo por evitar que se le quebrase la voz y su expresión reflejaba tantos remordimientos como tristeza y temor.

Fue en ese mismo instante cuando Megan decidió que no quería saberlo. Que le daba lo mismo lo que hubiera ocurrido, que mientras ella no lo supiese, eso no podía enturbiar su relación. Y solo le importaba saber una cosa.

—Martin, ¿seguimos juntos?

Él la miró y esta vez sí que pareció aterrado.

—Sí —balbuceó —Sí... sí.

—Entonces, ya está. —Se oyó a sí misma decir aquello y por un momento pensó que había otro ser en su interior—. No quiero que hablemos más de anoche. No quiero arrepentimientos, ni perdones, ni promesas, ¿de acuerdo?

Martin asintió con la cabeza, aunque su cara seguía reflejando una amalgama de sentimientos.

Megan se acercó a él muy poco a poco y, poniéndole sus manos sobre los brazos, lo acarició hasta los hombros, después las hizo descender por su cuerpo desnudo, deteniéndose un momento en sus pezones y después bajando hasta su estómago y el punto donde sus pantalones estaban abrochados. Él volvió a estremecerse, pero esa vez había bastante más pasión en esa

reacción.

La tomó de la cintura y la pegó a él. Luego le tomó la cara con ambas manos y abrió la boca para besarla. Ella se dejó hacer y sintió que su cuerpo se licuaba por dentro mientras él le introducía la lengua en su boca y jugueteaba contra la suya.

Martin bajó sus manos por la espalda de Megan y ella notó cómo un cosquilleo descendía al mismo ritmo. Llegó a sus nalgas y las tomó con ambas manos jugueteando con los dedos en la zona más baja, mientras que las pegaba a su pelvis.

El beso se hizo más profundo y acabaron cayendo los dos en la cama. Entonces él abandonó aquella caricia sensual para dedicarse a otras mucho más cariñosas que pasaron por su cara, por su cuello, por sus brazos y muñecas, por su cintura... con mucho cuidado, como si ella fuese a romperse. Y aunque ella notaba que, de vez en cuando, él cerraba con fuerza los ojos como si quisiera así desechar alguna imagen que debía aparecer por su mente, se sintió cómoda, relajada y también amada.

—Te quiero —le susurró Megan.

Él detuvo por un momento las caricias y la miró de nuevo a la cara. Ella sabía que no se lo diría, pero también creía saber que él sí lo sentía. Debía darle tiempo. Él optó por darle un beso dulce y sensible en los labios, y después la acomodó en su pecho y acarició con suavidad su la espalda, sin pronunciar ni una sola palabra; como si con eso tuvieran suficiente.

Tan relajada estaba Megan que, al final, se quedó dormida, confiando en que él ya la despertaría cuando supiera que era demasiado tarde y que debía volver a casa; y llegó incluso a soñar.

Se vio a sí misma frente a un acantilado, notando el aire fresco del mar y mirando hacia el abismo sin sentir nada de miedo porque creía que podía volar. Oyó unas risas detrás de ella y vio a Martin, que se dirigía hacia donde estaba ella con la mirada radiante. Ella fue a acercarse a él, pero reparó en que su calzado no era el adecuado para caminar por aquel paisaje, puesto que

se sentía insegura y torpe. Miró hacia abajo y vio unas enormes sandalias de tacón de aguja altísimo y un vestido plateado ajustado, igual al de Mary Trump la noche anterior.

Se despertó de manera súbita y vio que estaba sola en la cama. La ventana seguía abierta y, mirando hacia el cielo, advirtió que ya oscurecía. No era demasiado tarde, pero no podría demorarse mucho en volver si no quería que su coartada del dolor de cabeza fuese descubierta.

Entonces, se dio cuenta de que se oían unas voces fuertes en la casa. Era, seguro, la voz de James, pero también se oía a la madre sollozar. ¿Estarían discutiendo otra vez los hermanos? Normalmente, procuraba no interferir, pero el llanto de la madre la hizo incorporarse y salir hacia el comedor.

Las voces cada vez eran más fuertes y, cuando estaba a punto de acceder a la sala, vio a dos hombres enormes, uno a cada lado de Martin, que lo estaban arrastrando. Se quedó atónita. No sabía qué significaba todo aquello.

—Pero ¿a dónde? —se oyó gritar a James.

—A la comisaría del centro, señor —dijo uno de los matones—, pero no hace falta que vengan esta noche. Hasta mañana no creemos que podamos decirles nada.

Y entonces se percató de que Martin tenía esposadas las manos a la espalda.

—¿Qué está pasando? —dijo.

Su voz había surgido aguda y casi como en un grito, y fue suficiente para que tanto Martin como los dos enormes hombres se giraran a mirarla. La expresión aterrorizada de Martin la impactó de nuevo.

—¡James! —gritó él—. ¡Llévatela! ¡Llévatela de aquí!

Los sollozos de la madre eran cada vez más profundos. Los hombres volvieron a arrastrar a Martin hacia la puerta como si hubieran descartado la presencia de Megan por poco interesante.

—Por favor —volvió a decir ella—. ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa? ¡Martin!

Abrieron la puerta y empezaron a bajar las escaleras con rapidez. La vecina de enfrente se asomó desde su casa, quizás por efecto del jaleo que se había

armado, pero se escondió de forma súbita cuando uno de los tiarrones le gritó:

—¡Policía, señora! Métase en su casa.

Megan empezó a bajar tras aquellos hombres.

—¡James! ¡Llévatela! —gritó Martin de nuevo en cuanto la vio.

Entonces notó cómo unos brazos la cogían y la detenían en el rellano.

—¡Déjame! —gritó Megan e intentó zafarse.

—Quieta, Mega —dijo James—. ¡Quieta!

—¡No! ¿Qué está ocurriendo? ¿Por qué se lo llevan? ¿A dónde se lo llevan?

James tiró de ella hacia el interior de la casa. Era bastante más fuerte que ella, así que no tuvo que hacer demasiado esfuerzo y, consiguiendo introducirla hasta el comedor, cerró la puerta de la calle.

Megan se lanzó hacia la ventana y vio dos coches de policía, con las luces encendidas. La cabeza le daba las mismas vueltas. Oyó de nuevo los sollozos de la madre y se dio cuenta de que su actitud todavía le estaba ocasionando a la mujer mayor desconsuelo. Con gran esfuerzo se contuvo e inspiró con fuerza aire para calmarse.

Consiguió serenarse lo suficiente para que su cabeza dejase de generar pensamientos sin parar y se concentró en intentar que James le explicase qué ocurría. A fin de cuentas, si estaba la policía de por medio no sería nada tan grave que no pudiera solucionarse con un abogado y ella sabía dónde encontrar uno.

Las manos todavía le temblaban, pero se dedicó unos segundos a acariciar la espalda de su madre y susurrarle que se calmase al oído.

Sonó el timbre de la puerta y, por un momento, Megan pensó que sería de nuevo la policía, que traía de vuelta a Martin; pero no fue así. Quien apareció fue una mujer de unos sesenta años, con el pelo encanecido y vestida con una bata de cocina y unas zapatillas.

—¿Cómo está tu madre? —le dijo a James por todo saludo.

—Me va usted de perlas, señora Thompson —respondió James—. Tengo que llevar a Megan a su casa y no quería dejar a mi madre sola.

La señora Thompson entró con paso decidido y, sentándose al lado de la madre de Martin, pasó un brazo por encima de sus hombros y la abrazó.

Megan no entendía cómo era que aquella mujer no preguntaba más sobre lo que estaba ocurriendo allí. Cómo podía reaccionar con esa calma. Apareciendo tan solo para consolar sin necesidad de saber más.

—Vamos, Megan —oyó que decía James.

Se alegró de irse de allí. Podría hablar a solas con James y pedirle que le explicase qué estaba ocurriendo. Después irían a la comisaría del centro, tal y como habían dicho los policías, y sacarían a Martin de allí. No podía ser tan grave.

Bajaron las escaleras y Megan tuvo problemas para seguir las largas zancadas de James por la calle hasta llegar a una zona descampada donde había varios coches aparcados. Se dirigieron al Chrysler viejo y pintado de verde en el que él ya la había llevado la otra vez.

James subió al asiento del piloto y abrió desde dentro a Megan para que se sentara en el del copiloto.

—¿Dónde es?

—Pues... no lo sé...—respondió Megan—, creo que está por el North End.

—¿No sabes dónde vives?

—¡No vamos a mi casa! ¡Vamos a la comisaría del centro!

—Ni hablar —dijo James arrancando el coche—. Ya has oído al policía. No hay nada que hacer esta noche allí.

—¿Cómo que no? Para empezar, hay que llamar a un abogado.

—¿Abogado? No tenemos dinero para un abogado. Ya se lo designarán de oficio. Y dime de una vez por todas donde vives o te llevo como la otra vez a casa de tu amiguita.

—Mi padre es abogado.

—Créeme, niña. No metas a tu padre en esto.

—Por favor, James. No es lógico lo que ha pasado. Hay que ayudarlo. Tenemos que ir a...

—¿Qué no es lógico? —James estaba rojo de ira—. No sé si es lógico o no, lo que sí sé es que el imbécil de mi hermano hace ya mucho tiempo que se la estaba jugando y que esto era lo menos que podía pasar. Me extraña que haya tardado tanto en ocurrir. Lo mejor que tú puedes hacer, niñita de casa bien, es apartarte del cabrón de mi hermano y meterte en tu casita. Ya conocerás a algún otro maromo que pueda darte mucho más que ese sinvergüenza que tengo por hermano.

James había pronunciado cada una de esas palabras a gritos y rezumando odio. Megan no contestó en principio. Se detuvo unos momentos a pensar qué hacer. James no iba a ayudarla. Así que lo tendría que hacer sola.

—Vivo en el Back Bay, en Beacon Street.

James asintió con la cabeza y siguió conduciendo con la mirada fija en las calles. Megan esperó unos minutos más hasta que oyó que la respiración de él se había vuelto menos intensa.

—¿Han dicho de qué le acusan? —preguntó.

Vio cómo los nudillos de James se tornaban blancos al apretar el volante. Los labios de él también se hicieron más finos. Se diría que estaba haciendo esfuerzos por no contestarle y desde luego no lo hizo.

—¿Es por drogas? No han registrado la casa...

James seguía en silencio. El tráfico era muy fluido y estaban llegando a casa más rápido de lo que ella hubiese querido.

—¿Algo de tráfico? ¿Algún accidente?

Nada. Se mantuvo absolutamente mudo. Megan empezaba a perder la paciencia.

—Mira, James. Yo no sé qué tienes con tu hermano ni por qué tenéis esta asquerosa relación. A mí no me importa, ¿me oyes? Nunca me he metido. Pero es mi pareja y quiero que me digas de qué se lo acusa. Solo eso. Me voy a enterar de todos modos cuando vaya a la comisaría, así que...

—¿Tu pareja? ¿La misma que anoche se fue de juerga mientras tú estabas en tu casita?

—Ese es nuestro problema, James. Cada uno sabe qué libertad deja a su...

La carcajada de James retumbó en todo el coche. Fue una risa desagradable, cargada de odio, y Megan se estremeció. Ya habían llegado a Beacon Street. Todavía faltaban dos manzanas para arribar a su casa, pero como no le había dicho el número, James detuvo el coche y se giró hacia ella con un brillo en los ojos que le dio miedo.

—¿Libertad? ¿Para qué? ¿Para follarse a otras?

Megan calló. No pensaba responder a aquello. No sabía por qué lo hacía, pero no iba a caer en la provocación.

—Pues bien, niñita —continuó James—. Que sepas que lo acusan de violación. Y ahora sal del coche.

Su corazón se había detenido. Estaba segura. De otra manera no podía explicar el frío glacial que sintió en aquel lado de su cuerpo. La boca se le quedó abierta, a medias de alguna palabra que ni siquiera recordaba. Y la vista se le nubló con un telón gris que parecía haber surgido de su mismo cráneo.

—Sal del coche —volvió a oír que decía James.

Empezó a moverse, aunque todo el cuerpo parecía habersele quedado engarrotado y le dolía. Recordó la expresión de Martin aquella tarde cuando lo había despertado. Esa tristeza. ¿Era premonitoria? ¿Sabía Martin que el día iba a acabar así? ¿Qué había ocurrido la noche anterior?

Ya estaba en la calle. Cogió la puerta para cerrarla y miró por última vez a James. Tenía una estúpida sonrisita en la boca, pese a que no parecía muy alegre. Era como si se sintiera orgulloso del diagnóstico que había hecho de su hermano.

¿Violación? Martin consumía drogas. Martin conducía la moto con más imprudencia de la que era aconsejable. Martin no conservaba un trabajo decente por más de seis meses. Martin era perezoso para estudiar. Pero ¿violador?

—Te equivocas, James —dijo Megan desde la puerta entreabierta—. Te

equivocas del todo. Él nunca jamás violaría a nadie.

James la miró de arriba abajo con desprecio. Estaba claro que lo que sentía por su hermano se hacía extensivo a ella y, tal vez, lo acrecentase.

—Tú sabrás —le contestó—. A ver si tu papaíto cree en su inocencia igual que tú.

Entonces, sin esperar más a que ella cerrase la puerta, arrancó el coche y, haciendo chirriar las ruedas, desapareció de allí.

Megan se quedó unos minutos parada en la calle. El cuerpo le volvía a temblar. Lo iba a intentar todo. Removería cielo y tierra. Acudiría a su padre y lo convencería para que le buscara la mejor defensa. Y lo conseguiría. Tenía que conseguirlo.

Capítulo 8

La tarjeta de identificación le quemaba en las manos. El corazón le latía tan fuerte que tenía la sensación de que cualquiera podría oírlo. Los ojos le escocían porque haberse pintado cuando llevaba tanto tiempo llorando había sido casi como una tortura. La ropa que le había cogido a su madrastra la hacía sentirse incómoda.

Sin embargo, volvió a mirarse a sí misma en el espejo del cuarto de baño de los juzgados y lo que vio la satisfizo. Sin duda alguna aparentaba tener, como mínimo, cinco años más. Las ojeras también ayudaban, pero el peinado y un traje chaqueta de ejecutiva ejercían el efecto esperado.

Salió al pasillo y caminó con paso decidido hacia la sala de vistas. Poco antes de llegar se detuvo al reconocer al hermano de Martin. Era mejor que no la viera. Podía delatarla. Mientras esperaba que abrieran la puerta, recordó a la madre de Martin, que había muerto tan solo quince días después de la detención de su hijo. Megan pensó que, si para ella aquella situación estaba resultando tan amarga, para la madre de Martin debió ser desgarradora e imposible de soportar en ese cuerpecillo ya tan minado por la enfermedad. ¿Habría muerto creyendo en la inocencia de su hijo? James ya le había dejado claro que él no creía y, por tanto, era muy probable que hubiera convencido a su madre también de que Martin era culpable. Pero Megan no podía creer que su propio hermano conociese tan poco cómo era Martin. Lo único que ocurría era que le estaba haciendo pagar por lo que consideraba otras culpas: su

inconsciencia, la irresponsabilidad con los trabajos y, al final, la muerte de una madre sumida en la tristeza más profunda.

En varias ocasiones, se había acercado a James para tener más noticias de Martin o prestar su apoyo, pero se vio sometida siempre a un rechazo continuo. El hermano mayor había sido implacable y nunca le dio una sola oportunidad.

En realidad, nadie había creído en la inocencia de Martin. Ella lo había probado todo y siempre se había encontrado con respuestas negativas. Desprecio por parte de su padre quien, después de haberle confesado su relación con Martin, se negó de forma repetida a sus continuas insistencias y llegó a amenazarla con que utilizaría todo su poder para hundir a Martin en la prisión. Desprecio en el instituto, donde se vio sometida primero a cierta compasión, pero después a burlas continuas y a miradas de incomprensión, murmullos y risas; como si ella fuese una apestada. Desprecio en la comisaría, donde había intentado verlo al principio y después en el centro de detención preventiva, donde estuvo los seis meses que habían tardado en señalar juicio y donde nunca la dejaron acceder por ser menor de edad.

Sin embargo, ella siguió firme. Como se enteró que los detenidos no tenían correo electrónico, aquel último mes le había enviado cuatro cartas. Él no había respondido a ninguna de ellas, pero imaginó que las había leído. En ellas le explicaba que confiaba en él, que lo quería... No podía ni imaginarse por lo que debía estar pasando. Si con ella se cebaban las críticas y las burlas, el rechazo que estaría sufriendo él debía ser mucho más profundo.

Las puertas de la sala de vista se abrieron y un ujier con uniforme pronunció pomposamente las palabras que permitían el acceso.

Megan esperó que todo el mundo que estaba esperando entrase. Entonces ella se dirigió hacia la puerta mirando con cierta indiferencia al ujier, intentando aparentar absoluta normalidad y rezando para que no le pidieran la tarjeta identificativa porque todavía dudaba de que pudiese colar que la imagen que había en ella pudiera ser confundida con la de ella misma.

Por fortuna, el ujier ni la miró a la cara. Parecía estar esperando tan solo que entrase para poder cerrar de nuevo las puertas a su espalda.

Megan respiró aliviada y se situó en uno de los bancos más cercanos a la salida intentado pasar desapercibida.

La sala era grande, de unos cincuenta metros cuadrados, y estaba presidida por una mesa central donde tres hombres, que parecían muy ancianos, vestidos con togas negras ocupaban el espacio central. Justo al lado, también había una mesa más pequeña y con un micrófono, pero vacía. Después, en uno de los laterales se sentaban los doce hombres y mujeres que harían de jurado, mientras que en el opuesto había dos mesas más y, sentados, tres hombres y una mujer, también vestidos con toga. Megan reconoció al abogado de Martin entre esas caras.

Frente a ese escenario una única silla ocupaba el centro y, por detrás, cinco filas de bancos largos separados por un pasillo central. James estaba sentado en la primera fila. Otras personas que no podía reconocer estaban repartidas por la sala. El grupito que tenía más cerca a la izquierda parecía de estudiantes de Derecho, porque iban cargados con blocs de notas y carpetas.

Segundos más tarde se abrió una puerta lateral y apareció Martin vestido con un mono de color naranja, esposado de pies y manos, y rodeado de dos policías. A Megan se le aceleró el corazón. El rostro de Martin expresaba una tristeza profunda y una barba de días oscurecía su barbilla.

Él levantó la vista un momento antes de sentarse en aquella solitaria silla, como le habían indicado los policías. Megan vio cómo reconocía a su hermano y le pareció ver que todavía se entristecía más. Sin embargo, un segundo antes de girarse y quedarse de espaldas, tuvo la certeza de que la había visto porque sus ojos se agrandaron en una expresión que reconoció como de contrariedad.

Aquel día era el último del juicio y ya habían transcurrido dos jornadas. Aunque ella no había podido asistir, sabía que todos los testigos ya habían desfilado y solo quedaba la declaración del propio Martin y la lectura de

conclusiones del abogado y del fiscal. Después, deliberación y fallo. Esa última fase podía realizarse en pocos minutos o alargarse días.

Pasaron unos minutos en los que fueron interviniendo algunos de los que estaban sentados en las diferentes mesas centrales, sin que Megan entendiera muy bien qué decían ni qué ocurría. Después, se ordenó que Martin se sentase en la mesa que había justo al lado del tribunal.

Cuando lo hizo, Megan se dio cuenta de que, en efecto, Martin la había visto puesto que de manera inmediata fijó su mirada en la suya con tal intensidad que parecía querer transmitirle algo.

El abogado de Martin se levantó y le rogó que explicase los hechos de aquel 20 de mayo. Él le retiró entonces la vista, la fijó en su abogado y empezó el relato con una voz grave y profunda.

—Habíamos ido a bailar a una discoteca y allí me enteré por mis amigos que habían quedado un grupo para ir a la playa al acabar la noche.

—¿En ese grupo estaba la señorita Mary Trump?

—Sí. Estaba.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Pues que cuando nos cansamos de bailar, fuimos a la playa e hicimos una fogata porque la noche se estaba volviendo un tanto más fría y nos tomamos algunas copas.

—¿Llegó a emborracharse?

—No de una manera exagerada, pero sí, creo que me mareé porque había bebido bastante.

—¿Cuánto es bastante para usted?

—Tres cervezas y un combinado de ron.

—¿Y qué me dice de las drogas? ¿Había tomado algún tipo de estupefaciente?

—Sí.

—¿De qué tipo?

—Cocaína.

—¿Cuánto?

—Una raya.

—¿Qué más ocurrió?

—La gente empezó a marcharse y ya quedábamos muy pocos en la playa. Tan solo gente desperdigada. En nuestro grupo también hubo algunas deserciones hasta que nos quedamos solos Mary Trump y yo. Entonces, ella me pidió... bueno, nosotros... nosotros tuvimos relaciones.

—¿Fueron relaciones consentidas, señor Grisham?

—Sí.

—¿Con total seguridad y por ambas partes?

—Sí, señor. Con total seguridad y por ambas partes.

—¿Y después?

—Después nada. La acompañé a su casa y ya está.

—De acuerdo, no hay más preguntas.

—Su turno, señor fiscal —dijo entonces el juez.

Se levantó un hombre vestido con un traje gris, de rostro alargado y lleno de arrugas. Parecía muy tranquilo y confiado.

—Dígame, señor Grisham, ¿la señorita Trump y usted eran pareja?

—No, en ese momento, no.

—¿Qué quiere decir con «en ese momento»?

—Que lo habíamos sido hacía un tiempo. H hacía más de un año.

Al hacer aquella referencia al tiempo, Martin por un momento desplazó la vista hacia Megan para volver a situarla sobre el fiscal.

—Pero la relación no había degenerado en una ruptura conflictiva, ¿no?

—No, en absoluto. Nos considerábamos amigos.

—¿Amigos a secas o amigos íntimos?

Martin pareció dudar. Se restregó las manos y las esposas hicieron un extraño sonido.

—No sé. Tal vez muy amigos.

—¿Amigos con derecho a roce, tal vez?

—No... no. En realidad, todo había acabado.

—Todo había acabado, pero no esa noche, ¿no es así, señor Grisham?

Martin volvió a mostrar signos evidentes de nerviosismo. Su mirada volvió a desplazarse por unos segundos hacia donde estaba Megan sentada.

—Solo fue una relación sexual.

—¿Quiere decir solo sexo?

—Sí.

—¿Pero por qué con una amiga? ¿El «solo sexo» no es para desconocidos?

—No sé. Una cosa llevó a la otra, supongo. Ambos habíamos bebido y ella... ella me dijo que solo quería recordar viejos tiempos.

—Entonces, ¿fue ella quien se lo pidió?

—Sí... bueno... La verdad es que yo también puse algo de iniciativa... creo.

—A ver, señor Grisham, sea un poco más explícito. ¿Fue ella quien le pidió tener una relación o fue usted quien se lo pidió a ella?

—La verdad es que, en un momento dado, casi sin darnos cuenta, nos besamos y, entonces, al separarnos ambos tuvimos momentos de duda, pero al final convinimos en que tan solo era una noche y que nadie tenía por qué enterarse.

—¿La señorita Trump también había bebido?

—Sí.

—¿Estaba borracha?

—Seguramente.

—¿Seguramente? ¿Qué quiere decir?

—Que sí, que se la veía bastante perjudicada.

—¿O sea que usted era capaz de discernir si ella era consciente de sus actos?

—Estábamos los dos colocados, pero creo que sabíamos lo que nos hacíamos.

—¿Tenía novio?

—No que yo sepa.

—Y usted, ¿tenía usted alguna relación?

La mirada de nuevo aterrizó en ella casi de manera automática.

—No. Tampoco.

—Por tanto, dos jóvenes libres y sin compromisos, que ya habían tenido una relación íntima meses atrás, deciden darse una oportunidad, ¿es así?

—No... quiero decir que no era una nueva oportunidad, solo era... solo era... solo era una relación de una noche.

—Vayamos ahora a esa relación concreta. ¿Lo hicieron allí mismo, en la playa, a la vista de todo el mundo?

—Sí. Ya no quedaba apenas nadie y los que quedaban estaban lejos y demasiado borrachos.

—¿Fue un coito largo?

—Ehhhh... No... vaya, no sé... el tiempo es... Es tan relativo.

—Le formularé la pregunta de otra forma. ¿La penetró directamente o hubo algún tipo de juego sexual previo?

—Hubo juego sexual previo.

—¿De qué tipo?

—¿Cómo?

—¿En qué consistió? ¿Se acariciaron? ¿Se masturbaron?

—Sí.

—¿Sí?

—Sí, hubo caricias y masturbación.

—¿Por parte de ambos?

—Sí.

—¿Solo con las manos?

—No. También con la boca.

—¿Diría usted que la señorita Trump tuvo un orgasmo?

—Sí. Creo recordar que más de uno. Mary es una mujer bastante...

—¿Bastante qué, señor Girsham?

—Bastante fogosa, diría yo.

—Y para la penetración ¿qué postura escogió, señor Grisham?

—Primero por detrás.

—¿Primero?

—Sí... yo... prefiero que ellas puedan disfrutar primero y a ella... a Mary le gustaba por detrás.

—¿Pero la penetración fue por el ano o por la vagina?

—Por la vagina, señor.

Martin se veía cada vez más cohibido y avergonzado. Las últimas respuestas casi se habían pronunciado en un susurro. Las preguntas eran tan bruscas y tan desprovistas de toda emoción que parecían reducir aquello al peor de los actos.

—Muy bien. Entonces, ¿hubo una segunda penetración?

—Sí.

—¿Cómo fue?

—Por delante.

—¿La postura del misionario?

—No ... Las manos deben estar atadas...

—¿La ató dice?

—Sí. A ella también le gustaba que la ataran.

—Imagino que eso lo sabía de su anterior relación, ¿es así, señor Grisham?

—Sí.

—¿Y hubo una tercera penetración?

—No. Eso fue todo.

—Y ¿qué ocurrió entonces?

—Nada. Descansamos un rato y cuando vimos que el día empezaba a clarear nos vestimos y nos fuimos. La acompañé hasta su casa y me fui a la mía.

—¿Diría usted que cuando la dejó en su casa estaba serena?

—Sí.

—¿Diría usted que estaba contenta o relajada?

—No.

—¿Por qué no?

—Porque discutimos.

—¿Por qué motivo?

—Ella me pidió que nos volviésemos a ver otro día y yo le dije que no.

—¿La discusión fue muy agria? ¿Violenta?

—No, en absoluto. Solo intercambiamos unas palabras y ella se fue enfadada, pero no hubo gritos ni nada que se le pareciese. Yo... yo tal vez estuve algo cínico. Es posible.

—¿Qué quiere decir?

—Que le dije que aquella noche había sido más bien para olvidar.

El fiscal lo miró con intensidad manteniéndose en silencio por unos minutos. Martin permaneció en la mesa con la mirada cabizbaja. Megan creyó sentir en su interior la infinita tristeza que lo embargaba a él. Notaba su vergüenza. Su arrepentimiento. Megan intentó devolverle la mirada infundiéndole esperanza y transmitirle que lo que ella sentía estaba lejos del enfado. Sí. Le había sido infiel, pero por Dios bendito, aquello estaba por encima de cualquier castigo.

—Señor Grisham, ha dicho usted que penetró a la señorita Trump por detrás. Entiendo que ella estaba a cuatro patas, ¿es así?

—Sí.

—En la típica posición animal, ¿cierto?

—Sí.

—Sin poder verle la cara, ¿no?

—Sí.

—Y, sin embargo, nos ha hecho creer que ella tuvo un orgasmo, ¿es así?

—Sí.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Perdón?

—¿Cómo sabe que ella tuvo un orgasmo? ¿Se lo dijo?

—No.

—¿Entonces?

—No se... eso se sabe... yo... sus sonidos.

—¿Qué sonidos?

—Sus gritos.

—¿Gritaba?

—Sí... sí.

—Y ¿cómo podemos estar seguros de que no eran gritos de dolor?

—No... no... yo la conocía...

—Bien, vayamos a otra cosa. Ha reconocido que la ató.

—Sí.

—¿De las manos?

—Y los pies.

—¿Y los pies? Explíquenoslo.

—Esto... Se pasa la misma cuerda por las muñecas y los tobillos, manteniendo las piernas abiertas.

—Vaya, vaya, vaya. Esto es bastante más que la imagen de bondage que nos ha querido mostrar antes. ¿Cree usted que esa postura a la que ella se vio sometida es una postura cómoda?

—No... No... pero a ella...

—Sí, sí, ya sé lo que nos ha dicho, pero dígame con total sinceridad, ¿se lo pidió?

—¿Cómo?

—Aquella noche concreta, ¿le pidió explícitamente que la atara?

—No... no.

—Pero usted lo hizo y no de cualquier forma. La ató en una postura a todas luces incómoda y de sumisión. La misma sumisión con la que la penetró la primera vez.

Martin bajó la vista todavía más y no contestó.

—Y dígame, señor Grisham, una pregunta muy tonta, ¿de dónde sacó la cuerda?

Él lo miró y palideció.

—La llevaba yo.

—¿Usted? ¿Una cuerda que debía medir unos tres metros teniendo en cuenta su explicación de lo que tuvo que atar? ¿Me explica usted por qué llevaba ese tipo de cuerda?

Martin cerró los labios y los ojos al tiempo.

—¿Señor Grisham?

—Es una cuerda elástica fácil de guardar...

—No le he preguntado por sus dimensiones ni por su facilidad en transportar, le estoy preguntando si tiene por costumbre llevar una cuerda encima.

—No.

—¿Entonces?

Martin no podía hablar. No sabía qué explicación dar, pero, desde luego, no iba a meter a su amigo Harry en todo aquello. La expectación de la sala era tan alta que podía palpase.

—No lo he oído, señor Grisham. ¿Puede decirme si tiene por costumbre llevar encima una cuerda elástica de tres metros?

Martin inspiró en profundidad y levantó la vista. Primero la mantuvo unos segundos en el fiscal. Después la giró hacia Megan y fue tan penetrante y directa que tanto el fiscal como algunas personas más de la sala se giraron hacia ella. Megan permaneció impasible. Mirándolo también de manera directa a los ojos. Quería transmitirle que dijera lo que dijera ella iba a entenderlo, iba a perdonarlo, pero, sobre todo y por encima de todo, jamás dudaría de su inocencia.

Él desvió entonces la vista y miró al fiscal justo cuando este volvía también la mirada hacia él.

—Yo sabía que iba a estar con Mary Trump en la playa y que eso podía significar que tuviéramos una relación. Hacía muchos meses que no lo hacía con nadie y Mary siempre parecía dispuesta.

—O sea que la imagen que nos ha querido vender sobre que había sido

espontáneo y casi sin darse cuenta, no era en absoluto cierta, ¿no es así?

—Es así.

—O sea que usted aquella noche había acudido a la playa con la firme intención de tener relaciones sexuales con la señorita Trump y para ello se había agenciado una cuerda con la que la ataría, tanto si quería como si no, de la misma manera que la sometería con una penetración propia de animales.

—No. Ella quería.

—Una última cosita, señor Grisham, ¿en qué momento se dio cuenta que la señorita Trump le había arañado la espalda hasta hacerlo sangrar?

—En el momento en que lo hizo.

—¿Sí? ¿Lo notó mucho? ¿Le dolió?

—Si. El arañazo era profundo.

—Y ¿cuándo fue eso? ¿Mientras la penetraba? ¡Ah! ¡No! En ningún momento de la penetración, puesto que la primera vez estaba a cuatro patas y la segunda, atada. ¿Cuándo fue entonces?

—En los momentos previos.

—¿Esos que usted ha llamado «juegos»? A mí me parece, señor Grisham, que, si a uno lo arañan con la profundidad que la señorita Trump lo hizo, hasta el punto de hacerle daño y sangrar, podría significar solo una cosa: que usted la estaba obligando a hacer algo que no quería hacer.

La mirada de Martin volvió a dirigirse al suelo. Sus hombros decayeron. Estaba derrumbado y destrozado. Los policías que lo llevaron de nuevo a su asiento casi lo arrastraron.

A partir de ese momento, tanto el abogado defensor como el fiscal se turnaron para dirigirse al jurado, que escuchó con cierto grado de interés, aunque Megan notó que, cuando habló el abogado defensor, demasiados rostros tendieron a apartar la vista.

Después, el tribunal pidió al jurado que se retirase y dirigiéndose al público les comunicó que reanudarían la sesión a primera hora de la tarde para conocer si el jurado ya tenía el veredicto. Megan intentó escabullirse antes que

nadie, aun sabiendo que James ya la había visto. Pero, cuantas menos oportunidades diese para que denunciassen allí su presencia, pese a ser menor de edad, mejor.

Intentó comer algo en un bar cercano, pero el estómago parecía haber cerrado una puerta oculta y en cuanto se introdujo el segundo bocado tuvo que volar hacia el cuarto de baño para vomitar.

Decidió entonces dar unas cuantas vueltas por los alrededores, incluyendo un parque que tenía un gran estanque dentro. Le parecía increíble estar mirando aquella agua verde, con cisnes y patos que nadaban sobre ella, y sintiendo una brisa suave y amable, mientras, a tan solo veinte o treinta metros, Martin estaba encerrado en un calabozo esperando una sentencia que, pese a las esperanzas que Megan todavía conservaba, podía ser muy mala.

Al fin, a las cuatro en punto accedió al pasillo central y llegó justo cuando el ujier estaba de nuevo indicando que el juicio se reanudaba.

James se quedó esperándola en la puerta. Megan pensó que ya no podía amedrentarse.

—¿Qué haces aquí?

—Nada —contestó ella.

—Es increíble que sigas creyéndole. ¿No has tenido bastante?

Megan bajó la cabeza y entrando en la sala se sentó en el mismo asiento. James también entró.

Minutos más tarde, la sala se quedó en un silencio tenso, esperando que el magistrado sentado en el centro de la mesa abriese con una lentitud exasperante el papel que le acababa de entregar el jurado.

Lo leyó y pareció asentir con la cabeza. Entonces, miró al portavoz del jurado y le dio permiso para hablar.

—Declaramos al acusado, Martin Grisham, culpable del delito de violación y abusos sexuales con violencia.

Megan creyó que el corazón se le había detenido; pero todavía fue peor cuando la voz grave y autoritaria del magistrado se oyó.

—Señor Grisham, lo condeno a usted a treinta años de prisión en la cárcel del condado. —Y mirando hacia un lado, agregó—: Alguacil, llévese al penado.

Megan sintió que las piernas le temblaban. En su cabeza resonaba sin parar la condena. Treinta años, treinta años. Cuando Martin saliera de la cárcel, tendría más de cincuenta años. Ella, más de cuarenta y cinco. En ese momento vio que Martin la estaba mirando y fue consciente de que los treinta años habían caído todos sobre él. Que por mucho que ella pudiera sufrir o padecer, quien iba a estar los treinta años en prisión era él.

Su mirada era profunda, triste, derrotada. Megan abrió la boca, pero en seguida notó que sus labios temblaron. No podía llorar. No podía mostrarle a él su desesperanza.

—Te quiero —vocalizó.

Y entonces él endureció la mirada y torció la boca en lo que parecía una sonrisa caricaturizada.

No dio tiempo a más. Un policía a cada lado lo empujó hacia la puerta. Iban más rápidos de lo que Martin podía avanzar con los pies encadenados y ese movimiento quedó incluso algo cómico.

—¡Dios mío! —pensó Megan—. Qué grotesca es la vida.

No supo cuánto tiempo más se quedó allí. Cuando el ujier la despertó de su encantamiento, advirtió que no quedaba nadie más en la sala. Tenía el cuerpo engarrotado y un sentimiento de absoluta derrota.

Aunque ya tenía dieciséis años, le estaría prohibido ver a Martin como mínimo durante dos años y en ese tiempo todo podría ocurrir. Incluso que él la olvidara.

Sin embargo, Megan sabía que no podría hacer otra cosa más que esperar a que fuesen cayendo los días, uno a uno, hasta cubrir aquellas setecientas y pico de jornadas y cumpliera dieciocho años, lo que le permitiría, con la mayoría de edad, acceder al centro penitenciario.

No hacía falta ser muy listo para darse cuenta de que mucha gente la tacharía

de infantil y absurda. En dos años, le dirían los amigos bienintencionados, lo habrás olvidado, tendrás otro amor, estarás a punto de irte a la universidad... Y eso sin contar los rumores, las críticas, los cuchicheos; todo lo que había tenido que soportar hasta aquel momento cuando todavía era una simple acusación. Ahora era ya, según la justicia, un hecho, una verdad. Habría quien la compadecería, habría quien la trataría de pervertida, como ya le había ocurrido. Pero, al final, todos le dirían que tenía que olvidar. Sin embargo, lo que ella sentía por Martin era tan profundo, tan fuerte y tan arraigado que sabía que el tiempo no podría hacer nada.

Así que decidió en ese instante una cosa. No le explicaría a nadie, absolutamente a nadie, nada relacionado con Martin. Sería su secreto, su intimidad, su joya y su esperanza.

Capítulo 9

Dos años más tarde no se sentía mucho más segura. El autobús que la llevaba desde la estación de Reginplace hasta la cárcel del condado estaba repleto de hombres y mujeres vociferantes y de grandes dimensiones. Había también una chica joven como ella, como mucho un año mayor, pero su desenvoltura evidenciaba que ya había hecho muchas veces antes ese recorrido. Entre ellos no había amistad, pero sí se reconocían. Por eso había sido también tan fácil detectar que ella era una intrusa. Alguien que no pertenecía a ese mundo, pese al esfuerzo que había hecho por cuidar todos los detalles.

Megan recordaba el tiempo que había desperdiciado en vano intentando escoger, por ejemplo, la ropa adecuada. Se había vestido con unos pantalones tejanos y una simple camiseta blanca, aunque le hubiera encantado ponerse la falda amarilla que tantas veces él le había dicho que era su preferida. Sin embargo, no había caído que incluso aquella ropa sencilla estaba comprada en establecimientos caros y llevaba una etiqueta que indicaba a las claras su prohibitivo origen. Sus sandalias eran de piel mientras que, a su lado, la mujer de tez mestiza llevaba unas chanclas playeras.

Megan se sentía muy incómoda, pero dirigió la mirada al frente en todo momento y sonrió con amabilidad intentando no parecer prepotente. Al final, como el trayecto era de más de cuarenta minutos, la olvidaron y entre ellos empezaron a lanzarse bromas y comentarios unas veces jocosos y otras,

subidos de tono.

Al detenerse el autobús, Megan optó por hacer lo mismo que todos los pasajeros y se colocó con paciencia en una larga cola que se hizo frente a la puerta donde dos funcionarios vestidos con un uniforme marrón y con gafas oscuras iban pidiendo la documentación y pasando un aparato, que con toda probabilidad detectaba metales, por todas las personas.

En el interior, tuvieron que mostrar la tarjeta de identificación y dar el nombre del preso al que iban a ver. A Megan le pareció que, cuando dio el nombre de Martin Grisham, el funcionario la había mirado fijamente primero y después la había repasado con cierta mirada lasciva. Sin embargo, prefirió no pensar en eso. Tal vez se equivocaba. Había pasado dos años demasiado sensible a esa posibilidad porque en el instituto habían sido bastante crueles con ella.

Lo cierto era que, desde que la noticia de la condena de Martin se filtró por todo el instituto, las bromas soeces, los comentarios velados y los cuchicheos cuando ella pasaba, lejos de desaparecer, se habían incrementado. Primero creyó que era la propia Mary Trump la que había incentivado todo aquello y tal vez fue así en un principio, porque en los círculos donde coincidían Mary recibía todas las atenciones y mimos, mientras que a ella la evitaban. Sin embargo, no había bastado con separarse de esos ambientes y no había conseguido pasar desapercibida por más que lo intentó. Toda la popularidad de la que gozaba antes de aquello se había convertido en un *boomerang* y, aunque había creído que el tiempo todo lo diluía, con esa historia no ocurría. Cada nueva hornada de chicas en el instituto estaba presidida por las novatadas y por las cuatro cosas que debían saber para relacionarse con seguridad en aquel sitio, y separarse de la «guarra Megan» era una de ellas.

Por eso, aunque al inicio había intentado evitar hablar sobre el tema, poco después volvió a defender la inocencia de Martin en cualquier sitio donde pudiera ser oída, de la misma manera y con la misma vehemencia que lo había hecho los primeros días. No la escuchaba nadie, pero al menos ella se sentía

más íntegra y sincera consigo misma.

Al final, eso le llegó a granjear que la última amiga que le quedaba, Rita, también se apartase. No podía reprochárselo. A Megan la seguían invitando a las fiestas que se celebraban porque el apellido Morton era suficientemente importante y ninguno de sus compañeros se atrevía a contradecir a sus padres, que exigían esa presencia en la lista de invitados. Pero Rita, pese a provenir de una familia adinerada, era lo que algunos llamaban «nueva rica». Su padre, en realidad, había empezado como obrero en una fábrica de aceros. Tuvo la suerte de que al morir su abuela le dejara una pequeña herencia y la invirtió entera en la Bolsa bajo las recomendaciones de un amigo, que se desveló como uno de los mejores brókeres del país. En diez años, se hizo muy rico y él, su mujer y sus tres hijos, incluyendo a Rita, se vieron catapultados a la clase alta y viviendo en el mejor barrio de Boston, comprándose las mejores ropas y acudiendo a los mejores colegios. Sin embargo, todavía no eran reconocidos de verdad en ningún ambiente social y, cuando alguna vez se los invitaba, como había hecho la propia Megan, se veía a los padres de Rita muy incómodos e inseguros en su forma de proceder.

Megan no se había amilanado ante todas las contrariedades sociales. En el fondo, también ella despreciaba a toda aquella gente. Se había criado en ese ambiente y reconocía entre todas esas personas a amigos de la infancia, pero hacía mucho tiempo, incluso antes de conocer a Martin, que se sentía del todo ajena a lo que les preocupaba y los motivaba. La casualidad había hecho que conociera el trabajo que se hacía en el People For Human Rights Council a favor de inmigrantes y deportados y en contra de las injusticias sociales, y desde entonces todo su interés se había volcado en aquello. Tuvo la suerte de que su padre, cuando se enteró, viendo que era un ámbito relacionado con el Derecho y donde incluso había profesores universitarios del Boston College y de Harvard, no hizo más investigaciones y no hizo nada por impedir su relación. Así que allí era donde tenía a sus verdaderos amigos, aunque casi todos ellos le doblaban la edad y la trataban con la deferencia propia de los

padres a sus hijos.

—¡Visitas de Martin Grisham!

La voz autoritaria y grave la sacó de manera brusca de sus recuerdos. Había llegado el momento de verlo. Y ahora que se encontraba tan cerca, notó cómo sus rodillas temblaban y un miedo se acomodó en su estómago.

Respiró hondo y siguió al funcionario hacia el pasillo. No sabía cómo se produciría la visita. Sabía que, dependiendo de lo peligroso que consideraran al preso, esta podía desarrollarse o bien en una sala abierta con más presos y sus familias, o bien a través de un cristal de seguridad y con un teléfono para comunicarse. Aunque había leído que, en centros penitenciarios como aquel — que eran considerados de seguridad media—, las visitas, dentro de los primeros años de reclusión, se hacían siempre a través de cristales blindados.

Por lo que sabía, además, ella iba a ser la primera visita de Martin en los dos años en los que llevaba en prisión. Su madre había muerto tan solo unos días después de que lo detuvieran. Martin no pudo ir al entierro. Ella sí se había acercado, la mujer le había caído bien y sabía que había sufrido muchísimo por su hijo, no únicamente por lo que había pasado, sino porque se debatía entre la pugna de los dos hermanos. James había optado por repudiar a Martin, sobre todo cuando se produjo la declaración de culpabilidad. Lo cierto era que nunca le había creído del todo y aquella condena fue para James la confirmación de sus temores y le fue más fácil decidir que ya no tenía un hermano, que intentar defenderlo o, aunque fuese, perdonarlo. Entre otras cosas, porque lo culpó de otro delito: que la enfermedad de su madre se agravase y que esta sufriese también en sus últimos días.

Por eso, cuando James la vio en el entierro, y sabiendo que ella seguía defendiendo la inocencia de su hermano, la echó con cajas destempladas. Aunque Megan se sintió herida y dolida, no se lo reprochó. Sabía, por propia experiencia, que cuando se muere un familiar querido, la capacidad de pensar queda muy mermada. A ella también le había ocurrido cuando con cinco años había muerto su madre. Y se reconoció en aquel ser que intentaba mantener las

lágrimas contenidas y miraba el ataúd como si todavía tuviera que creerse que se había ido.

Siguiendo al funcionario accedió a un pasillo y en seguida se percató de que sus peores sospechas se veían confirmadas. Iba a verlo a través de un cristal de seguridad junto con otras visitas que ya estaban allí gritando más de lo que era razonable, teniendo en cuenta que la comunicación a través del teléfono no lo requería.

Megan sintió las miradas, tanto de los presos como de los funcionarios que había establecidos cada dos metros controlando a las visitas, ahora que estaba caminando por aquel pasillo y se maldijo a sí misma por no haber encontrado otra ropa que la delatase menos. Sin embargo, uno de los funcionarios al pasar a su lado murmuró «ternera fresca» y pensó que tal vez no lo hubiera evitado siquiera con un saco de patatas. Estaba claro que, en aquel mundo eminentemente masculino, tener dieciocho años y ser novedad era suficiente para atraer todas las miradas.

Se sentó en la silla que le indicaron y esperó impaciente mirando hacia la única puerta que, al otro lado del cristal de seguridad, parecía conducir al interior de la cárcel. Poco después se abrió y, tras un guardia de seguridad enorme y con cara de pocos amigos, lo vio. Tenía el pelo alborotado y una barba de pocos días. Vestía el mismo mono gris que el resto de los presos y estaba esposado de manos. Parecía estar viendo aquel espacio de visitas por primera vez, aunque la mirada rápida, que se paseó por todas las personas que allí había, denotaba curiosidad. Casi con toda seguridad no le habían dicho quién era la visita.

Poco antes de llegar al espacio que le correspondía, la descubrió. Sus ojos se hicieron más grandes y se detuvo en seco, hasta que el funcionario, lanzando una maldición, lo obligó a sentarse en frente de ella.

Megan cogió el teléfono sin dejar de mirarlo. El corazón le golpeaba tan fuerte que parecía que le iba a estallar en el pecho. Él seguía mirándola como si no se creyese que estuviera allí y tardó en coger el auricular, lo que tuvo

que hacer con ambas manos. Megan se percató de que las esposas le habían provocado laceraciones en las muñecas. Esa simple visión le destrozó el alma y sintió tal ternura y tantas ganas de besarlo que tuvo que hacer un esfuerzo para no ponerse a gritar o a llorar.

—Hola —susurró ella cuando creyó que él podía oírla.

Esperó unos segundos, pero él parecía haberse quedado sin habla. Seguía mirándola solo a los ojos con una expresión indescifrable.

—Ya tengo dieciocho años —continuó Megan—. Ayer los cumplí. Ya soy mayor de edad y puedo venir sin acompañante.

Entonces Martin pareció reaccionar. La respiración se le aceleró de forma clara y su vista se desplazó a otras partes de su cuerpo como si quisiera cerciorarse de que había crecido en todos los sentidos. Al final, los ojos de Martin se detuvieron en un punto inconcreto de la mesa y quedó como ensimismado. Como seguía manteniendo el auricular en su oreja, Megan decidió continuar.

—Tenía muchas ganas de venir, pero hasta ahora no me dejaban. Está cerca de casa. En autobús solo han sido cuarenta minutos... ¿Cómo estás tú...? Se te ve bien... ¿Comes bien? ¿Puedes hacer ejercicio?

Entonces Martin levantó la vista y lo que vio la dejó sin habla. Había una tremenda tristeza en su mirada. Algo tan evidente y conmovedor que le detuvo los latidos de su corazón antes desbocado.

—No vuelvas más, Megan —pronunció muy poco a poco Martin.

—No me rechaces, Martin. Déjame volver. No hago daño a nadie —respondió Megan, sintiendo cómo las lágrimas se agolpaban en sus ojos.

Martin la miró de nuevo con intensidad. Esa vez, volvió a repasarla, pero se demoró más tiempo en ese examen. Como si quisiera memorizarla.

—Megan —volvió a hablar—. No vuelvas. Sí haces daño. Te lo haces a ti misma y a mí me perturbas. No quiero verte más en mi vida.

Entonces, sin dejar que ella tuviera tiempo siquiera a contestarle, colgó el auricular y levantándose le señaló al funcionario que debía irse. Megan no

podía creerse lo que estaba ocurriendo y por ello empezó a gritarle al teléfono como si él así pudiera oírla.

—¡No! ¡Espera! ¡No te vayas! ¡Martin!

Al final, se dio cuenta de que estaba haciendo una estupidez y ella también colgó el aparato y, mientras seguía llamándolo de forma desesperada, caminó en la misma dirección. Por culpa de sus gritos, todas las visitas habían enmudecido y estaban siendo espectadores de aquel rechazo al ver cómo a ella, sin poder evitarlo, le estaban rodando las lágrimas y él, sin mirarla, seguía dirigiéndose a la puerta de salida.

Uno de los presos pareció querer detenerlo, pero Martin lo miró con tal furia que en seguida lo soltó.

Megan siguió llamándolo y llorando, pero hacia ella no se giró ni en un solo momento hasta que vio cómo desaparecía a través de la puerta. Entonces, sin poder evitarlo, cayó al suelo de rodillas y lloró mucho más, como si todas las lágrimas que durante aquellos dos años de espera se había tragado surgieran en ese momento y le desgarraran el alma. Y por eso gritó, gritó por el dolor que sentía, como si vivir le doliera, como si respirar fuese una tortura.

Dos funcionarios tuvieron que cogerla y arrastrarla hasta la salida. Megan se dejó hacer porque todas sus fuerzas habían desaparecido y porque no podía dejar de llorar. La condujeron a un pequeño cuartito del que solo fue capaz de ver el suelo, donde volvió a caer derrumbada. Entonces, de nuevo, la alzaron unas manos poderosas y la colocaron en un sofá. Notó que había alguien más en la habitación, quizás varias personas, pero sin dejar de llorar cerró con fuerza los ojos. En ese momento, el deseo de morir ya era tan fuerte y tan intenso que se concentró en él pensando que así sería suficiente y que su corazón dejaría de latir.

Un agudo dolor en el brazo le indicó que la habían pinchado con algo, pero antes de que pudiera resistirse un tremendo sopor la invadió y fue notando cómo el dolor agudo que había sentido en su garganta, en su pecho y en sus entrañas disminuía y se convertía solo en algo sordo y apagado. Era el dolor

de la tristeza y de la falta de esperanza. Hasta ese instante no lo había sentido. Había concentrado todo su ser en cumplir dieciocho años y poder verlo. Ahora la desesperación de lo que significaban treinta años de soledad la hundió como una losa.

Durmió. No pudo saber durante cuánto tiempo. Pero cuando despertó vio la cara de su padre, que la miraba con una seriedad brutal. Días atrás, la habría atemorizado. Ahora no. Era curioso. Le daba lo mismo.

—Me has decepcionado, Meg —susurró entonces su padre casi de manera imperceptible.

Megan lo miró y de pronto pensó que no solo no le tenía miedo, tampoco le tenía ni respeto ni ningún tipo de cariño.

Se levantó e intentó alisarse la camiseta, que se veía muy arrugada. Estaba algo mareada, sin embargo, respiraba y no le dolía, solo quedaba una tenue frialdad heladora. Pero era mucho mejor que lo que había sentido hacía un rato.

Su padre la tomó del codo en una señal de propiedad típica en él y entonces se dio cuenta de que había más gente en la sala y en el pasillo al que daba la puerta abierta. Menos uno de ellos, todos funcionarios uniformados. La empujó hacia el pasillo y mientras pasaban, aunque les abrían espacio, los miraban con tal insistencia que era casi claustrofóbico.

Megan levantó la barbilla desafiante. Habían vuelto sus fuerzas redobladas porque nada podía ser peor que el dolor que había sentido antes y haberlo tenido en su interior la había convertido en un ser más valiente. Sin embargo, sabía que a Victor Morton aquello le estaba doliendo en ese momento en su orgullo. Verse en una cárcel recogiendo a la histérica de su hija, que había ido a visitar a un violador de los bajos fondos, debía ser, como poco, motivo de deshonra.

En el exterior, el flamante Lexus con chofer los esperaba. Subió a su interior y reposó la cabeza en sus mullidos asientos mirando al exterior. Cuando ya llevaban unos kilómetros, su padre volvió a hablar.

—Espero que hayas tenido bastante. Al final, ese desgraciado ha mostrado mayor sentido común que tú, aunque el bastardo debería estar muerto y sepultado.

Megan respiró hondo. Una mala respuesta en ese momento podía ser decisiva. Su padre tenía la capacidad de destruir vidas con una facilidad que a muchos sorprendería. A ella no dudaría en hacérselo, aunque no era eso lo que le preocupaba. Era más importante proteger a Martin de ese odio que le silbaba entre los dientes.

—Lo siento, papá —dijo ella con el tono más neutro que pudo—. Era como una asignatura pendiente. No volverá a ocurrir.

Su padre pareció estar pensándoselo. Oyó su respiración fuerte. Segundos más tarde, con un gesto cogió el teléfono y contestó la llamada que ella no había oído porque lo tenía en silencio.

—Sí... No es necesario... No, parece ser que no... Exacto. De momento no hagas nada. En unos minutos estoy allí.

Cortó la comunicación y guardó de nuevo el dispositivo.

—De acuerdo —volvió a hablar—. Voy a intentar olvidar lo que ha pasado y cómo mi propia hija se ha avergonzado a sí misma hasta tal punto. Pero te irás a Stanford a estudiar Derecho y no volverás en los cuatro años que dure tu formación universitaria. Después harás el máster en Administración de Empresas en Harvard, como hice yo. ¿Estás de acuerdo?

—Sí —respondió Megan y al hacerlo lo miró de manera directa a los ojos intentando aparentar remordimiento y agradecimiento.

A su padre pareció turbarlo la mirada. Era como si no se creyese que todo iba a resultar tan fácil. Giró por un momento la vista hacia el paisaje que volaba en el exterior. Megan pensó que debía esforzarse algo más.

—Papa. —Esperó a que él se girase de nuevo y la mirase. Entonces siguió hablando con una voz suave y algo sollozante—. Lo siento, de verdad. No sé por qué he hecho algo tan estúpido. Me irá bien irme a Stanford. No sabes lo duro que ha sido estar aquí. Te lo tendría que haber dicho antes, pero en el

instituto ha sido... en el instituto todo el mundo me tenía marcada por lo que pasó y yo... yo me refugié en esta idea. Lo siento.

Su padre abrió mucho los ojos y notó cómo el labio inferior le temblaba un poco. Tal vez, el inteligente y frío abogado de élite tenía alguna debilidad por su hija, a la que no había besado muy probablemente desde hacía años. Pero Megan no iba a caer en la absurda mentira de que le importaba a aquel hombre. Lo único que le importaba era su prestigio y eso era lo que pensaba que estaba en peligro y por eso la había recogido de allí.

—Si quieres, en lugar de quedarte este verano en Boston, puedes ir a los Hampton con la familia de tu madre —le propuso.

—¡Oh, no! —contestó Megan—. No es necesario, papá. El instituto ya ha acabado. Son tres meses que podré trabajar en tu despacho como me prometiste. Ya no veré a esos estúpidos niños. Después, cuatro años en California. Me quedo, papá. Así estaremos juntos.

Él giró de nuevo la vista hacia la ventana, pero esa vez asintió orgulloso de sí mismo. Megan lo había convencido. Tenía por delante cuatro meses y seguiría intentándolo. Empezando por el día siguiente mismo. Conseguiría que Martin Grisham le hablase.

Mientras tanto, en el interior de la prisión, Martin había sentido, con toda seguridad, un dolor semejante al que sintió Megan y no solo mientras la oyó llorar a través del cristal blindado, que no había conseguido apagar del todo aquellos gritos, sino también cuando volvió a su celda y se vio en aquel habitáculo de apenas ocho metros cuadrados y con dos literas.

Megan estaba preciosa. La había mirado durante muy pocos minutos y eso le había bastado para volver a poner color en el recuerdo que, poco a poco, se le había estado diluyendo aun a fuerza de recordarlo de manera consciente cada noche. Esos ojos verdes que brillaban. Esos rizos cobrizos. La boca. Su boca carnosa de líneas perfiladas a la perfección. Y su bonito y delgado cuerpo. Sus pechos redondos, que la camiseta blanca acariciaba.

¡Dios mío, cómo la quería! ¡Qué idiota había sido! ¡Cómo había destrozado

la vida de ambos de esa manera!

—Dicen que has liado una buena en los locutorios.

Era Frank, su compañero de celda. Lo miró con furia haciéndole ver que no quería hablar. Sabía que no lo forzaría. No al menos en ese momento.

Frank había demostrado ser un buen amigo. Llevaba cinco años recluido cuando Martin había entrado y, sin ser ningún líder, tenía el respeto de la mayoría de las bandas rivales, no tanto porque le temiesen —ya que allí se aprendía rápido que cualquiera podía ser un peligro, aunque nadie debía atemorizarte—, sino porque era un hombre inteligente y capaz de ayudar a mucha gente. Tenía quince años más que Martin y lo habían condenado a cuarenta años por haber *hackeado* el sistema eléctrico de Estados Unidos y haber provocado el caos durante dos horas. Aquello por sí solo no tendría que haber supuesto más de cinco o seis años de prisión; pero en sitios como los hospitales la falta de luz en mitad de intervenciones quirúrgicas, pese a durar muy poco gracias a los sistemas alternativos, tenido como consecuencia dos muertes.

Así que lo que él mismo definía como la bravuconada más estúpida de su vida, con la que había pretendido encandilar a una chica guapa que había conocido en un *pub* tres días antes, le había salido suficientemente cara.

Sería por eso que, en cuanto conoció la versión de Martin sobre su condena y lo vio tan destrozado por las consecuencias de aquel error, se sintió tan identificado que decidió protegerlo.

Y al inicio no fue nada fácil. Martin era un chico con suficiente atractivo como para despertar en toda aquella jauría los instintos más animales. Pero unos consejos bien dados, más una pequeña navaja y hacer patente ante toda la prisión que aquel chico estaba bajo su protección, habían sido suficientes. Y dos años después, Martin también se había granjeado por sí solo cierto respeto porque su estado físico le había permitido resolver un par de peleas con solvencia y porque demostró ser buen compañero asumiendo tres veces un castigo que no le correspondía sin delatar a nadie, al tiempo que había

ayudado a muchos a redactar una instancia o una solicitud con buen resultado.

Ni aquella noche ni las siguientes Martin quiso explicarle qué había ocurrido, pero una semana más tarde, el funcionario que anunciaba las visitas volvió a aparecer ante la puerta de la celda.

—Martin Grisham. Tienes visita.

La cara de terror de Martin fue muy elocuente.

—¿Quién es? —preguntó con voz trémula.

—¿Te crees que soy tu secretaria, pedazo de imbécil? —lo increpó el funcionario.

—No —intervino entonces Frank—, pero el recluso tiene derecho a renunciar a las visitas y para ello, sin duda, debe saber quién lo reclama.

El funcionario masculó una maldición más y escupió en el suelo, pero se dignó a mirar el papel que llevaba en la mano, donde, en efecto, se tomaba nota del nombre de todas las visitas y la relación con el preso.

—Megan Morton, amiga.

A Martin le temblaron entonces las manos de manera evidente. Frank lo vio tragar saliva y debatirse en una pelea interna.

—No quiero ir —dijo al fin con una voz apagada.

—¿Cómo? —dijo el funcionario.

—Que no voy. No quiero recibir esa visita. —Esa vez habló mirando al funcionario de frente y sin pestañear.

A partir de aquel momento, cada jueves se convirtió en un ritual. Ante la celda se plantaba aquel hombre anunciando la visita de Megan Morton y Martin, cada vez más sereno, se negaba a recibirla.

Había corrido de tal manera la voz de lo que estaba ocurriendo que incluso algunos otros presos se inventaban cualquier excusa para aparecer a la hora de las visitas todos los jueves y ver cómo Martin desafiaba la cordura y se negaba a salir. Porque si algo tenían claro todos aquellos hombres era que para mantenerse con cierto estado de ánimo era preciso tener algún contacto con el exterior y negárselo hubiera sido la peor de las condenas.

Por eso no podían entender a Martin Grisham; aunque, al mismo tiempo, esa actitud había elevado su consideración a la categoría de alguien mucho más temible. Era la única visita que tenía y, sin embargo, se negaba a verla. Además, ya había corrido la voz también de que la visita no era cualquiera. Los que la habían visto, porque habían coincidido en el locutorio, comentaban que era candidata perfecta a Miss Universo y los que no la habían visto todavía habían hecho exaltar más la imaginación y hablaban de una diosa.

Un jueves lluvioso de septiembre, el funcionario volvió a presentarse ante Martin, quien empezó a responder con su negativa habitual cuando fue interrumpido.

—Me ha dicho que es el último día —dijo el funcionario.

—¿Qué? —preguntó Martin, aunque lo había entendido a la perfección.

—Que me ha dicho que es el último día, que mañana se va a Stanford.

Martin sintió su corazón palpar. No por menos esperado era menos obvio. Él la había estado rechazando semana a semana durante cuatro meses y en algún momento tenía que acabar. Sin embargo, con odio reconoció que dejar de esperar su visita le dolía.

—De acuerdo. Pero no voy a ir.

El funcionario empezó a marchar y, en el último momento, se giró y lo miró largamente como dudando.

—Grisham. Esa chica... Aunque el primer día montó aquel espectáculo... Esa chica soporta cada día la burla de todo el mundo. Hay una apuesta semanal. ¿No podrías hacer una excepción? Dice que es el último día.

El desgarró que sintió en su interior fue todavía mayor. Esa maldita niña era tan cabezona como preciosa. La imaginó valiente, con la mirada al frente, la barbilla levantada, y por un momento dudó. Sin embargo, la cordura regresó. ¿De qué iba a servir? Le quedaban veintiocho años de condena.

—No. No haré una excepción. No voy a ir.

Capítulo 10

Eran las ocho de la mañana y ya hacía un calor horrible. Los habían reclamado a todos en el patio central cuando tan solo llevaban una hora trabajando. Al llegar Martín, el sitio que de manera habitual ocupaba para poder ver el mar había sido ya escogido por los de oficinas. Era curioso ver tanta gente en aquel espacio normalmente ocupado por camiones de ida y vuelta, pero lo más curioso era ver las diferencias entre todos ellos.

Más de cuatrocientas personas concentradas. Más de cuatrocientos trabajadores de la misma empresa. Sin embargo, de forma clara podían distinguirse las diferencias. No solo por la forma de vestir, sino porque consciente o inconscientemente se habían colocado en sitios diferentes, como si alguien tuviera muy claro que no podían ocupar ni siquiera el mismo espacio físico.

En la zona sombría, allí donde la brecha entre el edificio central y la nueva construcción de oficinas permitía ver un pequeño trozo del océano, se habían colocado los oficinistas de la Agencia de Aduanas. Hombres con traje y corbata, y mujeres de largas piernas gracias a unos finos tacones de aguja. Era el único grupo en el que había mujeres en aquel mundo mayoritario de hombres. Sin embargo, ellos y ellas se mostraban serios, tanto como incómodos y temerosos. Parecían no saber qué hacer con sus extremidades ahora que no ocupaban un fantástico sillón con ruedas y reposabrazos. Miraban al resto de los participantes en aquella insólita reunión de reojo,

como si no osaran retarlos con la mirada. Y, sin embargo, Martin sabía que eso solo ocurría allí, en aquel lugar. Por lo general, ellos eran los que mantenían el control, los que conocían y reconocían los documentos, las cifras, los contactos y las relaciones.

Bajo el entoldado, de frente hacia todo el resto de trabajadores, se situaban los ingenieros, abogados, subdirectores y directores de operaciones. Olían a colonia fresca, vestían de manera impecable con ropas de marca y con zapatos tan lustrosos que habría quien diría que brillaban.

A la derecha, aguantando de frente el sol castigador, se encontraban los camioneros. Hombres rudos de dimensiones colosales y hambre a todas horas. En general, eran poco habladores y siempre tenían cierta mirada triste, como si todas las horas solos en la carretera se llevaran la poca capacidad que tuvieran para sonreír.

En el centro estaban los operarios de la construcción y tenían su propia jerarquía interna. Los soldadores eran un grupo compacto y cerrado, muy celoso de explicar los secretos de su oficio. Los pintores parecían en general mucho más abiertos y bromistas. Los carpinteros miraban a sus compañeros con cierto deje de superioridad como si sus manos callosas y llenas de pequeñas heridas de las astillas no fueran más que pruebas irrefutables de su capacidad superior.

Los estibadores de primera vestían chalecos reflectantes y llevaban en la mano un *walky talky* a todas horas, intentado demostrar que estaban muy lejos aquellos tiempos en los que era una de las profesiones más penosas. Ahora no cargaban sobre sus espaldas, sino que guiaban grúas de todos los tamaños y posiciones con increíble precisión y pericia.

Por último, en un rincón estaban los trabajadores dedicados a la limpieza y peones auxiliares para todo tipo de funciones. A nadie engañaban el pantalón y la camisa azul marino con toques naranjas, que recordaba al logo del grupo y que había sido diseñado para huir del reconocible mono de limpieza. Esos hombres de barbas mal rasuradas y mirada dura pertenecían al escalafón más

bajo de la pequeña sociedad que conformaba el gran grupo empresarial bajo el nombre de Tyler Integrated Shipping Corporation.

Sin embargo, todavía había una categoría inferior. Aquella que conformaban él mismo y cuatro compañeros más. Los parias que habían llegado allí tres meses antes gracias a un acuerdo entre el sistema penitenciario y la patronal de las grandes empresas del estado. Casi nadie les dirigía la palabra y hasta los rudos camioneros preferían evitarlos. Vestían con las mismas ropas que los peones, pero, con toda probabilidad, algo en las maneras los evidenciaba como lo que eran: condenados a prisión por delitos graves, que formaban parte de un proyecto de reinserción inventado por el último petimetre reformista que había llegado a la Administración.

Nadie se sentía bien con esa situación; pero, pese a todo, Martin reconocía que todavía tenía que hacer esfuerzos para que no se notase su emoción cuando por las mañanas veía aquel trozo de mar entre los edificios y era consciente de lo que era disfrutar de estar al aire libre después de doce años en prisión. El resto del día, por desgracia, era algo similar a lo que ocurría en el centro penitenciario, puesto que realizaba todo tipo de tareas durante diez horas seguidas con solo un descanso de una hora para comer y, al acabar, los conducían en un autobús especial a los apartamentos vigilados de Chinatown, con el tiempo justo para que no sonara la alarma que tenía en el tobillo y que estaba programada para no permitirle salir de la minúscula vivienda de treinta metros cuadrados entre las veinte horas de la tarde y las seis de la mañana.

Pero al iniciar cada día la jornada laboral y mientras les informaban en el patio central de cómo iría el reparto de las tareas del día, Martin se situaba en ese punto estratégico en el que veía el mar y sentía la brisa marina. A veces tan cálida como la de aquel día, pero siempre bienvenida. Y entonces se alegraba de haber sido admitido en el proyecto porque ese pequeño instante y el trocito de mar eran mucho mejor que las paredes grises de su día a día en la prisión, año tras año.

Por fin apareció el director general de la compañía. Subió a la tarima

colocada de manera provisional para la ocasión y le pasaron el micrófono inalámbrico con el que solían dar las instrucciones cada día.

—Buenos días. Quiero en primer lugar darles las gracias a todos por comparecer esta mañana con puntualidad...

—Será imbécil —susurró su compañero Gerd—, se pensará que estamos aquí para escucharlo.

—... y les aseguro que este es ese momento. Hoy tengo el placer de anunciarles que nos visitarán el presidente y el vicepresidente de este gran grupo para inaugurar las nuevas instalaciones de lo que será el más importante complejo de servicios portuarios de todo el país.

El personal situado a la espalda del director general empezó a aplaudir y fue el detonante para que las más de cuatrocientas personas que se habían concentrado en aquella extraña asamblea lo hicieran también. El directivo, sin embargo, pidió silencio.

—La asociación entre las dos familias ha supuesto, ya solo con la firma del contrato, estar entre las cinco primeras compañías. Pero, cuando los nuevos servicios legales relacionados con el mundo aeronáutico abran mañana mismo sus puertas, todos los contratos y todos los negocios relacionados con el transporte de mercancías van a pasar por nuestras manos y eso es lo que va a consolidar nuestra unión...

—Eso y que, como si estuviéramos en la Edad Media, van a casar a los dos primogénitos.

Esa vez había hablado el capataz del servicio de limpieza que, pese a resultar un estricto encargado, tenía un odio palpable hacia todos aquellos que vestidos con corbata se pavoneaban por las instalaciones.

—¿Quiénes se casan? —preguntó otro.

—El hijo del presidente de la naviera con la hija de la firma de abogados. Los pipiolos no tienen ni treinta años y van a dirigir todas las nuevas instalaciones, incluyendo el hotel. Recién saliditos de la universidad y sin haber dado palo al agua en su vida. ¡Puerca vida esta!

Martin sonrió. El director general seguía hablando de las grandezas futuras en un discurso que, quizás, los grandes agoreros de recursos humanos le habrían aconsejado para infundir motivación al personal. Él debía sentirse tremendamente orgulloso, ya que fue interrumpido por aplausos del sector más próximo mientras que todos los que estaban aguantando el justiciero sol se estaban impacientando cada vez más.

El aplauso se hizo más vigoroso y Martin vio cómo cada uno de los grupos volvía a su lugar de trabajo. El capataz, sin embargo, optó por aprovechar el momento para modificar la distribución de las tareas del día a la vista de las noticias, pese a la queja de todos los trabajadores, que protestaron por no poder hacer aquello mismo en un lugar más sombrío. El grupo de presos al que pertenecía continuó, sin embargo, callado. Ellos sabían que cualquier queja podía conducirlos a perder el tercer grado, así que se tragaron sus insultos.

En cuanto el capataz desapareció, se quitó la camiseta como sus compañeros puesto que toda ropa molestaba bajo el sol. A fin de cuentas, después de esos tres meses ya tenía la piel muy curtida y no temía padecer quemaduras. Además, las tareas asignadas tenían que ver con la limpieza de unos contenedores que el día anterior habían descargado. Y eso suponía que la temperatura en el interior podía superar los cincuenta grados.

Hacia media mañana vieron entrar la comitiva de coches. Cuatro Mercedes de largo formato que, nada más detenerse, abrieron al unísono todas las puertas y varios altos ejecutivos descendieron. El grupo de Martin aprovechó la interrupción para salir unos minutos del interior de aquel horno. Así que vieron cómo el director general apareció casi corriendo pese a sus quilos de más y, por las reverencias que les hacía a dos de los tipos, adivinaron que debía tratarse de los verdaderos jefes. Un joven atlético de cabello castaño también se situó junto a ellos y fue presentado. Entonces todos se giraron al unísono y miraron hacia el último coche, del que salía una mujer.

Martin la reconoció de inmediato pese a verla de espaldas. El pelo largo, rizado y de tonos rojizos, le caía sobre los hombros. Llevaba un vestido de

verano de tirantes, ajustado a su figura de manera que realzaba todas y cada una de sus curvas. El vestido blanco con estampados en flores dejaba ver sus rodillas y el resto de su pierna, que se realzaba con unas sandalias de tacón también de color blanco. Caminaba con elegancia y, al tiempo, con determinación y, antes de llegar a la altura en donde estaban los mandamases esperándola, tendió la mano hacia el director general, que seguía con la boca abierta desde que la había visto aparecer.

—¡Flipa! —dijo uno de sus compañeros de grupo.

—A esta distancia y ya se me ha puesto la polla dura —respondió otro.

Martin no pudo evitar girarse con brusquedad y a punto estuvo de decirle que el comentario estaba fuera de lugar. Por fortuna se detuvo a tiempo. No hubiera tenido sentido que adoptase esa postura. Ni la entenderían sus compañeros ni le convenía demostrar lo que estaba pasando en su interior. Pero lo cierto era que el corazón se le había desbocado y sintió cómo su respiración se había hecho más rápida y jadeante.

—¿Habéis visto a los nuevos jefes? —Era la voz del mozo más joven del equipo de limpieza la que se dirigió a sus compañeros, que habían permanecido fuera del contenedor imprimiendo agua a presión a las paredes exteriores—. Si la tipa esa va a venir todos los días, yo voy a tener que desayunar bromuro.

Las risotadas de todos los hombres allí concentrados provocaron que el grupo ejecutivo se girase casi al mismo tiempo. Martin todavía tuvo un momento para verle el rostro antes de introducirse con rapidez en el contenedor. Estaban a unos cincuenta metros y, sin embargo, le había parecido llegar a distinguir sus ojos verdes. Se maldijo a sí mismo por aquella coincidencia. Si era cierto que ella era, como parecía, la hija de los dueños de la empresa, entonces a partir de ese momento las posibilidades de encontrarse algún día eran muy altas. Pero él no tenía demasiadas opciones. No podía pedir cambio de trabajo. Si lo hacía, lo único que pasaría era que volvería a prisión y no habría otra opción hasta, como mínimo, pasados cinco años más.

La mañana siguió avanzando con lentitud. Martin realizó todos los trabajos que se le iban encomendando vigilando, en todo momento, los accesos del nuevo edificio por si volvían a salir de allí. Se ofreció como voluntario para el desalojo de uno de los buques que habían varado el día anterior para ser limpiados, pensando que aquello le podría ocupar el resto de la jornada y lo situaría lejos del patio central, donde todavía seguían los coches. Sin embargo, después del descanso para comer, ya había acabado y el capataz le pidió, junto con el resto de los presos, que recogieran y tirasen al exterior los bidones de pintura que habían servido para pintar el interior del nuevo edificio y que todavía estaban en la puerta de entrada.

La segunda vez que regresaba para recoger más bidones, justo cuando pasaba junto a los coches, una de las puertas se abrió y la vio salir con una libreta en la mano y expresión de triunfo.

—¡La encontré, Charles! —le decía al chofer.

Martin agachó la cabeza e intentó cubrirse con el cuerpo de sus compañeros. En esos momentos la tenía justo a su espalda y a muy escasos metros, pero lo normal para la genta rica y de posición era no fijarse en los trabajadores de su alrededor, así que todavía confiaba en que ella pasara de largo. Si se demoraba con el bidón o se lo colocaba con rapidez en el hombro y se cubría la cara, no habría ningún tipo de posibilidad de que ...

—¿Martin?

La voz de Megan sonó dulce. Gert y los otros dos tipos con lo que iba se detuvieron en seco y escrutaron.

—¿Martin? —volvió a decir ella.

Ya no le quedaba más remedio. Se giró y la miró a los ojos.

—Hola.

El labio de ella tembló ligeramente y después se convirtió en una sonrisa.

—¿Eres tú?

Martin solo cabeceó. Se sintió avergonzado. Tenía todo el torso al descubierto, muy sudado y sucio, mientras que ella estaba vestida a la

perfección y olía a flores.

—¿Has salido? —preguntó ella.

—Tercer grado. Trabajas en el exterior y duermes en pisos tutelados. —Y mientras lo decía se señaló la tobillera.

Ella bajó la vista unos segundos para después volver a mirarlo a la cara y profundizar en su sonrisa.

—Mucho mejor, ¿no?

Él volvió a asentir con el gesto, pero era incapaz de decir nada más. Notaba la mirada de sus compañeros sobre él. Después tendría que dar más de una explicación y eso no le gustaba nada. Megan pareció darse cuenta de que aquel encuentro no podía alargarse mucho más. Su mirada nerviosa hacia el interior del edificio la delató. Tampoco ella querría dar explicaciones, imaginó Martin y solo de pensarlo se le escapó lo que podría haber sido una sonrisa si no hubiera sido por la amargura con la que le apareció.

—No voy a poder ahora —dijo Megan—, pero tal vez podríamos quedar...

—No —la interrumpió él de golpe, extrañamente asustado—. No creo que podamos.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—No tengo tiempo —respondió con brusquedad—. Cuando salgo de aquí voy al apartamento sin detenerme.

—Puedo ir yo a...

—No.

La respuesta había vuelto a ser tajante. Martin vio cómo Megan empalidecía y se sintió un miserable. En ese momento, la puerta de acceso principal se abrió y apareció el joven guaperas de pelo castaño.

—¡Meg! ¿Lo has encontrado? Ya pensaba que te habrías perdido en el coche.

Megan retiró la vista de Martin y con una amplia sonrisa le mostró el bloc de notas que llevaba en la mano.

—Estaba donde te dije, Albert.

—Vamos pues, cariño, tu padre y mi padre se estaban poniendo ya

nerviosos. Están acabando de cerrar el acuerdo de los recursos humanos que se traspasan.

Martin, sin embargo, se había quedado helado. Al hacer ese movimiento con la mano vio en su dedo el anillo de plata. El mismo que él le había regalado. Era la única joya de su mano. Sintió cómo todo su cuerpo se estremecía.

El tal Albert tomó aquella misma mano y tiró. Él no había reparado ni un solo segundo en el resto de las personas que había a su alrededor y, por tanto, tampoco había ni imaginado que se había producido una conversación con su prometida.

Megan todavía le lanzó una última mirada y él seguía sin poder reaccionar ante la visión del anillo en su dedo.

Por fortuna, ninguno de los testigos de la conversación se atrevió a preguntar nada. Sin duda, su expresión era suficientemente clara sobre qué pasaría si alguno preguntaba y todo continuó igual incluso cuando, un par de horas más tarde, todos los integrantes de la comitiva volvieron a subirse a los coches y se fueron de allí.

Dos días más tarde, la actividad del edificio central se había vuelto frenética. Un ejército de trabajadores de los distintos servicios que se ofrecían se instaló en las tres primeras plantas dedicadas a oficinas y, solo una semana más tarde, los primeros huéspedes del hotel que ocupaba las diez siguientes ya empezaron a aparecer. La catorceava planta la habían reservado para los despachos de los máximos jefes, que incluían a Megan y su prometido, Albert.

Tres semanas más tarde, Martin empezaba a estar tranquilo, puesto que durante aquel tiempo se habían visto un par de veces, pero siempre a suficiente distancia y, sobre todo en el caso de ella, rodeada de gente. Tal vez por eso, ese miércoles se había recostado en la cama tan solo llegar al apartamento y había cerrado los ojos, esperando dormirse y olvidar así tanto el calor que hacía como todas sus circunstancias. Al oír los golpes quedos en la puerta de madera le costó darse cuenta de que era a su apartamento donde estaban llamando.

Se levantó y se puso con rapidez el pantalón y la camiseta. Podía ser el agente que tenía asignado para la comprobación del respeto a las normas que le habían sido impuestas; pero aquel energúmeno nunca era tan educado y más bien aporreaba la puerta hasta que se le abría. Lo que en ningún momento se esperó fue la imagen de Megan en el umbral.

Iba vestida con un sencillo vestido negro, que caía vaporoso sobre su cuerpo sin ceñirse a él, pero insinuaba toda su figura. Calzaba unos zapatos planos deportivos de color blanco y tenía el pelo semi recogido, aunque algunos rizos le rodeaban la cara. Era la Megan de hacía años.

—¿Qué narices haces aquí? —Su voz surgió casi como con un rugido.

—Quería hablar contigo, ya te dije que...

—Y yo te dije que no.

—Se está convirtiendo en una costumbre que me interrumpas.

Lo había dicho sonriéndole, con una mirada pícara, pero al tiempo franca y retadora. Martin notó cómo todo su cuerpo reaccionaba.

—¿No me vas a dejar pasar?

—No —respondió él.

Pero ella se había introducido sin esperar que él le dijese nada más y estaba paseando su vista por cada rincón de aquellos treinta metros cuadrados.

—Megan —dijo entonces él—, haber venido hasta aquí es una estupidez. Estos son todos pisos tutelados por la Administración para acoger presos en tercer grado, sujetos con la condicional o cosas peores. No es el mejor sitio para pasearte. Salvo que quieras ser atracada o asesinada.

Ella se rio con una risa abierta y espontánea.

—No, no tengo intención.

—¿Cómo has venido hasta aquí?

—Con mi coche—respondió ella.

—Pues baja antes de que se hayan llevado las cuatro ruedas o los retrovisores, y no puedas volver.

—Martin, tenemos mucho de qué hablar.

—Yo no lo creo. —Y volviendo a abrir la puerta le indicó que saliera.

—Martin... éramos amigos. ¿No podemos, de verdad, tener una conversación mínima?

Él sintió una punzada al haber oído la palabra amigos. Habían sido mucho más que amigos, maldita sea. La había tenido entre sus brazos. La había besado. La había acariciado en lugares donde nadie más la había acariciado. Pero pensar en eso le hizo recordar que, casi con toda probabilidad, ese cuerpo había sido tocado por otras manos durante todo aquel tiempo y el sentimiento amargo de unos celos absurdos y ridículos, los mismos que había sentido durante su reclusión, le atenazó la garganta.

—Tú lo has dicho. —Las primeras palabras le surgieron casi como un gruñido—. Éramos. Lo fuimos durante un año. Trescientos sesenta y cinco días. Después, han pasado doce años. Son más de cuatro mil días, Megan. Lo que fuéramos ha quedado más que enterrado. Somos personas distintas. Ni nos conocemos, ni podemos ser amigos.

Megan lo miró con fijación. Parecía dudar. Sin embargo, entornó los ojos y levantó un poco la barbilla antes de responder.

—Yo creo que sí. En todo caso, se trata de intentarlo. Nada más.

Se cogió al picaporte de la puerta hasta que los nudillos se pusieron blancos. Él no quería ser su amigo. Él la hubiese rodeado con sus brazos y se la hubiera comido. Notó su miembro duro. Por fortuna, el pantalón era suficientemente holgado para que no se notara nada.

—Vete.

La contención de sus propios deseos era tan dolorosa que sabía que la voz le había surgido silbante, lo que podía interpretarse como agresiva. Aunque en un principio había dirigido la vista hacia el exterior para reforzar el mensaje, volvió a mirarla y comprobó que estaba en lo cierto. Megan estaba pálida y parecía temerosa. Mantuvo como pudo una expresión fría y del todo exenta de ningún tipo de sentimientos hasta que ella empezó a moverse muy poco a poco hacia la puerta. Le dolía en el alma generarle miedo.

Al pasar a su lado, se detuvo un instante. Su olor era fresco y dulce. Martin pensó que aquello era una tortura. Segundos después continuó caminando y la siguió con la mirada hasta que desapareció por las escaleras. Cerró la puerta y también cerró sus ojos soltando el aire que, en aquel momento reparó, había estado conteniendo.

De pronto, un miedo lo asaltó. Se dirigió a la ventana desde donde se veía la pequeña calle por la que se accedía a los apartamentos y, en efecto, lo que sospechaba estaba ocurriendo. Alrededor de un flamante Audi4 nuevo de color plata había tres tipos evaluando cómo abrirlo y llevárselo. Sin duda, era el coche de Megan y ella iba directa a encontrarse con aquellos tipos.

Bajó las escaleras de tres en tres y a punto estuvo de caer en dos ocasiones. Al salir a la calle vio cómo los tres tipos la tenían ahora a ella rodeada. Megan estaba muy quieta y tensa.

—¡Eh! —gritó desde la puerta que estaba a unos cinco metros.

Los tres tipos se giraron al mismo tiempo que Megan para mirarlo. Empezó a caminar hacia ellos con paso firme y decidido. Los puños cerrados. Los labios casi imposibles de ver de tan fuerte como apretaba su boca. El ceño fruncido.

En aquel barrio su aspecto de expresidiario no atemorizaba a nadie puesto que todos lo eran; pero se había enfrentado a suficientes peleas dentro de la cárcel para saber que nadie, ni el más valiente de los hombres, quiere pelearse si puede evitarlo y que los primeros minutos de evaluación mutua podían determinar quién iba a ganar en caso de trifulca. Y ese casi siempre era el que menos miedo parecía demostrar. Adoptar esa actitud de loca determinación ante tres hombres era suficiente para hacer dudar a cualquiera sobre su estabilidad emocional. Nadie en su sano juicio buscaría pelea con tres personas a la vez.

—Está conmigo —dijo al llegar a la altura del grupo y tendiendo la mano hacia Megan—. Las llaves.

Megan se las dio y Martin aprovechó para tomarle la mano y dirigirla hacia el asiento del copiloto pasando a través de los tres tipos como si nada. El

momento de desconcierto fue bien aprovechado para sentarla a ella en el interior y dirigirse hacia el asiento del piloto. En el último momento, volvió a mirar hacia los tres hombres, que se habían quedado quietos y parecían esperar que alguno de ellos se decidiera.

Sin darles tiempo a reaccionar, subió al coche y arrancándolo hizo chirrían las ruedas para alejarse de allí lo más rápido posible. Hacía doce años que no conducía ningún coche y, sin embargo, se sintió inmediatamente cómodo al volante y maniobró con los pedales como si lo hubiera estado haciendo sin parar durante todo aquel tiempo.

Sabía que tomar la carretera John Fitzgerald era la forma más fácil de salir de aquel barrio, donde detenerse en un semáforo podía convertirse en un atraco, y hacia allí se dirigió, aunque cuando vio el botón que indicaba el cierre automático de todas las puertas lo accionó.

Megan estaba muy callada y no se la oía ni respirar. Martin pisó el acelerador cuando vio que el tráfico se lo permitía y comprobó la hora en el reloj. Faltaban diez minutos para las ocho. Con un poco de suerte, llegaría a la salida de la Summer Street donde había una parada de metro en un par de minutos, lo que le permitiría, si no había ningún problema, tomar un tren de vuelta y llegar antes de que la alarma se activase. El gesto de preocupación de él no pasó desapercibido para Megan.

—¿Te dará tiempo? —le preguntó.

Martin tardó un poco en contestar. Darse cuenta de que ella había entendido el problema en el que estaba metido le hacía sentir una vergüenza especial. Tenía treinta y tres años y tenía que llegar a casa a la ocho de la tarde.

—Creo que sí —masculló.

La esquina de la parada de metro estaba libre de coches y Martin aparcó el vehículo. Puso el freno de mano y antes de salir quiso mirarla otra vez. Estaba a menos de cuarenta centímetros de su cara. De ese rostro que parecía tan suave. Detuvo la mirada en los labios y se quedó por un momento atrapado.

—Lo siento —dijo ella—. Por favor, dame solo una oportunidad. Mañana a

las siete en la cafetería de la estación.

Martin separó la vista de su boca y se dio cuenta que estaba señalando el edificio acristalado desde donde se veían las mesas típicas de un bar. El corazón le latía con fuerza. Volvió a mirarla y, al fin, no pudo resistirse.

—A las siete y cuarto. No puedo llegar antes.

Ella sonrió con una clara sensación de alivio. Entonces, Martin bajó del coche y echó a correr hacia el metro. No sabía si se arrepentiría de haber tomado esa decisión, pero ya estaba hecho.

Capítulo 11

La cafetería que había escogido con precipitación estaba sucia y no tenía una sola pieza de mobiliario que no estuviera rota o desconchada. A aquella hora los únicos clientes estaban sentados en la barra del bar con alguna bebida alcohólica entre las manos. Cuando había entrado, la habían mirado de arriba abajo y alguno que otro todavía había retenido la mirada un rato largo después de que ella se sentase y pidiese una infusión.

Se arrepintió de haber llegado tan pronto, puesto que Martin ya le había advertido que hasta las siete y cuarto no iba a poder llegar, pero pensó que, tal vez, la casualidad hiciese que aquel día pudiera salir antes y, si eso ocurría, no quería dejar de estar con él ni un minuto.

Se había sentado en la única mesa que estaba al lado de la ventana que daba a la calle. Desde allí controlaba todo el tráfico y veía llegar el autobús que imaginaba que él tomaría.

El corazón le latía con golpes fuertes y secos de tal manera que le costaba respirar, pero inició los ejercicios que le habían recomendado tiempo atrás y consiguió calmarse un poco. Había imaginado aquel momento unas veinte veces y eso le había supuesto pasarse casi toda la noche en vela, sin que hubiera podido conciliar el sueño más que un par de horas. Por eso, y pese a no maquillarse nunca, había ido a una tienda a comprarse maquillaje, pero no tenía muy claro que fuese suficiente para esconder lo evidente.

Durante todo el día había evitado aparecer por el exterior y se había

mantenido encerrada en su despacho contestando correos electrónicos. Solo había salido por la tarde casi de hurtadillas y, después de haber comprado el maquillaje, había estado dando vueltas por las calles de Boston hasta que se hizo la hora. Así que estaba cansada. Pero sabía que eso no sería suficiente para que el sueño la venciese. El estado nervioso que tenía le iba a impedir relajarse en bastante tiempo.

Eran ya las siete y diez minutos cuando un autobús de línea se detuvo justo en frente del bar. Contuvo la respiración un momento mientras veía cómo el vehículo volvía a reiniciar la marcha y, justo al pasar, vio a Martin, que miraba hacia uno de los lados para poder cruzar la calle.

Megan pensó que su aspecto delataba un origen oscuro. Era como si de cada poro de su piel, de su forma de andar, de la ropa que llevaba... de todos y cada uno de los elementos que lo rodeaban surgiese un mensaje de «Soy peligroso. No te acerques a mí». Recordó al Martin de hacía doce años. También tenía cierto aspecto canallesco, pero, sin lugar a dudas, la cárcel le había acrecentado ese halo. ¿Cómo debía ser esa experiencia para marcar de tal manera a un hombre? ¿Qué habría pasado por su mente? ¿Cómo habrían sido sus noches y sus días?

Un escalofrío le recorrió el cuerpo, pero no era de miedo, sino de emoción. Volvía a tenerlo allí, junto a ella, y no sabía a dónde llegaría ni en lo que acabaría aquello, pero al menos podía verlo.

Antes de entrar en el bar, Martin miró hacia la ventana que hacía de escaparate y se cruzaron las miradas. La de él se transformó en algo extraño que ella no supo definir, pero que la turbó aún más.

Entró y antes de dirigirse a la mesa de ella se acercó a la barra y pidió una cerveza. Entonces, fue hasta su rincón y se sentó justo enfrente manteniendo las manos metidas en los bolsillos y la mirada en el exterior.

Cuando el camarero le sirvió la copa de cerveza, sacó las manos de los bolsillos para ponerlas sobre el vidrio, se enderezó en el asiento y levantó con lentitud la cabeza hasta mirarla a los ojos de nuevo.

—¿Y bien? —le dijo.

Megan inspiró en profundidad. De momento, todo iba de acuerdo a lo previsto. Esa era la reacción que esperaba o imaginaba. Él iba a estar a la defensiva, intentando cumplir con aquella cita como si se tratase de un mero trámite demostrándole que ya no había nada que pudiera recomponerse.

—¿Sabes que colaboro en una asociación de ayuda a familias desestructuradas? —le contestó a bocajarro con un tono jovial y alegre.

Él la miró primero con cierta sorpresa y después ladeó la cabeza como si así pudiera entender mejor por qué ella estaba iniciando esa conversación. Megan le había dado muchas vueltas. Él tenía razón. Habían pasado demasiados años. Nada aseguraba que pudieran volver a reiniciar ni siquiera una conversación normal de amigos. Pero, si existía alguna posibilidad de que así fuese, solo podía lograrlo si hacía desaparecer de un plumazo los doce años que habían pasado.

Por eso no iba a preguntarle qué había ocurrido en la cárcel, ni cómo se había sentido, ni si había leído todas sus cartas. No iba a hablarle de cómo se había sentido ella en Standford, ni lo mucho que le había costado poder mantener una relación normal con cualquier persona. Si había alguna opción entre ellos, tenía que ser basada en el presente. En el aquí y en el ahora. Donde no hubiera pretérito.

—Es una asociación que iniciaron Esther Zimmerman y Lucas Volright. Te los presentaré. Cada uno de ellos había pasado por experiencias traumáticas en sus familias y quisieron aprovechar eso para ayudar a otros. Así que se dedican a conseguir ayuda económica para los que se han quedado sin trabajo, casas escondidas para las víctimas de violencia doméstica, trabajos en prácticas para la reinserción... en fin, una cosa y otra.

»Yo me dedico a ayudar en la parte legal. Los lunes y los miércoles presto un servicio de orientación jurídica gratuito y los jueves por la mañana hago trámites diversos.

»Me gustaría que vinieras a echar un mano.

—¿Cómo?

—Sí. Se necesita gente. Ayuda de todo tipo. Estoy convencida de que tú podrías encajar.

—¿Encajar? —volvió a preguntar él—. ¿En qué?

—Son muchas las cosas que se necesitan. Pero habíamos pensado que... hay un grupo de chavales de doce a catorce años que se pasa más tiempo en la calle que en cualquier otro sitio y, si recibiesen algunas clases de informática, tal vez podríamos aficionarlos.

Martin entornó los ojos. «Clases de informática». Ella se había estado informando. Ya sabía que él se había graduado en Ingeniería Informática desde la cárcel. Esa era Megan. En eso no había cambiado. Se preguntó si, al igual que le había pasado con ese cuerpo impresionante, el cambio había sido para conseguir una mayor rotundidad.

—No voy a dar clases a nadie.

—El lugar no sería una clase al uso. He estado mirándolo y creo que, aprovechando el verano, podría hacerse en el porche del edificio. Tiene todo un lado totalmente abierto que...

—No —volvió a responder Martin con precipitación.

Las palabras de Megan le habían dado a entender que también conocía la conversación que tuvo con el gerente de la Tyler, cuando le ofreció cambiar sus servicios de limpieza por los del departamento de informática y se negó. Era incapaz de trabajar en un sitio cerrado.

—También hay otras tareas —siempre necesarias, pero más esporádicas—, que no requieren de un compromiso continuado. Por ejemplo, acompañar a un chaval al médico, ayudar en el traslado de una víctima, hacer trabajos de jardinería para los ancianos...

—No tengo tiempo.

—Cuando se hacen trabajos para la comunidad hay dos opciones: o bien realizarías menos horas en la Tyler, computándose las horas a todos los efectos; o bien pueden reducir el horario de arresto domiciliario para darte

más margen. Es decir, no tendrías que llegar a las ocho.

Martin se removió inquieto en la silla. Megan supo que estaba empezando a resquebrajar el muro que había intentado crear alrededor de él. Decidió que era el momento de volver a sorprenderlo. Así que alzando la mano llamó al camarero y, sin darle tiempo a él a reaccionar, se levantó de la silla y sacó del monedero un billete de diez dólares.

Martin solo pudo seguirla sin pensar siquiera en qué estaba haciendo o por qué lo hacía. Pero en seguida ella lo cogió de una mano y empezó a caminar por la Summer Street hacia el puente.

Andaba con paso ligero, como si tuviera muy claro a dónde iban o estuvieran llegando tarde. Sabía que Martin todavía tardaría unos minutos en reaccionar y, mientras tanto, notaba el calor de su mano y tuvo que hacer grandes esfuerzos para no acariciarle el dorso con su pulgar.

Al llegar a Dorchester Ave giró a la izquierda y todavía le dio tiempo a arribar a Congress Street antes de que él se detuviera en seco.

—¿Dónde vamos Megan?

—Aquí mismo —dijo ella ambigua tirando de su mano. Pero Martin no se movió.

—¿Dónde es aquí mismo?

Megan sabía que, en parte, esa pregunta delataba el temor de alejarse demasiado y no poder llegar a tiempo para la hora en la que la tobillera se activaba.

—Solo quiero respirar la brisa del mar. Acompáñame hasta el Boston Tea Party.

Martin empezó a andar, aunque no demasiado convencido. Ella volvió a cogerlo de la mano, pese a que, esa vez, el ritmo de sus pasos era más lento y, si bien hasta entonces solo parecía que lo había tomado para indicarle un camino, ahora podrían, incluso, pasar por una pareja de enamorados que paseaba con tranquilidad por la calle.

—Me encanta este sitio —dijo Megan al llegar a la entrada de la atracción

—. De pequeña me trajeron aquí como una docena de veces y vi esta representación otras tantas. Mi *nanny* decía que me había enamorado del chico que hacía de líder de la colonia, pero, en realidad, yo me sentía la protagonista de la historia y cuando tiraba los fardos de té por la borda lo hacía creyéndome la verdadera heroína.

Siguieron caminando hasta llegar al muelle de madera donde se encontraba el Museo de los Niños. Miró la hora. Faltaban veinte minutos. No podían sentarse en aquellos bancos a respirar el aire puro. Él seguía dejándose llevar. Ni siquiera se soltaba de la mano y lo notaba cogiendo la suya y solo ese leve roce la hacía sentirse absolutamente viva.

—¿Me darían una ayuda, señores?

La anciana que se lo había dicho estaba sentada en el suelo. Se la veía desaliñada, pero de inmediato Megan pensó que tenía una mirada afable. Fue a buscar en su monedero, aunque Martin la retuvo sacando unas monedas y las soltó en el vaso de plástico que le tendía la anciana.

En el último momento, antes de retirarse del todo, la anciana lo asió y con rapidez le miró la palma.

—Te puedo leer el futuro —le ofreció.

—No, gracias —dijo Martin—, le aseguro que ya sé cuál es. Al menos, el de los próximos dieciocho años.

La anciana no lo soltó, pero dirigió la mirada por su brazo y después se fijó en las manos que los unían a ellos dos. Entonces miró a Megan a los ojos.

—Niña —le dijo—, este hombre tiene el alma rota. Te va a costar recomponerlo.

Martin reaccionó con rapidez. Se soltó de la mujer y empezó a caminar con más furia que prisa, de nuevo hacia Congress Street.

Megan lo seguía con ciertas dificultades, sin embargo, estaba feliz al ver que él no se desasía.

Llegaron a la boca del metro. La misma donde se habían despedido el día anterior. Aquel era un momento crucial.

—Mañana te esperaré a las siete en la salida de la Tyler, en la esquina de la segunda con la N, justo detrás de las pistas deportivas. Estaré en mi coche. Te llevaré a la asociación.

—Megan, yo...

—Solo quiero que los conozcas y que te conozcan. Nada más.

Entonces lo soltó y con rapidez se escabulló entre la gente hasta llegar a la parada de taxi. Creyó oír la voz de él, que la llamaba, pero no se giró ni un solo momento para evitar que él desconvocase la cita.

Aquella noche soñó con la anciana y también con Martin, que la miraba desde el cristal del locutorio del centro penitenciario y le hablaba sin que ella pudiera oírlo.

Durante el día, volvió a hacer lo mismo que el anterior. Intentó no dejarse ver por el exterior de la Tyler a excepción del rato, a primera hora de la mañana, en el que salía a correr por la bahía y los caminitos de la Castle Island.

A la hora de comer hizo que le subieran algo del restaurante y se quedó en su despacho. Albert la llamó por teléfono e intentó insistir para que almorzasen juntos.

—No, Albert —respondió ella—. De verdad que no puedo. Se me ha acumulado aquí mucho trabajo y...

—Hace una semana que no hacemos el amor —le respondió él a bocajarro—, y seguro que me vas a decir que hoy es miércoles y que te toca ir a la asociación. ¿Qué ha pasado con la chica fogosa con la que yo me comprometí?

—Pues sí. Los miércoles voy a la asociación. Y también te comprometiste con alguien responsable que...

—Ven esta noche a casa —le rogó—. Cuando acabes con tu labor solidaria. Tómatelo como un acto de solidaridad más. Me tienes hambriento.

Megan dudó, pero sabía que no podía evitarlo. Albert seguía allí. Albert era su prometido. La boda estaba prevista para aquella primavera.

—De acuerdo. Pero tal vez se haga tarde.

—Te esperaré.

Cuando dieron las dieciocho y treinta miró por la ventana y vio cómo estaban ya formando a todos los trabajadores de mantenimiento y limpieza en el patio interior para comprobar si las tareas asignadas durante el día habían podido hacerse. Cuando volvieron a despejar el patio y se dirigieron hacia las duchas, bajó y salió del complejo con cierta precipitación y sin poder evitar que las ruedas del vehículo chirriasen como efecto de la velocidad y el calor.

Detuvo el coche en la zona indicada, pero lo dejó con el motor en marcha para que el aire acondicionado siguiese funcionando. Faltaban cinco minutos para las siete. Miró el móvil. Luego recordó que él no tenía su número, aunque ella sí había podido conseguirlo. Siempre había sido buena averiguando cosas imposibles, pero, en aquel caso, había sido muy fácil. Figuraba en la ficha de empleado especial que se le había abierto en la Tyler.

Buscó las noticias para distraerse y después recurrió a juegos de habilidad. Le entró un mensaje de Albert: «Cuento los minutos». Cerró el móvil y los ojos. No quería pensar.

En ese momento la puerta del copiloto se abrió y Megan casi se sobresaltó. Martin asomó la cabeza sin llegar a entrar.

—Megan, no voy a ir.

—Sube —respondió ella.

—Megan...

—Por favor, solo hoy.

Él dudó. Al fin, se subió al asiento y se puso el cinturón de seguridad.

—Está aquí cerca. En la calle Atenas.

—¿En el South Boston? No es una buena zona.

—Lo cierto es que quise montar una en el Back Bay —respondió con ironía—, pero da la casualidad, Martin, de que allí las familias desestructuradas solo generan niños malcriados y tienen sus propios remedios con carísimos internados.

Megan supo que él había sonreído y se relajó. En pocos minutos estaba

introduciendo el coche en el aparcamiento cubierto que la asociación había habilitado casi especialmente para ella porque en la zona no era recomendable aparcar ningún vehículo.

Se apearon del coche y se dirigieron hacia las oficinas. Al entrar había un gran revuelo, provocado por una mujer que lloraba de manera desconsolada mientras tres chiquillos asustados se pegaban a sus faldas y un hombre vociferaba amenazas.

Lucas había salido del mostrador y mantenía las piernas separadas y los brazos en cruz, poniendo cara de pocos amigos, pero era Esther la que estaba dirigiendo el asunto con su habitual capacidad.

—De acuerdo, señor —dijo Esther en un momento en el que el hombre parecía que había dejado de gritar—. Entendemos su problema y queremos ayudarlo, pero le aseguro una cosa. —El tono se volvió más frío—. Si sigue atemorizando a esta mujer y a estos niños con sus gritos, vamos a activar el protocolo de malos tratos y eso, amigo mío, no le conviene. Así que haga el favor de calmarse.

—¿Malos tratos? ¿De qué cojones me habla? Le voy a partir...

Lucas avanzó un paso con cara de pocos amigos y el hombre, advirtiéndolo, cerró la boca, aunque todo su cuerpo reflejaba la ira que estaba conteniendo.

—Vamos a hacer una cosa, señor Fiht. Vamos a buscarles un sitio donde dormir esta noche y mañana interpondremos una demanda.

Era Esther quien volvía a hablar. Ya lo tenían todo controlado, como casi siempre. Así que Megan se dirigió al interior del mostrador hacia la sala que hacía las veces de *office* y sala de reuniones, y Martin la siguió. Megan se sentó en una de las sillas y unos segundos después lo hizo también él.

—Mira —dijo ella tendiéndole una revista—. Esto lo editamos cada dos meses. Hemos creado un centro de reprografía y, además de ganar algo de dinero, editamos nuestras propias producciones y damos trabajo a los chavales que entre los dieciséis y los dieciocho están sin oficio ni beneficio. Están un máximo de seis meses, para poder rotar lo suficiente y atender al

máximo número de personas. El trabajo les permite entender la disciplina de un horario y unas instrucciones, y también pueden ponerlo en su currículum.

Martin hojeó la revista. Se detuvo en una de las fotografías. Se veía a Megan enfundada en un saco de patatas y en medio de lo que parecía una carrera de sacos. Estaba riendo a carcajadas.

—¡Buff! ¡Qué vergüenza! No recordaba que salía una imagen mía en este número. Y con esa pinta.

—Pareces más joven —dijo él por toda respuesta.

En ese momento entró en la habitación Mark Perlman. Megan lo conocía desde hacía tres años, cuando empezó a trabajar en el bufete de su padre. Se había especializado en el área de derecho penal, recién creada, y pronto se reveló como un abogado de enorme potencial. Captaba los problemas en toda su dimensión, su mente era eminentemente estratégica y había memorizado más de mil soluciones procesales para evitar el juicio o, al menos, una sentencia condenatoria. Su padre con rapidez se encandiló con el joven y lo invitó varias veces a cenar a su casa con el secreto objetivo de emparejarlo con Megan; pero, cuando esta trajo a su casa al brillante y primogénito hijo del imperio Holston, Mark quedó relegado a las relaciones profesionales.

Sin embargo, de aquellos breves y fortuitos encuentros, Megan descubrió un Mark Perlman muy diferente. Era un joven muy solidario y con un alto sentido de la función social del abogado. Trabajaba en la gran firma de los Morton por fidelidad y devoción a su padre, quien, no proviniendo de una familia acaudalada, se había esforzado trabajando turnos dobles para poder pagarle una buena formación a su único hijo. Sin embargo, dedicaba sus ratos libres al pro bono en un despacho de abogados de los suburbios.

—Te presento a Mark Perlman. Mark, este es Martin Grisham.

Ambos se dieron la mano, asintiendo levemente con la cabeza. Martin se dio cuenta de que Perlman bajó la vista hacia su tobillera. Había ido directo a ese punto, por lo que imaginó que ella le había hablado de él con anterioridad.

—Mark colabora con nosotros desde hace más de dos años llevando de

manera gratuita la defensa de algunos de nuestros «clientes» por robos, tráfico de estupefacientes o cualquier delito semejante, pero se gana el pan defendiendo a los clientes de la Morton por estafas, quiebras fraudulentas o, en alguna que otra ocasión, las alcoholemias de sus hijos. No tengo muy claro dónde es mejor abogado; aunque en lo que sí es un hacha es en evitar que mi padre o sus socios lo descubran en su doble vida. Lleva todo este tiempo acudiendo a los juicios dentro del horario laboral.

—Tienes que reconocer que más de una vez has evitado tú el desastre —dijo entonces Mark Perlman.

—La vez que nos lo pasamos mejor fue cuando hicimos pasar al chico de los López por el hijo del califa Mustafá.

Los dos se echaron a reír recordando aquella vivencia común. No habían pretendido excluirlo, pero Martin se sintió así, además de advertir, con claridad, que aquel sujeto estaba perdido y locamente enamorado de Megan.

—¿Ya estáis otra vez? —Era Lucas Volright quien había entrado en la sala seguido de Esther Zimmerman—. Estos dos están todo el día bromeando —dijo entonces dirigiéndose a Martin al tiempo que le tendía una mano—. Soy Lucas y esta es mi compañera, Esther.

—Encantado —dijo Martin.

—No tenemos mucho tiempo, ¿verdad? —intervino Esther Zimmerman—. Lamento haberlo hecho esperar, señor Grisham. Sabíamos que venía, pero nuestros usuarios son imprevisibles.

—No se preocupe —respondió Martin—. Además, tampoco tengo claro a qué he venido.

—Típico de Megan —dijo Lucas—. Nos mantiene a todos en vilo para que no nos movamos de su lado.

—Vayamos al grano, pues —volvió a interrumpir Esther—. Megan nos ha comentado que ha estado varios años en prisión. Es además joven y bien parecido. Da usted una imagen, si me permite la expresión, del típico tipo con ganas de comerse el mundo, capaz de liderar un regimiento y hacerles ganar

una guerra. Alguien que no se deja intimidar y podría iniciar una trifulca en cualquier momento. Es la persona ideal.

—Le dije a Megan que no tengo ningún interés en colaborar con ustedes.

—Y ella nos lo dijo, pero yo lo quiero con nosotros, señor Grisham, para que atienda a nuestros chicos más vulnerables. Tenemos un colectivo un tanto especial y han mitificado la cárcel como si fuera el paraíso de los valientes. Compiten a ver quién la hace más gorda y es condenado a la pena mayor.

—Entonces, no tendrá usted problemas para encontrar candidatos que expliquen sus vivencias.

—Pues sí, tengo problemas. Porque lo que explican es una sarta de mentiras. Les hacen creer que en prisión se reencontrarán con los amigos, que allí aprenderán a ser más valientes, más fuertes y más temidos. Que cada año en prisión es una muesca de la que pueden presumir. Hay un código no escrito por el que ninguno va a reconocer la verdad porque eso sería reconocer su vulnerabilidad, su miedo y su impotencia.

—¿Y cree usted que alguien venido de fuera, sin amigos ni vinculación, va a ser más creíble?

—No el primer día. Pero usted no tendrá miedo a enfrentarse a esas mentiras y, al final, la verdad los derrumbará. Solo tiene que mostrarla.

—No me conoce. No sabe cómo voy a hacerlo.

—Megan lo conoce.

Martin la miró. Tenía los ojos brillantes y la boca entreabierta. Se la veía expectante y optimista. Por un momento pensó en no querer fallarle.

—Señora Zimerman, dudo mucho que su plan funcione. Aunque acceda, aunque llegue a conseguir que me escuchen, va a ser muy fácil descalificarme. En prisión también existen categorías, ¿sabe usted?

—Sé a lo que se refiere, pero su delito no tiene por qué conocerse —replicó Esther.

Martin casi agradeció que le hablase con tanta naturalidad y que no hubiera pretendido agradarlo con adjetivos como «supuesto», «falso» o «teórico».

—Se equivoca. Es lo primero que se sabe. Es la información que con más rapidez circula dentro y fuera.

—Pues lo diremos nosotros desde el inicio. Eso lo hará más detestable, pero no menos sincero.

—Está el otro tema... —intervino entonces Mark Perlman.

—Cierto —dijo entonces Esther Zimmerman—. Las horas que dedique pueden ser...

—Lo sé. Me lo han explicado. Pero yo no quiero dejar de trabajar en la Tyler.

Esther lo miró con sus ojos grises y su rostro amable. La firmeza con la que afirmaba no querer dejar la Tyler era clara y explícita, tanto como su horror ante la idea de pasar horas en un sitio donde la cercanía con Megan sería mayor y más continuada.

—Señor Grisham, venga este sábado a las diez de la mañana y, después de haber pasado conmigo dos horas, sea cual sea su decisión, prometo no seguir insistiendo.

Capítulo 12

Llevaba ya un mes colaborando con la asociación. Esther Zimmerman no se había equivocado. Cuando Martin se encontró rodeado de aquellos críos con tantas ansias de comerse el mundo como imprudencia en actuar, se vio a sí mismo y parecía estar siempre ante espejos que lo retrotraían doce años atrás. Por más que quiso evitarlo, apareció una imperiosa necesidad de poner su grano de arena para evitar las consecuencias desastrosas de una vida al límite del riesgo. No sabía si lo hacía más por los chavales que por sus madres. Esas mujeres con los ojos siempre muy abiertos, con un gesto entre el susto y la alerta, se parecían todas y cada una de ellas a su madre. Sufrían. Sufrían hasta extremos insospechados porque veían a sus hijos bordear, cada vez más cerca, la frontera que podría cambiar sus vidas y se veían incapaces de hacer nada. Sus advertencias, sus suspiros, sus ruegos... todo caía en saco roto.

Sin embargo, a él sí le escuchaban. Desde el principio su presencia los intimidó. No sabía por qué, pero casi no hubo necesidad de explicarles nada. Sin dilación se supo que era un condenado y que seguía siendo, a todos los efectos, un preso. Fue él mismo quien con rotundidad explicó que su delito era el de violación y abusos sexuales. Les dijo con claridad que no iba a decirles si se creía a sí mismo inocente o culpable porque eso no tenía ninguna importancia. Pero sí podía hablarles de lo que era conocedor: de la humillación que suponía que controlaran todos y cada uno de tus actos, de tus minutos y de tus días; de la cautela con la que debías irte a dormir o a duchar;

de lo que significaba saber que el patio medía exactamente noventa y ocho pasos de largo por ciento dos de ancho...

Esther Zimerman había conseguido que él fuera todos los días. La jornada en la Tyler se había reducido de forma considerable y a las cinco de la tarde ya estaba de manera habitual en la puerta y tardaba tan solo unos minutos en llegar a la calle Atenas, donde se quedaba casi siempre hasta las ocho, cuando la asociación cerraba sus puertas. A partir de ese momento, Esther Zimerman o Lucas Volright debían llamar a un número de teléfono que de manera automática programaba la tobillera para dispararse en sesenta minutos si antes no había llegado a su casa. También había un dispositivo extra de seguridad. En todas las comisarías de policía se accionaría una orden de búsqueda y captura si esa llamada no se producía antes de las diez de la noche.

Cada día, cuando llegaba a las instalaciones, siempre estaban algunos de los chicos empezando a hacer sus pruebas e intentos en alguno de los ordenadores que la asociación había conseguido para ellos. Ya fuera programación o montaje y desmontaje de la maquinaria, todo lo relacionado con la informática causaba mucha más atracción que otras actividades que Zimerman o Volright habían preparado para ellos, tanto las clases prácticas de automoción como las de jardinería. Pero, pese a respetar los gustos y aficiones de los chicos, intentaban que pudieran tener unos mínimos conocimientos de otras habilidades para procurar darles el máximo de oportunidades. Para cada una de ellas, colaboraban otros expresos o condenados sometidos al tercer grado. Todos cortados por un mismo patrón, con la misma expresión endurecida, con la desconfianza en la mirada, pero también con cierta y extraña satisfacción al finalizar cada día su colaboración en la asociación.

También estaba prevista una serie de actividades deportivas. Las instalaciones eran suficientemente grandes como para acoger esas actividades en diversos espacios diáfanos, más las áreas exteriores. No en vano era una antigua fábrica de pieles que había vivido tiempos de esplendor. El patio interior permitía albergar una pista que servía tanto para la práctica del

baloncesto como del fútbol de salón y, a diario, se dedicaban los últimos minutos del día a esos juegos. Martin también participaba. Hacer deporte le permitía distraerse, dejar de pensar y sí, también disfrutar.

Parecía que iba a ser capaz de empezar, de verdad, una nueva vida. Hasta ese momento ni se lo había planteado. La posibilidad de haber obtenido el tercer grado, pese a ser, obviamente, mucho mejor que continuar en prisión noche y día, no había supuesto para él más esperanza que la de dejar pasar los días uno a uno, sin desesperación, puesto que dieciocho años eran demasiados como para permitirse imaginar nada distinto a esa cotidianidad.

Sin embargo, lo que estaba obteniendo de aquella colaboración era muy distinto. No se trataba solo de sentirse útil. Era también la compañía de personas como Esther y Lucas. La pareja parecía tener más fuerzas, a sus casi sesenta años, de los que él nunca podría tener. Su determinación, su resistencia y su bondad parecían crecer cada día que estaban en ese proyecto y eran también capaces de contagiar a cualquiera. Martin se sentía a gusto con ellos. Contaban con él respetando, sin embargo, su intimidad y sus necesidades. Nunca insistían en una pregunta no contestada y, sobre todo y por encima de todo, no lo trataban con prevenciones o con lástima.

A Megan solo la vio la primera semana. Coincidió con ella por los pasillos en un par de ocasiones y solo se saludaron. Después, se enteró en la Tyler que se había ido de vacaciones con su prometido a España. Aunque no le gustó sentirla, su primera reacción ante la noticia fue de decepción. No sabía si era por no poder verla, porque no había sido ella quien se lo había dicho o porque se había ido con otro. Barajó cualquiera de las razones y cuando se dio cuenta de que eso solo lo hacía sentir esa punzada con mayor insistencia, optó por renunciar a pensar más y arrinconó aquel sentimiento en el sitio más profundo que pudo de su cerebro; mientras, se dedicó con más ahínco tanto a su trabajo en la Tyler como a su colaboración en la asociación, que amplió al fin de semana.

Y allí estaba aquel soleado sábado de finales de agosto, con un calor

bochornoso y preparándose, como le había pedido Esther el día anterior, para ayudar a la familia Snacker en la reconstrucción de su casa, que había quedado del todo destrozada después de una explosión de gas en la que, por fortuna, no había habido víctimas de ningún tipo.

La vivienda estaba muy cerca de la asociación, pero se había citado con el resto del grupo en las instalaciones para dirigirse de forma conjunta hacia allí, ya que debían recoger algunas herramientas. Al llegar, vio que Esther y Lucas estaban en el centro del patio junto con Mark y John Cassius, el voluntario que, como él, estaba en tercer grado penitenciario. También llegaban, en ese momento, dos de los muchachos usuarios mayores.

—Bien —dijo entonces Esther Zimmerman—, veo que ya estamos todos. Me acaban de avisar que el camión del material ya está siendo descargado. Dejarán cinco *pallets* de material, que habrá que subir a un quinto sin ascensor. Espero que hayáis desayunado bien.

—Mujer —replicó entonces Lucas siguiendo la chanza—, digo yo que podremos parar un ratito a comer algún trozo de pan duro.

—Solo cuando llevemos, como mínimo, tres cuartas partes de la descarga.

—No se preocupe, Esther —dijo uno de los muchachos más jóvenes—, yo no tengo pasta para pagarme el gimnasio y esto siempre será un buen sustituto.

—Así me gusta —respondió la aludida—, que te lo tomes con deportividad.

—Vamos a llevarnos de aquí la carretilla, la pala, las tres mazas y la sierra —continuo Lucas—. También hay una serie de cubetas, unas llanas y un par de escaleras que nos van a ir bien. Si necesitamos algo más, tendremos que ir a comprarlo.

—¿Vais a organizar una fiesta sin mí?

La voz ligera y suave había sonado a su espalda, pero Martin no tuvo necesidad de girarse para reconocerla. Además, la expresión de Mark tampoco dejaba lugar a dudas, sin mencionar que se había lanzado literalmente hacia Megan.

Martin vio cómo Mark la cogía por la cintura y mientras la abrazaba le daba

toda una vuelta de trescientos sesenta grados. Sintió de nuevo aquella punzada corrosiva en su pecho. Ese hombre podía cogerla y abrazarla en público, sin ningún tipo de rubor y haciendo valer su amistad.

—¡Dios! ¡Cuánto te he echado en falta!

Megan llevaba un vestido de color verde que resaltaba su bronceado, corto y plisado, con cuello *halter*, tirantes finos cruzados en la espalda, un escote profundo delante y la cintura elástica entallada. El calzado, unas zapatillas blancas sin tacón que aniñaban su aspecto. El resto del grupo también se acercó a ella para saludarla. Un beso en la mejilla, a veces dos, y en algún caso algún abrazo. Incluso John Cassius se acercó y le puso una mano sobre su hombro mientras le daba un beso en la cara.

Él se quedó atrasado, vacilando sobre qué debía hacer y del todo consciente de que, hiciera lo que hiciera, se iba a sentir absurdo y ridículo. Mientras, ella reía y atendía todas las preguntas. Se la veía radiante y relajada. Los ojos le brillaban.

Sin embargo, segundos después pareció reparar en él y sin dejar de sonreír, aunque con evidente precaución, fue ella quien avanzó los tres pasos que los separaban y se puso de puntillas para darle un beso en la cara.

—Hola, Martin —le dijo mientras él sentía como si una descarga de ciento veinte voltios le hubiese atravesado todo el cuerpo desde el punto de contacto de sus labios—, veo que a ti también te han enganchado.

—Sí —dijo entonces Esther—, pero como no nos movamos rápido el camión se marchará y el riesgo de que nos roben el material se eleva a la enésima potencia.

—Cierto, mujercita mía —contestó entonces Lucas—. Megan, cariño, el próximo día tendrás tiempo de levantar nuestra envidia con tu viajecito a España, pero hoy tenemos trabajo.

—¡Epa! No os creáis ni por un momento que os voy a dejar solos. Si hay que ayudar, se ayuda. ¿Dónde hay que ir?

—Cielo, vamos a casa de los Snacher, pero, aunque vas como siempre

arrebatadora, no puedes acompañarnos con ese vestido.

—¡Pues me lo quito! Hay ropa de baloncesto dentro. Dadme un minuto.

Y antes de que pudiera nadie retenerla, ya había echado a correr al interior y tan solo cinco minutos después salió con unas ropas que, de manera evidente, superaban su talla en cuatro o cinco números. Los pantalones, supuestamente cortos, le llegaban casi a las rodillas y se los había tenido que atar a la cintura con una cuerda, y se iba cogiendo la camiseta por los tirantes para impedir que el escote mostrase más de lo debido.

—¡Maldita sea! —iba diciendo Megan—, ni la ropa más pequeña de estos niños es talla para una mujer normal.

—¡Por Dios, Megan! Pareces un payaso.

—Deja de reírte, Mark, y ayúdame a hacer un nudo en estos tirantes para que no se bajen.

Tanto Mark como Esther la ayudaron y, unos segundos más tarde, Megan dio unos pasos hacia el grupo como si estuviera haciendo un pase de modelos.

—No diréis que no estoy arrolladora —dijo riéndose.

—Impresionante, niña —contestó Lucas—, pero ahora vamos ya o, como dice Esther, no vamos a encontrar ni un ladrillo.

Echaron a andar y Martin se quedó algo rezagado sin poder evitar mirar a Megan. Aquellas ridículas ropas la convertían en alguien más vulnerable y pequeño, y eso le trajo recuerdos de la infantil criatura que había estado en sus brazos. Se la veía relajada, tranquila y risueña. Tanto como lo había sido hacia doce años y Martin no pudo evitar sentir como si su estómago tuviera un nudo que no le permitiese respirar bien.

Llegaron a la casa de los Snacker justo cuando el camión ya se iba. Todo el material estaba acumulado en la puerta y tenían que subirlo. Cada uno había cogido un paquete, pero lo organizaron de modo que siempre debía quedarse alguien en la calle mientras otros estaban por las escaleras.

Sin embargo, pronto se desveló que los ritmos de cada uno se desarrollaban a velocidades tan distintas que era difícil mantener un orden. Tanto Martin

como John Cassius fueron capaces de doblar a todos los demás. Además, Esther Zimmerman tuvo que renunciar cuando hubo subido tres veces el tramo de cinco pisos y todos acordaron que era ella la que debía quedarse vigilando el material. Lucas también se resintió del esfuerzo y convinieron en que se quedaba en la casa recibiendo el material y colocándolo en el sitio oportuno para cuando tuvieran que empezar el trabajo en el interior, de manera que cargaba, pero no tenía que subir y bajar las escaleras. Los dos muchachos iban casi todo el rato juntos hablando de sus cosas, al igual que Megan y Mark, que no paraban de hablar. Era sobre todo Megan quien estaba explicando infinidad de curiosidades y anécdotas de su viaje por España. Martin oía retazos de esa conversación cuando se la cruzaba por las escaleras o la rebasaba en las subidas.

—... hacen castillos humanos. Se ponen unos encima de otros subiéndose a los hombros y siempre haciendo que la base sea bastante más ancha. Por ejemplo, empiezan siendo ocho y luego seis y cuatro y, así hasta hacer seis o siete pisos humanos y al final una niña o un niño sube arriba de todo y levanta el brazo. Es emocionante porque ves a veces cómo brazos y piernas tiemblan del esfuerzo, pero todos resisten hasta el límite de sus posibilidades por impedir que caigan los otros y, si pasa, una muchedumbre en la base impide que caigan al suelo pese a que eso implica que reciben todo el golpe de la caída...

—... es la capital, pero muchos de sus barrios son como los pueblos de alrededor, con callejuelas estrechas y pavimento adoquinado. Es como trasladarse unos cuantos siglos atrás, aunque al girar una boca calle puedes encontrarte la avenida más transitada del mundo...

—... supongo que lloverá, como en todas partes, pero en el Sur el cielo tiene un azul tan brillante y pueden estar tantos días sin ver una sola nube que da hasta miedo...

—... son pueblos pequeños y pintados de blanco, tan resplandeciente que cuando el sol da de pleno te hace daño a la vista. La gente no sale a la calle

durante todas esas horas de sol. Se quedan en sus casas, con las persianas y las cortinas echadas para que no entre nada de luz ni de calor...

—...las ventanas de la habitación daban al mar y veíamos cada día amanecer. Bueno, la verdad es que yo veía amanecer porque Albert dormía a pierna suelta...

Apretó los puños en un acto involuntario. A él no debía importarle con quién dormía. Pero oír aquellas palabras, su risa jovial y su despreocupación lo estaba sublevando de manera absurda.

—¡Se acabó! —estaba diciendo en ese momento uno de los chicos—. ¡Últimos bultos! ¡En dos horas y media!

—Aquí arriba ya tengo preparado el almuerzo y toneladas de cerveza —se oyó la voz de Lucas.

Al llegar al quinto piso todavía subieron uno más, puesto que se había preparado toda la comida y bebida en la terraza superior. Habían cubierto incluso una parte con una gran lona blanca que daba una sombra espectacular y, aunque no había sillas, agradecieron poder sentarse en el suelo para descansar.

—¡Esther! ¡Eres nuestra diosa! —dijo Megan—. Eres capaz de hacer que un trabajo de esclavo por el que solo vamos a percibir esta comida nos parezca una maravilla. Estos bocadillos son gloria bendita.

—¿Y la recompensa moral? —contestó la aludida.

—¿Moral? ¿Me estás insultando? Yo solo he hecho esto como tratamiento anticelulítico efectivo cien por ciento.

—Ahora lo entiendo. —Fue Mark quien siguió la broma—. Y, mientras tanto, desde el grupo empresarial mantenéis en la inopia a las pobres matronas de pechos caídos que acuden a vuestro *spa* con la esperanza de emular a la dueña.

—Eso solo es una parte del secreto, mi querido Mark, la otra es contratar a jóvenes y guapos masajistas. Por eso vienen todas esas clientas.

—Yo creí que todos eran gais.

—¿Contrata gais, señorita Morton? —preguntó uno de los chicos con los ojos abiertos como platos.

—No me importan sus gustos sexuales, solo cómo tengan las manos. Y lo que le pasa a Mark es que envidia a esos atractivos hombres.

Mark se levantó fingiendo enfado y se dirigió hacia una de las zonas más soleadas de la terraza.

—Pero, ¿son gais o no son gais? —insistió el otro muchacho.

—Mira, ahora en serio —dijo Megan, cambiando la expresión y mirando de forma directa a quien le había preguntado—. Me importa un verdadero bledo qué sean y tampoco si son guapos, tienen tabletas en el tórax o saben cantar canciones. Yo contrato masajistas titulados y te aseguro, Charles, que no solo es un buen trabajo muy solicitado, sino que es una brillante carrera que acaba ayudando a mucha gente.

De pronto, todos notaron con sorpresa que empezaban a caer unas tremendas gotas de agua helada sobre ellos y, antes de que ninguno buscara la nube que paradójicamente podía estar mojándolos, vieron que Mark esgrimía una enorme manguera, que abría y cerraba segundos más tarde.

—No te atreverás —dijo Lucas.

—¿Habéis acabado de comer? —preguntó Mark.

—Ni se te ocurra...

La manguera se abrió y una impactante masa de agua helada les cayó encima, de manera que todos se levantaron de un salto y empezaron a correr hacia los lados intentando evitarlo. A Martin el manto de agua helada le pareció más un regalo después de todo el calor que habían pasado transportando el material, pero la impresión hizo que también se levantara, aunque no necesitó esconderse demasiado, puesto que el agua iba casi toda dirigida a Megan, que reía y gritaba por igual, de la misma manera que Esther Zimmerman, que se encontraba a su lado, y ambas intentaron protegerse. Los muchachos, pese a la primera sorpresa, optaron también por agradecer aquel baño intempestivo y refrescarse.

Mientras tanto, Lucas Volright se había situado en el mismo lado que Martin y John Cassius, y observaba la escena divertido. Sin embargo, en un momento de despiste, se acercó a Mark por detrás y consiguió quitarle la manguera para rociarlo desde la cabeza.

Esther y Megan aplaudían como dos niñas pequeñas y, al fin, se acercaron a Lucas para pedirle la manguera y participar también en aquella venganza. El único problema fue que no se esperaban la fuerza del agua y, con solo tomar el tubo de goma, se les escapó de las manos y durante unos minutos, hasta que Lucas atinó a cerrar la llave de paso, estuvo moviéndose de manera errática por la terraza y mojó mucho más a las mujeres que pretendían atraparla.

Extenuados, todos estaban intentando recuperar el aliento con una sonrisa en los labios hasta que Martin miró a Megan y se quedó helado. La ropa de ella, aquella ropa que segundos antes la hacía parecer alguien tierno y simpático, se le había pegado al cuerpo y el efecto del agua conseguía que, más que una camiseta y un pantalón ancho, pareciese todo el conjunto un visor transparente. Una transparencia que también afectaba a la ropa interior.

Martin recorrió con la mirada su cuerpo de arriba abajo y, otra vez, de abajo arriba hasta toparse con sus ojos, que sin duda habían notado la caricia a distancia y lo estaban mirando con sorpresa.

El silencio había ocupado todo el espacio y Martin se dio cuenta de que no había sido el único que había reparado en esa transparencia total. Megan tampoco fue inmune a la reacción que se había producido y, cogiéndose la camiseta, intentó separarla del cuerpo. Sin embargo, lo hizo con tanta precipitación que uno de los nudos que sujetaba por los tirantes la prenda se desató y acabó cayendo por el brazo, de manera que dejó un hombro del todo liberado, pero también el inicio de uno de sus pechos. Ella enrojeció y la respiración jadeante por causa de la carrera se incrementó como consecuencia del azoramiento, lo que dio a la escena una visión todavía mucho más erótica.

—Bueno, bueno. —Fue Esther Zimmerman quien rompió el silencio mientras se acercaba a Megan y, tomándola de los hombros, se la llevaba de allí—.

Creo que con esta señorita tenemos que volver a la asociación para encontrarle ropa más seca.

Segundos después, habiendo desaparecido ellas, el resto del grupo reanudó las tareas que habían sido interrumpidas y, aunque hubo algunas bromas, el clima de distensión había desaparecido.

Martin pasó el resto del día molesto consigo mismo. No había podido evitar mirarla de aquella forma y sintió vergüenza de lo que ella podría haber pensado. La erección no le había disminuido del todo porque no pudo quitarse esa imagen de la cabeza, por mucho que se esforzó en concentrarse en la construcción del tabique al que él se había dedicado mientras que los demás estaban en la cocina y el baño. Ni Megan ni Esther habían vuelto.

A última hora de la tarde, cuando la luz solar ya estaba demasiado baja para poder continuar, Lucas Volright les ordenó que lo dejaran y se emplazaron a quedar para el día siguiente. Sin embargo, todavía les ofreció que fueran a la asociación para poder cenar alguna cosa. Ni Martin ni John Cassius podían estar incluidos en dicha invitación porque se haría demasiado tarde como para llegar a sus respectivos apartamentos, pero se dirigieron a la asociación para guardar las herramientas por temor a que, si se quedaban en el apartamento de los Snaker, podían ser robadas, no sin antes aprovechar la manguera de agua fría para darse una ducha rápida.

Justo al llegar a las instalaciones, Esther Zimmerman salió a recibirlos, les indicó dónde debían dejar todo el material que llevaban y, despidiéndose primero de Martin y John, condujo al resto al lugar donde ya habían preparado la cena.

Martin empezó a caminar con paso relajado hacia su apartamento de Chinatown. John Cassius lo tenía en el mismo South side, aunque en dirección contraria a la que debía tomar Martin, así que se despidieron en la puerta con un ligero movimiento de cabeza.

Se alegraba de no haber visto a Megan, pero al mismo tiempo había sentido una especie de frustración. Llevaba toda la tarde temiendo el momento del

reencuentro sin saber si debía pedirle disculpas o no, aunque no verla le confirmaba que ella debía haberse sentido muy incómoda y por ello habría decidido marcharse.

Cuando solo llevaba unos metros, oyó unos pasos apresurados a su espalda y se giró por puro instinto. Entonces la vio. Vestía de nuevo con aquel vestido verde y se le estaba acercando a la carrera, con lo que volvía a estar levemente sonrojada y jadeante.

—¡Buff! —exclamó—, pensaba que ya no te pillaba.

Él se detuvo como esperando que ella le diese o dijese alguna cosa específica y luego volviese sobre sus pasos; sin embargo, Megan parecía que no estaba dispuesta a ello, sino que, más bien al contrario, hizo ademán de seguir el camino hacia Chinatown.

—Vamos, ¿no? —volvió a decir ella.

—¿A dónde?

—Te acompaño y date prisa, no sea que se active —respondió señalando el tobillo.

—No es buena idea —dijo él todavía reacio, pero avanzando unos pasos.

—No sé por qué no. Así aprovecho y hablamos.

—Estos barrios no son seguros

—Voy contigo.

—¿Y al volver?

—Lo haré en taxi. Tienes demasiada obsesión por mi seguridad. Te recuerdo que esta es mi ciudad y que llevo unos cuantos años circulando con tranquilidad por ella. Conozco sus riesgos.

Martin optó por callar y empezar a andar. Sin duda, si seguían discutiendo allí mismo él tendría serios problemas para llegar, pese a que el margen de tiempo de una hora era suficiente.

—Te encantaría España —dijo ella al cabo de unos minutos.

—¿Por qué crees que me gustaría?

—Por los españoles. Son increíbles. Son abiertos, espontáneos, muy francos

y directos, algo escandalosos, pero con muchas, muchas ganas de pasárselo bien.

Él se quedó en silencio. ¿Qué había de él en eso? Megan continuaba viendo en él aquel jovenzuelo irresponsable, en lugar del ser temeroso y desconfiado en el que se había vuelto. No tenía muy claro si lo asustaba más defraudarla por ser alguien distinto o volver a ser como antaño.

—¿Cómo es tu prometido? —En el mismo momento en que formuló la pregunta se arrepintió de haberlo hecho.

—¿Albert? —Megan pareció titubear—. Es muy buena persona. Es amable, atento siempre a lo que quiera cualquiera que esté a su alrededor, analítico y calculador, ambicioso...

—¿Desde cuándo os conocéis?

Megan aspiró aire en profundidad y después lo expulsó antes de contestar. Se la veía muy incómoda con la conversación, pero Martin ya había empezado y no podía parar. Tal vez, ese fuera el detonante para que ella no siguiera insistiendo en verse.

—Desde que éramos niños —respondió por fin.

Él buscó de forma desesperada en su memoria algún retazo de conversación en el que ella le hablase de Albert.

—Nuestros padres son amigos o... más bien, comparten intereses comunes desde hace mucho tiempo —continuó—. Coincidíamos en esas fiestas a las que también se llevaba a la familia o incluso algunas vacaciones, y compartíamos el aburrimiento y la manera de matarlo hasta que, con unos quince años, él decidió que no iba a perder más el tiempo con una mocosa cuatro años menor que él.

Megan dejó de hablar durante unos segundos, pero Martin se dio cuenta de que solo estaba ordenando las ideas para continuar hablando.

—En Stanford coincidimos un año. Él estaba acabando Económicas y yo acababa de llegar. Él... él se ocupó de mí... Se hizo cargo cuando... bueno, yo... aquel año no fue un buen año para mí.

A Martin el corazón le bombeaba con fuerza. Mientras la oía a ella no podía dejar de recordar, como si estuviese ocurriendo allí mismo, las palabras del funcionario de la prisión: «Me ha dicho que es el último día, que mañana se va a Stanford», y el dolor que sintió en el centro de su estómago mientras se negaba a salir.

—¿Se hizo cargo? —No sabía por qué seguía preguntando, pero tampoco podía dejar de hacerlo.

—Sí. —La voz en el inicio le salió como un susurro—. Mi primer año en Stanford... yo... bueno, hice algunas tonterías... algunos excesos, diría yo. Supongo que lo típico de la edad.

—¿Excesos? ¿Tú?

Megan expulsó el aire sonoramente, se detuvo y lo miró de hito en hito. Tenía un brillo especial que podía ser tanto de ira como de desconfianza.

—Sí. Yo. Tal vez tú también estés cometiendo el error de creer que me conoces mejor de lo que me conoces.

Estaba jugando con fuego. Notaba la boca seca. La misma sequedad de cuando sentía miedo. Ese miedo interno ante lo que no se puede controlar, ni vencer. Definitivamente, ella le dejaría de hablar si seguía insistiendo.

—¿Qué es «lo típico»?

—Lo típico es lo típico. Tenía dieciocho años. Fumaba maría, bebía alcohol hasta caer desmayada una noche sí y una noche no, y tuve unas cuantas relaciones.

Megan había alzado la voz y había mantenido sus ojos clavados en los de él, pero se había sonrojado y no parecía que fuera de ira. El labio inferior le temblaba un poco y acabó mirando al suelo y respirando de manera sonora.

—¿Y Albert...?

—Albert me recogió más de una vez, me acompañó a casa, esperó que se me pasara la borrachera, me defendió de los que no aceptaban que la relación se había acabado, me hacía la comida cuando llevaba demasiado tiempo sin comer... —Había vuelto a mirarlo a la cara mientras hablaba—. Nunca me

recriminó nada. Cuando me gradué y volví a Boston, lo volví a encontrar. Fue en una reunión de negocios. Empezaba a gestarse la Tyler. Todo lo demás es obvio.

Martin se la imaginó perdida y confundida. Zambullida en una aparente vida fácil, vomitando las borracheras y sintiendo el amargo sabor de la infelicidad. Sentía aquella tristeza en su interior con la fuerza de la culpabilidad.

Se miraron durante unos segundos a los ojos. Él hubiera querido abrazarla, pedirle perdón, decirle cuánto sentía haber destrozado su vida; pero nada de eso tenía sentido. Llegaba tarde. No servía para nada.

Alzó la mano y detuvo un taxi. Abrió la puerta y esperó a que ella subiera. Megan lo miró como si fuera a negarse a obedecer aquella orden no expresada con palabras, pero que con toda claridad indicaba que debía marchar. Al final, optó por obedecer y, cuando ella estaba a punto de sentarse, Martin la detuvo un momento.

—Dejaré de ayudar en la asociación. Déjame solo ir mañana para acabar lo que he dejado a medias y explicárselo a Esther Zimmerman.

Megan no le contestó. Se introdujo en el taxi y cerró la puerta. No lo miró. Esa vez sí, pensó Martin. Esa vez habían dejado claro que era imposible ni siquiera ser amigos.

Capítulo 13

«**E**stoy en la estación de State Street. ¿Qué parada es más cercana? ¿Chinatown o Tufts Medical? Megan».

Martin no se podía creer lo que estaba leyendo en la pantalla de su móvil. Miró la hora. Eran las siete y media. Desde hacía cuatro días no sabía nada de ella. Después de hablar con Esther Zimmermam para explicarle que no volvería a la asociación, en la Tyler pidió el cambio de horario, de manera que hacía una hora más cada día a cambio de que el viernes pudiera tener la tarde libre. De esa manera, aseguraba estar suficientemente ocupado para no pensar en ella. Solo debería resistirlo durante los fines de semana. Debía apartarse todo lo posible de Megan. Se le hacía insoportable oler su aroma, rozarla o verla sonreír. Ya tenía bastante con las veces que se la cruzaba en la Tyler. Pero al menos allí siempre era de lejos, con muchos testigos, con cosas que hacer con las manos y ocupaciones a las que dedicarse.

«¿Qué estás haciendo? No estoy en casa. No bajes del metro. Continúa hasta...».

Dudó. No recordaba bien cuál era la mejor opción. El metro no llegaba hasta la casa de Megan. Y la parada más cercana en la línea en la que estaba era Back Bay, que ya estaba fuera de Chinatown, pero también estaba a rebosar de buscavidas.

«Downtown Crossing. Bajaré en la siguiente».

Había vuelto a entrar otro mensaje mientras él seguía dudando.

«... continua hasta Back Bay y coge taxi hasta tu casa».

Y lo envió. Esperó unos segundos mirando la pantalla hasta comprobar que lo leía. Al fin, las marcas azules indicaron que estaba entregado y leído por el destinatario. Entonces vio que ella estaba escribiendo y aguantó la respiración.

«Chinatown. Te espero en el portal».

Martin masculó un insulto y guardándose el móvil en el bolsillo empezó a correr hacia el encargado.

—Señor Maxwell, tengo que pedirle salir antes hoy.

—¿Cómo?

—Necesito salir antes. No se preocupe, que la semana que viene lo recupero.

—¿Y la programación del trabajo? ¿Te crees que tus caprichos de «ahora me quedo, ahora me voy» te afectan solo a ti?

Martin se sintió del todo impotente. Aquel tipo solo quería hacerle saber su poder y su superioridad. Bajó la vista intentando que no se le notase la ira que estaba sintiendo.

—De acuerdo —dijo por fin el encargado—, pero no será la semana que viene. Mañana me recuperas el doble de tiempo. Y obviamente voy a dar el aviso para que la alarma se active en sesenta minutos. Ya sabes cuales son las reglas del juego.

—Sí, señor —masculó.

Se dirigió a los vestuarios y antes de quitarse el uniforme de trabajo decidió llamar a Gerd. No era de confianza, pero le tenía respeto y eso impediría que se excediese. Después se desnudó y se duchó casi sin darle tiempo al agua a quitar los restos de jabón.

Salió corriendo de allí. Con un poco de suerte podría tomar el autobús de las veinte, pero a esas horas el tráfico era horrible y no iba a tardar menos de treinta minutos. Tampoco podía plantearse un taxi. Por aquella zona no iba a pasar ninguno y mucho menos a esas horas.

Mientras tanto, Megan había llegado al número 5 de Knapp Street. La puerta de hierro estaba cerrada, pero había un pequeño escalón y decidió sentarse allí a esperar. Frente al bloque de apartamentos había un supermercado regentado por un chino, como el ochenta por ciento de los negocios del barrio. No tenía miedo. Era todavía de día. Sin embargo, cuando notó que la puerta de hierro se abría a su espalda, se sobresaltó. Apareció un hombre de unos treinta años, de pelo rubio no demasiado limpio y mirada turbia. Le sonrió y así pudo apreciar Megan que su dentadura no estaba en absoluto cuidada.

—Hola, señorita Morton.

A Megan se le disparó el corazón. ¿De qué la conocía? Aunque, de pronto, su cara le sonó. Entrecerró los ojos como si así pudiera escrutar mejor a quien tenía delante.

—No me conoce, ¿verdad? No se preocupe. Es nor...

—Trabaja en la Tyler —interrumpió ella orgullosa de recordarlo.

—Vaya, nunca imaginé que pudiera usted haber reparado en mi presencia.

—Es del grupo de Martin —respondió. Aunque en ese mismo momento se arrepintió de haber dado ningún tipo de explicación.

El hombre hizo una mueca que podía pasar por una sonrisa.

—Exacto, del grupo de presos. Pero yo no soy un violador. Soy solo un traficante.

Megan se envaró. El corazón empezó a latirle con fuerza, aunque no sabía si de miedo o de ira. Aquel tipo era bastante desagradable.

—Martin me ha pedido que la acompañe a su casa.

—¿Cómo?

—Tengo las llaves de su apartamento... Y él tiene las mías. —Se detuvo un momento mirando a un lado y otro de la calle—. Martin no quiere que espere en la calle. Suba conmigo y le abriré la puerta.

A Megan no le hizo mucha gracia entrar con aquel sujeto, pero sí, podía imaginar que Martin haría esa tontería como si así fuese a protegerla mejor.

El hombre ya estaba subiendo las escaleras del interior. Llegaron al tercer

piso y el tipo sacó una llave del bolsillo y la introdujo en la cerradura, que se abrió sin ningún problema.

—Yo tengo que volver —le dijo señalándose el tobillo.

Megan solo asintió con la cabeza.

—En la nevera siempre hay cerveza.

—Gracias —respondió ella.

La puerta se cerró y Megan se sintió incómoda. Tal vez se había extralimitado presentándose allí. Martin iba a enfadarse. Había sido tajante en cuanto a lo de dejar de verse. Pero ella no podía respetar esa norma.

Se dedicó a pasear la vista por la habitación. En un mismo espacio lo tenía todo. Una cama individual, un armario ropero, una mesa y dos sillas, y un espacio reservado para la cocina, que solo tenía una nevera, un horno con fogones, un fregadero y dos armarios pequeños. La ventana era grande y daba al exterior y a la escalera de incendios, pero la calle Knapp era muy estrecha y apenas entraba claridad. Abrió la única puerta que había y vio que era el acceso a un cuarto de baño minúsculo, con la mitad de las baldosas rotas y una ducha con las cortinas de plástico enmohecidas, dado que allí no había más que un pequeño ventanuco y la humedad se concentraba.

Era del todo deprimente y Megan sintió cómo el corazón se le oprimía de pensar en Martin entre aquellas cuatro paredes.

Abrió la nevera y, en efecto, vio que tenía seis latas de cerveza. Revisó el resto del contenido intentando adivinar si se alimentaba lo suficiente, pero lo único que vio fue algunos fiambres y unas sobras de pescado frito.

No había ningún elemento de diversión. Ni una televisión, ni un equipo de música, ni un ordenador. Tampoco había elementos decorativos. Era el apartamento de alguien que querría irse de allí en seguida. Sin embargo, por lo que ella había leído, la situación de tercer grado no podría ser por menos tiempo que ocho años, lo que le llevaría a haber cumplido las tres cuartas partes de la condena y, con un poco de suerte, acceder a la condicional.

Se sentó en una de las sillas y volvió a mirar su móvil. Martin había leído su

último mensaje, pero no había respuesta y tampoco parecía que se hubiera conectado durante aquellas horas. Dedicó la espera a revisar su propio correo electrónico y llegó a despachar algunos asuntos.

Se oían los sonidos de los apartamentos de alrededor. Algún niño que lloraba, una pareja que gritaba... En la calle el camión de la limpieza estaba dedicándose a los contenedores de basura.

Al final, una media hora más tarde, oyó las pisadas de alguien que corría en el pasillo y al tiempo el ruido de la llave al entrar en la cerradura.

Se levantó como un resorte justo en el momento que él entraba. Su potente físico ocupó toda la puerta y Megan pudo ver cómo todavía tenía las puntas del pelo mojado. Le pareció el hombre más guapo del mundo y sintió cómo temblaba todo su cuerpo. Pero la mirada de él no dejaba lugar al equívoco. Estaba de verdad airado.

Entró con lentitud. Como si fuera un animal a punto de atrapar a su presa. Se sacó el móvil del bolsillo y Megan supo que estaba mirando la hora calibrando sus opciones. En el pasillo una puerta se abrió y se oyó la voz de un hombre.

—Martin, ¿eres tú?

—Sí, Gerd. Gracias. Todo controlado —respondió Martin, asomándose de nuevo.

En ese momento, la tobillera se activó y apareció una luz verde. Él masculló un insulto por lo bajo y miró hacia fuera. Habían pasado los sesenta minutos.

—Vamos —le dijo con voz imperativa—, ya lo explicaré.

—No —respondió ella con firmeza—. Esta vez no me voy. Tengo un amigo taxista al que avisaré cuando crea oportuno. Está esperando mi llamada.

Martin la miró de arriba abajo. Parecía estar dudando sobre qué debía hacer. Por mucho que él quisiera, salir de aquel apartamento le podía suponer volver a prisión.

—Llámalo ahora.

—No —volvió a contestar ella—. Cierra la puerta, por favor.

Él se la quedó mirando con intensidad y apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea blanquecina. La puerta seguía abierta, aunque él ocupaba casi todo el espacio.

Megan tragó saliva. No era así como lo había imaginado, pero iba a continuar con su propósito. Cogió con las dos manos el borde de su camiseta azul y con un movimiento rápido se la quitó por encima de la cabeza y se quedó solo en sujetador.

Martin abrió de manera desmesurada los ojos y, de inmediato, cerró la puerta.

—¿Qué narices estás haciendo?

Megan, por toda respuesta, echó mano del botón de sus pantalones de lino fino y, desabrochando primero el botón y luego la cremallera, bajó acto seguido los pantalones y los expulsó de sus pies.

—¡Maldita seas! ¡Megan! ¡No sigas!

Ella puso las manos en su espalda y, sin dar tiempo a más, desabrochó el cierre del sujetador y se lo quitó. Solo dejarlo en el suelo, puso sus pulgares sobre el elástico de sus bragas y también se las bajó, aprovechando el movimiento para descalzarse unas sandalias de tacón.

Se quedó frente a él por completo desnuda y, pese a que lo miró con decisión a la cara, Martin notó un ligero estremecimiento.

La escrutó de arriba abajo. ¿Cuántas veces habría soñado con ese cuerpo? Había cambiado, pero para hacerse más sublime y deseable. Los pechos redondeados con el pezón de un color suave eran más rotundos. Las caderas formaban una perfecta curva con su cintura y podían ser el delirio de cualquiera, pero eran la antesala de unas piernas bien formadas, donde se apreciaban los músculos, aunque de líneas suaves. Unos rizos dorados cubrían su vulva.

Su pene se había endurecido solo verla en su habitación y ahora palpitaba de manera dolorosa. No había tenido relaciones con ninguna mujer desde hacía doce años y aquello era demasiado.

—Megan. —La voz había surgido ronca y tuvo que aclararse la garganta—. Vístete y vete.

—No —volvió a repetir ella—. No me apartes de tu lado. Hoy no, por favor. Hoy es jueves.

«Hoy es jueves». La referencia a su visita semanal a la prisión le recordó el dolor que sentía cada vez que debía decirle a aquel funcionario que no saldría a verla y se la imaginaba sola, expectante y atemorizada.

—Ya no soy aquella niña inocente. No te engañes. No he estado esperándote. Ya lo sabes. No es eso lo que busco.

Megan había pronunciado aquellas palabras con cierto deje retador en la voz. Pero al final se le había quebrado un poco. Notó su miembro duro y cómo rugía la sangre en su interior. Nunca había hecho el amor con Megan. Siempre había querido respetar su juventud. Creyó que habría tiempo, que llegaría el momento oportuno. Pero nunca llegó. Ella había estado con otros hombres. Era lógico. Pero la evidencia de sus palabras hizo que imaginara que la tocaban diversas manos y apretó los puños.

—¿Tanto te cuesta? ¿Tan aborrecible te resulto?

¿Aborrecible? Apretó de nuevo los labios. Una voz en su interior le decía que no debía, pero ella estaba allí, desnuda, y aquello era del todo incontrolable.

—¿Necesitas que me humille más que seguir suplicándote desnuda que me hagas el amor?

La voz de Megan había surgido con un sollozo y el temblor de sus labios confirmó su angustia y, de pronto, Martin sucumbió. No podía soportar hacerle daño y no podía soportar tenerla allí desnuda y no tocarla.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Cómo voy a poder contenerme y no correrme en cuanto la penetre?». Intentó respirar y lo único que surgió fue un jadeo.

Se acercó intentando ser muy lento. No quería abalanzarse como un animal. Megan abrió un poco la boca, aquellos labios maravillosos, y él no pudo más que rozarle con el pulgar el labio inferior. Megan volvió a estremecerse ante

esa caricia reconocida. Entonces él bajó la mano hasta llegar a uno de sus pechos. Solo con tocarla, Megan gimió. Siguió bajando y cuando llegó a la altura de su vulva fue un solo dedo el que se perdió en los rizos para descender hasta el rincón más suave de su anatomía y, al sentir su humedad, el jadeo de él se hizo mucho más sonoro incluso que el de ella.

Megan le tomó la mano libre y andando de espaldas lo condujo hasta el borde de la cama. Empezó a desabrocharle la camisa, pero él la detuvo.

—No —le dijo en un susurro—. No me toques. No podría aguantarlo. Espera que te dé placer a ti.

—No me importa —dijo ella—. No me importa cómo sea, sino que sea. Quiero tenerte en mi interior.

—Lo estaré. —Y en ese momento Martin pensó que moriría antes de incumplir aquella promesa—. Pero quiero darte placer.

Megan se tumbó en la cama sin dejar de mirarlo. Martin se puso a su lado todavía vestido y le colocó los brazos a ambos lados del cuerpo indicándole con la mirada que no debía moverse. Que no debía acariciarlo. Y entonces la besó. Lo hizo sin preámbulos. Acaparando su boca, introduciéndole la lengua, sorbiendo sus labios.

Colocó una mano sobre su cabeza y la introdujo entre su cabello perdiéndose en aquella suavidad. Con la otra mano empezó a acariciarle los pechos, jugueteando con sus pezones, ahuecándolos y amasándolos. Después descendió por su abdomen y llegó hasta el vientre terso. Mientras tanto, su boca inició también un descenso por su cuello besándola en cada poro y en cada esquina. Antes de posar sus labios sobre uno de los pezones se detuvo un momento y lo miró. Estaba hinchado y duro. Sus manos seguían acariciándola, una de ellas en la cabeza y la otra, siguiendo la curva de sus caderas. Sopló un poco y vio cómo la piel de ella se erizaba y el pezón todavía parecía crecer más. Entonces lo besó, le paseó la lengua y lo sorbió por ese orden, y volvió a empezar. Los labios, la lengua y toda la boca intentaban comer de aquella mama.

El cuerpo de Megan se retorció, sus manos arañaban las sábanas y sus jadeos profundos le indicaban que estaba muy excitada. Recordó su fogosidad infantil.

La mano sobre su cadera se deslizó hacia las nalgas y disfrutó del contacto de esa piel tan suave pellizcándola un poco allí donde acababan. Después siguió el camino hacia la cara interior de los muslos y empezó a masajearla en círculos hasta que notó el contacto suave y húmedo de su vulva.

Megan gimió al percibir aquel contacto y levantando los brazos hacia su cuerpo acarició sus hombros como animándolo a continuar. Martin sentía que iba a explotar. Solo sentir sus manos, aunque fuese tan lejos de su pene, le suponía un esfuerzo de control.

—No me toques —le susurró al oído.

Y aprovechó que había abandonado los besos sobre sus senos para volver a apoderarse de su boca. Megan lo obedeció con un leve quejido y dejó los brazos inertes a ambos lados de su cuerpo. Martin introdujo entonces un dedo en el interior de ella, sintió su calor y su extrema suavidad, y de inmediato introdujo un segundo dedo. Eso le facilitó que el pulgar llegase con más comodidad a su clítoris e inició una caricia circular y acompasada con la sucesiva introducción y extracción de sus dedos.

Ella jadeaba cada vez más deprisa, aunque él no le permitía apenas tomar aire porque sus besos se hicieron más y más voraces. Incrementó el ritmo de la masturbación y cuando percibió cómo se tensaban los músculos de Megan supo que le quedaba muy poco.

En efecto, unos segundos más tarde, las contracciones de la vulva le indicaron que estaba teniendo un orgasmo y separó un momento los labios de los de ella para oír sus gemidos.

Cerró los ojos, deleitándose solo con el sonido y el calor en su mano. Entonces sintió cómo los músculos de ella se relajaban hasta quedar casi laxos y una respiración profunda surgió de Megan.

Segundos más tarde, el cuerpo de ella recuperaba la movilidad y abrió los

ojos para ver cómo la estaba mirando con una nueva voracidad. Las manos de Megan empezaron a desabrochar de nuevo los botones de su camisa hasta que, al fin, lo obligó a sacar los dedos de su interior para poder quitársela. Siguió con su pantalón hasta que él acabó incorporándose para facilitarlo.

Por completo desnudo, con el pene erecto, Megan pensó que había esperado demasiado tiempo para aquello. Le tendió los brazos y lo abrazó cuando él se tumbó sobre ella. Levantó las rodillas y abrió las piernas para facilitarle la entrada. Él puso los brazos a cada lado de su cara y se apoyó sobre sus manos. Él había cerrado los ojos y parecía respirar con dificultad, como si estuviera todavía dudando de cómo debía continuar. Ella notó la punta de su pene en la entrada de su vulva y levantó un poco las caderas.

—Mírame, Martin.

La obedeció y se vio reflejado en el brillo de la mirada de ella. Otro nuevo y ligero movimiento de cadera, esa vez acompañado de una suave caricia de Megan sobre ambos lados de la cadera de él.

Y, sin pensárselo más, Martin se introdujo en ella. Lo hizo muy poco a poco, notando que cada centímetro de su pene acariciaba el interior de la vulva de ella. Y cuando llegó al fondo solo se detuvo un segundo para volver a salir y esa vez introducirse con más rapidez, pero haciendo un último movimiento circular que estimulara el clítoris de ella. Y entró y salió, cada vez un poco más rápido, un poco más fuerte incitado por los jadeos de Megan, que se convertían en gemidos y palabras balbuceantes que le pedían más.

Martin perdió el sentido del tiempo y del lugar, y sin poder evitarlo se olvidó también del placer de Megan. Estaba poseído por un deseo voraz y hubiese muerto allí mismo antes que detenerse. Hasta que de golpe todo se deshizo a su alrededor y notó cómo irrumpía un orgasmo brutal que lo hizo gritar de manera desgarradora.

Después cayó sin fuerzas y derrotado sobre Megan, intentando recuperar la respiración y la consciencia de dónde estaba. La caricia suave de las manos de ella sobre su espalda lo devolvió a la realidad. Estaba allí. En el

deprimente apartamento tutelado. En una cama estrecha en la que, antes que él, habrían dormido cientos de presos. En el interior de ella. Sintiendo su calor. Doce años después, pero todavía con dieciocho más de condena pendiente. Sin futuro ni esperanzas. Aunque notase los besos de ella por su cara. Con una tobillera electrónica que lo obligaba a pasar todas las noches en aquel cuartucho. Porque ahora era él quien tenía una hora para llegar a casa. Y Megan puso sus labios sobre él y él los encontró extrañamente salados. Entonces se dio cuenta de que eran lágrimas. Sus propias lágrimas, que ella había besado. Y se sintió inseguro y atemorizado como el primer día que se vio en la prisión, y levantándose de un salto se alejó de la cama y de ella, deseando que no estuviera, deseando que se marchara y que no volviera más. Porque ella lo hacía sentirse vulnerable y eso no le iba a deparar nada bueno. Y sin poder escapar más lejos se encerró en el lavabo intentando escapar de su mirada.

Megan sintió un gran vacío que le provocó un escalofrío pese a estar en pleno mes de agosto. Había hecho el amor con Martin. Por fin. Pero la reacción de él al acabar la había asustado. Nunca hubiera imaginado que podía verlo llorar. No lo hizo siquiera cuando lo condenaron. Y sabía que eso no era bueno. Y no por el hecho en sí, sino porque él podía rechazar ese gesto de sí mismo y, por ende, rechazarla a ella.

Su mirada de horror había sido muy reveladora. Pero Megan no podía permitir que eso ocurriese. Había esperado doce años. No sabía qué ocurriría en el futuro. Tampoco le importaba. Pero no iba a consentir que él la rechazase de nuevo. Si lo hacía, ella moriría. Debía reaccionar rápido, evitar que él quisiera echarla.

Se levantó de inmediato y llamó por teléfono a Axel. Era taxista desde hacía años y Megan lo conocía desde pequeña porque, cuando en su familia solo había un coche con chofer, su padre lo contrataba a él para los desplazamientos cortos de Megan.

—Estoy ya en la dirección que me ha dado, señorita Megan. Justo enfrente

de un supermercado.

—Perfecto, Axel —respondió ella—. En cinco minutos estoy abajo.

Buscó su ropa y se vistió con rapidez. Martin seguía en el lavabo. Uno de los zapatos había quedado atrapado debajo de la mesa y tuvo que agacharse a cogerlo. Martin la pilló en esa posición extraña cuando salió. Lo miró desde abajo y no pudo más que volverse a sobrecoger del impresionante físico que tenía. Martin siempre había sido un joven guapo y atlético; pero aquellos años habían desarrollado muchísimo más su musculatura y era espectacular. Se había quedado de pie frente a ella, desnudo, aunque la tobillera era un complemento muy extraño.

Se sentó en una silla y empezó a ponerse los zapatos sin decir una sola palabra. Le daba mucho miedo que Martin quisiera decirle que lo que hubiera entre ellos, que ni siquiera había empezado, iba a acabarse. Megan quería más y esa vez no iba a detenerse.

—¿Quién es Axel? —dijo entonces él con voz suave.

A Megan le palpitó el corazón. No parecía que quisiera echarla. La pregunta era ajena a lo que había pasado. Eso era bueno.

—El taxista del que te he hablado. Está ya abajo.

Asintió con la cabeza y siguió allí viendo cómo Megan se peleaba con la hebilla del zapato porque no encontraba el sitio justo donde introducirla. Martin se arrodilló ante ella y le tomó el pie. Megan contuvo el aliento mientras veía cómo Martin manipulaba aquel cierre. Segundos más tarde había acabado, pero tardó un poco en dejarle el pie. Antes acarició casi como sin querer el tobillo y el empeine. La caricia tan delicada era quizás más excitante que todo lo que había ocurrido minutos antes.

Entonces, Martin dejó su pie de nuevo en el suelo y se levantó. Megan pudo comprobar cómo tenía el pene de nuevo a punto y no pudo más que reprimir un gemido, aunque sin demasiado éxito porque él lo había notado y reparó en el punto exacto que ella miraba.

Entonces cogió los pantalones y sin ponerse los calzoncillos se vistió con

ellos. La tomó de la mano y la llevó hacia la puerta.

—Te acompaño al portal.

—¿Y la tobillera?

—Son solo unos metros. Se pone un poco nerviosa, pero no da la voz de alarma.

Megan pudo comprobar a qué se refería cuando en el segundo tramo de escalera, el dispositivo se puso de color anaranjado; pero Martin la acompañó hasta la puerta y no pareció que ocurriese nada.

Abrió la puerta de hierro y vio a Axel en el interior del taxi justo en la entrada. Le sonrió. Entonces se volvió hacia Martin.

—Mañana volveré. Tarde. Porque tengo la recepción de los árabes. Me traerá Axel.

Martin hizo una mueca, pero no dijo nada más. Megan se sintió feliz. Primer asalto y de momento vencedora.

Capítulo 14

— ¡Dios! Ya está ahí otra vez. ¡Qué piernas! Ya quisiera que me hicieran un lazo.

El fornido hombre que lo había dicho estaba además aderezando sus palabras con un movimiento obsceno que hizo reír a todos los demás mientras miraban por la ventana y la veían correr.

El vestuario de los hombres estaba en la marina seca, allí donde reposaban los barcos que debían ser limpiados, y tenía unas ventanas de cristales tintados que daban al pequeño caminito de tierra que Megan tomaba cada mañana para ir a correr. La coincidencia del momento en el que ellos estaban allí y pasaba ella se había convertido en un ritual. Los hombres continuaron haciendo bromas soeces y riendo.

Martin la miró y le pareció extraño verla así, tan lejos, tan ingenuamente ajena a lo que provocaba cada mañana y, al mismo tiempo, recordar que la había tenido en sus brazos la noche anterior y saber que al cabo de unas horas volvería.

Oyó entonces el sonido de la alarma que les indicaba que tenían que bajar al patio a recibir las instrucciones diarias. El día iba a ser muy largo y no solo porque apenas había dormido.

La angustia que lo había atenazado no se había despejado al amanecer. Por un lado, deseaba como si fuera el aire que respiraba verla de nuevo y le parecía mentira haber estado sin ella tanto tiempo. Por otro, sentía un miedo

atroz que le oprimía el estómago y lo hacía sentirse débil y expuesto. El miedo a no poder sobrevivir sin ella cuando, sin duda alguna, se separasen como estaban predestinados.

Fueron pasando los minutos y las horas. La volvió a ver hacia mediodía, cuando lo destinaron a apoyar al equipo de jardinería. Él estaba en la segunda planta del hotel y se asomó hacia el vestíbulo central, donde oyó unas voces. Ella parecía estar organizando algo pues caminaba por el gran vestíbulo central del hotel rodeada de gente y señalaba a un sitio u otro mientras algunos tomaban nota y otros se dirigían hacia donde ella acababa de señalar. En esos momentos, empezó a odiarla porque se sintió tan obediente a sus deseos como toda aquella cohorte de seguidores. Ella estaba acostumbrada a mandar y manejar a su placer, y eso era lo que había hecho con él.

Después de comer todos sus compañeros pudieron irse y él tuvo que quedarse a recuperar el tiempo perdido. Lo destinaron a la descarga de uno de los contenedores que había llegado por la mañana y mientras sostenía una cuerda tensada, esperando que dos trabajadores del servicio de descargas pudieran sacar un pesado paquete que no podía colocarse en la carretilla por sus excesivas dimensiones, notó una sensación extraña que lo hizo mirar hacia el imponente edificio del hotel y la reconoció de inmediato. Lo miraba por la ventana de la primera planta. Tan cercana y a la vez tan lejos de su alcance a través de aquel cristal que le recordó al día en que la vio en el locutorio. Le sostuvo la mirada durante unos segundos hasta que unos brazos pasaron por su cintura y la figura de su prometido apareció por detrás de ella y le dio un beso en el cuello.

La enorme punzada de los celos lo sorprendió por su fuerza y entonces fue cuando volvió a desearla de tal manera que habría estado dispuesto a seguir allí de manera indefinida a cambio de tenerla otra vez entre sus brazos.

Al llegar al apartamento los minutos todavía se hicieron más y más lentos. Se tumbó en la cama intentando dormirse para que el tiempo pasara más rápido, y por fin lo consiguió, aunque entró en un sueño extraño en el que la

oía reír sin parar, pero no podía verla, ni lograba alcanzarla y cuanto más la oía, él más se excitaba y más se angustiaba, y ella reía más fuerte. Al final se vio a sí mismo, penetraba a una mujer que se hallaba de rodillas y se sentía en las puertas del éxtasis y, pese a que algo le decía en su interior que era el recuerdo de aquella maldita noche con Mary, de pronto pudo verle la cara y resplandecieron los ojos verdes de Megan.

Se despertó sobresaltado y se dio cuenta de que ya era de noche. Por los sonidos que provenían de fuera, debía ser muy tarde, pero hasta que no miró el móvil no supo que, en realidad, eran las dos de la mañana.

¿Habría ido y no la habría oído? ¿O no había ido? No tenía ningún mensaje pendiente de leer. Se levantó sudoroso y se dio una ducha rápida. Salió secándose con la toalla y miró por la ventana. El supermercado ya había cerrado y por aquella calle estrecha no solía pasar nadie más.

Transcurridos unos minutos, cuando estaba a punto de volver a la cama, un taxi entró por la derecha. El corazón se le disparó. La expectación era enorme. Se detuvo justo bajo su ventana y se abrió la puerta para dar entrada a unos tacones seguidos de una pierna mínimamente cubierta por un vestido granate ceñido al cuerpo espectacular de Megan.

Martin tuvo que abrir la boca para poder respirar. Megan dijo algo al chofer y después miró hacia arriba. Sus miradas se cruzaron. Entonces él se abalanzó hacia el interfono para accionar el botón que permitiría la apertura de la puerta y se mantuvo expectante oyéndola subir por las escaleras.

Cuando apareció ante su vista, Martin todavía se fijó en que el vestido marcaba los pechos, al tiempo que dejaba al descubierto una buena parte de su espalda y sus brazos desde los hombros. Ella siguió andando hacia la puerta con el pelo suelto y aquel brillo de sus ojos.

Llegó y él retrocedió un paso. Megan entró y cerrando a su espalda se quedó muy quieta. Aparecieron de nuevo, agolpados, todos los sentimientos que había ido experimentando durante el día. El deseo, el odio, la sensación de vulnerabilidad, los celos, la rabia, la necesidad. Megan lo dominaba solo con

aparecer.

Ella entreabrió los labios como si fuese a decir algo que se quedó en suspenso y pasó a ser una sonrisa. Martin recordó el abrazo y el beso de aquella tarde a través de la ventana. ¿Venía de estar con él? ¿Qué se suponía que hacía allí? ¿Qué pretendía? ¿Verlo a su disposición como un corderito? ¿Era una ricachona con ansia de experiencias prohibidas? ¿Creería que iba a hacerlo llorar de nuevo?

La rabia y el deseo llenaron todo su ser. No iba a darle un solo gesto romántico ni cariñoso. Ella habría estado con cientos de hombres, tal vez incluso hacía pocos minutos, mientras él había estado en una maldita prisión doce años de su vida por culpa de una mujer. Y la experiencia del sueño se quedó atrapada en su mente confundiendo a Mary con Megan.

La cogió de ambos brazos y sin ningún cuidado la pegó a la puerta y se quedó solo a milímetros de su boca sin dejar de mirarla a los ojos. Megan no pareció asustada ni sorprendida. Más bien había serenidad en sus ojos, como si aquello fuera lo que había estado esperando.

«¿Vienes a buscar sexo?», pensó Martin. Y deslizando sus manos por los pechos a través del vestido, los amasó. Ella soltó un gemido. Su pene, ya duro, latió reclamando su parte. Martin bajó las manos hacia las caderas llegando con rapidez al final de aquella mini falda y sin ningún miramiento se la subió a la altura de la cintura mientras él se arrodillaba ante ella.

Lo que vio lo dejó confuso. Ella no llevaba ropa interior. Sus rizos suaves estaban allí a la altura de su boca. Las manos de él llegaron a sus nalgas y ella gimió más fuerte. La duda sobre si aquella misma noche habría estado con otro hombre hizo que el corazón de Martin golpeará más fuerte. Acercó su nariz a aquel triángulo e inspiró con fuerza. Oía solo a Megan, a la Megan que había tenido el día anterior entre sus piernas. Sacó la lengua y chupó la entrada. Ella lanzó un ahogado grito y, separando sus muslos, desplazó las caderas buscando su lengua de nuevo. Martin ya no pudo pensar mucho más que en comérsela. Introdujo de nuevo la lengua con suaves golpecitos para después

deslizarla y volver al botón escondido y succionarlo.

Megan le puso las manos sobre la cabeza como animándolo a continuar y Martin siguió sin poder detenerse, enfebrecido con su olor y sus leves movimientos, que no dejaban lugar a dudas del estado de excitación en el que ella se encontraba.

Segundos más tarde, Megan tuvo un orgasmo que Martin sintió en las convulsiones de su vulva y los sonidos que surgieron por su boca. Entonces, sin darle tiempo a nada más, se puso en pie, la giró a ella de espaldas y la obligó a poner su cara sobre la mesa.

Cegado por la rabia, sintiendo que ella solo pretendía acercarse a él para tener una experiencia arriesgada, se prometió a sí mismo que no podría olvidar aquel polvo, aunque tuviera que recordarlo con la descripción que tuvo que oír de su boca sobre Mary.

Miró sus nalgas suaves y tersas y no pudo evitar acariciarlas con delicadeza un momento para acabar introduciendo sus dedos en su vulva, por completo mojada como efecto del orgasmo que acababa de tener. Ella abrió de nuevo las piernas invitándolo a entrar y él no se hizo de rogar. Con un movimiento rápido se bajó los pantalones e introdujo su pene con una sola embestida para detenerse justo después.

Megan gimió y jadeó. Él permaneció inmóvil unos segundos más. Hasta que ella empezó a mover las caderas restregando las nalgas en el vientre de él. Ese movimiento volvería loco a cualquiera y Martin reinició las embestidas, oyendo el sonido de su cuerpo al chocar contra el de ella y notando cómo sus testículos también colaboraban. Muy probablemente no iba a aguantar mucho más, pero, de pronto, ella dijo «Ya» y notó en su pene las contracciones de ella. «Su segundo orgasmo», pensó. Y se prometió que todavía abría un tercero.

Deteniéndose puso la mano sobre su espalda y esperó a que ella recobrase la respiración. Notó la cremallera de vestido y se la bajó. Hizo que se incorporase, pero manteniéndola de espaldas y se lo quitó deslizándolo por

las piernas. Tampoco llevaba sujetador. Así que apareció del todo desnuda manteniendo solo unos zapatos negros de tacón fino. Le pasó el brazo por la cintura y la besó en el cuello. Justo lo mismo que había visto aquella tarde a través de la ventana. La piel de ella se erizó. Entonces, apoyó su pene en el culo de ella y movió una mano hacia un pecho y con la otra bajó hasta su vulva.

Megan estaba tan excitada que el tercer orgasmo podía llegar a ser hasta demasiado fácil. Detuvo la caricia y ella lanzó una queja. La empujó hacia la cama, pero antes de que ella se estirase él ocupó toda su amplitud. Entonces hizo que ella se colocase sobre él a horcajadas y poniendo sus manos sobre cada cadera, hizo que descendiese sobre él y lo acogiese en su interior. Megan inició el movimiento entrando y saliendo, mientras apoyaba sus manos sobre sus propios muslos.

Él la miró desde abajo. Ella había cerrado los ojos, abierto la boca y se balanceaba de manera que algunos de sus rizos rozaban sus propios pezones. Estaba bailando sobre él, absolutamente abstraída y gozando ajena a todo. ¿Ajena a él?

—Mírame —le ordenó.

Ella de inmediato lo hizo y clavó sus ojos verdes en los de él.

—No dejes de mirarme —volvió a ordenarle.

Y ella, comprendiendo lo que él pretendía, incrementó el movimiento con una precisión casi matemática, jadeando al mismo tiempo y dejándose llevar por las sensaciones; hasta que la tensión se reflejó en su rostro y, abriendo mucho los ojos, gritó su nombre. Martin notó que también toda su propia tensión se diluía tras ella, al hacer explosión en un orgasmo poderoso.

Se quedaron unos segundos quietos, recuperando ambos la respiración y el control. Martin sentía cierta amargura en su boca. No le había hecho el amor. Se la había follado. Lo había hecho con dureza, sin sentimientos, mostrándole que era solo sexo. ¿Con aquel polvo se habría acabado todo?

Ella se movió de manera que él salió de su interior. Lo miró un momento

como esperando que hubiese alguna palabra que la detuviese. Pero él no podía hacerlo. Se sentía tan en sus manos que lo único que él podía hacer era evitar todos los sentimientos hacia ella. ¿Por qué había ido sin ropa interior? ¿Qué pretendía? El brazo de aquel hombre por su cintura seguía en su cabeza.

Megan se levantó de la cama, cogió el vestido del suelo, se lo puso y se subió la cremallera sin necesitar ayuda. Entonces se asomó a la ventana. Volvió a mirarlo a él, demorando un segundo más de la cuenta aquella mirada. Él la miró con rabia contenida. «Dímelo tú, joder. Dime tu qué pretendes». Pero Megan no dijo nada. Le dio la espalda y salió por la puerta antes de que él pudiera reaccionar.

Se lanzó a la ventana y vio que el taxi seguía allí, esperándola. Soltó la respiración como si hubiese estado conteniéndola todo el rato. ¿Y ahora qué? Abrió la ventana y dejó que el aire fresco entrase al tiempo que oía cómo ella ya había llegado abajo, abría la puerta del taxi y este arrancaba.

Al día siguiente era sábado y, como todos los fines de semana desde que no iba a la asociación, cogió el metro y se dirigió a Forests Hills y desde allí tomó la línea de autobús Needham, que lo llevaba hasta Roxbury y al río Charles y a Cow Island, donde le gustaba adentrarse para perderse en los serpenteantes caminos. Acostumbraba a pasar todo el día, se llevaba un par de sándwiches y agua para no tener que tener que entrar a ningún restaurante. Todo lo que podía pasar al aire libre lo aprovechaba y la razón no solo era el tiempo que había estado encerrado, sino el miedo que le producía pensar que cualquier cosa podía hacerlo volver. Estar en la montaña, respirar aire puro, sentarse en la hierba... todos esos pequeños detalles lo ayudaban a tranquilizar su espíritu y enfrentarse a la semana con suficiente motivación.

Aquel día, sin embargo, no podía relajarse. Tenía a Megan sin parar en su pensamiento y, de nuevo, aquel maremágnum de sentimientos contradictorios, a los que había que sumar el arrepentimiento por lo que él consideraba que había sido un trato indigno y mezquino.

Imaginaba que ella ya no volvería a dirigirle la palabra ni a presentarse en

su casa y, aunque en parte eso era lo que había buscado con aquella actitud, no podía evitar sentirse roto por dentro.

Por la tarde tomó de nuevo el autobús de vuelta. Sin embargo, no se vio con ganas de meterse en el metro y, como tenía suficiente tiempo, decidió hacer la última parte del trayecto caminando.

A medida que se acercaba a su apartamento, más deprimente le resultaba todo. ¿Qué iba a ser de él? No podía aspirar a nada. Con mucha suerte tenía que seguir en aquella monotonía ocho años más, para luego rezar que pudieran darle la condicional. Tenía treinta y dos años y, pese a los estudios obtenidos en la cárcel, nadie lo iba a contratar porque, además de tener que confesar que era expresidiario, era obligatorio informar a cualquier persona que pudiera tener relación con él cuál era el delito por el que había sido condenado. ¿Quién iba a acercarse a él a menos de veinte metros?

En su interior volvió a notar la punzada de la enorme tristeza que solo podía apagar cuando aparecía la rabia. Y de nuevo la imagen de Megan. Era lo más bonito que le había pasado en su vida y lo había destruido por completo. Igual que estaba haciendo en ese momento.

Llegó ya a la maloliente calle Knapp cuando quedaban unos veinte minutos para que se activase la alarma y dudó si no dar una vuelta más por los alrededores. Pero Chinatown era cualquier cosa menos un sitio recomendable, así que decidió volver a su apartamento.

Al girar la calle vio un taxi parado en la puerta y el corazón le dio un vuelco. No podía saber con exactitud si era el de ella, pero allí era muy probable.

Apretó el paso y llegó a la altura de las ventanas traseras. Los cristales estaban oscurecidos por lo que no podía ver el interior. Si no era ella, el ocupante del taxi podía sentirse intimidado. Entonces oyó una puerta abrirse y quien salió fue el conductor. Era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso por encima de las orejas y unos ojos grises. Lo miró con expresión de pocos amigos.

—Lo siento—balbuceó Martin—, creí...

—Creyó bien —respondió—. Está ahí dentro.

Había señalado al supermercado. Martin notó cómo sus piernas reaccionaron antes de que su cabeza siquiera lo pensara y se abalanzó hacia el supermercado. Megan estaba en la caja pagando y con unas bolsas en su brazo. Llevaba un vestido tejano con el escote en pico y caída hasta la cadera donde se abría en una falda corta y ancha. Lo miró y le dirigió una sonrisa abierta y franca.

—Espero que te gusten las quesadillas de pollo y maíz, y los burritos vegetarianos. No he encontrado nada más rápido y comestible. —Su voz era melodiosa.

—¿En un supermercado chino? —respondió él.

—Odio la comida china —contestó ella y, dirigiéndose a la dependienta, le dio las gracias.

Llegó a su lado y le entregó la bolsa. Él la tomó. Ella le cogió la otra mano y lo arrastró hacia fuera. Pasaron junto al taxi.

—Axel —dijo ella—, ya te llamaré, ¿de acuerdo?

El taxista asintió con la cabeza. Se metió en el coche y se fue. Ella se quedó delante de la puerta de hierro. Ahora parecía dudar.

Martin dejó ir la mano para buscar en su bolsillo las llaves y abrir. Subieron en silencio las escaleras. Cuando llegaron al pasillo de la tercera planta oyeron un ruido y vieron que Gerd se despedía de una mujer con un rotundo beso en la boca. Cuando acabó le dio una palmada en el trasero y, reparando en la presencia de Martin y Megan, sonrió mostrando aquella horrible dentadura que a Megan le producía escalofríos.

—Bueno, muchachos. Hoy vuestros gritos no me van a poner cachondo porque ya estoy servido.

Megan se ruborizó. Obviamente estaba dejando claro que los días anteriores los había oído y recordó que, cuando ella estuvo esperando a Martin, había oído los sonidos de todos los apartamentos.

Martin no contestó. Se limitó a abrir su apartamento y hacerla entrar. Dejó la

bolsa sobre la mesa y miró en su interior. En efecto, había comida mejicana. Ellos nunca habían ido a un restaurante mejicano. Se preguntó dónde y con quién habría ido ella por primera vez. De nuevo el zumbido de los celos revoloteó en su interior de manera absurda.

Megan empezó a moverse por la cocina buscando las sartenes y el aceite. Él la observaba y el corazón le golpeaba con fuerza. Aquello no tenía sentido. ¿Megan en esa asquerosa cocina mientras se comportaba como una mujercita de su casa? La ira se apoderó de él y sin poder evitarlo soltó un bufido que provocó que ella se girase.

Al verle la expresión se quedó muy quieta. El labio inferior le tembló. Entonces se puso el pelo por detrás de la oreja en aquel gesto infantil.

—¡Maldita sea, Megan! Es ...

—No pienses, por favor. No pienses —lo interrumpió ella.

—¿A qué vienes?

—A lo que tú quieras —respondió ella—. Ya te dije que me daba igual cómo fuera, solo que fuera.

—Muy bien —respondió con brusquedad—, pues desnúdate y ponte en la cama.

Ella aguantó un momento la respiración, pero acto seguido echó mano de una de sus mangas y empezando a bajársela descubrió un sujetador azul. Después lo hizo con la otra manga y el vestido le llegó a la cintura.

Martin masculló unas palabras inteligibles y en dos pasos se plantó frente a ella. Le subió el vestido, pero la pasividad de ella le complicó volver a vestirla. Estaba solo a dos centímetros de su boca.

—No, Martin. Está bien. Quiero hacerlo.

—¿Así? ¿Como una puta?

—No. Como alguien que te desea.

Él se giró impotente y fue hacia la ventana.

—Llama a Axel. Te vas.

Ella se quedó en silencio. A Martin parecía que le iban a estallar las sienas

cuando, de pronto, notó su caricia en la espalda y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Megan pasó las manos por su cintura e hizo que todo su cuerpo se pegase a la espalda de Martin. Él notó sus senos y su cadera. Miró hacia abajo y vio sus manos, que se extendían por su propio abdomen. Unos suaves besos justo en su columna traspasaron la camiseta.

Era imposible resistirse. Intentó fijar la vista en el exterior. Distraerse con algún elemento. Pero la caricia de esas manos pequeñas y temerosas estaba por encima de toda racionalidad.

Se giró con cuidado de no deshacer el abrazo. Megan lo miró y sin darle tiempo a mucho más lo besó en la boca. Él absorbió su beso y se entregó a él. Le cogió la cara con ambas manos y se perdió en su pelo, ese cabello rojizo y suave. Masajeó sus sienes y bajó a su cuello bordeando la mandíbula de ella con el pulgar,

Martin pensó que no le importaría estarse toda la noche besando aquella boca carnosa y suave, pero ella tiró de él y lo llevó al borde de la cama. Sin dejar de besarle percibió cómo tiraba de su camiseta hacia arriba e introducía sus manos calientes por debajo y sintió el contacto de su piel. Abandonó un momento su boca para hacer pasar la camiseta por la cabeza, pero con rapidez volvió a apoderarse de ella, mientras que con un rápido movimiento le deslizó lo que quedaba de su vestido por las caderas.

Entonces la sintió cómo rebuscaba entre sus pantalones. Primero el cinturón, luego el botón y después la cremallera y, cuando lo hizo, sin más preámbulos le cogió el pene con las manos. La temperatura de su piel era más fría y el alivio que notó en un primer momento se convirtió en un gozo increíble cuando ella lo masajeó de arriba abajo.

Él descendió a su sujetador y manipuló el cierre para desabrocharlo. Cuando liberó los pechos quiso ahuecarlos y pellizcar los pezones. Ella se retorció ligeramente y siguió masturbándolo con la mano hasta que perdió el contacto con su boca porque inició un camino descendente por el pecho de él, su abdomen, su vientre... El primer contacto de su boca fue breve, como si fuese

un simple beso sobre su glande, pero enseguida empezó a sentir cómo ella chupaba y cuando lo hacía se relamía con la lengua y cada vez la introducía más en su boca. Con una mano reseguía el camino que su boca dejaba libre y se apartaba cuando volvía a introducirla toda. La otra mano masajeaba sus testículos o se dirigía a sus nalgas con la misma devoción. Martin pensó que aquel momento era embriagador, pero no quería correrse en su boca. Así que, por mucho que le doliera, con las manos empujó su cabeza y salió del interior de su boca.

Entonces hizo que se colocase sobre la cama. La miró unos segundos. Todavía llevaba unas pequeñas braguitas de encaje. Sintió en su corazón tanta ternura como deseo y la acarició con mucha delicadeza hasta llegar al elástico de su ropa interior. Empezó a bajársela y ella ayudó levantando las caderas. Se la pasó muy poco a poco por las piernas, primero por los muslos y después por las rodillas. Ella levantó un pie para facilitar la salida y después el otro. Él acabó de quitarse los pantalones, que tenía semicaídos, y quedó desnudo frente a ella.

Megan lo tomó de las manos y lo condujo hacia la cama. Dejándose caer sobre ella, notó ya la suavidad y humedad de su vulva en su pene. Entonces se introdujo en aquella cavidad aterciopelada y caliente, y se estremeció. No sabía si siempre sentiría esa emoción, pero era tan placentera que no creía que jamás pudiera dejar de estremecerse y deshacerse cada vez que notaba ese calor alrededor de su pene.

Ella puso sus manos sobre sus nalgas urgiéndolo a que se moviera y él no pudo hacer otra cosa más que obedecerla. Lo hizo con movimientos fuertes, pero demorándose unos segundos en su interior antes de salir, como si quisiera profundizar más aquella penetración. Los senos de ella se balanceaban cada vez que se introducía y decidió tomarlos con su boca, para acariciar el pezón con su lengua.

Megan lanzó un pequeño gemido y supo que estaba conteniéndose por el comentario de Gerd, pero él quería oírla gritar, así que arremetió con más

fuerza en las embestidas, restregándose en el contacto más profundo contra su clítoris para estimularlo y sorbiendo al mismo tiempo sus pezones. Ella apretó sus nalgas con las manos y acrecentó sus gemidos intentando apagarlos. Él insistió en la fuerza, en el contacto con su zona más íntima de placer y en el juego de su lengua, y entonces ella ya no pudo contenerse y la oyó lanzar aquellos dulces sonidos incontrolables hasta un último y desgarrador grito que ahogó entre sus manos, que se prestaron raudas a acallarlo.

Martin se sintió feliz al notar su orgasmo. Dejó que ella recuperarse por un momento la respiración sin moverse de su interior y mirándola. Tenía los ojos cerrados, la boca abierta, la expresión del todo relajada.

La besó en la nariz, en la mejilla y en la boca. Megan abrió los ojos y lo miró. Sintió las manos de ella deslizarse de nuevo por su espalda y que elevaba las piernas alrededor de su cintura. Recordó el comentario del vestuario.

«Mía —pensó—. Todos te desean, pero eres mía», y con ese sentimiento de posesión brutal arremetió de nuevo para sentir las ondas del orgasmo segundos más tarde que lo liberaban de cualquier dolor, malestar o amargura, oyendo en su cabeza las palabras que nunca le diría: «Te quiero».

Capítulo 15

Hacía dos días que no la veía y era la primera vez que ocurría desde que, hacía dos meses habían empezado a mantener esa extraña relación. Desde entonces, sus noches se habían convertido en una explosión de placer tanto como en un pozo de vulnerabilidad.

Lo que sentía por ella era tan intenso que no podía evitarlo. Cada mañana, mientras olía el aroma de ella en su almohada, se decía a si mismo que aquella debía ser la última vez, que no tenía ningún sentido seguir manteniendo aquella relación, que debía finalizar y que renunciaría al tercer grado para no verla más. Sin embargo, a medida que pasaba el día, la falta de ella se hacía, cada vez, más insoportable y descuidaba algunas de sus tareas solo por verla de manera fugaz salir de una reunión o acompañar a unos clientes y, después, cuando llegaba a su apartamento, se había pillado varias veces contando hacia atrás los segundos para que el tiempo corriese más rápido y la trajese.

Sus encuentros tenían todos los matices. Entre semana eran casi siempre breves, llenos de besos y de caricias, sin apenas palabras; por la noche, en la oscuridad del apartamento, con gemidos contenidos y sabores dulces. En el fin de semana, transcurrían de día, en las Blue Hills, donde los llevaba Megan conduciendo demasiado deprisa; teñidos del riesgo de ser descubiertos y la morbosidad de las caricias imposibles de reprimir; escondidos en el bosque o en la orilla del Houghton Pond, donde se habían bañado desnudos; llenos de la voz de Megan al explicar su último caso de defensa en la asociación o una

anécdota de cuando era pequeña: soslayando siempre cualquier tema que tuviera que ver con aquel precioso año que habían compartido juntos y los acontecimientos que los habían llevado a la separación.

Tampoco hablaban nunca de Albert ni de su compromiso pese a que Martin sabía que no solo no se había roto, sino que habían determinado la fecha exacta de la boda. El encargado se los había anunciado a todos en una de aquellas reuniones semanales porque la fecha marcaba el plazo límite para finalizar las tareas de la marina seca respecto a los barcos de pesca y comenzar las de las embarcaciones de lujo y recreo. Iba a tener lugar el 10 de abril y la maquinaria de una boda que iba a suponer además el afianzamiento del imperio Tyler se había puesto en marcha con todos los medios disponibles.

Él nunca le preguntaba a dónde iba cuando no estaban juntos y renunció a buscar en ella otros olores. Solo se dejaba llevar. Sin preguntarse demasiado. Sin hacer planes más allá de esa misma noche. Solo respirando cada día lo justo para que llegara el momento en que ella apareciese.

Por eso los dos días se habían hecho tan extraños y tan largos. Megan se lo dijo justo la noche de antes, pese a que imaginó que debía haberse programado hacía mucho. Lo dijo deprisa y evitó hablar de días, utilizando el eufemismo de las cuarenta y ocho horas, como si, dicho así, fuese a ser más soportable.

Había ido sin Albert. Martin lo sabía porque lo había visto por la Tyler. Le pareció que el hombre la echaba tanto en falta como él. Casi con toda seguridad era fruto de su imaginación y su propia obsesión, pero lo vio varias veces caminando distraído y como si no supiera bien a dónde debía dirigirse en cada momento puesto que se detenía en mitad del patio o del vestíbulo del hotel y se quedaba unos segundos sin moverse. La segunda vez fue su secretaria quien lo rescató llamándolo desde la galería y, cuando él alzó la vista, Martin notó cierta tristeza. ¿Era cierto ese sentimiento? ¿Hasta ese punto Megan causaba mella? Le había resultado doloroso verlo así y creer que aquel hombre pudiera estar sintiendo lo mismo que él. De manera habitual no pensaba en Albert ni en lo que significaba que se viera con ella. En realidad,

se limitaba a respirar y a intentar esconder muy dentro de sí el más puro convencimiento de que aquello acabaría en algún momento.

Martin había pensado que, tal vez, esos dos días podían ser una prueba de cómo sería volver a renunciar a ella y recuperar la sensatez de no tener ninguna esperanza ni ninguna expectativa que se alejase del transcurrir de su condena; pero, cuando la primera noche en la que ella no apareció apenas pudo conciliar el sueño, supo que no iba a tomar esa decisión porque no podría.

Ahora estaba con el corazón palpitante, apartando la vista de la ventana solo el tiempo justo para mirar la hora y ver cómo pasaban pesadamente los minutos. No sabía a qué hora llegaría porque tampoco sabía más detalles del viaje; pero sí sabía que, desde que ella le había dicho que iban a ser cuarenta y ocho horas, habían pasado cuarenta y seis y que, aunque fuese una absoluta absurdidad, confiaba en su palabra.

Eran las once de la noche y la temperatura había bajado bastante, lo que demostraba que el otoño en Boston podía ser casi tan frío como sus inviernos. Martin había encendido la calefacción pensando en ella y pese a que prefería no hacerlo durante el máximo tiempo posible dado que su coste corría a su cargo.

Por fin, vio cómo un taxi se detenía en la puerta. En aquello se habían convertido sus noches. En su cara pegada en el cristal mientras esperaba que un taxi se detuviese bajo la ventana. Vio aparecer sus piernas y notó ese tirón en la ingle y cómo se le aceleraba la respiración.

Se dirigió hacia la puerta y la abrió escuchando sus precipitados pasos subir por las escaleras y, segundos más tarde, vio su preciosa cara acalorada y sonriente. Se lanzó a sus brazos y empezaron a besarse expresándose así el anhelo que ambos habían vivido aquellos dos días. Cerró la puerta empujándola con el cuerpo de ella mientras seguía besándola y abrazándola para sentirla en toda su intensidad a su lado.

Ella lo seguía a la zaga en sus besos, mordisqueándole los labios y

alborotándole el pelo. Sin embargo, poco después, las manos de Megan descendieron hasta su pantalón y fue tan diestra en desabrocharle a él la cremallera y el botón como en bajarse ella misma las bragas y tomando su pene lo introdujo en su interior.

Martin pensó que debían ir a la cama. Que, si no se detenía un momento, no iba a poder contenerse. Pero notar ese calor y sentir cómo ella subía una de sus piernas a su cadera y ponía una de sus manos en sus nalgas pidiéndole que no se demorase en iniciar las sucesivas penetraciones fue más fuerte que él y se lanzó a embestirla contra la misma puerta olvidándose de todo y de todos, dejando que su entrepierna gobernase todos sus movimientos hasta el punto que ya ni siquiera la besaba y solo se dio cuenta porque ella le jadeaba al oído «Más, más, más...». Y sin poder evitarlo notó cómo se deshacía en ella en unos pocos movimientos hasta que se vació del todo y tuvo que detenerse.

El jadeo de ella le indicaba que no había podido alcanzar el orgasmo al mismo tiempo. Había sido tan rápido...

—Lo siento. Dame un minuto —le susurró al oído.

Y subiéndola a horcajadas mientras se mantenía todavía en su interior quiso hacer el movimiento de llevarla a la cama.

—Espera —le dijo ella todavía susurrándole al oído—. No pidas perdón. No te voy a excusar. Pero te voy a dar más de un minuto

Entonces deslizándose se apartó lo justo de él y lo miró a los ojos con una sonrisa dulce.

—¿Has cenado? —preguntó entonces ella de nuevo.

—No.

—¡Fantástico! —exclamó risueña—. Súbete los pantalones, que no sé si podré comerme las empanadas que he traído viéndote así.

Martin la obedeció mientras ella, después de acomodarse la ropa y ponerse de nuevo su ropa interior, empezaba a montar la mesa extrayendo de una bolsa, que hasta ese momento él no había visto porque había quedado en el suelo, una serie de paquetes en envases de plástico. Él ayudó poniendo los cubiertos y

los platos, y dudó con los vasos.

—No tengo más que cerveza y agua del grifo.

—¡Ostras! ¡Es verdad! —volvió a exclamar ella—. Si quería comprar vino. Dame un minuto. Bajo al súper.

—No me gusta que bajas a estas horas, Megan.

—Vigíame desde la ventana, campeón —le dijo mientras le daba un beso cariñoso en los labios.

Martin la miró mientras bajaba por las escaleras y en seguida se dirigió hacia la ventana. En verdad no se sentía nada tranquilo cuando la veía salir a la calle en aquel barrio famoso por albergar a los peores delincuentes de la ciudad. Megan se introdujo en el supermercado y durante unos minutos la perdió de vista. Martin miró hacia la mesa y se fijó que ella había puesto una pequeña planta en medio. Ella era así.

Recordó su primera cena juntos. Cuanto había dedicado él a crear la atmósfera perfecta y ahora estaban allí, en aquel horrible apartamento con luz amarilla y paredes que hacía años que necesitaban una mano de pintura. Sin embargo, recordó que el lugar donde él la llevó tampoco era maravilloso. Él creó un lugar en medio de un paraje derruido. Volvió a mirar al supermercado nervioso por si salía. En el cajón de la cocina había un par de velas que había que tenido que utilizar en algún momento cuando se había ido la luz. Se dirigió hacia allí en dos zancadas rápidas y sacó las velas y las dos únicas copas de vino que tenía. Colocó la planta en una bandeja y a cada lado las velas. Las encendió y apagó la luz eléctrica. Fue de nuevo con rapidez a la ventana, justo para verla salir. Entonces, empezó a bajar las escaleras para recogerla a mitad de camino.

Megan le enseñó orgullosa una botella de vino tinto. La etiqueta mostraba que era un vino joven californiano. Tampoco podía encontrar mucho más en aquella tiendecita en plena Chinatown, pero él no necesitaba nada más.

Cuando entraron de nuevo en el apartamento, Megan se quedó petrificada en la puerta mirando las velas. Le temblaba ligeramente el labio inferior.

Después levantó la mirada hacia él, que se había quedado a su lado. No se dijeron nada. Las palabras podrían incluso sobrar en ese momento. Pero los ojos de ella expresaban mucho más que agradecimiento, era un amor tan intenso que Martin se sintió orgulloso de aquel pequeño gesto.

La tomó de la mano y la llevo con suavidad a una de las sillas. La hizo sentarse y le cogió la botella de las manos para abrirla. Notó que la temperatura no era demasiado fría y preparó hielo en un recipiente, aunque la abrió primero y sirvió un pequeño sorbo en cada una de las copas. Después alzó la suya y espero a que Megan hiciera lo mismo.

—Por nosotros —musitó ella haciendo chocar las copas.

Él no contestó. Solo asintió levemente y bebió del vino. Le daba miedo decirlo en voz alta. No quería desear nada. Solo vivir aquel presente y que fuera lo más largo posible.

Entonces ella se relajó. Empezó a desenvolver los paquetes y a esclarecerle qué era cada una de las cosas que había comprado y por qué había pensado que le gustaría. Reía explicando que haber encontrado una tienda de comida preparada del aeropuerto le había parecido extraño, pero disfrutaba aclarando cómo en el interior se distribuían las estanterías por zonas geográficas de todo el mundo y generando toda una teoría sobre por qué motivo los países más al Sur eran más prolíficos o famosos en su gastronomía que los países del Norte.

Después le habló de la ciudad de Washington. Hasta aquel momento él solo sabía que había tenido que marcharse. Ni le había preguntado por qué ni a dónde. No era solo que no le pareciera necesario. Tampoco le hacía nunca preguntas ni buscaba respuestas. Se conformaba con las explicaciones que ella quisiera darle. Era como si creyese que no tenía derecho a formularlas.

Pese a que solo había estado una noche, Megan le contó que era la primera vez que ella visitaba la capital y que se había lanzado casi directa a ver la enorme estatua de seis por seis metros de Lincoln en el monumento que llevaba su nombre. Le enseñó una foto que se hizo con el móvil justo a sus pies para mostrar las dimensiones de aquella masa de piedra y le explicó

algunas anécdotas, no confirmadas, sobre si las manos del presidente asesinado mostraban dos letras del lenguaje para sordos.

También había estado en el Capitolio, aunque la mayor parte de su asombro la centró en la biblioteca y sus más de treinta y seis millones de libros en cuatrocientos setenta idiomas, o en las cuatro copias de la Biblia de Gutenberg y el borrador de la Declaración de Independencia.

Cuando acabaron de cenar, Martin sacó una botella de *whisky* que había comprado hacia unas semanas cuando se había enterado de que a ella le gustaba, de vez en cuando, tomar una copa y poniendo hielo en un vaso lo compartieron como Megan le pidió.

Se sentaron en la cama a tomarlo con tranquilidad mientras ella le explicaba más cosas de aquel viaje relámpago. Cuando parecía que ya había acabado, lo que Martin iba a añorar porque le encantaba oír su voz y la manera que tenía de relatar cualquier pequeña historia, notó que respiraba hondo y se activó en su interior una señal de alarma.

—No te he dicho para qué he ido a Washington.

—No me hace falta saberlo—respondió él.

—Esta vez sí. —Y haciendo una pequeña pausa continuó—: He estado con Esther Zimmerman en el Congreso.

—Creía que era algo de la Tyler.

—No. Hace ya unas semanas que decidí que no viajaría por nada de la Tyler. Si se necesita, ya lo harán otros.

Ese «otros» quizás era «Albert», pero Martin no quiso pensar en ello. La miró y supuso que ella esperaba alguna pregunta por su parte. No tenía muy claro si quería saberlo. Ella se había tomado demasiadas molestias para entretenerlo con otras anécdotas.

—Los republicanos con mayoría en el Senado se han empeñado en modificar la ley penitenciaria.

Lo dijo con rapidez, aparentando una seguridad en la voz que él en seguida intuyó que no sentía. Lo que había ido a hacer, y que todavía él desconocía, le

concernía y lo afectaba.

—¿En qué sentido? —preguntó al fin.

—Han querido suprimir o restringir al máximo el tercer grado.

El corazón de Martin empezó a golpear con demasiada fuerza y notó una sensación amarga en el estómago. El tiempo verbal que Megan estaba utilizando era demasiado indefinido como para poder afirmar si se había producido o no.

—La asociación de Esther, junto con ciento veinte más de todo el país, ha ido estos días para conseguir apoyos entre las filas tanto demócratas como republicanas y, al final, se ha conseguido una enmienda que no es todo lo que se pretendía, pero deja margen a opciones.

—¿Opciones?

—La modificación aprobada entrará en vigor el mes que viene. —Megan hablaba con serenidad, con el tono que tal vez aplicaba en las reuniones de negocios que mantenía en la Tyler, y Martin sintió frío—. Supone que no se podrá acceder al tercer grado hasta que no se hayan cumplido, como mínimo dos terceras partes de la condena.

«Veinte años», pensó Martin. Deberé volver a prisión siete años y cinco meses para poder volver a disfrutar de la pequeña satisfacción de ver algo más que aquellas paredes del patio de la prisión. Deberé volver a prisión y dejaré de tocar su piel.

—Pero, bajo determinadas condiciones, los que ahora están gozando del tercer grado podrán continuar. Se tiene que haber cumplido una tercera parte de la condena, tener buena conducta y estar colaborando en alguna obra social. A partir de ahí, se determinará si se puede seguir disfrutando del todo o los fines de semana se deberá volver a prisión.

Martin se incorporó de la cama. Necesitaba levantarse, tocar el suelo con los pies para recordarse a sí mismo que aquello era la cruda realidad. Lo que había vivido hasta ese momento había sido solo un breve paréntesis ilusorio. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Después la miró a ella. Se había

quedado sentada con el vaso de *whisky* en la mano. La luz de las velas le daba un halo encantador a ese pelo rojo. Estaba preciosa.

—No cumplo las condiciones —dijo.

—Sí las cumples. O las cumplías hace dos meses. Esther hará constar que has seguido colaborando todo este tiempo.

—Eso no es justo. Yo abandoné por voluntad propia la asociación. No quise continuar. Es egoísta querer hacerlo ahora.

—A la puta mierda la justicia y a tomar por culo el egoísmo.

El exabrupto de Megan había sido pronunciado con tanta rabia contenida que a Martin casi le sorprendió más el tono que las palabras soeces en aquella boca. La miró extrañado. Tenía la mandíbula apretada y sus ojos refulgían. Sintió una enorme ternura por ella, aunque se suponía que era él quien se hallaba en el atolladero.

—¿Todo eso ha salido de esa preciosa boca? —le dijo sonriendo.

Ella cambió de inmediato la expresión y se echó a reír. Era una risa nerviosa, casi podía ser el preludio de un sollozo.

—Vas a aceptar volver a la asociación, ¿verdad?

Él la volvió a repasar con la mirada. Desde sus pies descalzos hasta su cabello rojo. Miró cómo sus dedos tocaban el borde del vaso mientras que creyó sentir el frío del hielo en su palma. El vestido se le había subido y se le veía la mitad de sus piernas musculadas. El escote mostraba el movimiento de su pecho al respirar. ¿Cómo podía renunciar a seguir viéndola?

—Mañana por la tarde iré a ver a Esther.

Megan sonrió, levantó el vaso de *whisky* hacia él como si le estuviera dedicando un brindis y bebió. Martin se embelesó mirando cómo aquellos labios carnosos se mojaban con el líquido ámbar y cómo su garganta empujaba el líquido hacia abajo. Se acercó muy poco a poco a la cama y se arrodilló en el suelo, entre sus piernas. Los ojos de Megan brillaron de forma inequívoca, convencidos de lo que iba a pasar en pocos minutos. Quiso, sin embargo, entretener un poco más el momento y le ofreció el vaso de *whisky* para que él

bebiera. Él lo empujó de nuevo hacia la boca de Megan indicándole que prefería verla beber a ella. Megan lo obedeció y, cuando volvió a ver esos labios brillar por efecto del *whisky*, se incorporó un poco y al besarlos notó la frialdad de la bebida y el gusto amargo.

Aquello pareció el detonante de toda una nueva pasión que había surgido pese a que él había podido desahogarse nada más iniciada la noche. Siguió besándola, succionando levemente el labio inferior y dándole pequeños mordisquitos mientras le retiraba el vaso de *whisky* de las manos y lo depositaba en la mesa contigua, después la tumbó en la cama. Entonces, inició la penetración de su lengua, que Megan aceptó abriendo sin reparos su boca para él y, cuando sus lenguas contactaron y se acariciaron el uno al otro, sintió cómo un calambre le recorría todo su cuerpo hasta su pene, que ya clamaba erecto entre sus piernas.

Deslizó una de sus manos por el contorno de ella, bajando por los hombros, llegó hasta unos de sus pechos redondeados, siguió por su cintura y la maravillosa curva de sus caderas hasta llegar a sus piernas. Y de nuevo volvió a subir, esa vez aprovechando el movimiento para arrastrar consigo el vestido que llevaba hasta hacerlo desaparecer de su cuerpo. Se detuvo unos segundos. Llevaba un sujetador y unas tanguas de encaje color champan, que se confundían con su piel nacarada. Volvió a acariciarla de arriba abajo y de abajo arriba, dejando que las yemas de sus dedos palpasen cada poro de su piel, y notó cómo ella reaccionaba a la caricia erizándose todo su vello y desplazando un tanto las caderas hacia arriba.

Decidió que iba a alargar todo lo que pudiera aquel momento y deseó provocarle el mayor placer que hubiera podido sentir en su vida, con la suficiente lentitud como para que se fuera introduciendo en todo su ser.

Volvió a besar aquellos labios carnosos para después iniciar un camino de pequeños besos y mordiscos por su barbilla, el contorno de su cara, su oreja, el cuello, el hombro, el brazo y el hueco de la parte anterior del codo.

Megan, mientras tanto, introdujo sus dedos entre su pelo y, acariciándole la

cabeza, lo estimuló con tanta ternura como pasión. Sentir aquellas caricias le parecía mejor que estar en el cielo. Sin embargo, quiso detenerlas por un momento. Deseaba seguir adorándola como ella se merecía e, imprimiendo cierta presión sobre su espalda, la giró y la colocó boca abajo. Entonces, puso sus rodillas a cada lado de su cuerpo y, colocando sus brazos relajados a lo largo de su propio contorno, inició un masaje por sus hombros.

Recordaba que en sus tiempos de instituto, cuando había competido en los juegos de atletismo, la dirección había contratado a un fisioterapeuta para relajar los músculos, que quedaban engarrotados después de las diferentes pruebas. Fue la única experiencia que él tuvo nunca con ese tipo de masaje y estuvo repleto de comentarios maliciosos de todos los compañeros turbados por lo que suponía el contacto de unas manos masculinas sobre el propio cuerpo. Pero lo cierto era que había sido muy gratificante y además quería cerciorarse de que ese día no iba a haber ni un solo rincón de ella que no hubiera pasado por sus manos o su boca.

El masaje empezó en la base de la nuca y fue descendiendo mientras imprimía un ritmo circular por los omoplatos y por la columna vertebral. La piel de Megan se erizaba de vez en cuando y notaba por su respiración que estaba disfrutando. Además, no se dedicó únicamente a acariciar su espalda, sino que fue depositando tiernos besos aquí y allá. Llegó hasta las lumbares y se maravilló con la suavidad de la piel. Parecía terciopelo y, sin dejar de acariciar, masajear y besar, le retiró las minúsculas braguitas y contempló ávido de pasión las nalgas tersas y delicadas.

Se apartó para seguir un camino imaginario a través de sus piernas, que recorrían tanto sus manos como sus labios, hasta que llegó a sus pies y los acarició con delicadeza, pensando que sostenían una figura maravillosa.

Después volvió a subir a la altura de su cuerpo, la giró de nuevo y la volvió a contemplar durante unos segundos. Estaba por completo desnuda mientras que él continuaba vestido y eso todavía lo excitó más. Parecía una diosa creada para él.

Se dedicó entonces a acariciar sus piernas con la punta de sus dedos y en suaves movimientos circulares, desde el pie hasta sus caderas. Se demoró todo lo que pudo mientras notaba cómo la respiración de ella volvía a acelerarse.

Megan intentó corresponderle alargando los brazos para abrazarlo, pero Martin le pidió calma con la mirada y, respondiendo a su ruego con una caricia también a lo largo de todos sus brazos, los volvió a depositar junto a su cuerpo.

Fue a partir de ahí que decidió que sería ya su boca la que cogería todo el protagonismo y se dedicó a besar y lamer cada porción de sus senos, su vientre, sus caderas; mientras que una de sus manos se dirigió hacia su vulva. Se entretuvo primero en la cara interior de sus muslos, para llegar cuando toda ella estaba tan húmeda que sus dedos se deslizaron con total suavidad.

Siguió con aquella danza durante unos minutos más hasta que las caricias de Megan, que había vuelto a poner sus manos sobre su cabeza, se hicieron más insistentes. Entonces, se apartó unos segundos y, sin dejar de mirarla, se quitó el jersey por la cabeza, se desabrochó el cinturón y, bajándose los pantalones y los calzoncillos al mismo tiempo, se mostró ante Megan con total desnudez y con una tremenda erección contenida desde hacía demasiado rato.

Ella se incorporó antes de permitirle a él que se acostase encima y, manteniéndolo de rodillas sobre la cama, ella, también de rodillas, se le acercó. Fue así como ella inició las dulces caricias que le tenía reservadas. Empezó por su cara, que tocó con suavidad con las yemas de los dedos, repasando todo su contorno. Bajó a los hombros y por sus bíceps, y regresó al centro de su cuerpo para deslizarse por su tórax. Se agachó un poco para besarle en el pecho mientras que sus caricias descendieron moviéndose muy poco a poco hasta llegar a su pene y, mientras lo asía y lo cubría hacia arriba y hacia abajo, su otra mano se desplazó a su espalda y a su culo para acercarlo a ella.

Él hizo lo mismo. Jugueteeó con aquella vulva húmeda e introdujo dos dedos

en su interior mientras que masajeara el clítoris, y la otra mano se hundió en aquellas nalgas aprisionándolas y empujándolas hacia él.

Él se movió ligeramente para sentarse y sentarla a ella a horcajadas sobre él y, aprovechando esa posición, la tomó de la cintura y la hizo descender muy poco a poco sobre su pene para penetrarla con tanta lentitud como fuera capaz mientras miraba su precioso rostro.

Los labios de Megan temblaron al notar cómo su pene se introducía y cerrando los ojos lanzó su cabeza hacia atrás, abriendo algo más la boca para que sus pulmones pudiesen captar todo el aire que sus jadeos intentaban atrapar.

El nivel de excitación era tan alto que Martin temió volver a correrse en breves segundos, pero apretó los dientes y resistió. Aquel momento era para Megan. Era su placer el que buscaba y no el propio. Por ello siguió acompañando aquel baile con sus manos en su cintura y, al tiempo, se lanzó a lamer aquellos preciosos pechos, que le quedaban a la altura de su boca cuando subía su cuerpo y los perdía de manera irremediable cuando bajaba para atraparlo.

El ritmo no se aceleró, pero las embestidas sí fueron cada vez más profundas, más fuertes, más embriagantes.

Los jadeos y gemidos de ambos eran elocuentes. El placer era brutal. El que sentían ambos. Concentrado, sobre todo en aquel punto de unión de ambos, aunque repartido en cada centímetro de su piel. Aquella que había sido mutuamente torturada con lentas y suaves caricias.

Martin sentía cómo todo su ser se deshacía, se licuaba, como efecto de aquel movimiento, pero sabía que iba a resistir. Atento a todos los sonidos de su diosa, siguió lamiendo uno de sus pezones, jugueteando con su lengua aquel botón endurecido por el deseo, y clavó sus dedos en sus nalgas cuando notó las contracciones de ella alrededor de su pene. Aquellas contracciones que indicaban, sin ninguna duda, que estaba teniendo un orgasmo.

Entonces, justo cuando ella lanzó un último gemido de placer, él eyaculó y

necesitó dos o tres embestidas más para que todo aquel líquido saliese de él y mojase todo el interior de ella.

La cara de Martin quedó sumergida entre los pechos de Megan, intentado recuperar el aliento, mientras que ella acariciaba su cabeza introduciendo sus dedos a través de su pelo. Sin duda, la felicidad era aquello.

Capítulo 16

Megan sentía un enorme dolor de cabeza. Era tan intenso que no podía pensar en otra cosa, aunque de pronto se dio cuenta de que estaba todo demasiado oscuro y sintió terror. Intentó concentrarse en cualquier cosa que estuviera más allá de ese horrible dolor y de la escalofriante oscuridad y, entonces, escuchó una especie de pitido agudo pero intermitente, casi con una cadencia musical. Pensó que debía aferrarse a aquel sonido para huir del oscuro padecimiento e intentar descubrir qué lo originaba.

Se dio cuenta de que provenía de algún sitio a la derecha y por encima de su cabeza, así que intentó moverse hacia allí. Entonces el pánico volvió a apoderarse de ella puesto que se dio cuenta de que estaba atada de manos y pies, y fue en ese momento consciente de que estaba tendida horizontal. No sentía dolor en la espalda, por tanto, no era suelo lo que había bajo ella.

Quiso entonces pedir ayuda; pero algo estaba atenazando su boca y su garganta. ¡Dios mío! Casi no podía ni respirar. Volvió a intentar mover manos o pies. Era imposible. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Parece que se mueve.

El sonido de esa voz desconocida tan cerca de ella la desconcertó. ¿Dónde estaba? ¿Por qué ella no veía nada si alguien la estaba viendo? ¿Cómo podría comunicarse con esa persona? Volvió a intentar deshacerse de lo que le estaba aprisionando las manos y los pies. El pitido persistía. Su boca parecía estar ocupada con alguna cosa que le impedía hablar. El dolor agudo en su cabeza

parecía que se incrementaba. La oscuridad...

Entonces se dio cuenta de que tenía los ojos cerrados. ¿Era esa la causa de la oscuridad? Fue a abrirlos y notó como si sus párpados pesasen por encima de lo normal. Sin embargo, no se rindió, pese a la tortura que estaba suponiendo para su cabeza, se concentró ahora en ese movimiento y poco a poco notó cómo la claridad entraba en su interior.

Unas sombras difusas se estaban moviendo a su alrededor y entonces volvió a oír aquella voz de manera más clara.

—Sí. Está abriendo los ojos.

Frente a ella había una mujer con expresión amable y vestida de blanco. Parpadeó un par de veces para deshacerse de esa especie de telaraña que le estaba nublando la vista. Entonces se dio cuenta de que había también otra mujer a su lado. Si la primera tenía el pelo rubio, esta era morena; pero también parecía afectuosa. Entonces fue consciente de dónde estaba. Aquello era un hospital.

—Hola. Por fin consciente, querida —le dijo la mujer morena.

Fue a hablar, pero su boca seguía ocupada por lo que le parecía que era un tubo.

—No intentes hablar. Solo asiente o niega. ¿Te duele algo?

Megan asintió. Su cabeza seguía martilleando.

—¿La cabeza?

Volvió a asentir

—¿Algo más?

Intentó pensar en el resto de su cuerpo. Más allá de seguir notando sus pies y sus manos atados, no parecía ser más consciente del resto. Movié la cabeza negando.

—Ahora, en tres segundos, te voy a pedir que soples con fuerza. ¿De acuerdo?

Megan asintió, pero se sintió un tanto confusa. ¿Soplar?

—Uno, dos y tres. ¡Sopla!

Entonces sintió cómo aquello que le aprisionaba su boca empezaba a moverse por su garganta, no sin cierta resistencia. Así que se concentró en expulsar el aire como le habían pedido, hasta que en pocos segundos notó cómo estaba liberada.

—¡Dios! —exclamó y después de respirar en profundidad un par de veces miró a la que le pareció su salvadora y le preguntó—. ¿No puede liberarme también las manos y los pies, por favor?

—Claro que sí, querida. Pero recuerda que tienes ambos brazos con goteros. Es decir, procura no moverlos demasiado.

Las dos mujeres manipularon las correas mientras Megan miraba a su alrededor y, en efecto, en ese momento se dio cuenta de que había diversas bolsas de plástico colgadas en unos soportes por encima de la cama.

—Vamos a quitarte uno de los goteros porque ahora que ya estás consciente no hará ninguna falta —volvió a hablar la mujer morena.

—¿Qué ha pasado? —balbuceó Megan.

Las dos mujeres detuvieron sus movimientos y se miraron por unos segundos.

—¿No recuerdas nada?

—Nnnnn ... No... Es imposible con este dolor de cabeza.

—¿Puedes decirme tu nombre?

—Megan —respondió ella.

Pero de verdad lo había dicho sin ser demasiado consciente. Como si hubiese surgido de manera automática y no por ello ser una información conectada a nada más. Intentó escarbar en su interior y se dio cuenta de que no había mucho más. El corazón le empezó a latir con fuerza y, en consecuencia, también sonaron más fuertes los pitidos. Ahora lo entendía. Estaba conectada a un monitor cardíaco. Pero, si sabía cómo se llamaba aquel aparato, ¿por qué no sabía nada más?

—¿Cuántos años tienes, Megan?

—Veintisiete. —La respuesta volvió a aparecer de manera automática. Ya

había algo más en su interior: «Megan», «monitor cardíaco», «veintisiete», «hospital»...

—¿En qué año estamos, Megan?

Eso parecía algo más difícil. Se concentró. Debía de saber aquel dato. Era un dato cotidiano. «Cotidiano», eso sí lo sabía. Empezó a aterrorizarse de nuevo, ¿qué ocurría con su mente?

—No te preocupes, Megan. La información irá apareciendo. —Aquella mujer parecía saber con exactitud qué le estaba pasando por dentro—. Pero has sufrido una fuerte conmoción con fractura de cráneo y has estado dos días en coma. Eso supone un tremendo *shock* y tu mente debe ir asimilando las cosas poco a poco. ¿Lo entiendes? Ahora mismo estás en la unidad de vigilancia intensiva y seguirás aquí como mínimo dos o tres días más, hasta que estemos seguros de que todas las consecuencias negativas de un golpe así han desaparecido.

Megan volvió a asentir, pero la información había sido tan excesiva como escasa. ¿Fractura de cráneo? ¿Dos días en coma? Pero ¿cómo?

—Ahora vamos a suministrarte un sedante para que vuelvas a dormir. El sueño es un gran reparador de mentes, ¿lo sabías, Megan?

Y en milésimas de segundo notó cómo sus párpados volvían a pesar tanto que fue imposible mantenerlos abiertos.

Se vio a sí misma corriendo rodeada de palmeras y césped. Le gustaba la sensación que le daba practicar ejercicio. Se sentía liberada y relajada. Su ritmo era cómodo. No sentía ninguna molestia en las piernas y su respiración era rítmica. Corría por un camino paralelo al mar, con palmeras y arena blanca, y creyó que aquello era la playa de San Francisco, donde muchos fines de semana se escapaba. Sin embargo, algo no encajaba y si tardó en darse cuenta fue porque el detalle era demasiado sutil. Se trataba del sol. Algo en su interior le decía que eran las primeras horas de la mañana y, sin embargo, el sol estaba sobre el agua. A escasa altura. En San Francisco el sol aparecía por detrás de la ciudad y se escondía en el mar. Entonces, de repente, la arena se

transformó en cemento sólido y las palmeras en enormes grúas de hierro. No era normal y se dijo a sí misma que debería extrañarse, pero no se sentía mal o temerosa. Seguía notando el ritmo de su respiración coordinado con el de sus piernas y le pareció que todo eso era lo que necesitaba para ser feliz.

Al final del camino que estaba siguiendo vio la figura de un hombre que parecía saludarla moviendo los brazos y, por un momento, quiso desviarse del camino para no llegar hasta él. No sabía por qué, pero algo le decía que debía apartarse de aquella persona y buscar otro sendero. A su derecha discurría el mar. A su izquierda, un enorme muro de cemento gris le obstaculizaba cualquier huida. Seguía acercándose y el hombre seguía haciéndole aspavientos, aunque ahora ya podía ver incluso su sonrisa. No era alguien a quien temer y, pese a ello, Megan estaba convencida de que debía evitar llegar a ese destino. Debía encontrar la manera de desviarse porque parecía que estaba fuera de toda posibilidad detenerse o retroceder sobre sus propios pasos. El avance era inexorable. El hombre estaba ya muy cerca. Su sonrisa era abierta y franca. Sus brazos seguían moviéndose, pero parecían prestos a darle cobijo en un abrazo. Pero los ojos, que ya podía distinguir con absoluta claridad, parecían estar apagados y muertos, pese a que eran azules como el mar. Cómo un color tan bonito podía ser tan insípido. Parecía como si les faltase luz. Ella seguía corriendo hacia él y quedaban solo unos veinte metros para llegar, entonces, la cara cobró significado. Era Albert y, en ese momento, sí sintió terror. Terror de sí misma por los sentimientos de rechazo que aquel ser bondadoso le estaba generando.

Cuando ya solo quedaban cinco zancadas para llegar donde estaba él y, sin frenar el ritmo que llevaba, oyó un estruendo, como de algo que se quebraba con gran estrépito, después gritos y de golpe una sombra oscura y gigantesca se abalanzó sobre ella. Iba a morir. Lo sabía. Albert se había volatilizado, como si hubiese sido todo el rato una figura de humo, y la sombra gigantesca se le acercaba mientras que aquel sonido grave y profundo y los gritos de fondo continuaban. Hasta que, de súbito, notó un abrazo. Unos brazos la

recogían y parecían transportarla volando. Se sentía segura, cómoda y protegida y, al mismo tiempo, un olor se introdujo en su nariz. Era un aroma conocido que le erizó toda su piel. El vuelo duró apenas unos segundos y de golpe sintió un tremendo dolor de cabeza y, al mismo tiempo, reconoció el olor y a quien pertenecía.

—¡Martin!

El grito había brotado en verdad de su garganta y la impresión de las imágenes que acaban de pasar por su mente seguían allí, vívidas, pese a que estaba semiincorporada en aquella cama de hospital, sintiendo de nuevo aquel horrible dolor de cabeza e intentando recuperar el ritmo normal de la respiración.

—Vamos, vamos, tranquilízate. —Era la mujer rubia, que había aparecido como por arte de magia en la habitación.

—¡Martin! —volvió a exclamar Megan.

—Relájate, Megan, vas a sacarte el gotero si continúas moviéndote así.

—¿Dónde está Martin? ¿Qué le ha pasado?

—Megan, por favor, tumbate en la cama. Respira hondo. Voy a llamar para que me ayuden y te daré otro calmante, ¿de acuerdo?

No. No estaba de acuerdo. No quería otro calmante. Solo quería saber si Martin estaba bien. Megan miró con desesperación a aquella mujer, pero de pronto se dio cuenta de que, si no la obedecía, en verdad le inyectarían cualquier otra cosa y no podría reaccionar de forma consciente. Intento serenarse como le había pedido y se concentró en respirar de manera acompasada.

—Muy bien, Megan, muy bien —dijo la mujer satisfecha consigo misma.

Megan se concentró en escuchar la cadencia del monitor cardíaco. Estaba conectada a él y, por tanto, era una prueba sonora de su estado nervioso. Se alegró de oír cómo poco a poco los pitidos se espaciaban más. Cuando creyó que podía considerarse un ritmo normal y, antes de que la mujer acabase el ademán que había iniciado de marcharse, se dirigió a ella.

—Perdone, ¿usted es mi médico?

—No, Megan, soy la enfermera de planta. Llámame Lucy. ¿Estás mejor? ¿Te duele algo?

—He tenido un mal sueño, creo, y me sigue doliendo la cabeza, pero ya estoy mejor.

—Me alegro —respondió Lucy—. La doctora Jones pasará a verte en una horita más o menos. No creo que sea necesario llamarla antes, ¿no?

—No, no. Ni mucho menos. Ya estoy mejor, Lucy.

—Muy bien pues...

—Pero una pregunta, Lucy. —Intentó formularla sin demasiada ansiedad—. ¿Me ingresaron sola? Quiero decir, creo que hubo otra persona implicada en el accidente, ¿verdad?

—¡Aha! Tu memoria se está recuperando bien, tal y como había pronosticado la doctora Jones. ¿Recuerdas el accidente?

—Más o menos, Lucy. Creo que fue todo tan rápido. Pero dime, ¿hubo alguien más?

—Sí, uno de los trabajadores de la Tyler —respondió la enfermera—. Al parecer, él evitó que quedarás aprisionada por el barco que se salió de las cunas en la marina seca.

—¿Resultó herido? —El sonido del monitor había incrementado el ritmo.

—Sí. Han tenido que operarlo dos veces.

—¿Dos veces?

—Sí. Perforación de pulmón. Las costillas rotas siempre dan problemas. Pero creo que ya está bien.

—¿Sabes su nombre, Lucy? ¿Es Martin Grisham?

—Pues, eso no lo sé. Puede averiguártelo. ¿Lo necesitas?

—Sí, por favor.

Megan deseó que su voz no hubiera sonado tan angustiada como ella misma la había percibido, pero no había podido evitarlo. Vio cómo Lucy salía de la habitación orgullosa de poder atenderla. Toda la pared frontal era de vidrio,

así que no la perdió de vista mientras se dirigía al mostrador y tecleaba algo en el ordenador. Segundos más tarde levantó la vista, sonrió y levantó el pulgar en señal de satisfacción. Se dirigió de nuevo hacia la habitación.

—Muy bien, Megan. Tu memoria es perfecta. En efecto, se trata de Martin Grisham y te puedo confirmar que la última operación se realizó hace doce horas y que su pronóstico es estable, aunque siguen considerándolo un código naranja.

—¿Código naranja? ¿Qué significa eso?

—¡Oh! No te preocupes. No es un código rojo. Es un enfermo que ha de superar unas horas para poder determinar, finalmente, su restablecimiento.

—¿Se lo puede ver? —La ansiedad volvía a dominar su voz.

—Los enfermos que estáis en cuidados intensivos tenéis restringidas las visitas. Dos horas cada día. De quince a diecisiete horas. Tú saldrás mañana de aquí, pero pasarás a planta. Entonces podrás tener compañía durante todo el día y tú misma podrás moverte con más libertad.

—Lucy, necesito verlo. Tengo que agradecerle que...

—Pero, Megan, ya te digo que es imposible...

—Estará cerca si ambos estamos en cuidados intensivos, ¿no?

—Bueno... no del todo. Megan, esto es el ala privada de la Fundación Counter. Martin Grisham está en el ala pública. Ambas se comunican, pero están en extremos opuestos.

—Lucy. —Megan le cogió la mano buscando la mayor proximidad y confianza de aquella enfermera—. Es muy importante que lo vea. Yo... yo... Me ha salvado la vida, Lucy. Por favor. Es un momento, si tú me ayudas.

Lucy pareció dudar, pero Megan se dio cuenta de que estaba intentando planear cómo hacerle ese favor. De pronto, vio una sonrisa y supo que la había convencido. Minutos más tarde estaba siendo transportada en una silla de ruedas que permitía mantener el gotero colgado de una percha especial. Había tenido solo unos segundos para mirarse en el espejo del baño y lo que había visto no le había gustado nada. Su aspecto era bastante deprimente. El pelo

despeinado estaba levantado con una goma para permitir el vendaje en la base de su nuca, allí donde se había dado el golpe. Aunque debía agradecer que no la hubieran rapado. El camisón que llevaba era el oficial del hospital y las zapatillas que le había conseguido Lucy, con no demasiado acierto, eran como mínimo dos números más.

Por fin llegaron al sector público. La diferencia esencial era que las habitaciones no eran individuales; pero lo cierto era que ni en uno ni en el otro espacio podía haber nada de privacidad, puesto que todo estaba orientado a que los enfermos pudieran ser vigilados y controlados en todo momento.

Lucy la introdujo en una de las salas donde había cuatro enfermos, cada uno de ellos conectado a un monitor y, en dos de los casos, incluso a un respirador artificial. Empujó la silla hasta la cama más alejada de la pared de vidrio y Megan enseguida reconoció a Martin, que tenía los ojos cerrados, parecía respirar de manera relajada y estaba tan solo cubierto con una sábana a partir de su cintura, mientras que un vendaje bastante amplio le tapaba el pecho.

Megan tomó una de las manos de Martin y sintió su calor. Le acarició el dorso con cuidado y sintió unas enormes ganas de llorar. No podía soportar verlo allí. Si le ocurría algo, ella no iba a poder soportarlo. Ya no más. Había llegado al límite de su capacidad de soportar dolor. Y había llegado al límite de sus fuerzas. Solo quería estar con él.

Notó cómo la mano lánguida de él cobraba vida y al mirarlo a la cara vio cómo abría, poco a poco, los ojos. Entonces se incorporó para acercarse más y que él no tuviera que hacer ningún esfuerzo. Cuando la reconoció los ojos le brillaron. Le encantaba aquella mirada.

—Megan —susurró él, quizás como consecuencia de su estado, que no le permitía alzar más la voz.

—Sshhh. No te esfuerces —respondió ella—. Tienes que guardar fuerzas para ponerte bien.

—Megan —volvió a repetir él—, no he dejado de preguntar... Me dijo una enfermera que habías perdido la memoria.

—Jamás podría olvidarme de ti.

—Creí que te perdía.

—Sigo aquí. Gracias a ti. Me salvaste la vida.

—No hay nada que agradecer.

—Todo. Hay que agradecerlo todo.

Martin apretó los labios como si estuviese enfadado y desvió la vista hacia el exterior. Después volvió a mirarla y dulcifico la expresión. Megan sintió como si su corazón se paralizase.

—Megan. —Se oyó la voz de Lucy—. Al final nos pillarán.

Martin pareció entonces reparar en la enfermera, que se había quedado solo unos metros más allá.

—Mañana me pasan a planta —dijo entonces Megan—. No sé cuándo o cómo podré volver a escaparme. Pero lo haré, ¿de acuerdo?

Dos días más tarde, Megan seguía sin ver la manera de deshacerse de la continua presencia de su padre, o de Albert, o de la hermana de Albert, o de cualquiera de los padres de Albert. Parecía que habían decidido hacer guardia en su habitación y, por más que ella insistía en que podía quedarse a solas, permanecían con la sonrisa inalterable y le cambiaban de tema.

Desistió de esa opción y se concentró en obtener el alta convencida de que, en ese caso, tendría más libertad de movimientos. Sin embargo, el médico no parecía dispuesto hasta que hubieran hecho miles de pruebas más, tan innecesarias como caras.

Así que, cuando apareció Lucy para llevársela a hacer una resonancia magnética, no tuvo ninguna sospecha y solo cuando estuvieron fuera de la vista y oído de su padre, que en ese momento estaba de guardia en su habitación, la enfermera le susurró:

—No para de preguntar por ti.

Se dio cuenta de que aquella era su ángel de la guardia y casi se echó a llorar.

El encuentro fue casi igual de breve que el primero; pero Megan vio a un

Martin mucho más restablecido y esa apariencia se confirmó cuando el médico, que apareció justo en esos momentos, le informó que pasaría a planta al día siguiente y que esperaba que en un máximo de seis o siete días más pudiera ir a su casa.

A partir de ahí, Lucy se convirtió en la confidente y en la mejor valedora de sus encuentros. La recogía de la habitación con cualquier excusa y la llevaba a la sala colectiva donde Martin se restablecía, y podían estar unos minutos.

Nadie parecía extrañarse de que no fuera un celador quien moviese a la paciente, como ocurría en la mayor parte de las verdaderas pruebas médicas, y tampoco parecían notar la ausencia de los resultados de todas las veces que se la habían llevado.

El día que a Megan le daban el alta, se escabulló por su propio pie y llegó justo momentos antes de que se lo llevaran a él a hacerle la última radiografía, que debía confirmar que el progreso era bueno. Le pidió al celador unos instantes y este, accediendo, aprovechó el tiempo para acabar de recoger unos historiales que también tenía que llevar a secretaría.

—Martin —dijo Megan con precipitación, sabiendo que solo tenían unos segundos—, te vendré a buscar cuando te den el alta.

—Si no puedes, no pasa nada—le respondió él.

—Pero podré...

—¡Megan! —Era la voz de Albert y tanto Megan como Martin se giraron al unísono para verlo en la puerta—. Llegaba justo cuando salías de la habitación...

—Sssí... sí. Estooooo... Te presento a Martin Grisham.

Albert, tan educado como siempre y pese a que con su mirada parecía querer preguntar muchas más cosas, tendió la mano hacia Martin quien, sentado en la silla de ruedas que se lo iba a llevar, estaba muy tenso.

—Él es... el señor Grisham es quien me salvó...

—¡Hombre! —La expresión de Albert cambió de manera súbita y mostró una sonrisa completa—. ¡Había preguntado por usted! Si no había venido hasta

ahora a agradecerle lo que hizo por mi prometida ha sido para no incomodarlo en su convalecencia. Tenía pensado que cuando regresara a la Tyler le haría todo un homenaje. Y he escrito a las autoridades penitenciarias para solicitarles que lo tengan en cuenta para lo que tenga que ser.

—No será necesario. No debe molestarse.

—¿Molestia? Señor Grisham, ha puesto usted en peligro su vida para salvar a quien para usted es una completa desconocida, pero que es mi vida entera. Nada de lo que haga será suficiente.

En ese momento entró el celador y reparó en la presencia de Albert.

—Ya no puedo esperar más —dijo.

—Claro, claro —respondió Megan—. Albert, dejémoslos. Se han de llevar al señor Grisham a hacerle una prueba.

Albert volvió a tenderle la mano a Martin para luego, acto seguido, abrazarla a ella con un gesto tan posesivo que Martin tuvo que morderse el labio. Megan se deshizo del abrazo y salió de la habitación murmurando una despedida rápida y Albert tuvo que seguirla casi corriendo.

Quince días más tarde Megan estaba recogiendo a Martin en el taxi de Axel. Hacía mucho frío. Faltaban solo un par de días para Navidad y estaba todo nevado. El apartamento estaba congelado y tardaron más de media hora en empezar a notar algo de la calefacción porque parecía estar bloqueada y no expulsaba aire caliente con la suficiente fuerza.

Martin quiso ayudarla mientras ella intentaba preparar algo de comer, pero las fuerzas lo abandonaron en cuanto pretendió incorporarse de la cama. Ella lo regañó con cariño y quiso dejarle claro que estaría al mando durante aquellos quince días que había prescrito el médico.

Se había vestido con un estrecho pantalón de ante de color beige, que le realizaba la figura tanto como unas botas sin tacón. Encima, un jersey de cuello alto y ceñido a su cuerpo, y otro a cuadros marrones por encima y que le llegaba hasta la cadera. Parecía una preciosa y elegante amazona.

Ninguno de los dos había hecho referencia al encuentro con Albert, aunque

estaba claro que estaba en el ambiente y fluía entre los dos.

Megan preparó la mesa y justo cuando iba ayudarlo para llevarlo hasta la silla, llamaron a la puerta. Ninguno de los dos se alarmó o sospechó, ya que ambos creyeron que se trataba de Gerd y, aunque Megan no se sentía demasiado cómoda con él, sabía que no era un tipo peligroso.

Sin embargo, quien apareció en el umbral de la puerta fue la siniestra figura de Ewan Sandler, el agente de la condicional, quien entró sin esperar a que le dieran permiso.

—Vaya, vaya —dijo con una voz fingidamente amable—. ¿Ya tenemos al héroe restablecido? Y, por lo que veo, bien acompañado.

—Ella se iba ya —respondió Martin mientras se incorporaba con dificultad.

Sandler hizo un sonido que recordaba a un chasquido con la boca mientras negaba con la cabeza.

—De aquí no se va nadie hasta que lo diga yo, ¿estamos?

Megan sintió un escalofrío. Aquel hombre era por completo repugnante y no solo por su aspecto, con ropa sucia, pelo grasiento y dientes amarillos, sino porque su mirada y su sonrisa eran aterradoras.

—Grisham, no se ponga nervioso —continuó hablando—, solo se trata de una visita de cortesía. Estaba muy preocupado por usted después de su accidente. Pero ya que estoy aquí, deberá permitirme que hagamos un pequeño reconocimiento, ¿no le parece? Debo cerciorarme de que no se incumple ningún precepto legal, incluyendo la prostitución que, como recordará, está prohibida en Massachusetts.

Había dicho aquello mirando de hito en hito a Megan con una media sonrisa en la boca. Ella lo miró también a los ojos e intentó transmitirle toda la ira y desprecio que sentía en ese momento. Martin estaba muy tenso y tampoco perdía el contacto visual con el agente; sin embargo, su respiración denotaba que le estaba constando trabajo mantenerse erguido. Las secuelas de las dos operaciones eran todavía patentes.

—Caramba con la gatita —dijo entonces Sandler—. ¿Esa miradita es la que

pones cuando te están follando, putita?

—Por favor, Sandler —rogó entonces Martin de nuevo adelantándose a Megan, que parecía querer contestar—, déjela marchar. Ha venido tan solo para ayudar a instalarme

El agente no respondió, pero dejó de mirarlos y desvió la vista hacia la mesa donde estaba parte de la comida que pensaban tomar. Se acercó y cogió un trozo de la empanada. La mordisqueó y volvió a dejarla en la mesa. Megan pensó que antes moriría que comer lo que había pasado por la sucia boca de aquel ser.

Entonces Sandler avanzó unos pasos y tomó la bolsa donde estaba la fruta que habían comprado en el supermercado antes de subir. Hizo que todo el contenido se desparramase por la mesa con tal brusquedad que parte cayó al suelo. Sin preocuparse por recogerlo caminó hacia el armario ropero, lo abrió y sacando la poca ropa que tenía Martin la tiró también al suelo.

Megan fue a protestar, pero Martin le tomó la mano y la miró. Sus ojos parecían implorar silencio. Ella sabía que aquella actitud era ilegal. Era abogada. Formaba parte de uno de los bufetes más importantes de Boston. Solo con un gesto podía empapelar a aquel tipo. Pero, si ella desvelaba quién era, su relación con Martin se iría al traste, debería dar un sinfín de explicaciones y para la mayoría de ellas no tenía respuesta posible. Además, la situación de Martin era más precaria. Los informes de aquel sujeto podían provocar que volviera a la cárcel. Se mordió la lengua.

El tipo siguió tirando al suelo todo lo que se fue encontrando en cada uno de los armarios que iba abriendo. Por fortuna, no había demasiados, pero como la habitación también era pequeña, pronto el suelo estuvo cubierto tanto de ropa como de útiles de cocina, los geles de baño, la pasta de dientes, las pocas reservas de comida que acostumbraba a haber... Llegó a la cama y la deshizo de un manotazo. Después levantó el colchón y bajo este apareció una carpeta grande, como las que se utilizan para llevar láminas de pintura. Megan miró a Martin. ¿Por qué tenía algo escondido bajo el colchón? Él seguía tenso sin

apartar la vista de los movimientos del agente, con los labios casi blancos de tanto apretarlos.

Sandler sonrió ante el descubrimiento. Parecía satisfecho de haber encontrado algo sobre lo que justificar su incursión.

—¿Qué tenemos aquí, Grisham? ¿Secretitos?

Abrió la carpeta y vació el contenido sobre el somier de madera. Cayeron unos veinte sobres que correspondían a unas veinte cartas con su sello y matasellos bien colocado. Megan no dudó un minuto cuando las vio. Era su letra. Eran sus cartas. Las que le había enviado mientras estuvo en prisión. Todas sin abrir.

—Pero... —Sandler parecía decepcionado—. ¿Qué carajo es esto?

Martin seguía sin responder. Entonces el agente la volvió a mirar a ella que, todavía sorprendida antes la visión de aquellas cartas, se había olvidado de todo lo demás.

—Ponga las manos sobre la mesa y abra las piernas, señorita —dijo Sandler.

—Por favor, agente. —La voz de Martin sonó trémula—. Déjela. Ella no...

—¡Silencio! ¿O debo pensar que esto es resistencia a la autoridad? —Y sacó un revólver de su cintura.

Megan se asustó. Aquello podía acabar muy mal. Martin debía calmarse y así se lo suplicó con la mirada mientras obedecía las órdenes de Sandler, de manera que siguió manteniendo el contacto visual con Martin ahora que aquella posición le obligaba a tenerlo de frente.

El agente se colocó por detrás y con más lascivia que profesionalidad inició el cacheo. Megan notó sus asquerosas manos por todo su cuerpo, deteniéndose más de lo debido en sus pechos. Después descendió hacia sus caderas y manoseó sus nalgas para después dirigirse hacia sus genitales. Megan siguió fijando su vista en Martin suplicándole con la mirada que no hiciera nada, que se mantuviera quieto. Martin temblaba. Ira, furia, impotencia... todo estaba concentrado en su mirada.

—La tienes calentita, gachón —dijo Sandler.

Pero acto seguido apartó las manos de su cuerpo. Después pronunció un escueto «Ya volveré», que sonó más a amenaza que ha despedida.

Megan cerró los ojos y soltó el aire que había contenido todo aquel tiempo. Permaneció, sin embargo, en la misma posición y solo cuando oyó la puerta de la calle se atrevió a moverse para comprobar que, en efecto, se había ido.

Miró hacia Martin y avanzó unos pasos hacia él, pero la mirada que le dirigió la dejó petrificada. Era tan fría, tan ausente de bondad, tan dura...

—Olvidemos esto —empezó Megan a hablar.

—No. Se acabó.

—¿El qué? Esto ha sido una...

—Megan, no quiero verte nunca más. No vuelvas nunca más. Desaparece de mi vida.

—¿De qué hablas? —La voz de ella había sonado más implorante de lo que le hubiera gustado, pero estaba aterrada, aquella vez no veía ninguna posibilidad.

—Hablo de que ya hemos tenido bastante.

—Esto que ha ocurrido no tiene por qué...

—¡Sí! —Martin había gritado y Megan se sorprendió—. ¡Tiene todo que ver! ¡Tu presencia aquí, tu miradita de desprecio, la mirada de los Morton! ¡Eso! ¿Me oyes? ¡Eso es lo que lo ha provocado!

—Martin, yo...

—¡Joder! ¡Déjame en paz! ¿No has tenido bastante? Ya has tenido tu aventurita, ¿no te parece? Ahora, por favor, cástate con tu inocente príncipe azul y déjame tranquilo.

—Si tú me pidieras que yo no...

—¿Qué te tengo que pedir? ¿No te estoy pidiendo que me dejes en paz desde el principio? ¿No entiendes lo que significa la palabra «NO»? ¿No fui suficientemente explícito al principio?

—Pero después... —Megan balbuceaba y debía retenerse para no romper a

llorar en aquel momento. La reacción de Martin era tan exagerada. Era como si, de pronto, hubiera aparecido otro ser en su lugar.

—¿Después qué? ¿Podía negarme? ¡Eres una Morton! ¡De los Morton dueños de donde yo estoy cumpliendo mi tercer grado! ¿Podía negarme? ¿Sabes? A eso, en los sueños de ricos, se lo llama acoso, pero yo no puedo decirlo, ¿verdad? Las consecuencias de que te denunciara solo podían joderme a mí, ¿tenía alguna opción?

Las palabras pronunciadas entraron en la mente de Megan como si hubiese entrado en su interior un frío glaciar. Su corazón se ralentizó y, de pronto, se vio a sí misma a la luz de aquella verdad. ¿Lo había estado acosando? ¿Así veía él lo que había ocurrido durante aquellos dos meses?

—Dios mío, Martin. —La voz le salió en un susurro—. Lo siento. Lo siento mucho. Nunca hubiera querido... Jamás pensé que... ¡Dios! Lo siento, de verdad. Te prometo que no volveré a molestarte. Yo...

Pero no pudo hablar más. Notó un horrible dolor en la garganta y los ojos parecían a punto de estallarle. Se dio media vuelta, bajó corriendo las escaleras y no dejó de correr hasta que sus pulmones no estuvieron a punto de reventar. Se detuvo. Miró a su alrededor. Vio un taxi. Lo llamó y se introdujo en su interior. Se iba a su casa.

Capítulo 17

«Cóctel de bienvenida a las 20.00 horas».

Megan dejó la tarjeta sobre el tocador y se miró al espejo. Tenía ojeras alrededor de los ojos y había adelgazado sin lugar a dudas. Por mucho maquillaje que se pusiera iba a ser difícil disimular aquello.

Oyó cómo Albert cerraba la ducha. Iba a salir de un momento a otro y se molestaría porque todavía no estaba vestida ni arreglada. Quería decirle que se negaba a ir a una sola fiesta más, a tener que saludar, sonreír, preguntar por el tiempo o por la marcha de los últimos negocios. Sin embargo, sabía que su propuesta estaba condenada al fracaso. Para Albert, ir a aquellas fiestas formaba parte del trabajo y de su desmesurada ambición por continuar creciendo y ampliando el negocio. Y era cierto, no podía negarlo. Uno o dos nuevos clientes solían hacerse; pero Megan ya no lo soportaba más. Aquella no era la vida que había imaginado. ¿Cómo podía haber estado tan ciega? ¿Qué había ocurrido con su mente desde que lo conoció? ¿Qué la unía a Albert?

A través del espejo vio salir a su marido. Llevaba la toalla alrededor de la cadera, lo que dejaba al aire todo su torso. Estaba bien hecho, sin duda. Las sesiones diarias de gimnasio daban sus resultados, no podía negarlo. Era una especie de adonis, construido a la perfección por fuera, pero del todo hueco por dentro. Tan solo funcionaba como un autómatas programado para hacer dinero. Todo su físico parecía estar dirigido a agradar; pero el objetivo solo

era el que era. Siguió mirando sus músculos, su tórax, sus antebrazos, sus hombros... Al llegar a la cara se dio cuenta de que él también la miraba. Aunque por su expresión sabía que había malinterpretado su fijación y lo peor era que le había generado expectativas. Esa mirada lo decía todo: quería acostarse con ella. Le recorrió un escalofrío de desagrado que él advirtió, pero que, por desgracia, volvió a confundir con pasión. Se acercó a su espalda y empezó a besarla en el cuello.

Megan sabía que sería bastante difícil hacerle cambiar de opinión una vez que se había despertado en él aquel obvio interés; sin embargo, lo intentó.

—Creo que es tarde Albert.

—Que nos esperen. —La voz había sonado ronca—. Cuando aparezcamos oleremos a sexo y seremos más irresistibles.

Ella cerró los ojos. El sexo era sexo, se dijo a sí misma. Y tampoco podía negar que le gustaba. Solo tenía que dejarse llevar, concentrarse en sus sensaciones y reconocer el placer físico. Su marido no era un mal amante. Sabía satisfacerla sin ser demasiado exigente.

Notó cómo la alzaba y la llevaba a la cama. Le subió hasta la cintura la combinación mientras la besaba en la cara interior de los muslos. Ella se cogió al cabezal y siguió cerrando muy fuerte los ojos. A veces se le aparecía otro rostro y otros recuerdos. Para evitarlo, se esforzaba por seguir sus caricias, que la incitaban. Eso la llevaba más pronto hacia el orgasmo. Notó su lengua en su vulva y reconoció el ardor que la acompañaba. Hacía bastantes días que no practicaban sexo y su cuerpo reaccionó de manera automática. Con rapidez las convulsiones se hicieron protagonistas y segundos más tarde lanzó un último suspiro que la dejó laxa. Entonces, Albert inició un camino de besos por su barriga, sus pechos, su cuello y su boca, y ella notó su propio sabor. Mientras la besaba, la penetró con una sola embestida, aunque a partir de ahí, sus movimientos rítmicos descendían de manera que volvió a excitarla. Pese a ello, breves minutos después, él llegó al orgasmo y se derrumbó sobre ella.

Megan le acarició la cabeza como lo hubiera hecho con un niño. En verdad

le tenía cariño. No lo amaba ni lo haría nunca, pero Albert no la engañaría jamás y siempre se había mostrado tal como era. Quien no había sabido ni querido verlo era ella, convencida por lo fácil que había sido todo. Su padre, feliz ante el enlace, sus suegros, que le tendieron de manera sutil esa tela de araña de tiernos y familiares sentimientos; y, sobre todo, el acuerdo comercial que los había situado en la cúspide de un negocio con más de cuatrocientas personas a su cargo y unos beneficios para las familias respectivas de más de millón y medio de dólares anuales.

Para colmo, todas las amistades vieron aquello como la culminación de un cuento de hadas y nadie parecía estar dispuesto a cuestionarlo. El guapísimo *quarterback*, envidia de toda la universidad, y la joven promesa de la economía, que ganaba casi todos los años la corona del baile, estaban, de forma irremediable, condenados a gustarse y a construir la pareja ideal.

A ella también le pareció lógico. Había salido con unos cuantos chicos con anterioridad, pero ninguno respondía a ese perfil, sino más bien al contrario. El pizzero que le traía el encargo una vez a la semana, por lo menos, fue el que más duró, tanto como tres meses. Pero el camarero del chiringuito de playa, el mecánico que le arregló el coche, el panadero con el que se tropezó aquella madrugada que volvía a casa borracha o los diez o doce tipos más con los que había salido, habían pasado por su vida con la brevedad de un *affaire*, no había llegado a presentárselos ni a nadie de su familia ni a ninguna de sus amigos y, en el fondo, había sabido que serían solo aventuras pasajeras, como correspondía a las relaciones entre dos seres tan distintos. Dos personas de clases distintas, intereses distintos, motivaciones distintas.

Albert, sin embargo, fue el chico ideal. En la universidad la había cuidado como a una hermana, sin extralimitarse nunca y sin reproches pese a todo, y eso que, como le confesó más tarde, entonces ya estaba enamorado de ella. Y al volver de Standford, la dedicación y el cuidado con el que la trató se coló entre los poros de su piel con tanta lentitud que, poco después, ya no podía pensar en un día sin su presencia. Al acceder a que salieran juntos, se mostró

tan atento y cariñoso, tan amable y romántico... le traía flores casi cada día y no dudó un segundo en anunciarles a sus padres su relación la tercera noche en la que habían quedado, para mostrarle hasta qué punto iba en serio con ella.

Y lo cierto era que seguía siendo el marido ideal. Nada podía reprocharle. Pero no podía sentirse más vacía y desapegada de aquel ser.

Se vistieron en silencio. Él le dijo que estaba preciosa y después la condujo hacia fuera manteniendo la mano apoyada en su espalda, como temiendo que, si la soltaba, ella se giraría y volvería a casa.

En el cóctel reconocieron algunas caras amigas, sin embargo, Megan sabía que el objetivo siempre era aproximarse a los que todavía no conocían. Esa era su oportunidad de explicarles cómo beneficiarse el uno al otro; el *win to win* que tan de moda se había puesto en los últimos tiempos. Daba lo mismo a qué se dedicaban aquellos con los que contactaban. Daba lo mismo puesto que el grupo empresarial que dirigían Albert Holstock y Megan Morton era tan diverso, polivalente y variado que era posible encontrar siempre algún punto de unión.

El ligero dolor de cabeza que había empezado a notar esa noche se iba acrecentando a medida que bebía copas de ponche. Intentó acercarse a una de las bandejas de comida que transportaba una camarera, pero estaba harta de los canapés que se servían en ese tipo de encuentros.

—Hola, Megan.

La voz le produjo un escalofrío, pese a que en un inicio no la reconoció. Se giró sobre sí misma y vio a Mary Trump. Llevaba un vestido rosa sencillo, que permitía ver que todavía conservaba su bonita figura, aunque, tal vez, hubiera engordado un poco. El pelo rubio y corto la favorecía y, aunque a las claras se notaba el maquillaje, los años todavía no habían hecho mella en ella. Megan sintió deseos de salir huyendo con rapidez de allí. No quería hablar con Mary Trump ni quería tener nada que ver con lo que le recordase a Martin.

—Espera, Mega. —Mary intuyó sus intenciones—. Quiero presentarte a mi marido. ¡Rob!

Un hombre de casi dos metros de alto por otros tantos de ancho se acercó a ellas. Debía ser el tal Rob, puesto que en seguida posó su enorme brazo sobre los hombros de Mary, de manera que, de golpe, ella pareció muy pequeña.

—Este es Rob Malcom, así que ahora soy la señora de Malcom. Rob, esta es mi amiga, Megan Morton.

Megan estuvo a punto de responder que no eran amigas, pero Rob dejó por un momento a su mujer y se lanzó a abrazar a Megan de una manera tan rotunda que temió por un momento no poder respirar dentro de ese cuerpo.

—¿Megan? —Aquel era Albert—. ¿Me vas a presentar a tus amigos o voy a tener que batirme a duelo con este sujeto?

El tal Rob empezó a carcajear sonoramente y, soltándola con brusquedad, se lanzó también a darle la mano a Albert mientras le tomaba el codo como si temiese que Albert no fuera a saber hacerlo.

—Albert —balbuceó Megan—, estos son Mary Trump... bueno, Mary Malcolm y su marido, Rob.

—Tenía muchas ganas de conoceros —dijo entonces Rob—. Hemos venido a vivir a Boston hace solo un par de meses y, cuando nos dijeron que nos iban a invitar a esta fiesta donde íbamos a poder encontrar a los Holstock, no hemos hecho otra cosa que contar los minutos que faltaban para veros, Mary, sobre todo.

Y diciendo esto volvió a poner aquel enorme brazo sobre Mary, quien pegó su cara al cuerpo de su marido en un gesto que se parecía más al que hubiera hecho cualquier hija con su padre.

—¿De dónde venís? —dijo entonces Albert—, ¿qué os ha traído por Boston?

—De Tejas, amigo —respondió Rob—. Dirijo la petrolífera Malcom, propiedad de mi familia desde hace años, pero queremos montar aquí unas oficinas que nos permitan introducirnos en el negocio de la cosmética. Mi mujercita se ha empeñado en que me dedique a algo que a ella le pueda ser de más provecho.

Megan pudo casi oler la ambición que se había despertado en Albert. Desplegó su mejor sonrisa y empezó a acariciar con sus acostumbradas palabras de afecto y halago a ese tipo al que acababa de conocer. Mary, mientras tanto, protegida bajo el brazo de oso, no dejaba de mirarla.

—¿Vais a venir entonces? —Era Rob el que estaba preguntando.

—Sin duda —respondió Albert—. Mañana nos tenéis como un clavo a las cuatro en vuestra casa para tomar café.

Megan quiso contestar que tal vez no podrían ir, pero los Malcom ya se habían girado y se dirigían hacia otro lado de la sala.

—¿Por qué les has dicho que iríamos? —le dijo Megan a su marido intentado que no los oyeran alrededor.

—Porque nos han invitado, preciosa. Y hay que ser educado con nuestros futuros clientes.

—Albert, yo...

Pero ya no pudo decir nada más. Albert estaba saludando a otros invitados, entre los que Megan creyó reconocer algunas de las caras conocidas en los últimos días. El dolor de cabeza se hizo entonces tan intenso que se dirigió hacia la terraza y se quedó allí hasta que su marido la fue a buscar.

En el camino de vuelta Megan prefirió callar y también cuando se metieron a dormir. Sin embargo, cuando al día siguiente Megan quiso hablar con Albert para decirle que no pensaba ir a casa de los Malcom, su marido se había ido y le había dejado una nota en la que le informaba que iba a salir con el yate para llevar a dar una vuelta a unos clientes, lo que significaba que no tendría cobertura.

Megan estuvo trabajando toda la mañana en el despacho, acabando varios informes que esperaban su revisión y aprobación desde hacía un tiempo. Tomó solo un sándwich para comer y siguió encerrada en su despacho tras pedirle a su secretaria que nadie, por favor, la molestase.

Sin embargo, a las tres y media, la puerta se abrió. Obviamente, su secretaria no se había atrevido a detener a su marido.

—¿Qué haces? Recuerda que tenemos que ir a casa de los Malcom.

—Yo no voy a ir —le respondió decidida.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—No soporto a Mary Tru... a Mary Malcom. No quiero ir.

—No seas chiquilla. Nos hemos comprometido.

—¡No! —Megan era consciente de que lo que había surgido de su garganta era un chillido—. ¡Tú te has comprometido! ¡No yo!

Albert abrió mucho los ojos y Megan notó que dudaba si debía forzarla o no.

—¿Me vas a contar qué ocurre?

Lo había dicho con tranquilidad, pero Megan detectó un tremendo enfado. No sabía por qué había reaccionado de esa manera. Lo más sencillo hubiera sido mentirle diciéndole que tenía una reunión o que no se encontraba bien. Ahora había provocado curiosidad y eso podía ser fatal.

—¿Megan? O me das una buena razón, una buena, o vienes conmigo a casa de los Malcom.

Megan dudó. No se le ocurría ahora una maldita buena razón. Si volvía a negarse, todo iba a ser demasiado evidente.

—Perdona —dijo entonces—, no sé por qué he dicho que no. Aunque es cierto que no trago a Mary. Ya sé que no es suficiente motivo. Dame cinco minutos.

Poco después estaban frente a la puerta blanca de una lujosa mansión en la carísima zona de Wellesley. Les abrió la puerta una sirvienta, pero, de inmediato, detrás de ella, Rob y Mary Malcom estaban ya vociferando cómo estaban de encantados de recibirlos en su casa.

Los condujeron a un salón y les sirvieron café y pastas. Megan adoptó una postura de cierto desdén y antipatía. Albert la había obligado a ir, pero no podía obligarla a ser simpática. Rob pareció no darse cuenta porque seguía riéndose por cualquier pequeña memez. Albert sí que le lanzó un par de miradas asesinas que Megan fingió no ver; pero con lo que más disfrutó fue con la expresión de Mary, que volvía a parecer una niña al lado de su enorme

marido, pero también ante la incomodidad evidente que le estaba haciendo pasar a Megan.

Cuando llevaban un rato en la casa y Megan creía que ya podrían irse, Rob se empeñó en enseñarle a Albert el huerto que habían plantado en la parte trasera de la casa. Megan se levantó también, pero Rob descartó su compañía de un plumazo.

—Oh, no, querida amiga. Usted se queda con mi Mary haciéndole compañía. Sé perfectamente que los huertos no son devoción de las damas como usted y, además, no querrá dejar sola a su amiga de la infancia, ¿no?

A Megan no le dio tiempo a replicar cuando se quedaron solas y del todo en silencio en aquella enorme habitación.

—Rob tiene instrucciones de dejarnos solas —dijo entonces Mary.

Megan la miró con curiosidad, pero se empeñó en mantener la boca cerrada. No iba a ponérselo fácil.

—¿Sabes algo de él?

La pregunta a bocajarro la sorprendió y, aunque no había dicho su nombre, estaba claro a quién se refería. Dudó en decirle la verdad o engañarla y decirle que no sabía nada.

—Ha salido. Con el tercer grado penitenciario. Significa que trabaja durante el día y duerme en un apartamento tutelado por la noche, de donde no puede salir durante determinadas horas.

También seguía colaborando en la asociación, aunque no en la sede central, gracias al esfuerzo que había hecho Esther Zimmerman porque él no abandonase de nuevo después de que rompieran aquella extraña relación; pero eso no se lo iba a explicar, ni tampoco que, pese a trabajar en la Tyler, se veían muy de tanto en tanto y siempre de lejos. Mary bajó la vista y se quedó un rato en silencio. Parecía que le costaba respirar, hasta que, al levantar la cara, Megan vio que tenía los ojos muy brillantes, como si estuviera a punto de llorar.

—Voy a decir la verdad —dijo entonces.

Su voz había salido casi como un susurro, pero Megan la había oído con

claridad. Ahora era su corazón el que golpeaba su pecho tan fuerte que creía que Mary podría oírlo. No se atrevía a decir nada por no romper aquello que parecía un encantamiento.

—Mi marido ha sido quien me ha ayudado a tomar la decisión, ¿sabes? Él lo sabe todo y, sin embargo, me quiere.

Las lágrimas empezaron, ahora sí, a resbalar por su cara. Megan sintió una ternura extraña y a punto estuvo de abrazarla; pero por alguna razón se contuvo de la misma manera que estaba conteniendo las ganas que tenía de gritar. ¿Mary iba a decir la verdad? ¿Qué verdad?

—¿Te he dicho que tengo dos niñas? —Mary volvía a hablar—. Son gemelas. Tienen tres años. Están arriba. No hemos querido bajarlas para que no os molestaran.

—¿Por qué iban a ser molestia? —pudo pronunciar entonces Megan, pese a que se extrañó de sí misma. Eso no era lo que quería decir. Esa no era la clave de toda la cuestión.

—Son muy movidas. —Soltó un suspiro—. Me pregunto si me querrán ellas cuando se enteren de todo lo que hice.

—¿Por qué no iban a hacerlo? —respondió entonces Megan—. Eres su madre.

—No creo que Martin quisiera a su madre cuando dejó de ir a verlo porque lo creyó culpable. O a su hermano... Nadie le creyó... Solo tú.

Oír el nombre de Martin en boca de Mary la hizo despertar de aquel letargo.

—¿De verdad vas a explicarlo, Mary?

La aludida la miró. Tenía los ojos enrojecidos y en su interior había miedo, pero también vergüenza reconocible.

—Tengo que hacerlo, ¿no te parece? Y sé que ha pasado mucho tiempo. Pero más vale ahora que no hacerlo. Roy me ha dicho que me va a apoyar. Que estará todo el tiempo a mi lado. Que no debo pensar en lo que hice mal, sino solo en lo que haré bien.

—Tiene razón —respondió Megan.

—La prensa se cebará conmigo.

—Hasta que sepan reconocer la valentía de tu acción.

—No. No es valentía. Es que no puedo más, Megan. No sabes lo que es vivir con esto aquí dentro. Nada puede ser peor. La culpa me corroe. No me deja ser yo misma. No me deja ni siquiera querer de verdad a mis hijas. Me siento vil y rastrera... yo...

—¡Basta! —dijo entonces Megan por completo decidida—. ¡Basta, Mary! Deja de pensar en eso y piensa en lo que harás bien, como te ha dicho tu marido. Piensa en las consecuencias de tus actos en el futuro. El pasado nadie lo va a cambiar. Pero tú puedes cambiar el futuro de un hombre.

Las lágrimas volvieron a surgir de aquellos ojos y los hombros de Mary se convulsionaron como si fuera una niña pequeña. Megan no pudo evitarlo y se sentó a su lado para girarla hacia ella y al fin abrazarla.

Mary pareció haber estado esperando ese momento para dejarse llevar por completo y llorar con profusión. Megan siguió sintiendo ternura por aquella mujer. No podía odiarla ahora. Ya no. No podía si iba a decir la verdad.

Cuando Roy y Albert volvieron, Megan seguía abrazada a Mary, aunque esta ya no lloraba. La mirada de agradecimiento que le dirigió Roy fue tan explícita y auténtica que Megan también se dirigió a él y lo abrazó, aunque en ese caso quedó de inmediato subyugada por la fuerza física de aquel hombretón.

Albert no entendió nada, pero prefirió callar en ese momento. Sin embargo, en el viaje de vuelta, después de permanecer en silencio durante los casi cuarenta minutos que tardaron en llegar a su casa, no pudo más.

—¿Tampoco vas a decirme qué ha pasado en casa de los Malcom?

—¿Con sinceridad? Prefiero que no —dijo Megan.

Estaba cansada. Muy cansada por el aluvión de sentimientos, recuerdos y experiencias. No podía explicárselo a Albert. No creía que él entendiese nada y, aunque lo hiciese, prefería que aquello quedase en su interior porque no se veía con fuerzas de pronunciar una sola palabra sobre el tema. Además, tenía miedo. Tenía pánico de pensar que Mary pudiera repensárselo. Lo único que

haría, al día siguiente, sería hablar con Mark Perlman, el joven abogado penalista del despacho de su padre que a las claras sentía por ella bastante más que una simple devoción, y le preguntaría cuáles eran los derechos de un penado que hubiera sido condenado de manera injusta.

—Esto no es un matrimonio ni es nada.

Albert había escupido esas palabras sin dejar de mirar al frente, con el coche detenido frente a la mansión regalo de bodas de sus suegros. Pensó que su marido tenía razón, pero tampoco tenía ganas de hablar de eso. Llevaban cinco meses casados y sabía, porque también lo había preguntado, que no les permitirían divorciarse hasta llegar al año.

Tres días más tarde, el consejo de administración se había reunido en la planta onceava del hotel. En aquella magnífica sala de juntas con vistas al mar. Albert y ella presidían el consejo pues juntos mantenían el control del grupo empresarial.

El director financiero estaba presentando los estados contables ayudándose de una presentación en Power Point, llena de gráficos y tablas. Megan estaba atenta porque sabía que, en algún momento, las ganancias del doce por ciento obtenidas aquel año iban a tener que aderezarse con más explicaciones puesto que, pese a ser buenas, estaban tres puntos por debajo que las del año anterior, y tendría que justificar ella parte de las causas que lo habían motivado y que se basaban en haber incrementado la plantilla de personal.

Notó la vibración de su teléfono a través de su traje chaqueta de color gris. Pensó por un momento en dejarlo ahí, pero la sensación le molestaba, así que introdujo una mano en el bolsillo y palpó buscando la tecla que interrumpiría la vibración. Al no encontrarla, sacó el teléfono móvil y, antes de reconocer la tecla, miró por un momento la pantalla y el nombre que en ella se leía: «Martin».

Todo pareció desaparecer a su alrededor, una náusea se apoderó de su garganta y un temblor le recorrió el cuerpo. Se levantó con brusquedad, sin darse cuenta de lo que hacía, y lo hizo con tal fuerza que la silla en la que

estaba sentada se cayó hacia atrás. Todo el consejo de administración se giró hacia donde estaba ella y, por un momento, le pareció que todos aquellos ojos se le clavaban en el estómago.

—Lo siento —balbuceó—, debo coger esta llamada.

Salió con precipitación de la sala. El teléfono seguía vibrando en su mano. Lo volvió a mirar y, por fin, lo descolgó.

—¿Martin? —dijo casi en un susurro intentando que todas las secretarias que se hallaban en aquella sala contigua a la sala de juntas no la oyesen y mientras seguía caminando deprisa buscando un lugar de mayor privacidad.

—Mary va a decir la verdad —oyó entonces la voz de Martin.

Se detuvo. Estaba en mitad del pasillo. La puerta de secretaría había quedado abierta y de reojo pudo ver que el personal todavía la estaba mirando extrañado por su carrera a través. Se apoyó en la pared de cristales, que se orientaba al mar para dar mayor amplitud a los pasillos. Oía la respiración entrecortada y jadeante de Martin. Lo imaginaba ansioso, aturdido.

—No sabía a quién llamar —volvió a decir él.

—¿Dónde estás? —le preguntó entonces Megan.

—En la calle... yo ... espera... esto creo que es la Universidad de Massachusetts.

—Dame cinco minutos. En seguida estoy allí.

Megan cortó la comunicación sin esperar a que él le respondiese. Se dio cuenta de que se había dejado el bolso en la reunión. Allí tenía las llaves del coche, el dinero y todo. No podía ni quería volver. Tal vez una de las administrativas le podría dejar dinero. Sin embargo, antes de acabar de pensar qué hacer, Albert apareció.

—¿Ha ocurrido algo?

—Necesito que me prestes dinero.

—¿Cómo?

—Albert, no puedo explicártelo ahora. Te prometo que lo haré. No sé cuándo, pero lo haré. Ahora necesito que me prestes el dinero que llevas

encima.

—¿Pero te ocurre algo grave?

—No... a mí, no.

—¿Tu padre?

—No... no es grave, ni es malo. Por favor. Te lo ruego.

Albert echó mano de la cartera sin demasiado convencimiento. Al fin sacó del bolsillo cinco billetes de cincuenta dólares. «Suficiente», pensó Megan y casi sin darle tiempo a reaccionar se los quitó de las manos y empezó a correr escaleras abajo prescindiendo del ascensor.

Paró el primer taxi que vio y le dio la dirección. Le prometió cincuenta dólares de propina si llegaba en menos de cinco minutos. El taxista se volcó en una loca carrera, hasta que lo consiguió en ocho minutos. Era, en realidad, una tarea imposible. Megan le dio de todas formas los cincuenta dólares más el pago de la carrera y salió de manera apresurada.

No tuvo apenas que buscar. Sentado en uno de aquellos bancos de piedra blanca y mirando hacia la bahía, estaba Martin. Se acercó muy poco a poco y, cuando estuvo a su lado, antes de que pudiera abrir la boca, él levantó la vista y la miró.

Lo que vio en sus ojos era toda una vida. Había alegría, esperanza, miedo, emoción, reconocimiento, sueños rotos, anhelos, dudas, llantos... Eran, nada más y nada menos, que trece años en una sola mirada.

—No sabía a quién llamar —volvió a decir él.

Ella contuvo los deseos de lanzarse a abrazarlo. Temblando se sentó a su lado.

—¿Cómo qué no? —le respondió entonces—. A mí. Tenías que llamarme a mí.

Capítulo 18

Había llegado el día señalado para la vista. Desde que se había hecho oficial que Mary iba a confesar su perjurio, solo había visto a Martin una vez: el día que lo acompañó al despacho de Mark Perlman. Pero habían sido tan solo unos minutos porque ella no se quedó en la reunión. Tampoco había tenido contacto con Mary Malcom y, pese a la insistencia velada de su marido, había preferido no hablar del tema con él. Suponía explicarle demasiadas cosas y no estaba dispuesta a ello.

Pero Martin le había avisado de cuándo iba a celebrarse el juicio y había accedido a la petición de ella de poder acompañarlo. Así que aquella mañana se había vestido como si fuera un día más para trabajar; pero, en lugar de dirigirse a su trabajo, Axel la llevó hasta el Tribunal de Apelaciones en la New Charlton.

En la entrada, apoyado en una de las columnas, estaba Mark Perlman con aire despreocupado y, solo unos metros más allá, Martin, sentado en el banco de piedra, se miraba los zapatos y tenía ambas manos apoyadas en el asiento. Subió los escalones de dos en dos y cuando llegó a su altura pronunció un saludo risueño.

Martin levantó la vista y la miró. La angustia que reconoció en esa mirada la dejó del todo paralizada. A ella también le había costado dormir aquellas noches como resultado de la ansiedad, pero, sin duda, el sufrimiento de él se duplicaba. Curiosamente, parecía más afectado que en el primer juicio.

Quizás, si la primera vez todo había parecido irreal y le había tomado su tiempo ser consciente de lo que estaba ocurriendo, las expectativas que se generaban en aquel momento era mucho más crueles con el ánimo de cualquiera. ¿Cómo permitirse tener esperanzas?

Él se levantó, aunque Megan pudo advertir por qué había estado sentado. El temblor era evidente. Ella fue a tomarlo de las manos cuando se percató de que la mirada de Martin se alejaba más allá de sus hombros y se tensaba.

—Tu marido —pronunció.

Entonces, Megan se giró y, en efecto, vio a Albert descender del coche de la empresa. Iba muy bien vestido, con un traje chaqueta de perfecto corte, una corbata que a simple vista parecía reclamar su espacio en la fama de los complementos más caros y unos zapatos brillantes. Megan no pudo por menos que comparar aquella pinta impecable con la de un Martin también trajeado, pero de manera evidente con unas ropas compradas con cierta rapidez y premura en cualquier almacén.

Sintió cierta repulsión por su marido. Por haber aparecido allí. Por haberla seguido, pues de otro modo no habría sabido dónde encontrarla. Por hacer ostensible su superioridad heredada. Sin embargo, bajó de nuevo las escaleras y se dirigió hacia él sin perder en ningún momento el contacto visual.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó al llegar a su altura.

—¿Y si te lo pregunto yo a ti? —respondió él con brusquedad.

—Estoy acompañando a un amigo para unas gestiones que le preocupan.

—¿Un amigo?

—Sí, un amigo.

Albert miró por encima de su hombro y apretó las mandíbulas.

—Es el del accidente... ¿el preso?

Megan fue a responder, pero pensó que tal vez en unos minutos se habría acabado aquella denominación de manera más clara y justificada.

—Se hace tarde. Tengo que entrar.

Antes de girarse para poder volver donde estaba Martin, Albert la cogió del

brazo y la detuvo.

—¿De verdad no me lo vas a explicar?

El tono de su marido ya parecía más una súplica y Megan dudó. Lo cierto era que su presencia allí solo delataba el interés que se tomaba por ella. Debería haber sido sincera. Él siempre lo había sido.

—Te prometo que te lo explicaré todo, pero ahora, de verdad, no tengo tiempo.

—¿Y si voy contigo?

—Haz lo que quieras. Tal vez así puedas entenderlo y lo que no, te lo explicaré al salir.

Se giró de nuevo soltándose de la mano que todavía la tenía atenazada y no esperó a ver si la seguía; aunque, al cabo de muy poco, oyó sus pasos tras ella.

Al llegar de nuevo donde estaba Martin, vio cómo Mark Perlman tendía una mano a modo de saludo hacia Albert. Martin solo asintió levemente con la cabeza aprovechando que el abogado recordó que no debían entretenerse mucho más y entraron en el interior.

Mientras caminaban por el vestíbulo, Mark aprovechó para explicarles cómo se desarrollaría el juicio.

—Martin, usted deberá quedarse fuera. La testigo debe entrar sola para garantizar que declara con total libertad, sin recibir ningún tipo de coacción o de presión. Si se confirma la declaración, entonces el juez mandará llamarlo. Deberá usted entrar y situarse en la silla que encontrará en el centro de la sala. Desde allí se le informará del resultado de la declaración y se le harán saber sus derechos de indemnización y reclamación. Ya sabe mi opinión al respecto. Está a tiempo de repensárselo, pero una vez que manifieste allí dentro su deseo ya no habrá marcha atrás. ¿Está claro?

Martin asintió de nuevo solo con la cabeza. Megan podía intuir que prefería no hablar por evitar que en la voz se apreciase su real estado de ánimo. Pero ella lo conocía. Había un infierno en su interior.

Al llegar al pasillo donde estaban las salas, Martin se detuvo en seco. A tan

solo treinta metros estaban Mary y su marido, Rob. Megan percibió también la cara de terror de Mary al verlos. Y se limitó a levantar la mano para saludarlos dudando si acercarse o no. Sin embargo, Albert no tuvo ninguna duda y, en unos segundos, estaba dando un afectuoso apretón de manos a Rob. Se maravilló de la capacidad de su marido de aparentar absoluta normalidad pese a la situación nada fácil para él. Mark Perlman se giró y acompañó a Martin a un banco colocado tras una columna, alejado de las miradas.

—Puede esperar aquí, aunque yo tendré que entrar. Megan —dijo entonces mirándola a ella—, vosotros podéis colocaros en los bancos habilitados para el público.

Megan miró a Martin y solo pensar en que debía dejarlo allí solo le produjo un escalofrío. Él seguía con la mirada baja. Le partía el corazón verlo tan inseguro.

—¿Y no me puedo quedar?

—Sí. Ningún problema. Pero, entonces, cuando lo llamen, entras detrás de él y te sientas rápida y en silencio en cualquiera de los bancos.

Justo en ese momento, la gran puerta central se abrió y apareció un hombre vestido con un uniforme de traje chaqueta azul marino y corbata a juego.

—El Estado de Massachusetts en la apelación 325 de Trump-Grisham.

Mary y su marido apenas dieron tiempo a acabar el anuncio que ya estaban en el interior. Mark Perlman también se apresuró a introducirse, mientras vio cómo Albert dudaba, esperándola a ella. Al fin, viendo que Megan no tenía ninguna intención de moverse, se apoyó en una pared fingiendo despreocupación.

El pasillo se cubrió de un silencio denso. Megan sentía cómo el corazón le golpeaba con fuerza. Se quedó allí quieta y de pie. No se atrevía a sentarse junto a Martin y tampoco quería ir donde su marido. Lo que de verdad quería hacer, y que no era otra cosa que abrazar a Martin, acariciarle su pelo, transmitirle ternura, confianza y cariño, eso no podía hacerlo. Y no solo porque estuviera allí Albert, sino porque tal vez ella tenía todavía más miedo

que él y porque, pese a lo mucho que ella lo quería, no podía olvidar que no era correspondida.

Los minutos pasaron y la inseguridad siguió subiendo de nivel. ¿Qué ocurriría si Mary decidía al final no explicar la verdad? ¿Era eso posible? La expectativa rota podía ser más demoledora que el horror de la condena.

De pronto, las puertas de madera se abrieron y el mismo ordenanza que había anunciado antes el inicio de la vista gritó el nombre de Martin. Él se levantó y empezó a caminar. Megan lo siguió. Temblaba. Al llegar ella a la altura de Albert, este la cogió por los hombros. ¿Era posible que se percatase de su angustia? En cualquier caso, la reconfortó. Tenía sus dudas sobre si podría llegar mucho más lejos.

La sala era demasiado parecida a la que ella había visto el día que condenaron a Martin y todos los recuerdos se agolparon en su mente. Se sentaron en el primer banco mientras que él siguió hasta la silla central.

Se oían los sollozos de Mary y Megan vio cómo su marido la mantenía abrazada. El juez parecía muy entretenido con unos papeles que tenía sobre la mesa. Mark le dirigió una mirada y asintió con la cabeza como diciéndole que todo iba bien.

—Señor Grisham. —El tono del juez parecía enfadado—. Está usted aquí porque la señora Malcom, Mary Trump de soltera, ha decidido libre y de manera voluntaria confesarse culpable de un delito de perjurio que fue, en su momento, la única prueba de su condena. Pese a que creo tener claro qué debo hacer en estos momentos, primero quiero hacerle algunas preguntas. ¿Ha tenido usted contacto con la señora Malcom en los últimos tiempos, sea personalmente o a través de algún tipo de correspondencia?

—No, señor —se oyó suave la voz de Martin.

—¿Lo ha hecho con alguien de su familia?

—No, señor.

—¿Ha intentado por algún medio acceder a la señora Malcom, aunque haya sido a través de personas indirectas?

—No, señor.

—¿Es consciente de que el cambio en el testimonio de la señora Malcom, por el que sostiene que nunca fue violada por usted, puede suponer su declaración de inocencia?

—Sí, señor.

—Pues bien, señor. Debo decirle que, a la vista de los hechos, tengo el placer de restituir la justicia proclamándolo inocente de los delitos de los que fue acusado. Esta sentencia deberá suponer tanto la finalización de la situación de libertad vigilada en la que se encuentra como la anulación de cualquier antecedente que pudiera constituir una prueba de hecho de una condena que nunca debió producirse. Ahora bien, debo aclararle que, por esta situación, el Estado no debe ser considerado responsable, por cuanto no ha sido un error en sus procedimientos o evidencias lo que lo llevó a la condena, sino únicamente el testimonio falso de un testigo que, en aquellos momentos, no suponía ningún problema de credibilidad. Eso significa que no hay lugar por parte del Estado a ninguna cantidad indemnizatoria, aunque sí le corresponde percibir 23 432 dólares por la diferencia de salario que hubiera supuesto su contratación bajo el régimen general respecto del régimen propio de la penitenciaria.

»Le informo, sin embargo, que de interponer acciones legales contra la señora Malcom podría usted percibir una indemnización que podría llegar a ser hasta de setenta y cinco dólares diarios.

»Estas acciones pueden iniciarse en este mismo momento si usted autoriza a que sea elevado tanto de culpa. ¿Procedemos, por tanto?

—No, señor.

Se hizo un silencio sepulcral en la sala. El juez miró con estupefacción a Martin y después a su abogado.

—Creo que no me ha entendido bien, señor Grisham —volvió a hablar—. Le he informado de que el Estado solo asume el pago de 23 432 dólares por su estancia en prisión; pero que, de iniciar acciones legales contra la responsable del perjurio que lo llevó a usted a prisión, podría percibir una indemnización

mucho más sustanciosa que podría superar los trescientos mil dólares.

—Le he oído a la perfección, señoría. Renuncio a iniciar ningún tipo de acción legal.

Los sollozos de Mary, que habían quedado silenciados durante todo aquel rato, se volvieron de nuevo sonoros y denotaban ya el inicio de alguna crisis nerviosa que Megan vio cómo su marido intentaba apaciguar, mientras que se preguntaba qué estaba haciendo Martin.

—Letrado —dijo entonces el juez dirigiéndose a Mark Perlman—, no sé si su cliente es consciente del alcance y consecuencias de su decisión. ¿Le ha informado de manera debida?

—Sí, señoría. Y ya hemos discutido al respecto, pero esa es la decisión que me comunicó a mí también.

—Señor Grisham. —La mirada del juez tenía mucho de curiosidad—. Debo decirle que comete usted un error. El dinero sin duda no borrará todo lo que le ha ocurrido, pero le aseguro que podrá proporcionarle un futuro mucho más viable. Pese a que se lo declare inocente hoy en esta sala, recuerde que no podrá justificar, por ejemplo, ante ningún trabajo, por qué no dispone de experiencia o credenciales.

—Lo sé, señor juez, pero lo único que pretendo es cerrar este capítulo de mi vida con la mayor rapidez posible. Si me lanzo a un procedimiento judicial, no podré hacerlo y la valoración que hago es que no puedo modificar lo que vale o no vale el pasado, pero sí puedo hacer que mi futuro esté libre de ningún tipo de gravamen o acción que no quiera hacer.

La voz de Martin había sonado esa vez con tal fuerza y convicción que se había hecho de nuevo el silencio en aquel espacio, como si a todos los presentes les incomodase romperlo.

—Que así sea, pues —dijo al fin el juez—. Declaro libre de toda culpa al señor Martin Grishman y ordeno que todos sus antecedentes judiciales y policiales sean borrados y restituidos. ¡Alguacil! Proceda a retirar de la pierna del señor Grisham el dispositivo de control y seguimiento. Señor

Grisham, deberá usted permanecer ahora unos minutos más para firmar el acta y la renuncia explícita que ha realizado a ejercer acciones legales. ¡Despejen la sala!

Las puertas se abrieron y Albert empujó con suavidad a Megan para que salieran de allí. En el vestíbulo, Megan se detuvo y se sentó en uno de los bancos intentado dejar patente que iba a esperarlo, aunque mantuvo la mirada en el suelo.

Segundos más tarde notó una presencia cercana y, al alzar la vista, tenía frente a sí a Mary. Se levantó y, sin mediar palabra entre ellas, se abrazaron. Mary parecía tan indefensa. Megan notó su temblor.

—Ya está —le susurró al oído—. Lo has hecho muy bien.

—Rob está esperando al abogado de Martin —le dijo Mary.

—¿Por qué?

—Le vamos a entregar un dinero... los trescientos mil dólares —respondió ella—. Ya sé lo que ha dicho, pero creo que si no tiene que pasar por un juicio... No sé... No es suficiente... No es la manera... No compensa.

—Shhh. —Megan la interrumpió porque notaba cómo el estado de ánimo de Mary seguía cayendo y sabía que volvería a romper a llorar—. No hables más. No te preocupes. Es un buen detalle por vuestra parte.

Entonces, la figura robusta de Rob apareció al lado de ellas casi como de repente, sin que nadie hubiera podido darse cuenta de su acercamiento. Megan pensó que parecía mentira que un hombre tan enorme pudiera transpirar la delicadeza que estaba mostrando ese día en todos sus movimientos. Lo había estado observando durante la vista y en ningún momento había dejado de acariciar a su mujer con movimientos suaves y tiernos, como si le peinase su lacio pelo.

Ahora la había cogido de los hombros y con un suave giro le intentaba indicar que ya debían marcharse. Megan lo miró a los ojos y notó cómo le transmitía agradecimiento por cómo ella estaba tratando a Mary, pero lo cierto era que no podía odiarla y entendía también a Martin.

Habían pasado tantos años que todo resquicio de ira se había disuelto. Se sentía más bien cansada y vacía, pero eso no iba a poder solucionarse y la única manera de volver a sentir algún tipo de motivación por la vida era renaciendo. Nada del pasado podía servir como base. Y no tenía muy claro que el dinero que Roy pretendía dar a Martin no fuese un lastre demasiado difícil de acarrear.

—Megan, prométeme que harás lo posible para que lo acepte —dijo entonces Rob como adivinando sus pensamientos—. Es importante para nosotros.

—Lo haré, Rob, pero dale tiempo. Encontraré la manera.

Mary se abrazó a Megan de nuevo y Rob también le dio dos besos. Después se despidieron con más formalidad de Albert. En ese momento, reparó Megan que lo tenía a su lado. También él parecía haber aprendido aquel día a moverse, comportarse y permanecer lo más transparente posible, como sabiéndose extraño y ajeno a todo aquello.

Megan pensó que le debía muchas explicaciones a su marido. Hasta que Martin reapareció, siempre había presumido de ser sincera en todo, o eso quería hacerse creer a sí misma. Lo cierto era que jamás le había mencionado ni siquiera la existencia de Martin. No había hecho referencia a él ni cuando hablaba de su juventud. Aunque, teniendo en cuenta la notoriedad que todo aquello había generado en el entorno del instituto, no tenía claro hasta qué punto él no conocía la historia. En cualquier caso, ahora era consciente de que eso significaba la gran mentira en la que lo había hecho vivir. Y eso sin mencionar los dos meses en los que lo engañó justo antes de casarse. El que solo fueran prometidos en aquel momento no la eximía de su culpa.

Todo era, sin embargo, tan irreal. Martin se había pasado trece años de su vida ligado a una condena injusta solo por haber cometido una infidelidad en su vida, mientras que ella había hecho construir su vida y la de Albert sobre la mayor de las infidelidades, la que se basaba en que ella amaba a Martin y solo lo amaba a él.

Martin salió en ese momento de la sala y Megan notó cómo la había buscado con la mirada. Mostró alivio en un primer instante o eso le pareció a ella, pero con rapidez, al ver a Albert, su expresión se modificó para adoptar una actitud distante y fría.

Mark Perlman se acercó a Martin y empezó a hablarle en voz muy baja de manera que Megan no pudo saber qué decían. Pese a ello, al ver el gesto de contrariedad de Martin imaginó que le estaba explicando las intenciones de Rob. Parecía que iban a iniciar allí mismo una discusión hasta que Martin volvió a mirarla de manera directa a los ojos y encaminándose hacia ella dejó a Mark con la palabra en la boca.

Al llegar a su altura se giró con brusquedad hacia Albert y le tendió la mano.
—Disculpe, señor Hosltom. Antes no le he saludado como era debido. Estaba un tanto nervioso.

Albert pareció dudar en un primer momento, pero si en algo era bueno su marido era justo en su capacidad de saber reaccionar a cualquier contratiempo sin que apenas se le notase, por grande que fuese su contrariedad. Así que Megan vio cómo no solo le tendía la mano, sino que con la otra le tomaba el codo. Ese gesto que reservaba a las visitas más especiales, aquellas sobre las que tenía grandes expectativas.

—No se preocupe —dijo Albert—, lo entiendo a la perfección y déjeme aprovechar para felicitarlo. Creo que ha demostrado una entereza difícil de superar.

Luego Martin miró a Megan y ella vio la despedida en sus ojos y se espantó. En ningún momento había contemplado esa posibilidad. La posibilidad de que aquello pudiera significar el definitivo adiós, el final implacable.

Martin era libre. Dejaría la empresa. Dejaría aquel lúgubre apartamento. Y, tal vez, también se iría de Boston y se alejaría definitiva e irremediamente de ella. ¡Cómo no! ¡Qué estúpida había sido! Había entendido la negativa a aceptar el dinero sobre la base de que eso le iba a suponer un lastre en su vida, la prueba evidente de aquellos años. Y se había enorgullecido de un

Martin que tuviera el valor, el coraje y la fuerza de renunciar a ello para poder renacer liberado de cualquier recuerdo. Pero esa liberación, esa necesidad de dejar atrás y enterrar cualquier recuerdo incluían la ciudad de Boston y por encima de todo, la incluían a ella.

Tal vez había sido más vergonzoso y humillante saberse no correspondida en el amor que ella sentía por él, sobre todo al haberle confesado él que sus relaciones solo habían tenido por objetivo, para él, evitar la pérdida de su situación condicional, con lo que ella había sido una vulgar acosadora y eso la hacía sentirse tan ridícula como malvada, por mucho que ella no hubiera sido consciente.

Sin embargo, pese a la separación que comportaba, aquello no había supuesto que él desapareciese de su esfera más próxima y Megan todavía confiaba en que, pasado un tiempo, Martin podía aceptarla como amiga. Y, además, ella, para bien o para mal, seguía estando en sus recuerdos, en su pasado y en su mente.

Ahora su mirada era devastadora. Nunca serían amigos. Martin quería hacerla desaparecer y lo hacía con la misma contundencia que había rechazado trescientos mil dólares. Y constatar esa verdad con aquella clarividencia le provocó un dolor intenso en el pecho que le bajó hasta el estómago y, sin poder evitarlo, apareció una arcada que solo pudo contener los segundos que tardó en girarse contra la pared y agacharse lo más que pudo sobre una papelera que, casi de manera milagrosa, estaba allí.

—¡Megan! —Era Albert quien había gritado—. ¡Megan! ¿Qué ocurre?

Notó su mano sobre su espalda y con la otra intentaba recogerle el pelo. Ella seguía vomitando mientras el dolor en el estómago se intensificaba. Pasados unos segundos, sin embargo, parecía no quedar nada más en su estómago y levantó la mirada.

Un grupo de gente se había agrupado alrededor de ellos. Megan sintió una tremenda vergüenza, aunque el dolor seguía persistente y eso solapaba cualquier otro sentimiento.

—Hay que llamar a un médico —dijo entonces Mark Perlman, con un tono que delataba nerviosismo.

—No es necesario —balbuceó Megan—. Ya estoy mejor...

—¿Te duele algo? —preguntó Albert.

—El estómago —respondió ella—. Lo siento... Debe de haberme sentado algo mal.

Su marido la miró con cierta dureza. Ambos sabían que era difícil que nada le hubiera sentado mal dado que, desde que había recibido la llamada de Martin, apenas había comido y ya mucho antes ingería solo lo mínimo. Incluso había dejado de hacer deporte porque se encontraba cansada y débil

—Megan... —Era la voz de Martin. Sonaba tan dulce...

—Ya estoy bien —volvió a decir ella y levantó la vista hacia Martin.

—Vamos —dijo Albert—. Haré venir al médico a casa.

«¡Vaya despedida! —pensó Megan—. Podría ser la última vez que lo vea y ha de ser así».

—Martin, espero que vengas mañana a despedirte de tus compañeros. —Lo había dicho Albert, aunque Megan contuvo por un momento la respiración.

—¿Compañeros? —Martin parecía en verdad extrañado hasta que pareció darse cuenta de lo que hablaba—. Sí. Me pasaré en algún momento.

Empezaron a caminar hacia la salida los cuatros juntos. Albert la llevaba muy cogida de la cintura y las manos como si temiese que ella se fuera a desmayar de un momento a otro.

Cuando salieron al exterior, el sol golpeó con fuerza la cara de Megan, quien tuvo que cerrar por un momento los ojos. No se encontraba nada bien, sin duda, pero no podía decirlo.

Entonces, apareció un hombre corriendo por las escaleras. Vestía traje chaqueta de calidad y por eso era más curioso verlo en aquella situación.

—¡Martin! —gritó el hombre a escasos metros de ellos—. ¡Oh! ¡Dios! ¡Lo siento! El avión ha sufrido retrasos.

Entonces Megan lo reconoció y lo recordó. Era James, el hermano de

Martin. Y estaba allí gracias a sus gestiones.

En efecto, en cuanto se enteró de la declaración de Mary, empezó a buscarlo. Encontró cuatro James Grisham, pero solo uno vinculado al negocio de la informática y recordó que, trece años atrás, Martin le había explicado la pasión de ambos hermanos por las tecnologías de la información y la comunicación. Se la jugó y envió un correo electrónico. Sin embargo, no había obtenido ninguna respuesta y se había olvidado.

El hombre ya había llegado a la altura de ellos, aunque solo tenía ojos para Martin.

—¡Perdóname! ¿Podrás perdonarme, Martin? ¡Dios mío! ¡He estado tan ciego!

—¿Cómo...? —Martin fue a preguntar lo razonable; pero calló ante lo evidente y miró a Megan.

—Creí que sería bueno. —A Megan la voz le había salido muy apagada. El dolor seguía siendo intenso.

Martin la miró con preocupación.

—¡Martin! Lo siento tanto. —James seguía suplicando.

Entonces Martin volvió a reparar en su presencia y por un momento pareció que se hacía el silencio en toda la ciudad.

—Deja de sentirlo —dijo Martin— y dame un abrazo.

Cuando Megan y Albert ya estaban subidos al coche, Megan vio cómo los hermanos seguían abrazados y el dolor de estómago empezó a remitir. Tal vez sí que había hecho algo bien al final. A su lado, Albert respira tan acompasadamente que parecía estar practicando yoga. Lo miró de reojo. Supo que estaba intentado controlarse.

—Albert —dijo ella—, te lo voy a explicar todo. Prepárate para una historia absurda y para el dolor que te voy a causar.

Capítulo 19

—El servidor sigue dando problemas.

Quien lo había dicho era Richard, el jefe informático de la Tyler, un buen hombre y un buen profesional. Estaba tan preocupado y desesperado como ellos. Después de días y días de trabajo, en el último momento, un fallo del servidor imposibilitaba la puesta en marcha de todo el programa. Desde un punto de vista teórico, las dificultades no tenían su origen en la construcción y desarrollo del software, pero eso no importaba. Si el servidor no se arreglaba, nada de lo que habían hecho podía ver la luz y se trataba de un compañero que estaba sufriendo por lo que era su responsabilidad, alguien que durante aquella última semana solo había tenido para con ellos palabras de apoyo, así que se iba a quedar con él, intentándolo, probando una y otra vez, sugiriendo soluciones... Lo que fuese necesario.

Sin embargo, maldijo su mala suerte. Era el último día de su estancia en Boston. Al día siguiente tenía vuelo a primera hora de la mañana para volver a Jacksonville y, después de haberle dado muchas vueltas y pese a sus muchas dudas, había programado ver a Megan aquella tarde cuando acabara el trabajo.

Pero todo se había complicado y ahora dudaba de que pudiese verla. Había desperdiciado una oportunidad. La única excusa que le permitía acercarse a ella. Dos meses preparando aquel proyecto, rezando para que se lo concedieran y planificando cómo iba a aparecer ante su puerta y, sin embargo, había sido incapaz de hacerlo.

No había ayudado nada que el primer día de su estancia en Boston, mientras decidía cómo afrontar lo que de verdad había ido a hacer y que no era otra cosa que verla a ella, se había topado con Albert Holstom, que le hacía carantoñas a una espectacular mujer, en el Beehive, donde se había parado con su compañero Thomas a tomar algo. Todavía se sonrojaba al recordar qué había pasado.

—¿Qué haces? ¿Dónde vas? —había dicho Thomas cuando comprobó su mirada y su fijación.

—Espera aquí.

La sangre le había hervido mientras pasaba a través de las mesas abarrotadas de gente directo hacia el canalla. El grupo musical que había esa noche estaba recordando viejas canciones de los años ochenta y el sonido de la batería todavía había ayudado más a que su corazón se lanzase a una loca carrera.

—Eres un desgraciado —le había dicho a bocajarro al llegar a su altura.

Albert había levantado la vista y, en cuanto lo vio, había abierto de manera desmesurada los ojos y soltó a la chica a la que había estado magreando sin parar.

—¡Vaya! —había respondido Albert recomponiéndose con rapidez de la sorpresa inicial—. Veo que te ha sentado bien la vida en Jacksonville. Luces un bronceado espectacular.

—¿Qué te crees que estás haciendo? —había insistido Martin señalando a la chica que los miraba a ambos entre divertida y extrañada.

Albert lo había mirado entrecerrando los ojos como si tuviera que hacer un esfuerzo por focalizarlo, aunque también pareció haber estado calibrando las opciones que podía tener en lo que, sin lugar a dudas, habría podido ser un encontronazo. Al fin, se había limitado a abrir los brazos y dejarlos caer de nuevo sobre sus piernas como ofreciéndose sin plantar batalla.

Martin había sentido una rabia tan intensa que casi no lo había dejado respirar. Ver como aquel sujeto estaba siendo tan cínico que ni siquiera se

mostraba avergonzado de la infidelidad que estaba cometiendo había sido superior a sus fuerzas. No sería él quien se lo explicase a Megan puesto que no creía que fuera merecedor de su confianza, pero al menos aquel impresentable no se saldría con la suya y le frustraría sus patéticos planes.

—Este hombre está casado —había dicho dirigiéndose a la chica—. Tú eres la otra, la querida, el segundo plato...

—¡Vaya, vaya! —había dicho entonces Albert, con una sonrisa irónica en sus labios—. ¿Eres tú quien me va a dar lecciones de fidelidad? ¡Esto sí que es bueno!

Martin se había sentido entonces muy ridículo. ¡Maldita sea! ¡Cuánta razón tenía! ¿Quién era él, precisamente él, para hacer lo que estaba haciendo? Pero no era su honra ni su dignidad la que estaban en juego. Se trataba de Megan.

—No te voy a dar lecciones de nada —le había respondido—, solo me pongo frente a ti para que seas consciente de lo hijo de puta que eres. Megan no se merece esto.

—¡Ah! ¿no? —Albert había seguido demasiado risueño—. ¿Estás seguro de que no se lo merece? Que me lo digas tú no deja de ser más interesante. ¿O es que ponerle los cuernos al novio es menos infidelidad que ponérselos al marido?

Martin se había mordido el labio inferior. Aquellas palabras habían insinuado que Albert conocía su historia con Megan durante aquellos dos meses previos a su boda.

—El matrimonio es un compromiso formal y permanente —había dicho Martin por toda respuesta.

Albert había tomado la mano de la chica, que seguía a su lado, y se la había llevado a la boca para besarla. Martin había apretado los puños y mirado a su alrededor. No era el lugar oportuno.

—Sal fuera —le había dicho entonces.

Albert había soltado una carcajada fuerte, sonora y ruidosa.

—No, mi querido amigo. No pienso liarme a hostias contigo y menos por mi

exmujer.

Martin se había quedado petrificado ante la última palabra y solo había podido abrir algo la boca ante la sorpresa de aquella información.

—No sabías nada, ¿verdad? —Albert había parecido deleitarse con la sorpresa que había generado—. ¡Qué mal me sabe! Fíjate que, por un momento, había dudado de si Megan había decidido la separación por estar contigo. Pero no. Tú tampoco estás en sus planes y ¿sabes? Me alegro. Porque tú no la mereces. Porque ella sigue conservando esa inteligencia que Dios le dio y se mantendrá lejos de tu presencia. Si te hiciste otras ilusiones porque hubiéramos aceptado la oferta de tu empresa para desarrollar el nuevo software en la Tyler, ya puedes ir desencantándote. Ella me preguntó a mí sobre el tema y fui yo quien decidió que podíais venir, aunque solo sea para verte de nuevo babear por mi exmujer y regodearme en ver cómo ella te desprecia, ahora sí, con toda su capacidad.

Martin había absorbido las palabras que Albert le escupía sintiendo por, cada una de ellas, un extraño dolor en el pecho. Megan no le había avisado de su separación y eso, sin duda, solo podía significar lo que su marido... su exmarido estaba diciendo. Ella ya no lo quería a su lado. Se había cansado. Se había dado cuenta de su tremendo error. Había despertado de aquella obsesión que la había mantenido siempre cerca de él pese a todo. Y en ese momento él fue consciente de todo lo que eso significaba. La había perdido antes siquiera de poder recuperarla.

Desde entonces había pasado una semana. Él se alojaba en el hotel del complejo Tyler y, cada mañana, iba hasta la planta doce para trabajar con el resto del equipo de telecomunicaciones. Nunca se la encontró. Ni siquiera por las escaleras. Y cuando cada tarde volvía a su habitación se pasaba horas en vela soñando, imaginando, dudando... Se odiaba a sí mismo por haber demorado tanto la decisión. Años atrás, lo perdía la precipitación, el no reflexionar lo suficiente, no estudiar opciones alternativas. Vivir doce años en una cárcel tampoco había ayudado nada. Allí las decisiones nunca le

correspondían al preso. La vida estaba por completo regulada, programada, estructurada. No había margen ninguno para la sorpresa o la posibilidad.

—Vamos a probar una vez más —dijo Thomas.

Martin se concentró en lo que debía hacer, aunque primero cruzó los dedos esperando a ver si las máquinas obedecían a la orden de encendido. En la pantalla empezaron a aparecer secuencias como señal de que los programas de inicio se estaban ejecutando. Parecía que todo iba bien hasta que uno de los comandos se demoró más de lo debido y al fin, por enésima vez, el sistema entero cayó.

Los resoplidos de todos los miembros del departamento fueron contundentes. Estaban muy frustrados.

—¿Hacemos un pequeño descanso? —dijo Richard—. Tal vez, si cenamos, lo veamos todo de otro color. Paga la Tyler.

—Negro lo seguiremos viendo —contestó Thomas mientras señalaba la pantalla del ordenador, que ya no emitía ninguna luz.

—Yo preferiría no moverme —respondió Martin—. ¿Podemos pedir que nos lo suban? No sé... tal vez unas *pizzas*.

—¡Evidentemente! —Y dirigiéndose hacia un joven, que a las claras era un becario en prácticas, continuó—: ¡Muchacho! Llama al restaurante y que suban cinco *pizzas* de jamón y queso, y cinco más de champiñones.

—Necesitaría fumarme un cigarro.

—Thomas, muchacho, ¿cuándo te darás cuenta de que es uno de los peores vicios? Aquí no te vamos a dejar. Sal a la escalera de incendios como mucho.

—Yo voy con él —dijo entonces el oficial de sistemas, que también llevaba tiempo encerrado en aquel despacho.

Martin cogió la lata de Coca-Cola que había sobre la mesa y le dio todavía los últimos sorbos mientras veía salir a los dos compañeros de aquel despacho.

—¡Jefa! ¿Qué haces por aquí? ¿Has venido a ver cómo se hunde en pleno el departamento de informática? —Era el oficial que había salido con Thomas el

que había dicho aquello

La sonrisa franca y abierta que oyó a través de la puerta abierta no le dejó espacio para la duda. La hubiera reconocido hasta a metros de distancia.

—Me acabo de enterar que estáis un poco atrapados.

Ahora era su voz. Esa voz dulce y melodiosa que oía en sueños. El corazón le latía con fuerza y velocidad y, sin embargo, su cuerpo se había quedado helado, incapaz de moverse. Richard empezó a caminar hacia la puerta para saludar a su jefa, pero antes de llegar apareció la figura de ella en el marco.

Llevaba un vestido color crudo por encima de las rodillas y una chaqueta americana negra tan larga como el vestido. Medias negras y zapato de tacón fino. Rezumaba elegancia. Había entrado con una expresión relajada y serena, pero, al verlo, se paró en seco, el rostro se le crispó y los ojos se agrandaron.

—¿Martin? No sabía que estabas aquí —balbuceó.

—¿No lo sabías, Megan? ¡Pero si llevan toda la semana! Mañana a primera hora se van, aunque esta noche promete ser larga. Nos están ayudando y eso que su trabajo sí está acabado.

Richard había dado todos los datos y todas las explicaciones, y Martin no pudo responder nada, pese a que dudaba que hubiera podido hacerlo. Sentía el corazón en la garganta y eso no lo dejaba pronunciar una sola frase.

Megan había palidecido y lo seguía mirando, pero iba modificando poco a poco la expresión hasta transformarse en un gesto de contrariedad.

—Bien, bien. —La voz le surgió en casi un susurro—. Os tengo que dejar. ¡Richard! Pide cena para todos que, al menos podáis comer algo.

—Ya lo hemos hecho, ¡jefa! Unas *pizzas*, a propuesta de Grisham.

Megan solo asintió con la cabeza y, girándose con brusquedad, salió del despacho como una exhalación. Martin se quedó allí como anclado al suelo hasta que se dio cuenta de que ni siquiera le había dicho un triste «hola».

—Ahora vengo —le dijo a Richard.

Y salió corriendo tras sus pasos viendo su figura casi ya en la salida y temiendo no llegar a tiempo si el ascensor estaba en la misma planta. Al llegar

al vestíbulo vio cómo Megan tocaba de manera frenética el botón de llamada del ascensor.

—¡Megan!

Ella no respondió. Lo miró de soslayo y siguió tocando el botón.

—¡Megan! ¡Por favor! Dame un minuto. Yo... yo quería ir a verte, pero...

Entonces ella se giró y lo miró de frente. Tenía el rostro desencajado. El labio inferior le temblaba y los ojos...

—Déjalo, Martin. Lo entiendo. Yo...

Calló, se volvió a girar hacia el ascensor y volvió a accionar el botón absurdamente.

—No, Megan. No lo entiendes...

Ella lo volvió a mirar y entonces, de golpe, de sus ojos empezó a brotar un manantial de lágrimas. Martin abrió la boca. Quería decir algo, pero verla llorar de aquella manera lo estaba sobrepasando.

—¡Oh! Lo siento, Martin —dijo ella entre lágrimas—. Por favor, no hagas caso de esto. No es culpa tuya. De verdad... yo... No sé qué me pasa... No hagas caso... No...

—Megan. Megan. Tenemos que hablar.

—¡No! De verdad... Tranquilo... No tiene nada que ver contigo... Bueno... Yo creí... Creí que me habías perdonado... que éramos amigos... Pero no te preocupes... Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Lo último que quiero que pienses es que te estoy agobiando. Yo...

En ese momento se abrió la puerta del ascensor y Megan la miró como si fuera su liberación. Mientras hablaba se había ido secando las lágrimas, que seguían cayendo por su cara, y tampoco había dejado de mirar hacia aquella salida. Se introdujo dentro y pulsó el botón del cero de nuevo con insistencia. Martin se puso en medio de las puertas para impedir que se cerrasen y bajase.

—¿Qué... qué haces? Martin, tranquilo, lo entiendo. No hagas caso. No sé por qué lloro. No te sientas... Deja la puerta, por favor.

—No, Megan. No te vayas así. Te prometo que quería ir a verte, pero es

que...

No sabía cómo hablarle de su miedo, cómo explicarle el ansia que sentía, la inseguridad, su falta de decisión, su incapacidad. Cómo decirle que era un medio hombre. La condena le había arrebatado el alma o parte de ella.

—Por favor —susurró Megan—, deja las puertas. No puedo seguir así. No soporto que veas esto.

—Megan...

En ese momento, del ala sur de la planta aparecieron tres jóvenes que reían y charlaban, aunque en cuanto lo vieron a él se intimidaron un poco. Al llegar al ascensor advirtieron quién estaba dentro y, reconociéndola, profirieron un saludo muy formal y correcto y se introdujeron. Martin miró a Megan. Ella se había limpiado las lágrimas y miraba hacia el letrero que anunciaba las horas del restaurante con una insistencia en parte absurda. Él todavía se quedó unos segundos más en aquel sitio, pero uno de los jóvenes carraspeó y comprendiendo que debía retirarse desanduvo un paso atrás.

Las puertas se cerraron de inmediato y tuvo una última visión de Megan, que lo miró de nuevo con los ojos enrojecidos. El corazón le latía descontrolado. Se sintió triste y un ser vil y despreciable.

¿Hubiera tenido que bajar con ella? ¿Tendría que haberla sacado de allí y obligarla a que lo escuchase? ¿Y qué le iba a decir? ¿Qué le iba a ofrecer? ¿Quién era él si no el ser más despreciable, quién le había destrozado aquella maravillosa niñez que ella se merecía? ¿No era lógico dejarla que hiciese su vida como quizás había decidido cuando optó por no informarle de su separación?

«Que me habías perdonado». Eso era lo que ella había dicho. ¿Perdonarla? ¿De qué? ¿De haber sido la única persona que lo había creído inocente? ¿De ser la única persona que se había mantenido fiel en lo más importante?

«Que pienses que te estoy agobiando». Ella solo con su presencia era capaz de levantar el ánimo y provocar felicidad. Siempre había estado ahí.

«Que éramos amigos». ¿Amigos? ¿Qué amistad podía él darle? ¿Por qué se

le había ocurrido volver a Boston? ¿Qué pretendía?

En ese momento se abrieron las puertas del ascensor de al lado y apareció un camarero del restaurante con un carrito y las cajas de las *pizzas*.

—¿Esto es aquí, señor?

—Sí, sí —respondió Martin—. Al fondo.

A partir de ese momento, sus reacciones fueron como las de cualquier autómatas. Regresó al sitio donde estaban sus compañeros. Comió un par de trozos de *pizza* y se limitó a mirar cómo los demás siguieron, por dos veces más, todos los pasos para reiniciar el servidor.

Lo consiguieron cuando el reloj marcaba la una de la madrugada y todavía se dedicaron durante un rato más, a comprobar que todo el desarrollo que su empresa había realizado funcionaba con normalidad y cumplía con las funcionalidades solicitadas.

Entonces, casi a las tres de la mañana, llegó a la habitación del hotel, se sirvió una copa de *coñac* del minibar y se tiró en la cama sin quitarse la ropa. Pensó que no iba a poder dormir y, sin embargo, un sopor brutal lo acometió en unos segundos y lo introdujo en un sueño profundo.

Lo despertó Thomas aporreando la puerta, señalándole que solo le quedaban sesenta minutos para coger el avión. Así que se limitó a lavarse con rapidez y cambiarse la camisa, antes de meter las cosas de cualquier manera en la maleta y salir disparado hacia el taxi que aguardaba en la puerta, no sin antes decir en recepción que cargaran los gastos en la tarjeta de crédito dejada en depósito.

Durante el vuelo, Thomas no paró de hablar hasta que Martin le pidió que callara, lo cual no le sentó nada bien puesto que, en cuanto llegaron al aeropuerto, Thomas puso una excusa y se marchó sin esperar la llegada del material facturado.

Fue Martin quien lo recogió y se dirigió hacia la salida sin que todavía pudiera sentir que salía de aquel automatismo que le permitía continuar moviéndose como si nada, cuando en realidad sentía un agujero en su interior.

James estaba en el vestíbulo de espera y solo verlo notó que algo ocurría.

—Martin, ¿qué ha pasado?

—Nada, James. Vayamos a casa. Necesito beber una copa y echarme a dormir.

—Ni hablar. Te vas a tomar un café en esta cafetería y me vas a explicar qué demonios ha ocurrido para que hayas llegado con esta cara y hayas molestado a Thomas hasta el punto que se ha largado diciendo que si hubiera viajado con un muerto podría haber tenido mejor compañía.

Martin se dejó hacer de nuevo. James lo llevó hasta una cafetería y pidieron ambos un café solo. Cuando el camarero se marchó, su hermano volvió a insistir.

—Dime, ¿qué ha pasado? La has visto, ¿no? ¿Has hablado con ella?

—La he perdido definitivamente, James.

—¿De qué hablas?

—Que ya está. Que no puedo más. Que se acabó.

Entonces Martin le explicó todo lo que había ocurrido. Desde el momento en que llegó a Boston hasta cuando la vio desaparecer tras las puertas del ascensor. Le describió su mirada, su voz apagada, su llanto continuo y, mientras lo hacía, el agujero de su interior se hizo más grande y más tenebroso.

—¿Sabes, James? Preferiría estar en prisión. Allí no había decisión que tomar. Allí estaba pagando por mi maldito error. Pero esa responsabilidad era la única que tenía que sobrellevar. No quiero seguir aquí. No hay nada por lo que luchar.

—Mira, Martin. Me parece muy bien que no quieras tomar ninguna decisión porque en los próximos minutos solo me vas a obedecer. Y te voy a explicar lo que vas a hacer. Vas a ir a las taquillas y vas a comprar el primer vuelo para Boston de nuevo.

—James, no has entendido nada. Ella ha decidido apartarse y hace bien porque mi presencia le hace daño. No puedo...

—He dicho que vas a hacer todo eso y mucho más porque vas a presentarte ante Megan y le vas a explicar qué sientes.

—James, ¡escúchame! La he perdido. Es definitivo. Ella va a recomenzar su vida...

—¿Me estás diciendo que no puedes soportar un rechazo de Megan? ¿Me estás hablando de la misma Megan que tuvo que soportar como tú la echabas de tu lado una semana tras otra? ¿De la Megan que de jovencita recorrió siete kilómetros para poder verte tan solo cinco minutos? ¿De la que te iba a ver tarde tras tarde a ese cuchitril para expresidarios?

James calló unos segundos mirándolo con dureza para continuar segundos después.

—Pues si es la misma Megan, vas a ir y le vas a suplicar que te deje estar a su lado. Como amigo o como simple sombra. Y, cuando te rechace, se lo volverás a pedir otra vez. Y, cuando te vuelva a rechazar, lo volverás a hacer. Y lo soportarás de manera respetuosa. Esperando que ella cambie su decisión. Y lo harás hasta que te haya rechazado las mismas veces que tú la has rechazado a ella. Solo entonces te dejaré volver aquí a esconderte en un agujero y no poder salir. ¿Lo has entendido?

Seis horas más tarde, cuando las campanadas de la iglesia de Sant Charles estaban anunciando las nueve de la noche, Martin entraba de nuevo en el vestíbulo del complejo industrial de la Tyler Integrated Shipping Corporation, se registró en el hotel y subió a la planta catorce sin demasiada convicción.

Sin embargo, todavía quedaban un par de secretarias que charlaban con relajación como si tan solo esperasen que se les diese permiso para marchar. Una de ellas era la secretaria personal de Megan. Eso le dio alguna esperanza.

—Buenas noches —dijo Martin.

—Buenas noches, señor Grisham —le respondió ella mostrándole que lo había reconocido

—Gracias. No sabía si me recordaría.

—Claro que sí. Usted es famoso en toda la empresa. Hay hasta leyendas sobre usted.

Martin sonrió con cierta tristeza. Imaginaba el tipo de leyendas que corrían. Desde luego era lógico hacerse famoso y que la imaginación volase con la historia real que él había vivido y que allí todos conocían.

—No sé si estará la señora Hols... Morton. —No sabía si ella volvía a llamarse por el apellido de soltera.

—¿Megan?

Martin asintió por toda respuesta.

—Está dentro —dijo señalando a la puerta—. Va a salir en unos...

Justo en ese momento, en efecto, la puerta se abrió. La primera persona que salió fue Megan. Detrás estaba Mark Perlman. Ella vestía un vestido negro de noche que estilizaba su figura. Él iba de frac y tenía la chaqueta de ella en la mano. Cuando lo vieron, ambos cruzaron sus miradas.

Martin recordó las palabras de su hermano: «Y, cuando te vuelva a rechazar, aguantarás y se lo volverás a pedir».

—Hola —saludó él.

—¿No te habías ido? —preguntó Megan mirándolo a los ojos.

—Hola —dijo entonces Mark Perlman tendiéndole la mano—. Me alegro de volverte a ver y hacerlo en mejores circunstancias.

Martin le devolvió el apretón de manos y le dirigió una rápida sonrisa y asentimiento. Sin embargo, en seguida miró a Megan para contestarle.

—Sí. Me fui esta mañana. Acabo de volver.

—¿Ha ocurrido algo con el software? Richard no me ha...

—No. No ha pasado nada. Según tengo entendido sigue funcionando con normalidad. —Y cogiendo aire continuó—. Quería hablar contigo.

Megan abrió la boca como si fuera a responder, pero se detuvo. Miró a Mark, lo miró a él y se miró a sí misma como si estuviera comprobando que, de verdad, estaba vestida para salir.

—Yo...

—No tiene que ser ahora —se apresuró a responder—. Hago noche aquí.

—Mañana tiene a los japoneses —interrumpió entonces su secretaria— y pasado ya se va toda la semana a California.

Megan y Martin se miraron a los ojos. Él creyó perderse en aquel verde. Sus latidos eran tan fuertes que sentía su propio pulso en el cuello.

—Puedo esperar —susurró entonces él—. En la fecha que vaya mejor. No es urgente.

—¿Qué te parece si lo cierra con tu secretaria? —dijo entonces Mark Perlman—. Vamos a llegar tarde y Puccini no nos va a esperar.

A la ópera. Iban a la ópera. Megan le había hablado hacía muchos años de sus gustos musicales. Le había dicho que quería ver una ópera. Él no le había hecho demasiado caso. La quería, sí, pero de esa manera inconsciente y absurda que quieren los jóvenes. Sin pensar que aquello podía desaparecer. Sin apreciar que cada momento con ella podía ser el último. Sin recordar que lo único importante era satisfacer a tu pareja y darle todo lo que ella pidiese. Sin darse cuenta de que haber encontrado el amor era mejor y más bueno que si te hubiera tocado la lotería. Pero entonces no le daba valor.

Megan parecía dudar. «Y lo soportarás con respeto», había dicho su hermano.

—Sí —respondió entonces Martin—, puedo hablarlo con ella. No os preocupéis.

Y se hizo a un lado para dejarlos pasar, aunque por dentro se sentía morir y empezó a temblar de impotencia y dolor al ver cómo Perlman ponía una mano sobre su espalda y la empujaba con delicadeza.

—Los japoneses vienen tarde. Si quieres, podemos vernos a primera hora y desayunamos —le dijo ella mientras ya estaba empezando a andar.

—Perfecto —se apresuró a responder él—, lo que tú veas.

—Bien, pues todo resuelto —dijo Mark—. Que tengas una buena noche, Martin. Lamentamos no poder saludarte mejor, pero llegamos tarde.

—No pasa nada. Lo entiendo —contestó él.

Entonces se quedó allí quieto mientras los miraba por la espalda. Hacían buena pareja, pensó. Y el dolor rugió de nuevo en su interior.

Capítulo 20

Habían tenido que pasar por el despacho Morton porque se había dejado las entradas para la ópera. Mark se había excusado miles de veces por el contratiempo y ahora le estaba explicando el atribulado día que había tenido y que motivaba su despiste, mientras conducía a través del intenso tráfico de la ciudad. Megan asentía y sonreía, aunque, en realidad, no estaba oyendo nada de lo que decía. Solo tenía en mente la imagen de Martin frente a su secretaria mientras solicitaba una cita y sentía en su interior una opresión y la horrible sensación de que toda su vida estaba precipitándose hacia donde ella no quería ir.

—¿Te parece? —Era la voz de Mark y Megan se maldijo por no haber estado escuchando.

—¿Perdona? Me he despistado...

—Tranquila, digo que vamos a cortar camino por el Boston Public Garden. Tendremos que ir más lentos, pero creo que es la única opción para llegar a tiempo.

—Como quieras —respondió Megan.

Y así el coche de Mark giró por la calle Charles y se adentró en el parque disminuyendo la velocidad dado que estaba restringida por ser prioritarios los peatones. Megan había estado allí miles de veces. Los fines de semana, cuando salía a correr, muchas veces se dirigía allí como recorrido alternativo a la ribera del río Charles. Sin embargo, aquella noche lo que vio cuando

empezaron a atravesar la avenida que separaba el Boston Public Garden del Boston Common fue su propia imagen trece años atrás cuando caminaba para llegar a la cita diaria con Martin.

Aquel parque había sido escenario de su primer encuentro y también de muchos otros que le siguieron, sobre todo cuando hacía buen tiempo. Entonces la vida era muy distinta y ella también era otra persona. Llena de ilusiones, con hambre de futuro y enamorada. Absolutamente enamorada. Y ese amor tierno, suave, inocente y fresco había desaparecido, sí, pero por otro más intenso, doloroso por la carencia, apremiante y exigente.

Amaba a Martin. Lo amaba con desesperación. Y nada ni nadie había conseguido eliminar aquel sentimiento. Ni la distancia, ni su padre, ni la cárcel, ni sus duras palabras, ni su rechazo, ni la cordura...

—¡Para el coche!

Había gritado y lo lamentaba. Mark no se merecía aquello. Obediente, detuvo el coche en un lateral. El silencio en el interior era demoledor. Megan quería hablar, pero un nudo en la garganta se lo impedía. Si lo hacía, lo que pasaría sería que lloraría sin parar. Miraba de manera obsesiva al exterior. Las luces encendidas marcaban parte de los caminitos que se adentraban en el parque. Al fin, respiró hondo y se giró hacia Mark.

—Lo siento —le susurró.

—Te va a hacer daño. Lo sabes, ¿verdad? —respondió Mark, demostrando que no le hacían falta demasiadas explicaciones.

—Tal vez. Pero debo ser sincera conmigo misma, Mark, y no puedo engañarte a ti.

—Nunca me has engañado. Siempre has sido clara y diáfana. Transparente, diría yo.

No había respuesta para aquello. Quizás era cierto para todo aquel que hubiera querido mirarla. Albert se lo había dicho. Cuando ella le explicó todo lo que había ocurrido a la salida del juicio y tomaron la decisión de separarse, él le dijo que siempre había sido consciente de que su amor estaba en otro

sitio; aunque había esperado que el tiempo lo recolocase todo. Sin embargo, el tiempo solo había servido para convertir aquel amor en parte de sí misma.

—Puccini va a tener que esperar nuestra presencia —dijo de nuevo Mark con una mueca pícaro.

Megan le sonrió. Le acarició con suavidad la cara a modo de despedida y salió del coche. Hacía frío con la ropa que llevaba, puesto que el traje de noche estaba pensado para espacios con alta calefacción y la chaquetilla casi no cubría sus mangas. Faltaban solo dos días para que se anunciase la primavera, pero las temperaturas no empezarían a subir hasta bien adentrado el mes de mayo.

Levantó un brazo y de forma instantánea un taxi se detuvo junto a ella. Al subir y dar la dirección del hotel se dio cuenta de que, solo en ese momento, Mark había arrancado el coche. Había esperado a que ella estuviese segura y agradeció aquel gesto, pese al plantón que le acababa de dar.

El taxi tuvo que seguir circulando por la calle Charles antes de poder acceder a las grandes avenidas que los conducirían hasta la zona portuaria. Megan se sentía más tranquila por haber aceptado su propia situación, aunque sabía que Mark tenía razón. Martin había sido muy claro en cuanto a lo que había entre los dos: nada, o solo lo que ella sentía. Pero él había vuelto de Jacksonville para hablar de algo y ella debía ir a escucharlo.

Tal vez solo iba a tratarse de intentar poner palabras a todos aquellos años y cerrar de manera definitiva la puerta. Eso le iba a doler y mucho. Pero debía atender su llamada porque todo lo demás era engañarse. Y aunque ella jamás iba a poder amar a otra persona, eso lo tenía meridianamente claro, también era obvio que ellos debían aclararlo y despedirse.

El vestíbulo del hotel estaba vacío. A aquellas horas, la mayor parte de los huéspedes se encontraría cenando después de inagotables reuniones de trabajo. Así era la vida de su hotel. No había sido concebido para la relajación y las vacaciones. Era funcional y práctico. Lleno de salas de reuniones, congresos y seminarios. Impersonal y previsible, de manera que los

huéspedes habituales no hacían preguntas sobre la mayor parte de los servicios necesarios. Aquel hotel era casi idéntico a los centenares de hoteles de zonas industriales, portuarias y aeroportuarias.

Si Megan hubiera tenido capacidad de decisión sobre su vida, jamás habría creado aquello. Se habría ido a un lugar como Salem, a una de aquellas preciosas casas del siglo xviii y la habría acondicionado como hotel familiar.

Se dirigió al mostrador y cuando la recepcionista la reconoció se puso muy seria y profesional.

—Señora Morton, ¿en qué puedo ayudarla?

—Necesito saber cuál es la habitación del señor Martin Grisham.

La chica la miró sorprendida. Esa información era confidencial. Les habían repetido miles de veces que nunca podían revelar si un huésped estaba en efecto alojado allí y menos en qué habitación. Megan la vio dudar.

—Señorita... —Y mirando la etiqueta de la solapa leyó el nombre—. Señorita Rachel, sé que no puede dar usted esa información. Pero también sabe quién soy yo. Si subo a mi despacho a la decimocuarta planta, lo abro a oscuras porque no sé dónde está el interruptor de la luz, espero de forma paciente a que el sistema Windows de mi ordenador se abra y haga todas las conexiones, y accedo al sistema informático central, sabré con exactitud en qué habitación se aloja el señor Grisham; solo que lo sabré quince minutos más tarde y con ciertas incomodidades. ¿Verdad que entiende por qué he optado por esta solución que a usted la sorprende?

—Ssssí... no se preocupe. Ahora mismo.

La chica tecleó unos segundos y concentró su vista en la pantalla. Después la miró y le dijo:

—325. Cogiendo ese ascensor...

—Sí. No se preocupe. Eso ya me lo conozco. Muchas gracias, Rachel.

Caminó con paso decidido hacia el ascensor, pese a que notaba como si sus piernas fueran de mantequilla. El miedo se había apoderado de ella. Pulsó el número tres en el interior y esperó a que se cerrasen las puertas. No se le

había ocurrido pedirle a Rachel que averiguara también si él estaba en la habitación, pero lo cierto era que eso solo podía saberse desde el servicio de seguridad, que controlaba todos los accesos, y lo cierto era que la pregunta hubiera sido demasiado sorprendente incluso siendo ella la dueña de todo aquello. Si Martin no estaba, subiría a su despacho e iría llamándolo por teléfono a la habitación hasta que llegase. El suelo enmoquetado amortiguó sus pasos.

Al llegar a la puerta respiró hondo antes de llamar con los nudillos y esperar unos segundos. No se oía nada en el interior. Tal vez no estaba. Volvió a llamar y esperó. Seguía sin abrir y pensó en irse; pero cuando fue a dar un paso le pareció escuchar el sonido de la ducha. Esperó unos segundos con la oreja muy cerca de la puerta. Si los japoneses estaban en aquella planta y la veían en aquella posición, el día siguiente iba a ser muy entretenido. Le pareció que el sonido había finalizado y, cogiendo aire de nuevo, golpeó con los nudillos con bastante más fuerza que en las dos veces anteriores.

Esa vez, los sonidos que provenían del interior eran inequívocos. Él estaba dentro y había oído la puerta. Quizás estaba buscando algo que ponerse antes de abrirla. Al fin, percibió el sonido de la cerradura, que dio las dos vueltas completas —lo que indicaba que ya no tenía pensado salir aquella noche— y se abrió la puerta.

Martin tenía el pelo mojado, que le goteaba sobre la camiseta que se había puesto con premura, así como unos tejanos gastados. Iba, sin embargo, descalzo. Había abierto mucho los ojos al verla y también la boca, ligeramente. La pregunta obvia se había quedado sin formular, pero todo su cuerpo parecía estar haciéndola.

Megan encogió los hombros como excusándose y notó cómo se ruborizaba. Se estaba arrepintiendo de estar allí. Él podía malinterpretarlo y sentirse obligado a ser amable, aunque ya tenía suficiente autonomía para no sentirse acosado. ¿Era así?

—Lo siento. No debí venir. Es que...

—No, no. Está bien. Yo había pedido verte.

Se lo vio dudar sobre si hacerla pasar o no. Aquella no había sido la mejor idea que había tenido ese día, pensó definitivamente Megan.

—Si quieres, podemos ir abajo. El bar creo que lo cierran... —Y miró la hora en su móvil y se dio cuenta que faltaban escasos minutos para que lo cerraran—. Bueno, da lo mismo. Supongo que podré conseguir que lo mantengan abierto un rato más.

—Seguro que podrías —dijo Martin sonriendo—. Pero, si a ti no te molesta, también hay servicio de minibar aquí.

—Un hotel con todas las comodidades —respondió Megan.

—Un buen hotel —dijo él y se apartó a un lado para que ella pudiera entrar.

Megan lo hizo. Avanzó con cautela y notó el aroma del jabón al pasar por su lado y sintió el vaho que todavía salía del cuarto de baño. Reconocía la habitación. Le habían asignado una doble de única cama, con unas vistas preciosas a la bahía pese a que no estaba muy alta. Junto a la ventana había dos pequeños sofás y una mesa circular. El minibar estaba en el armario que hacía las veces de sostén para el televisor, que estaba encendido. Estaban retransmitiendo un partido de béisbol.

—¿Estabas viendo el partido? —dijo Megan mientras se sentaba en uno de los silloncitos.

—No, no. No sé ni por qué la había puesto. Supongo que hace compañía. —Y accionando el mando a distancia la apagó—. ¿Qué quieres tomar?

—¿Hay *whisky*?

—Sí. Pero no de malta.

—¡Vaya! —respondió ella con una ligera sonrisa—. Ya no es tan buen hotel.

Martin no respondió, pero también sonrió. Cogió dos botellines pequeños y los vació en dos vasos. Megan tomó nota de que había eludido compartir el vaso como habían hecho durante algunos de sus encuentros. No pasaba nada. Lo importante era que se lo veía bien. Hablarían, aclararían algunas cosas, se disculparían por los malos entendidos y cerrarían aquella etapa de sus vidas

que se truncó cuando eran demasiado jóvenes.

Martin se sentó en el otro sillón y le tendió el vaso. Ella lo tomó y, antes de que pudiera beber, él hizo el gesto indicativo de un brindis.

—Por ti —dijo entonces.

—Por nosotros —respondió ella, aunque volvió a arrepentirse de su precipitación. No había un «nosotros».

Bebieron ambos y entonces Megan dirigió la vista al exterior. La luna llena era enorme y ocupaba todo el espacio e iluminaba la bahía.

—Las vistas son espectaculares —volvió a hablar Martin.

—Sí, lo son. La bahía es impresionante. Cuando me quedo a trabajar hasta tarde, a veces se me hacen las quinientas mirándola.

Martin asintió, pero en lugar de mirar hacia fuera siguió con la vista fija en ella. Su respiración era lenta y acompasada, mientras que Megan sentía su corazón galopar.

—Megan —empezó a hablar y por la gravedad de su voz ella supo que se iniciaba la conversación aplazada y se preparó para sentir cómo las puertas de sus esperanzas infantiles se cerraban del todo—. Siento mucho no haber pasado a verte durante toda la semana. Te aseguro que vine pensando en hacerlo y debí haberlo hecho el primer día. Pero lo cierto es que no sabía bien qué debía decirte, como tampoco lo sé ahora.

Megan lo miró intentando transmitirle confianza, pese a que notó cómo sus labios temblaban y esperó que él no se hubiese dado cuenta. Optó, en cualquier caso, por no decir nada. Era él quien debía hablar y asumir el liderazgo de aquel encuentro.

—Hay algo que si... —Parecía buscar las palabras adecuadas—. Creo que he venido para pedirte que me perdones. Megan, yo... Te hice daño. Tú... tú eras tan inocente. Solo tenías quince años y yo...

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! —interrumpió Megan por completo conmocionada—. ¡Calla! ¡No te hagas esto! No hay nada que perdonar.

—Pero, Megan, yo jodí toda tu vida. —La voz de Martin se quebró.

—¡Eso no es cierto, Martin! Tú no hiciste nada de eso. Te jodieron a ti la vida. ¿Y encima crees que debes pedir tú perdón?

—Te fui infiel, Megan. Y no sé por qué lo hice porque yo no sentía nada por Mary, te lo prometo, yo...

—¿Y crees que un estúpido y absurdo revolcón se merecía todo lo que te ocurrió? Martin, por Dios, tenías veintiún años. Te habías echado por novia a una niñata de quince que te pedía esperar como mínimo tres años más antes de tener relaciones. Eras joven, impetuoso e inmaduro, sí. ¿Pero treinta años de cárcel? No debes sentirte culpable por aquello. No debes nunca pedir perdón. Lo que hicieron contigo no tiene nombre. Si todas las infidelidades se tuvieran que castigar así, medio planeta estaríamos en la cárcel.

—Pero fue mi error el que te destrozó la vida.

—Martin, no fue mi vida la que quedó destrozada. Yo seguí viviendo en libertad, ¿recuerdas? Obtuve un título, tuve amigos, tuve novios, fui a fiestas, fracasé, gané, tomé el sol, paseé por la montaña... No puedes sentirte responsable por algo que no ocurrió. A mí no me pasó nada. Yo no soy la víctima aquí y tú no eres el culpable.

Martin se quedó callado. Su mente parecía estar procesando aquel nuevo punto de vista que él se había estado negando cada instante. Su respiración era profunda.

—Cada jueves me levantaba temblando, ¿sabes? —Su mirada se hizo más intensa—. Parecía imposible vencer la tentación de verte.

—Pero lo conseguiste —respondió Megan bajando la mirada—, jueves a jueves.

—Por esos hechos no puedo pedirte perdón.

—Pues por esos hechos sí deberías hacerlo.

Lo miró de frente descubriendo en su interior que aquello sí la hacía sentirse herida, sí sentía ira, decepción, frustración, rabia... Por la reacción de él notó que había transmitido todo eso en su mirada y la apartó. No quería herirlo. Él tenía equivocados los conceptos, pero tampoco fue nunca mentiroso con ella.

—¿Pretendías estar treinta años viniendo a un locutorio? ¿Treinta años teniendo por novio a un violador? ¿Treinta años subida en un autocar rodeada de delincuentes y bazofia?

Megan apretó sus labios. No quería contestar. Lo que había en su interior podía hacer explosión como un volcán y ella solo quería que él se sintiera bien, en paz consigo mismo, sin que hubiera ningún rastro de responsabilidad o de culpabilidad.

—Dime, Megan —insistió él—, ¿te parecería razonable haberte dejado la juventud y la vida en aquella cárcel por algo que tú no hiciste? ¿Por un novio imbécil que metió la p...?

Había subido el tono de voz e intentando contenerse se levantó de golpe y dirigiéndose hacia la ventana apoyó la frente en el cristal. Megan seguía conteniendo sus ganas de responder y aplicó todas las técnicas de relajación posible.

—¿Por qué no contestas, Megan? —preguntó dulcificando la voz.

—No se trata de mí, Martin. Se trata de que tú puedas superar esto.

—Se trata de que tú puedas perdonarme.

—Ya te he dicho que no hay nada que perdonar. Aquello...

—Sí, lo sé. Sé lo que me has dicho. Pero también sé que no eres sincera. Contéstame, Megan, ¿por qué no reconoces que aquello era inviable? ¿Por qué no ves que lo nuestro tampoco podía ser cuando me concedieron el tercer grado, que no tenía sentido, ni futuro, ni posibilidad...?

—¿Y eso tenías que decidirlo tú?

Las palabras le salieron ásperas y subidas de tono. Advirtió cómo todo su enojo subía desde su estómago hasta su garganta y fue tal el furor que experimentaba que tuvo que levantarse también ella. Martin la miraba extrañado y, aunque permaneció quieto, parecía que tenía intención de acercarse. Entonces las palabras siguieron brotando de su interior como un torrente imparable.

—Tú, ¿verdad? Tú decidiste cómo tenía que ser nuestra relación. Si yo tenía

que hacer de novia o no. No pudiste dejar que yo te dejase de querer de manera paulatina, o que me diese cuenta por mí misma, que las cosas fuesen espontáneas y graduales. No, no podías. Tú, Martin, eras el adulto, el responsable, el maduro, el culpable. Tú podías ejercer ese poder sobre mí. Tú tomaste todas las decisiones. Igual que mi padre decidió que yo sería abogada y trabajaría en una mierda de empresa portuaria. Tú decidiste que yo tenía que dejar de ser tu novia y no porque no me quisieras, ¡no! Lo decidiste por un egoísta sentido del deber y la responsabilidad que solo te tuvo en cuenta a ti en la ecuación. Porque hubiera sido más horrible para ti ver cómo yo me desencantaba poco a poco. Porque no querías exponerte a eso. A que te dejara de querer y tú siguieras allí, encerrado. Era más fácil extirparme. ¡De cuajo! Como si no fuera más que un grano adolescente.

Martin la miraba con los ojos que se le salían de sus órbitas y la boca abierta. Parecía de verdad conmocionado por lo que estaba escuchando. Pero Megan no podía callar. Ya no. Después de tantos años y de tantos rechazos.

—Pues ¿sabes qué te digo, Martin? Que este grano es un cáncer, ¿me oyes? Un cáncer incurable. Te salió mal la jugada. Tu acto de heroísmo y de renuncia tan patético y perfecto no te salió bien. Sigo aquí, ¿me ves? Sigo aquí y sigo amándote. Como el primer día. Sin esperanzas. Sin futuro. Sabiendo que tú no me correspondes. No puedo dejar de quererte. Y no sé si es porque no permitiste que mi amor por ti se degradara o porque te quedaste en mi interior grabado a fuego. Pero, pese a ello, sigo viviendo, sigo ganando y sigo perdiendo, sigo paseando por la playa y por la montaña, sigo trabajando y sigo divirtiéndome y también... también sigo follando con los que me apetece y cuando me apetece. Porque puedo tomar mis propias decisiones y tú no puedes decidir por mí a quien amo y a quién no.

Todo su cuerpo le temblaba. Se había quedado sin fuerzas, por completo exhausta. Y se derrumbó sobre el sillón de nuevo. Respiró hondo. Tomó el vaso con el *whisky* y bebió de él. Aquello no había ido como le hubiera gustado. Ella no había querido hacerle ningún reproche, pero así había sido.

Tenía que irse ahora. Ya no quedaba nada más por decir. Eso sí iba a ser cerrar una puerta de manera definitiva.

Sin embargo, cuando se fue a levantar se dio cuenta de que él estaba justo frente a ella. Mirándola desde arriba. Con una expresión inescrutable. Y, de pronto, se arrodilló sin dejar de mirarla y le cogió las manos.

—Te amo, Megan —dijo con la voz ronca—. Te amo más que a mi vida y más que a nada del mundo. Te amo por encima del tiempo y la esperanza. He sido un estúpido. Ahora lo sé. Y no por los motivos que creía, sino por no haber sabido explicarte cuánto te quería... cuánto te quiero. Todas las decisiones que he tomado en mi vida son erróneas, Megan. No quiero decidir nada más. Quiero obedecerte. Solo a ti. Haré todo lo que tú me pidas. Seré solo lo que tú quieras que sea. Castígame o recompénsame. Me da lo mismo. Pero quiero que mi vida esté en tus manos y que sepas, y que no olvides, y que tengas claro que te amé cuando te conocí con aquel megáfono en la mano y no he dejado de amarte ni un solo segundo desde entonces. Y que si algo tengo claro de mi futuro es que no dejaré de quererte jamás.

Megan notó cómo sus ojos se llenaban de lágrimas y recordó que hacía mucho que no lo hacía. El día exacto fue un jueves e, igual que ocurrió aquel día, las lágrimas rodaron por su cara sin ser capaz de evitarlo. Se arrodilló también ella y se deshizo de sus manos para tomarle la cara. Él parecía expectante. Le temblaba el labio inferior. Notó la caricia de sus manos sobre su cara mientras le intentaba secar las lágrimas. Y entonces se besaron. No quedaba claro quién tomaba la iniciativa. Parecía que ambos se hubieran sincronizado, pero lo que sí resultó evidente fue que sus cuerpos reaccionaron al unísono y se acoplaron como siempre lo habían hecho, como si estuvieran hechos el uno para el otro; como si no hubiera un molde igual.

El beso se tornó poco a poco en algo voraz, salvaje. Megan notó cómo su cuerpo se licuaba. Martin sintió la reacción de su pene casi de manera explosiva. Y, a partir de ahí, sus manos se turnaron entre las caricias y el desprenderse de una ropa que ya quemaba sobre su piel.

Y se dirigieron ambos a la cama sin dejar de besarse y de acariciarse. Tomando y dando. Aunque sin demasiado tiempo para los juegos previos porque el ansia de ambos solo podía saciarse sintiendo que ambos se pertenecían y eran uno solo. Por eso, él se introdujo en su interior y ambos gimieron de la misma forma: agonizantes. Y, por eso, las embestidas fueron lentas pero profundas hasta que el placer hizo explosión en ella y Martin la siguió.

Se quedaron unos segundos abrazados, intentando recuperar la respiración y al mirarse, la ternura y la felicidad apareció.

—Te amo —dijo Megan.

—Te quiero —respondió Martin.

—Te necesito —volvió a decir ella.

—Te deseo —finalizó él.

Y de nuevo iniciaron el acto del amor como si tuvieran que recuperar el tiempo perdido o como si estuvieran hechos únicamente para aquello, para amarse, pese a las circunstancias, a los obstáculos, al tiempo, a la vida, a la muerte y a sí mismos.

Ambos sabían que nada ni nadie podría detener aquello. El amor que se sentían el uno al otro se había anclado en su interior para toda la eternidad.

EPÍLOGO

Victor Morton observaba con cara de disgusto aquella construcción de madera de tres plantas más la buhardilla con ventanas azules. Era como la casita de muñecas que le había regalado a Megan cuando era niña, pero eso no la hacía más agradable a su vista, sino todo lo contrario, le generaba la sensación de que su hija había abandonado un imperio por un sueño infantil.

En la puerta había un cartel que anunciaba que aquello era un *Bed and Breakfast* y estaba decorado con corazoncitos y florecitas. Todo un brindis a la cursilería, pensó Morton.

Llamó a la puerta y le abrió una mujer de unos cincuenta años vestida con una sonrisa bobalicona.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Quiero ver a mi hija, Megan Morton.

La mujer abrió los ojos como platos y después lo miró de arriba abajo sin olvidar echar un vistazo al imponente Porsche Panamera que estaba esperando en la puerta con el chófer.

—La señora no está —balbuceó la mujer—, pero sí está su marido. Le avisaré.

Victor Morton chasqueó la lengua y no pudo evitar la cara de disgusto ante la noticia. Sin embargo, optó por no negarse a ver a ese sujeto. La mujer desapareció hacia el interior de la casa y segundos más tarde apareció la imagen de aquel a quien Morton odiaba con más fuerza. El horrible tipo que

había obnubilado a su hija.

No le tendió la mano, ni le sonrió. Se limitó a mirarlo con aquella mirada suya desafiante que tanto detestaba. A Morton solo lo fastidió haberle evitado el placer de denegarle el saludo. Entonces, Martin Grisham se puso de lado y le indicó con un gesto que pasaran al interior de la casa.

—Podemos hablar aquí —dijo Victor Morton.

—No, señor. No podemos. Tengo que estar en el porche.

Y empezó a caminar hacia el interior sin esperarlo. El padre de Megan maldijo en silencio y Martin lo oyó, pero sabía que iba a seguirlo.

Al llegar al porche se aseguró de que la pequeña Linda seguía bien antes de sentarse en el sillón de mimbre y esperar que apareciese tras él Victor Morton. Había dejado a su pequeña hija de veinte meses en el interior del parque de paredes de tela, entretenida con un sonajero, pero sabía que sería por pocos minutos, dado que esa personita era una tirana del contacto y no soportaba estar alejada de los brazos de alguien por demasiado tiempo.

Tenía el portátil abierto, puesto que había estado trabajando en un nuevo programa de asistencia médica con el que, casi con toda seguridad, las personas que debían vivir solas podrían sentirse más seguras por tener un sistema no demasiado complicado de programar para un usuario inexperto, que detectaba las rutinas más habituales de cualquier persona y lanzaba la voz de alarma en caso de observarse alguna anomalía.

Su suegro apareció en el umbral de la puerta del porche y vio cómo miraba hacia el horizonte. Era imposible que no le gustara la vista. El océano Atlántico en toda su enormidad se extendía frente a ellos y la playa de arena blanca era un remanso de paz en esa zona tan alejada de las áreas más habitadas, que atraía a muy pocos turistas o visitantes, más allá de los clientes de su propio hotel y del vecindario. Pero eso, por las propias características de los edificios, no suponía congregarse más de ocho o nueve personas.

—Puedo ofrecerle algo para tomar.

—No es necesario. Ya lo hizo la señora de fuera —respondió de manera

adusta Morton manteniendo todavía la mirada al frente.

Martin sonrió. Sabía que ese hombre lo odiaba con intensidad, pero también sabía que una gran necesidad le había doblegado el rencor y lo había llevado hasta allí para ver a su hija. Y sabía que, aunque jamás iba a reconocerlo, su actitud era el resultado del amor que sentía por Megan.

Martin también había actuado en el pasado de forma errónea basándose en un amor mal entendido. Así que no podía culpar a su suegro y, en el fondo, le enterneció.

—Abruuu... prrrr... papa...tatata...upa, upa, upa

Linda ya había decidido que tenía suficiente de jugar sola con el sonajero y reclamaba el abrazo de su padre. Martin se acercó y cogió con ternura a su hija. Había heredado el pelo rojo y rizado, así como los ojos verdes, de su madre; sin embargo, su tez era más morena y las facciones, según decía la gente, eran más parecidas a las de él.

—Vale, vale —le dijo él—. Por un beso de mi princesa haré todo lo que tú me digas.

La niña le cogió la cara con sus manitas y le dio un beso en los labios. Martin restregó su nariz con la de la niña.

Fue a sentarse de nuevo en el sillón de mimbre, pero recordó de nuevo la presencia de su suegro y lo miró. Victor Morton estaba lívido. Miraba a la niña con la boca abierta y los ojos encendidos. Aunque lo habían invitado muchas veces y le habían enviado muchas fotos de la niña, aquella era la primera vez que la veía en persona y Martin pudo imaginarse qué estaría pasando por la cabeza de aquel hombre. A fin de cuentas, era su nieta. Su única nieta.

—Mira, Linda —dijo entonces dirigiéndose a la pequeña—, ¿sabes quién es este señor? Tu abuelo. Dile «hola, abuelo».

—Hola, belo —dijo la niña obediente, aunque con su pronunciación incorrecta.

El labio de Victor Morton tembló y Martin sabía el calvario por el que

estaría pasando. Sin darle tiempo a mucho más, le tendió a la niña. Linda era una persona muy sociable y no solía tener problemas en ir de brazos en brazos siempre que le dieran contacto y cariño.

En efecto, la niña le tendió sus bracitos y Victor no pudo más que cogerla con cierto embarazo, como si no supiera bien qué hacer con aquella cosita. Además, Linda empezó a darle tiernos besos por la mejilla, la nariz y la boca, y ese hombre de metro noventa había quedado por completo desarmado.

En ese momento, por el puente de madera que conectaba la casa con la playa, apareció Megan. Había salido a correr como cada mañana; aunque en los últimos tiempos solo se desplazaba dos o tres kilómetros y a un ritmo mucho más lento. El ginecólogo que seguía su segundo embarazo había aconsejado que continuara haciéndolo puesto que era muy saludable, pero reduciendo la intensidad; lo cual, además, no podía ser de otra manera, ahora que ya tenía una barriga considerable en su séptimo mes de embarazo.

Había visto a su padre y no hizo ningún ademán extraño. Más bien al contrario, se dirigió hacia ellos como si fuese lo más normal del mundo que Victor Morton, a quien no habían visto desde hacía más de tres años, estuviese en el porche de su casa saludando a su yerno y a su nieta. Pero así era Megan. Sus reacciones siempre eran sorprendentes.

—Vaya, vaya, Linda. Ya estás repartiendo besos de nuevo. Martin, cuando llegue a la adolescencia vas a pasarlo fatal.

—Espero que su hermano —dijo Martin señalando a la barriga— me ayude a vigilarla.

La niña estaba ahora reclamando los brazos de su madre y Megan la cogió y la apretó contra sus mejillas dándole un fuerte abrazo. Luego, le restregó también la nariz como había hecho hacía unos minutos el propio Martin.

—Ve con papá un segundo, Linda, tengo que darle yo ahora un abrazo al abuelo.

Y le tendió a Martin la pequeña mientras que, sin darle tiempo a reaccionar, se abrazaba a su padre.

—Papá. Me alegro mucho de verte.

Victor Morton parecía haberse quedado sin habla. Le pasó los brazos por la espalda mientras Megan apretaba su cara sobre su pecho.

—Id a dar una vuelta —dijo Martin—, yo sigo aquí con lo mío.

—¿Te deja trabajar? —preguntó Megan señalando a la niña.

—Lo va a hacer ¿verdad, Linda, que vas a dejar que papi se concentre en su trabajo? Tú puedes toquetear el iPad de mamá y rompérselo si quieres.

Megan se echó a reír y tomando de la mano a su padre lo dirigió de nuevo hacia el puente de madera y se lo llevó a dar un paseo por la playa.

Martin los vio caminar y suplicó en su interior que aquella visita diera sus frutos. Megan era feliz a su lado, lo sabía, pero no haber visto a su padre durante tanto tiempo la afligía y él quería que ella fuera no solo feliz, sino por completo feliz.

Volvieron cuando la señora Patton, que hacía las veces de recepcionista y cocinera, había preparado ya una succulenta comida a base de verduras del huerto y carne en salsa. Linda tenía su correspondiente caldo de pescado, que se comió, como siempre, con apetito.

Comieron todos juntos, incluyendo a la señora Patton, aunque ni esta ni Victor estuvieron demasiado habladores. La primera, por azoramiento. El segundo tenía el ceño fruncido y no parecía demasiado contento con el resultado de su paseo con su hija. Al acabar, Megan se llevó a Linda para acostarla y que hiciera la siesta, y se quedaron Victor Morton y Martin de nuevo solos en el porche, disfrutando de la ligera brisa que se había levantado.

—Vamos a ver, Grisham —empezó a hablar Morton con cierto nerviosismo—, mi hija no entra en razones, pero espero que usted sea un hombre como Dios manda.

Martin levantó la ceja. La expresión «como Dios manda» era bastante relativa y subjetiva. Esperó a que su suegro continuase hablando.

—Megan se niega de manera rotunda a continuar con su carrera en la

abogacía.

—Eso no es del todo cierto, señor Morton, ella colabora aquí con...

—Ya, ya. Ya sé que sigue con esas estupideces del probono. Pero eso ni da dinero, ni da prestigio, ni da futuro. Ya sé que usted no entiende mis prioridades, pero tiene que hacer un esfuerzo y ayudarme a convencer a mi hija.

—Su hija es muy difícil de convencer de lo que no quiere. Se lo digo por experiencia.

Morton masculló una maldición y torció el gesto. La ternura inicial que se había despertado al ver a su nieta había desaparecido del todo y allí volvía a estar el tiburón de las leyes, una de las fortunas más importantes de Boston y una de las personas más influyentes en Estados Unidos. La impotencia de tener una hija como Megan, con su tozudez ante aquello que ella quería, lo superaba.

—Acepto lo de la abogacía y también voy a aceptar que quiera dedicarse al negocio de la hostelería. Pero esto... esto... —Señalaba la casa en la que se encontraban—. He hecho una importante inversión aquí, en Carolina del Norte. El grupo con el que me he asociado quería construir un complejo hotelero y, si tiene que ser aquí, pues será aquí. Los convenceré de que conviertan todo esto en el mejor *resort* de la Costa Este; pero mi hija será quien lo dirija.

—Señor Morton, no haga eso. No lo haga.

—Mira, Grisham. Esta locura tiene que acabar. Tú... tú eres... De dónde vienes a ti ya te parecerá bien. Pero ella...

—Va a perder a su hija de nuevo.

—¿Pero es que no te das cuenta? —El tono de voz había aumentado, aunque en seguida intentó bajarlo—. Oye, te ofrecí dinero antes de casarte y lo rechazaste. Lamento si te ofendí y lamento si lo he hecho ahora, pero no puedes decirme en serio que no te importa que Megan, que puede tenerlo todo, cualquier capricho, cualquier posición... ¡O tu hija! ¿No quieres para tu hija los mejores colegios? ¿Las mejores universidades? Sé sensato por una vez en

tu vida. Toma la decisión correcta para esta familia. Te prometo que no haré nada porque os separéis.

—Señor Morton, hay algo que usted no entiende. Ella es feliz aquí. Es feliz con esta vida. Y lo único que la perturba de verdad es no poder verlo a usted con mayor frecuencia. Si usted hace cualquier cosa que vaya en contra de esto que ha construido, entonces la perderá. Permítale que construya la vida que ella quiere. No la que usted había imaginado.

—¡Maldita sea, Martin! —Era la primera vez en su vida que lo llamaba por el nombre de pila—. Fuérzala a que lo acepte. Ponle un ultimátum. Dile que la abandonará si no acepta.

—No pienso hacer eso. Además, con Megan es absurdo. No he visto a nadie más tozuda que ella. Quizás eso lo ha sacado de usted. Ya puede sentirse orgulloso. Es la mujer más tenaz que conozco. Pero, además, yo no podría abandonarla. Moriría antes que eso. Ya estuvimos demasiado tiempo separados. Le prometí a su hija devoción y eso es lo que le entrego cada día.

Victor Morton se levantó con brusquedad.

—Dígale a mi hija que me he ido y que no volveré hasta que no acepte mi propuesta. —Y se fue como una exhalación.

Minutos después Megan apareció de nuevo en el porche.

—¿Se ha ido?

—Sí —contestó Martin.

—¿Has visto cómo miraba a Linda? Se le caía la baba.

—Lamento mucho que...

—No. No te preocupes, Martin. Volverá.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Es mi padre —sonrió Megan—. Esta vez ha tardado tres años. La próxima no será más de un año o año y medio. Ya lo verás. No puede soportar estar sin mí.

—No me extraña —dijo Martin abrazándola.

En ese momento, el bebé dio una patadita desde el interior de la barriga.

—¿Lo has notado? —dijo Megan con júbilo.

—Sí. Reclama su espacio. Ya lo veo. Otro tirano como Linda. Que no me deja apenas ser cariñoso con mi mujer.

—¿Cómo que no? —Megan rio—. ¿Qué más quieres?

—¿Que qué más quiero? ¿Te lo tengo que decir? —Y la mirada de Martin estaba tan cargada de deseo que no hicieron falta más palabras.

—Prométeme que no me harás gritar —dijo ella con sonrisa pícar—. Los huéspedes de la 4 me miraban raro ayer.

—Gritarás, mi vida. Pero gritarás en mi boca, mientras te como a besos.

Y sin muchos más preámbulos subieron hasta la habitación de la buhardilla, la que se habían reservado para ellos en aquel hotel de playa.

Si te ha gustado

Déjame quererte

te recomendamos comenzar a leer

Ámame ahora y siempre

de *Priscila Serrano*



Prólogo

Peter llegó como cada día a su Instituto Puente Marco, llamado así por estar ubicado al otro lado del puente que separaba España de Portugal, apenas a unos pocos kilómetros. Al llegar vio a su mejor amigo, Carlos, que estaba con su novia Alba. Era una chica delgada y bajita, pero con una cara muy linda. Carlos vivía en España y Peter en Portugal, pero eran amigos desde la infancia, casi hermanos.

—Hola, chicos —saludó Peter al llegar. Carlos se separó de Alba y saludó a su amigo.

—Hola, ¿qué te pasó ayer? ¡Me dejaste tirado en la fiesta de Arturo! —exclamó Carlos.

Peter sonrió con picardía. El día anterior estuvieron en una fiesta que dio su amigo Arturo. La fiesta la hizo sin motivo aparente, el lema de Arturo era que si tenías ganas de fiesta, ¿por qué no hacer una? Peter dejó tirado a Carlos porque se fue con una chica. Estuvo con ella toda la noche. Así se divertía él, no tenía compromiso con ninguna, si le gustaba alguna iba a por ella sin más.

—Me fui con Melody —respondió alzando las cejas.

—¿Me dejaste tirado por esa? Estás perdiendo facultades, hermano.

—Anda, cállate y vamos a entrar, que ya falta poco para terminar la tortura del instituto.

Les faltaba poco para terminar y coger vacaciones. Aunque en realidad ya se graduaban. Segundo de bachillerato había sido muy duro para ambos. Entraron en la primera clase de Física. Al entrar lo primero que dijo la profesora es que tenían un examen. Peter bufó, se olvidó por completo del examen que tenían, menos mal que era un chico que atendía en clase y pocas veces le hacía falta estudiar.

Después de una hora haciendo el examen, salieron de clase y se fueron a la

cafetería. Se sentaron en una de las mesas que había cerca de la ventana. Carlos y Alba estaban todo el rato besándose y no hablaban con Peter, que llegaba a tal punto de levantarse e irse, no los aguantaba.

Se levantó como cada día para dejarlos tirados. Fue hasta la salida y, al llegar, chocó con una chica rubia que jamás había visto.

—Lo siento —se disculpó ella.

Peter la miró y se quedó sin habla. Era preciosa, tenía el pelo largo y sedoso, los ojos verdes más bonitos que había visto y una boca tan perfecta como ella misma.

—No, lo siento yo —respondió Peter. La chica lo miró y le sonrió. A Peter casi le da un micro infarto al ver esa sonrisa.

—No, por favor, iba distraída, todavía no conozco bien el edificio.

—¿Eres nueva? —preguntó Peter. Ella asintió sonriendo.

«Joder, espabila Peter», pensó.

—Perdón, ni siquiera me he presentado. Me llamo Bibiana —se presentó extendiendo la mano.

—Encantado. Soy Peter. —Cogió la mano de la chica.

Escucharon una tos que provenía detrás de ella. Eran unos chicos que querían entrar en la cafetería y como ellos estaban en medio no podían pasar. Bibiana se apartó y los dos rieron al darse cuenta. Peter le dijo a Bibiana que fuera con él, le iba a presentar a sus amigos, así por lo menos conocería a alguien más. Llegaron hasta donde estaban Carlos y Alba y estos dos seguían en la misma postura de minutos atrás cuando Peter los dejó.

—Carlos, para de una vez que te la vas a tragar —habló Peter haciendo reír a Bibiana.

Inconscientemente, se quedó mirándola embobado cómo reía. Carlos paró de besar a Alba y miró a Peter para luego pasar la mirada a Bibiana, lo que provocó que se quedase mudo al verla.

—Carlos, esta es Bibiana, es nueva —la presentó Peter. Este se levantó y le dio dos besos. Eso a Alba no le hizo mucha gracia.

—Ella es Alba, la novia de Carlos —mencionó Peter al darse cuenta cómo su amigo la miraba.

Quería marcar territorio, él la vio primero. Bibiana no borraba la sonrisa de la cara. Era una chica muy simpática y risueña y tenía a los dos amigos completamente hipnotizados.

Cuando acabaron las clases Peter se ofreció a acompañar a Bibiana a su casa y ella aceptó. Por el camino iban hablando de sus familias y conociéndose. Ella era andaluza, concretamente de Cádiz, pero por motivos de trabajo de su padre se mudaron a Badajoz y ahí estaba. La vida de los dos era muy parecida, puesto que Peter era de Francia y se mudaron a Portugal por los mismos motivos que ella. Se les hizo el camino muy corto para seguir hablando, pues ya habían llegado a su casa.

—¿Te gustaría salir conmigo? —preguntó él.

—Claro, estaría bien —aceptó nerviosa.

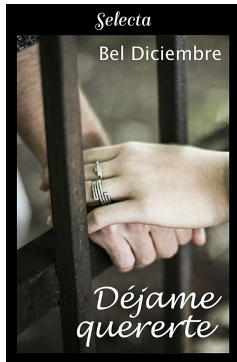
Se despidieron y quedaron para salir. Por la tarde la recogería para llevarla a una cafetería del centro de Portugal donde hacían las mejores tortitas del mundo, según él.

Al caer la tarde Peter llegó a su casa sobre las seis. Bibiana salió y nada más verlo se le iluminó la cara. Él le sonrió marcando los hoyuelos que le salían en la cara y haciendo que ella se derritiera por completo. Se montaron en el coche y emprendieron camino hacia la cafetería. Después de unos cuarenta minutos, llegaron a su destino. La cafetería por fuera se veía moderna, pero luego al entrar era rústica y antigua. A Bibiana le encantó la decoración. Todo era de madera oscura y lo único que resaltaba eran las cortinas de color azul claro. Era muy acogedora.

Pasaron la tarde comiendo tortitas y tomando batidos de chocolate. Lo estaban pasando genial. Sin embargo, Peter se sentía raro, él jamás había hecho eso con una chica, pero con ella era diferente. No sabía el motivo, lo único que sentía era que con ella debía de ir despacio, con ella quería ir despacio. Le gustaba mucho. Se dio cuenta nada más al verla sonreír. Porque

al ver esa sonrisa sabía que quería verla por el resto de su vida.

No importa cuánta resistencia se ejerza frente al amor; una mujer enamorada sabrá cómo luchar contra ella.



Megan Morton ama con pasión a Martin Grisham y juntos superan las diferencias y la categoría social a la cual pertenece cada uno.

Sin embargo, por un error de él, se distanciarán.

Años más tarde, al reencontrarse, la pasión y el deseo que los unió vuelve a resurgir, y Megan, que ya no es la inocente criatura de antaño, se impondrá ante la obstinación del hombre y le demostrará que el amor no desaparece, sean cuales sean las circunstancias actuales...

Bel Diciembre es el seudónimo con el que me dedico a mi pasión más oculta: leer y escribir novelas románticas. Nacida en un pequeño pueblo de la provincia de Barcelona en 1968, estudié Filosofía en la Universidad de Barcelona licenciándome en 1992. En los primeros años me dediqué a dar clases tanto en institutos de secundaria como en escuelas de adultos y otras academias. En 2005 obtuve también la Licenciatura en Derecho dedicándome a la gestión y dirección de empresas por lo que en 2011 también obtuve un Master en Administración de Empresas.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Bel Diciembre

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-05-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Déjame quererte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Bel Diciembre

Créditos